

PUEDES ENTERRAR LA NOTICIA,
PERO NUNCA PODRÁS OCULTAR LA VERDAD

FIONA BARTON

LA
MADRE

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

CAPÍTULO 1. Martes, 20 de marzo de 2012

CAPÍTULO 2. Martes, 20 de marzo de 2012

CAPÍTULO 3. Martes, 20 de marzo de 2012

CAPÍTULO 4. Miércoles, 21 de marzo de 2012

CAPÍTULO 5. Miércoles, 21 de marzo de 2012

CAPÍTULO 6. Miércoles, 21 de marzo de 2012

CAPÍTULO 7. Jueves, 22 de marzo de 2012

CAPÍTULO 8. Jueves, 22 de marzo de 2012

CAPÍTULO 9. Sábado, 24 de marzo de 2012

CAPÍTULO 10. Sábado, 24 de marzo de 2012

CAPÍTULO 11. Domingo, 25 de marzo de 2012

CAPÍTULO 12. Domingo, 25 de marzo de 2012

CAPÍTULO 13. Lunes, 26 de marzo de 2012

CAPÍTULO 14. Lunes, 26 de marzo de 2012

CAPÍTULO 15. Lunes, 26 de marzo de 2012

CAPÍTULO 16. Miércoles, 28 de marzo de 2012

CAPÍTULO 17. Miércoles, 28 de marzo de 2012

CAPÍTULO 18. Viernes, 30 de marzo de 2012
CAPÍTULO 19. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 20. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 21. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 22. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 23. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 24. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 25. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 26. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 27. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 28. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 29. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 30. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 31. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 32. Lunes, 2 de abril de 2012
CAPÍTULO 33. Miércoles, 4 de abril de 2012
CAPÍTULO 34. Jueves, 5 de abril de 2012
CAPÍTULO 35. Lunes, 9 de abril de 2012
CAPÍTULO 36. Lunes, 9 de abril de 2012
CAPÍTULO 37. Lunes, 9 de abril de 2012
CAPÍTULO 38. Martes, 10 de abril de 2012
CAPÍTULO 39. Martes, 10 de abril de 2012
CAPÍTULO 40. Martes, 10 de abril de 2012
CAPÍTULO 41. Martes, 10 de abril de 2012
CAPÍTULO 42. Miércoles, 11 de abril de 2012
CAPÍTULO 43. Miércoles, 11 de abril de 2012
CAPÍTULO 44. Miércoles, 11 de abril de 2012
CAPÍTULO 45. Jueves, 12 de abril de 2012
CAPÍTULO 46. Jueves, 12 de abril de 2012
CAPÍTULO 47. Jueves, 12 de abril de 2012
CAPÍTULO 48. Viernes, 13 de abril de 2012
CAPÍTULO 49. Viernes, 13 de abril de 2012
CAPÍTULO 50. Viernes, 13 de abril de 2012

CAPÍTULO 51. Viernes, 13 de abril de 2012
CAPÍTULO 52. Sábado, 14 de abril de 2012
CAPÍTULO 53. Sábado, 14 de abril de 2012
CAPÍTULO 54. Viernes, 20 de abril de 2012
CAPÍTULO 55. Lunes, 23 de abril de 2012
CAPÍTULO 56. Lunes, 23 de abril de 2012
CAPÍTULO 57. Martes, 24 de abril de 2012
CAPÍTULO 58. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 59. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 60. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 61. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 62. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 63. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 64. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 65. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 66. Sábado, 28 de abril de 2012
CAPÍTULO 67. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 68. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 69. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 70. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 71. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 72. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 73. Domingo, 29 de abril de 2012
CAPÍTULO 74. Lunes, 30 de abril de 2012
CAPÍTULO 75. Martes, 1 de mayo de 2012
CAPÍTULO 76. Martes, 1 de mayo de 2012
CAPÍTULO 77. Martes, 1 de mayo de 2012
CAPÍTULO 78. Martes, 1 de mayo de 2012
CAPÍTULO 79. Martes, 1 de mayo de 2012
CAPÍTULO 80. Miércoles, 2 de mayo de 2012
CAPÍTULO 81. Miércoles, 2 de mayo de 2012
CAPÍTULO 82. Miércoles, 2 de mayo de 2012
CAPÍTULO 83. Miércoles, 2 de mayo de 2012

CAPÍTULO 84. Miércoles, 16 de mayo de 2012

CAPÍTULO 85. Martes, 26 de mayo de 2013

CAPÍTULO 86. Lunes, 1 de abril de 2013

AGRADECIMIENTOS

CARTA AL LECTOR

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Un escueto párrafo en el periódico anuncia el hallazgo de unos restos antiguos de un bebé en una zona en construcción de Londres. Muy pocos lectores siquiera le echarán un vistazo.

Para tres mujeres, sin embargo, la noticia es imposible de ignorar.

Para la primera, es el recuerdo de lo peor que le ha pasado en la vida.

Para la segunda, la peligrosa posibilidad de que su secreto más oculto sea revelado.

Para la tercera, la periodista Kate Waters, la primera pista en una carrera para descubrir la verdad.

Secretos guardados durante años, enterrados bajo tierra y en el fondo del corazón, saldrán a la luz para cambiar tres vidas para siempre.

Fiona Barton vuelve con su protagonista Kate Waters en un nuevo thriller imposible de olvidar.

FIONA BARTON

LA MADRE

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Para M. y D.

Cuando sustituye a la verdad, el silencio se
convierte en una mentira.

YEVGENY YEVTUSHENKO

CAPÍTULO 1

Martes, 20 de marzo de 2012

Emma

El ordenador parpadea cuando me siento frente a la pantalla, es como si notara mi presencia. Un toque en el teclado y aparece una fotografía de Paul, la que le tomé durante la noche de bodas en Roma. Me mira, embelesado, desde el otro lado de la mesa que compartimos en Campo de' Fiori. Al verla, intento corresponder a su sonrisa, pero cuando me inclino hacia delante vislumbro mi propio reflejo en la pantalla y me detengo. Odio verme de improviso. A veces ni siquiera me reconozco. Crees saber qué aspecto tienes y de repente te encuentras a esa desconocida mirándote fijamente. A veces incluso me asusto.

Sin embargo, hoy me decido a analizar el rostro de esa desconocida. El pelo castaño, recogido en lo alto de la cabeza con un moño apresurado; nada de maquillaje en la piel; sombras y arrugas que se acercan a los ojos como las grietas que dan fe de un hundimiento.

—Dios, qué mal aspecto tienes —le digo a la mujer de la pantalla.

El movimiento de su boca me fascina, me hipnotiza, y me las arreglo para que siga hablando.

—Vamos, Emma, a ver si haces algo de una vez —me dice.

Le dedico una leve sonrisa y esta vez me corresponde.

—Menudo disparate —dice usando mi voz. Y paro.

«Menos mal que Paul no estaba aquí para verlo», pienso.

Cuando Paul vuelva a casa esta noche, llegará cansado y algo gruñón. Se habrá pasado el día entero soportando tonterías de universitarios y habrá discutido una vez más con el jefe del departamento por culpa de los horarios.

Tal vez sea cosa de la edad, pero me parece que últimamente a Paul le afectan bastante los problemas en el trabajo. Creo que empieza a dudar de sí mismo y ve amenazas a su puesto por todas partes. Y es que realmente los departamentos universitarios son como las manadas de leones: un montón de machos sacando pecho, revolcándose por el suelo y paseándose con aires de grandeza para demostrar su superioridad, exhibiendo los espolones de las patas. Yo intento animarlo diciéndole lo que se dice en estos casos y le preparo un *gin-tonic*.

Cuando aparto su maletín del sofá, veo que ha traído a casa un ejemplar del *Evening Standard*. Debe de haberlo recogido en el metro.

Me siento a leerlo mientras él se desprende de las preocupaciones del día bajo la ducha, y es entonces cuando veo el párrafo del bebé.

«Encontrados los restos de un bebé», reza el titular. No son más que unas líneas que cuentan que se ha descubierto el esqueleto de un bebé en una zona de obras de Woolwich y que la policía está investigando el caso. Leo la misma noticia una y otra vez. No termino de asumirla, es como si la estuviera leyendo en un idioma extranjero.

Sin embargo, comprendo la información y el pánico empieza a apoderarse de mí. Me arrebató el aire de los pulmones y me cuesta respirar.

Sigo sentada en el mismo sitio cuando Paul sale de la ducha, empapado y con la cara enrojecida, gritando que algo se quema.

Las costillas de cerdo han quedado negras, calcinadas. Las tiro a la basura y abro la ventana para que salga el humo que se ha acumulado en la cocina. Saco una pizza del congelador y la meto en el microondas mientras Paul se sienta a la mesa en silencio.

—Deberíamos instalar una alarma de humo —comenta, en lugar de pegarme bronca por haber estado a punto de provocar un incendio en casa—. Es normal que se te olviden las cosas mientras lees —me dice. Es encantador, no me lo merezco.

De pie frente al microondas, observo cómo la pizza gira y borbotea, y me pregunto por millonésima vez si me acabará dejando. Debería haberlo hecho hace años. Yo en su lugar lo habría hecho, si hubiera tenido que soportar lo que me ocurre, lo que me preocupa, día tras día. Él, en cambio, no da muestras de estar preparando las maletas, precisamente, sino que revolotea a mi alrededor como un padre abnegado para protegerme ante cualquier mal. Encuentra las palabras justas para calmarme cuando me exalto e inventa lo que sea para levantarme el ánimo cuando más lo necesito, me abraza para consolarme cuando lloro y me dice que soy una mujer inteligente, divertida y maravillosa.

—Si te comportas de este modo es por culpa de la enfermedad —suele decirme—. Tú no eres así.

Pero la verdad es que sí que lo soy. Lo que ocurre es que en realidad no me conoce. Me he asegurado de que así sea, y él respeta mi intimidad cada vez que evito hablar de mi pasado.

—No tienes por qué contármelo —me dice—. Te amo tal como eres.

Cuando finge que no soy una carga para él, le digo que es un santo y él suele hacerme callar.

—No es nada —me dice.

De acuerdo, no es ningún santo, pero ¿quién lo es? Sea como sea, asumo los pecados que él pueda haber cometido como propios. ¿No es eso lo que dicen las parejas mayores? Lo que es tuyo es mío. Aunque en nuestro caso, mis pecados... Bueno, mis pecados son sólo míos.

—¿Tú no cenas, Em? —me pregunta cuando le pongo el plato en la mesa.

—He comido tarde por culpa del trabajo. Ahora mismo no tengo hambre, ya comeré algo dentro de un rato —miento. Estoy segura de que se me atragantaría hasta el más mínimo bocado.

Le dedico la más amplia de mis sonrisas, la que reservo para las fotos.

—Estoy bien, Paul. Vamos, come tranquilo.

En mi lado de la mesa no hay más que una copa de vino. Voy tomando sorbitos mientras finjo escuchar lo que me cuenta sobre cómo le ha ido el día. El tono de su voz sube y baja, hace una pausa para masticar la bazofia que le he servido y reanuda el relato.

Yo asiento de vez en cuando, pero no oigo nada. Me pregunto si Jude habrá leído el artículo.

CAPÍTULO 2

Martes, 20 de marzo de 2012

Kate

Kate Waters se aburría. Normalmente no habría asociado esa palabra a su trabajo, pero ese día no había tenido más remedio que quedarse en la oficina bajo la atenta mirada de su jefe y lo único que podía hacer era revisar borradores.

—Necesito el hechizo de tu teclado —le había gritado Terry, el jefe de redacción, blandiendo hacia ella un artículo que otra persona había escrito con los pies—. A ver si puedes mejorarlo con tus poderes mágicos.

Y en eso estaba.

—Esto es un infierno —se quejó Kate al de sucesos, que estaba sentado delante de ella—. Los mismos churros de siempre con algún adorno distinto. ¿Con qué estás tú ahora?

Gordon Willis levantó la cabeza de un periódico y se encogió de hombros. El redactor jefe siempre se refería a él por su cargo («Que se ocupe de esto el de sucesos...»).

—Esta tarde tengo que ir al juzgado de Old Bailey. Quiero charlar con el inspector jefe sobre el asesinato de la ballesta. Todavía no tengo nada, pero espero poder hablar con la hermana de la víctima cuando acabe la sesión. Al parecer, se acostaba con el asesino. Podría salir un buen titular, de varias

columnas: «La esposa, la cuñada y el asesino al que las dos amaban» — enunció con una sonrisa—. ¿Por qué? ¿Qué te ha tocado a ti?

—Nada. Remendar un artículo que ha perpetrado uno de los esclavos digitales —dijo Kate, señalando con la mirada a una ninfa adolescente que estaba tecleando frenéticamente en una mesa al otro lado de la sala—. Creo que acaba de salir del instituto.

Ella misma se dio cuenta de lo amargado y rancio que había sonado el comentario y decidió cortarlo por lo sano. El tsunami de noticias de la edición digital la había relegado a una orilla lejana, igual que a todos los que eran como ella. Los periodistas que en otros tiempos habrían ocupado los mejores puestos (el equivalente a un podio olímpico en un periódico) habían pasado a ocupar las mesas más periféricas de la redacción, desplazados hacia la salida por los operativos de la edición digital, cada vez más numerosos y dedicados a escribir las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, para alimentar la demanda continua de noticias.

En la fiesta de Navidad, el redactor jefe ya les había pegado un sermón sobre los nuevos medios de comunicación: que habían dejado de ser nuevos y se habían convertido en la regla, que eran el futuro. Y Kate sabía que tenía que dejar de quejarse de ese tipo de cosas.

Es difícil, se decía a sí misma, cuando los artículos más vistos de la web son los que plantean si a Madonna se le marcan demasiado las venas de las manos o si la estrella del culebrón de turno ha ganado peso. Rajar sobre famosos y disfrazarlo de noticia era realmente horroroso.

—En cualquier caso —dijo en voz alta—, nada que no pueda esperar. Salgo a buscar unos cafés.

También habían quedado atrás los días de la RR, la Rápida de la Reunión, cuando los periodistas de Fleet Street aprovechaban para salir a tomar una copa rápida en algún pub cercano mientras la ejecutiva se reunía con el director por la mañana. Según la tradición, después de una RR venían las acaloradas discusiones con el redactor jefe. Cuenta la leyenda que, al término de una de esas discusiones, un periodista que iba demasiado borracho para tenerse en pie le mordió un tobillo a su jefe y que otro llegó a lanzar una máquina de escribir a la calle por una ventana.

Con el paso del tiempo, la redacción de informativos se había trasladado a unas oficinas situadas sobre un centro comercial, con ventanas herméticas de cristal doble, donde el consumo de alcohol estaba terminantemente prohibido. El café se había convertido en la adicción más habitual.

—¿Qué te apetece? —preguntó Kate.

—Un *macchiato* doble con sirope de avellana, por favor —pidió Gordon—. O cualquier otro líquido de color marrón. Lo que encuentres primero.

Kate tomó el ascensor para bajar y pescó una primera edición del *Evening Standard* al pasar junto al mostrador de seguridad que presidía el vestíbulo de mármol. Mientras esperaba a que el camarero obrara su magia con la cafetera, echó un vistazo a las páginas, buscando firmas de amigos.

Casi todo el periódico estaba dedicado a los preparativos de los Juegos Olímpicos de Londres, por lo que estuvo a punto de pasar por alto un párrafo del fondo de la sección de Breves.

Bajo el titular «Encontrados los restos de un bebé», dos frases contaban que se había descubierto el esqueleto de un bebé durante unos trabajos de derribo en una obra de Woolwich, bastante cerca de donde vivía Kate, al este de Londres. La policía estaba investigando el caso, pero no había más detalles. Arrancó la noticia para echarle un vistazo más tarde. Llevaba el fondo del bolso forrado con recortes de periódico arrugados.

—Parece la jaula de una cotorra —le había dicho su hijo mayor, Jake, burlándose de ella por llevar todos aquellos recortes de papel pendientes de recibir un soplo de vida en cualquier instante. A veces eran noticias que creía dignas de investigar, aunque lo más frecuente era encontrar un titular o una cita que invitaban a preguntarse: «¿Dónde está la noticia?».

Kate volvió a leer aquellas treinta palabras y pensó en la persona que faltaba en la historia: la madre. Mientras volvía con los cafés, iba enumerando mentalmente las preguntas que se le ocurrían. «¿Quién era el bebé? ¿Cómo murió? ¿Quién sería capaz de enterrar a un bebé?»

—Pobre criatura —exclamó en voz alta. De repente le vinieron a la cabeza un montón de imágenes de sus propios hijos. Jake y Freddie habían nacido con dos años de diferencia y toda la familia los llamaba «los chicos». Los visualizó como bebés robustos, como chicos equipados para jugar al fútbol

americano, como adolescentes gruñones y ya como adultos. Bueno, casi. Sonrió para sí misma. Kate recordaba el momento en que había visto a cada uno de sus hijos por primera vez: esos cuerpos enrojecidos, escurridizos, arrugados, con demasiada piel para tan poco cuerpo, mirándola entre parpadeo y parpadeo cuando los tenía en el pecho y le invadía la sensación de conocerlos desde siempre. ¿Qué motivo podía llevar a alguien a matar a un bebé?

Cuando volvió a la sala de redacción, dejó los cafés y se acercó al despacho del jefe.

—¿Te importa si me dedico a investigar esto? —preguntó mientras le mostraba el recorte. Terry intentaba descifrar la expresión de algún miembro de una familia real extranjera y ni siquiera levantó la cabeza, por lo que Kate asumió que no le importaría.

La primera llamada que hizo fue al despacho de prensa de Scotland Yard. Al principio de su carrera como periodista, cuando todavía era una aprendiz de un periódico local de East Anglia, solía presentarse cada día en comisaría para echarle un vistazo al registro de entradas mientras el sargento se la intentaba camelar. Ahora, en cambio, cuando llamaba a la policía casi nunca lograba hablar con un ser humano, y si lo conseguía, la experiencia solía durar poco tiempo.

—¿Ha oído la grabación? —preguntaba en esas ocasiones alguien del gabinete de prensa, sabiendo que la respuesta sería negativa. Entonces desviaban la llamada y lanzaban un mensaje enlatado que enumeraba hasta el último cortacésped robado y todas y cada una de las peleas que habían tenido lugar en los pubs de la zona durante los últimos días.

Sin embargo, esta vez le tocó el gordo. No sólo le pasaron con alguien de carne y hueso, sino que además lo conocía: al otro lado del teléfono sonó la voz de un antiguo compañero de trabajo del primer empleo que había tenido en un periódico nacional. Era como si un cazador furtivo se hubiera pasado al bando de los guardabosques, un tipo que desde hacía poco tiempo había optado por un mundo más seguro y, según decían algunos, más sensato: el de

las relaciones públicas.

—Hola, Kate. ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo!

Enseguida notó que a Colin Stubbs le apetecía charlar. Había sido un buen periodista, pero su esposa, Sue, se había cansado de la turbulenta vida callejera que implicaba el oficio y había acabado imponiendo su confinamiento en el hogar. Eso explicaba que Colin estuviera tan ansioso por conocer cualquier detalle sobre ese mundo al que se había visto obligado a renunciar. Preguntó por rumores que le habían llegado sobre otros periodistas y repitió una y otra vez que dejar el periodismo había sido lo mejor que había hecho hasta el momento.

—Genial, qué suerte la tuya —dijo Kate, decidida a mostrarse optimista a cualquier precio—. Yo aún estoy sudando tinta en el *Post*. Mira, Colin, en el *Standard* he leído que han encontrado el cadáver de un bebé en Woolwich. ¿Tú sabes cuánto tiempo llevaba allí?

—Ah, eso. Espera, voy a buscar los detalles del caso en el ordenador... Aquí está. No hay gran cosa, y lo poco que hay es bastante sórdido, la verdad. Un obrero estaba despejando un lugar que iban a derribar, movió un macetero enorme y debajo encontró ese esqueleto diminuto; parece que era de un recién nacido. Los forenses lo están analizando, aunque aquí pone que los primeros indicios apuntan a que llevaba allí mucho tiempo, que incluso podría tratarse de un vestigio histórico. Creo que es por la zona universitaria de Greenwich. ¿No es donde vivías tú?

—Bueno, en la orilla norte y más hacia el este, en Hackney. Sigo esperando que el tren de la gentrificación se detenga de una vez. ¿Algo más? ¿Tienen alguna pista sobre la identidad del bebé?

—No. Por lo que leo aquí, los recién nacidos presentan una dificultad añadida respecto a los análisis de ADN, más aún si llevan tantos años enterrados. Además, se trata de una zona de pisos y habitaciones de alquiler, con nuevos inquilinos cada dos por tres, y el poli que se ocupa del caso no es muy optimista al respecto. Y, por si fuera poco, estamos todos hasta el cuello de trabajo con los Juegos Olímpicos.

—Sí, claro —dijo Kate—. El tema de la seguridad tiene que ser una verdadera pesadilla. He oído que tendrán que venir agentes de otros cuerpos

para poder controlar el tema. Bueno, parece que esta historia del bebé es como buscar una aguja en un pajar. Oye, Colin, gracias, me alegro de que nos hayamos puesto al día. Dale recuerdos a Sue. ¿Me llamarás si en algún momento te enteras de algo más sobre este tema?

Kate Waters colgó el teléfono con una sonrisa en los labios. Le encantaban los casos que podían compararse con buscar una aguja en un pajar. Descubrir el destello minúsculo de un indicio entre la oscuridad, algo en lo que sumergirse a fondo, a lo que hincar el diente. Lo que fuera, con tal de salir del despacho.

Se puso el abrigo e inició el largo trayecto que la separaba del ascensor, aunque no llegó muy lejos.

—Kate, ¿vas a salir? —gritó Terry—. Antes de irte, ¿podrías ayudarme a resolver esto de la familia real noruega? Me están sangrando los ojos.

CAPÍTULO 3

Martes, 20 de marzo de 2012

Angela

Sabía que se echaría a llorar. Notaba cómo las lágrimas se le acumulaban en los ojos, que la garganta se le cerraba y le impedía hablar, por lo que se sentó en la cama para intentar posponer el momento en que se quedara sola. Angela llevaba años luchando contra esa tristeza, y en condiciones normales no lloraba jamás. Al fin y al cabo no era una sentimental: trabajar de enfermera y la vida militar le habían enseñado a no serlo desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, el 20 de marzo de cada año hacía una excepción. Era el cumpleaños de Alice, y eso siempre la hacía llorar. Era un momento de intimidad, ni en sueños pensaba derramar una sola lágrima delante de nadie. No era como esa gente que solloza frente a las cámaras. Ni siquiera podía imaginarse ofreciendo un espectáculo semejante mientras los equipos de televisión seguían grabando, como suelen hacer en esos casos, como si contemplar a alguien llorando fuera sólo una forma más de entretenimiento.

—Deberían apagar la cámara —le decía a Nick en esas ocasiones. Sin embargo, éste se limitaba a refunfuñar algo sin dejar de mirarla.

A ella la incomodaba, aunque al parecer era algo que gustaba a mucha gente. A esa clase de personas que desean formar parte de la noticia.

En cualquier caso, no creía posible que hubiera alguien capaz de

comprender por qué seguía llorando tantos años después. Décadas después. Probablemente le dirían que no había tenido tiempo de conocer al bebé. Que no había pasado ni veinticuatro horas con ella.

—Pero formaba parte de mí. Era carne de mi carne —replicaba a los escépticos durante sus discusiones imaginarias—. He intentado pasar página, aunque...

El miedo empezaba a surgir los días previos al cumpleaños del bebé, y en su mente revivía el silencio de la habitación vacía, aquel silencio que le había helado la sangre.

Luego, el día en cuestión, se levantaba con dolor de cabeza, se preparaba el desayuno e intentaba actuar con normalidad hasta que se quedaba sola. En esta ocasión estaba hablando con Nick en la cocina sobre cómo se presentaba el día. Él se había estado quejando de las montañas de papeleo que tenía que resolver y había criticado a uno de los compañeros nuevos, que no paraba de tomarse días libres con la excusa de estar enfermo.

«Debería jubilarse, ya casi tiene sesenta y cinco. Pero no quiere renunciar a trabajar. Supongo que a los dos nos cuesta renunciar a las cosas. Según él, le conviene tener un objetivo, una rutina. Nada parece indicar que se dé cuenta de qué día es hoy. Antes se acordaba siempre, cuando todavía era reciente. Por supuesto que se acordaba. Lo difícil era no acordarse», pensaba ella.

Siempre que se encontraban a alguien por la calle les preguntaba por el bebé. Personas a las que no conocían de nada se les acercaban y les estrechaban la mano conteniendo las lágrimas. Pero de eso hacía mucho tiempo. Nick era un desastre con las fechas, y Angela pensaba que lo hacía a propósito. Si era incapaz de acordarse de los cumpleaños del resto de sus hijos, ¿cómo iba a acordarse del de Alice? Y además ella había dejado de recordárselo. No podía soportar el destello de pánico que aparecía en los ojos de él cuando se veía obligado a revivir ese día. Le parecía más considerado recordarlo ella sola.

Nick le dio un beso en la frente y se marchó a trabajar. En cuanto la puerta se cerró tras él, Angela se sentó en el sofá y se echó a llorar.

Había probado varias estrategias para mantener a raya los recuerdos, pero al principio no es que la hubieran ayudado, precisamente. El médico de la familia, el pobre doctor Earnley, era el único que le daba palmaditas en el hombro o la rodilla y le decía:

—Lo superarás, cielo.

Más adelante encontró grupos de apoyo, pero se cansó de oír su propia desgracia y las ajenas. Tenía la sensación de que en esas sesiones se limitaban a rodear el dolor, a espolearlo y enardecerlo, para luego lamentarse todos juntos. Los otros miembros del grupo se enfadaron cuando les anunció que se había dado cuenta de que no le servía de nada saber que había más gente pasándolo mal, que aquello no mermaba su dolor, sino que de algún modo se limitaba a añadirle capas. Se había sentido culpable, porque cuando trabajaba como enfermera y alguien moría solía entregar a la familia un panfleto sobre el duelo.

«Espero que les ayudara más que a mí —se dijo a sí misma mientras se levantaba del sofá—. No te amargues. Todos hicieron cuanto pudieron.»

Ya en la cocina, llenó el fregadero de agua y empezó a limpiar verduras para preparar un guiso. El agua fría le entumecía las manos y le costaba agarrar bien el cuchillo, pero continuó raspando las zanahorias de un modo mecánico.

Intentó hacerse una idea del aspecto que habría tenido Alice a esas alturas, aunque le costaba demasiado. Sólo tenía una fotografía suya, en la que salían las dos. Nick la había tomado con su pequeña Instamatic, pero le había quedado borrosa, se había precipitado al disparar. Angela se apoyó en la encimera y se envolvió el cuerpo con los brazos, como si de algún modo pudiera esforzarse físicamente para visualizar el rostro del bebé que había perdido. Sin embargo, no lo conseguía.

Por la foto sabía que Alice nació morena como su hermano, Patrick. Angela había perdido demasiada sangre durante el parto y todavía se encontraba bajo los efectos de los analgésicos cuando le pusieron el bebé en brazos. Más tarde se lo había preguntado a Nick, cuando Alice ya había desaparecido, pero él no supo añadir mucho más. No la había contemplado como lo habría hecho Angela, memorizando todas las peculiaridades de sus

rasgos. Se había limitado a decirle que era preciosa, sin entrar en detalles.

Angela no creía que Alice se pareciera a Patrick. Éste había nacido enorme, mientras que Alice había sido más bien frágil, un bebé de apenas dos kilos y medio. Aun así, se había fijado mucho en las fotos de cuando Paddy era bebé, y en las de su segunda hija, Louise, nada más nacer, diez años después.

—El bebé sorpresa, ha llegado de rebote —le decía Angela a la gente, con la vana esperanza de que les recordara a Alice. Sin embargo, Louise era rubia, había salido a Nick.

Angela sintió aquel dolor leve que tan bien conocía en las costillas y en el pecho e intentó pensar en cosas alegres, como aconsejaban los libros de autoayuda. Pensó en Louis y en Patrick.

—Al menos los tengo a ellos —les dijo a las puntas de zanahoria que cabeceaban en el agua. Se preguntó si Lou la llamaría esa noche cuando volviera del trabajo. Su hija pequeña estaba al corriente de la historia, por supuesto, pero nunca hablaba del tema.

«Y además no soporta que llore», pensó, secándose las lágrimas con un trozo de papel de cocina. «Nadie lo soporta. Prefieren fingir que todo va bien, y lo entiendo. Debería parar de una vez, debería olvidarme de Alice.»

—Feliz cumpleaños, hija mía —murmuró.

CAPÍTULO 4

Miércoles, 21 de marzo de 2012

Emma

El tema del bebé me ha tenido en vela casi toda la noche. He arrancado la noticia del periódico y pensaba tirarla a la basura, pero al final, no sé por qué, me la he guardado en el bolsillo de la chaqueta. Me había propuesto no hacer nada al respecto y tenía esperanzas de olvidarme del tema.

Dentro de mí una vocecita susurraba: «No hagas como la última vez».

Y hoy el bebé sigue ahí, insistente, reclamando que alguien le haga caso.

Paul todavía está en la cama, casi despierto, y empieza a mover las piernas, como si estuviera comprobando que siguen ahí. Espero a que abra los ojos.

Y lo temo. Temo la decepción y el agotamiento que veré en su rostro cuando se dé cuenta de que vuelven los días malos.

Así es como solíamos llamarlos, para que sonase como si no fuera culpa mía. Hace mucho tiempo desde la última vez, y sé que él creía que sería la última. Se esforzará en intentar no demostrarlo cuando me vea, pero tendré que cargar con su ansiedad también. A veces tengo la sensación de que quedará aplastada bajo el peso de mi sentimiento de culpa.

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte. Te lo dicen cuando has vivido algo terrible. Mi madre, Jude, siempre lo decía. El caso es que no

acaba de ser cierto: en realidad, te rompe los huesos y te lo deja todo destrozado y mal curado con vendas mugrientas y esparadrapo amarillento, de manera que el resultado es frágil, rechina a la más mínima, y sobrevivir resulta agotador. Hay veces en las que incluso preferirías que te hubiera matado.

Paul se despierta y me trae las pastillas y un vaso de agua del baño sin mediar palabra. Luego me acaricia el pelo y se sienta en la cama mientras me las tomo, tarareando una melodía en voz baja, como si todo fuera de lo más normal.

Intento pensar «Todo pasa», pero se me cuele un «Esto no terminará jamás» antes de que pueda evitarlo.

El problema es que, con el tiempo, un secreto puede cobrar vida propia. Antes creía que si no le daba más vueltas a lo ocurrido se marchitaría y acabaría muriendo, pero no ha sido así. Continúa viviendo, envuelto por un embrollo cada vez mayor de mentiras e invenciones, como un moscardón atrapado en una telaraña. Si digo algo ahora, lo destrozaré todo. O sea que será mejor que me calle y lo proteja. Me refiero al secreto. Es lo que llevo haciendo todos estos años: mantenerlo a buen recaudo.

Paul me habla mientras desayunamos, pero no me he enterado de nada.

—Perdona, cariño. ¿Qué decías?

Intento concentrarme en él, lo tengo sentado enfrente.

—Decía que si no compramos papel higiénico tendremos que limpiarnos con el periódico.

Nada, no lo consigo. Algo sobre el periódico. «Dios mío, ¿lo habrá leído?»

—¿Qué? —exclamo, levantando demasiado la voz.

—Papel higiénico, Emma —me dice en voz baja—. Sólo te lo recordaba, nada más.

—Vale, vale. No te preocupes, iré yo. Tú prepárate para ir a trabajar mientras termino de tomarme el café.

Me sonrío, me besa y pasa unos diez minutos removiendo cosas en su estudio. Aprovecho para tirar mi desayuno a la basura y pasar un trapo por la

encimera. Últimamente estoy limpiando mucho. «Fuera, maldita mancha.»

—Bueno —dice frente a la puerta de la cocina—. ¿Estás segura de que te encuentras bien? Todavía te veo pálida.

—Estoy bien —respondo, y me levanto enseguida. «Vamos, Paul, márchate.»—. Que tengas un buen día, cariño. Acuérdate de ser amable con el jefe del departamento. Ya sabes que vale la pena.

Le quito unas pelusas del hombro, él suspira y recoge su maletín.

—Lo intentaré. Oye, puedo llamar, decirles que no me encuentro bien y quedarme contigo —me ofrece.

—No seas tonto, Paul. Me lo tomaré con calma. Te lo prometo.

—De acuerdo, pero te llamaré a la hora de comer. Te quiero —me dice.

Lo saludo desde la ventana, como siempre. Él cierra la puerta de la verja, da media vuelta y yo caigo de rodillas sobre la alfombra, sola por primera vez desde que he leído la noticia. Fingir que todo va bien ha sido devastador; veía el titular del periódico mirara donde mirase, como si fuese un rótulo de neón omnipresente. Necesito cinco minutos para reaccionar y me echo a llorar a moco tendido, de un modo incontrolable. No lloro a la inglesa, esforzándome en evitarlo y tragándome las lágrimas, sino que doy rienda suelta al llanto, hasta que se agota del todo, y me quedo sentada en el suelo, en silencio.

Cuando suena el teléfono me percato de que ha pasado una hora y no me siento las piernas. Al intentar levantarme, todo son hormigueos, cosquillas y calambres. Debo de haberme dejado llevar por el sueño. Me encanta la imagen que esa expresión evoca en mi mente: la de tenderse en una barca y dejarse llevar por la corriente. Como Ofelia en el famoso cuadro. Aunque ella estaba loca. O muerta. «Basta. Coge el teléfono.»

—Hola, Emma. Soy Lynda. ¿Estás ocupada? ¿Puedo ir a tomar un café?

Quiero decirle que no. Lynda me cae fatal, pero no consigo evitar que lo que sale de mis labios sea un «sí». La cortesía inculcada ha vuelto a ganar la partida.

—Perfecto. Llego dentro de diez minutos.

—Iré calentando el agua —me oigo decir. Parece como si estuviera en una obra de teatro.

Me froto las rodillas para recuperar la sensibilidad y saco del bolso un

cepillo para el pelo. Más vale que me encuentre presentable o se dará cuenta de lo que me pasa.

El marido de Lynda imparte clases en la misma universidad que Paul, aunque en otro departamento. A menudo toman el mismo tren por la mañana. Al parecer, para Lynda eso nos convierte en casi hermanas.

Pero a mí no me cae bien, con esos dientes torcidos hacia dentro, como los de los tiburones, y ese carácter insistente. Ella y otras EDA (Esposas de Académicos, que es como las bauticé cuando me uní a sus filas) cotillean sobre mí, lo sé. Pero no puedo hacer nada al respecto. Ignorarlas. Mantén la calma y sigue adelante.

Lynda se me cuela en casa nada más abrir la puerta. Ha llegado llena de energía, debe de tener buenas noticias sobre Derek. Ojalá no se quede mucho rato.

—Pareces cansada, Emma. ¿Has pasado mala noche? —me pregunta, lo que demuestra que todos mis intentos por arreglarme han sido en vano. Ella se encarga de preparar el café y yo me quedo plantada como una mema en mi propia cocina.

—Mmm..., sí, muy inquieta, le estaba dando vueltas a un fragmento complicado del libro que estoy editando —miento.

Eso la ha contrariado. No soporta el hecho de que yo tenga trabajo y considera un insulto personal que lo mencione. Lynda no trabaja. «Ya tengo demasiadas cosas que hacer en casa, sólo me faltaría tener que trabajar», responde cuando le preguntan por qué. Y normalmente suele acompañarlo con una risa crispada.

En cualquier caso, decide ignorar el desaire que implica mi comentario y me cuenta la noticia que la ha traído hasta aquí. A Derek le conceden otro cargo, de esos con un añadido entre paréntesis, por lo que parece. Eso significa más importancia y algo más de dinero. Está entusiasmada y no disimula su autocomplacencia.

—El jefe de departamento quiere que asuma más responsabilidades. Será director adjunto de asistencia al alumnado, paréntesis, universitario, cierra

paréntesis, a partir del trimestre que viene —me dice. Parece que lo esté leyendo en un comunicado de prensa.

—¿Asistencia al alumnado? Dios mío, se mete de lleno en el mundo de las drogas y las enfermedades de transmisión sexual —digo, regocijándome en la idea de que Derek, el hombre más pomposo del mundo, tenga que ocuparse de gestionar las máquinas dispensadoras de condones.

A Lynda se le anquilosa el gesto cuando me oye mencionar el sexo e intento disimular la satisfacción que me produce ese triunfo insignificante.

—Genial, Lynda —digo—. Creo que la leche ya está... derramada sobre los fogones.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y dejo que parlotee sobre cómo va todo en el departamento. Sé que al final rematará el tema mencionando las «pequeñas dificultades» que está teniendo Paul, y que con ello se referirá a las broncas con el jefe del departamento. Sin embargo, no estoy dispuesta a facilitarle las cosas. Sigo saliendo por la tangente con la esperanza de agotarla: noticias internacionales, retrasos ferroviarios, el precio del café... Aun así, se muestra imperturbable.

—¿Y qué? ¿Cómo va la relación entre Paul y el jefe de su departamento? ¿Ha mejorado? —pregunta, intentando sonreír con cordialidad.

—Ah, nada del otro mundo —digo.

—¿De verdad? Pues yo he oído que el doctor Beecham se lo toma muy en serio.

—No, es una nimiedad. El doctor Beecham pretende eliminar de la programación el curso más popular de Paul para sustituirlo por uno propio. La verdad es que ese tipo es un poco gilipollas.

Los ojos de Lynda se abren como platos al oír la palabra. Queda claro que no se le habría ocurrido jamás para referirse al jefe de departamento.

—Bueno, a veces hay que hacer concesiones. Quizá la clase de Paul acusa el cansancio.

—Estoy segura de que eso no es cierto, Lynda. ¿Te apetece una galleta de jengibre?

Se ha apaciguado mientras mastica y cambiamos de tema para centrarnos en su hija, Joy («Es nuestro tesoro, una verdadera joya. Por eso le pusimos ese

nombre...»), y en los hijos de ésta. Al parecer, tiene un montón. Me doy cuenta de que Lynda no se refiere a ellos como sus nietos cuando relata sus defectos y fechorías. Son «demasiado independientes», según dice, lo que en su asfixiante mundo sin duda supone un pecado terrible.

—El otro día, Josie me dijo que me ocupara de mis asuntos —me cuenta, exasperada—. ¡Con nueve años y le dice a su abuela que se ocupe de sus asuntos!

«Bien dicho, Josie», pienso, pero opto por algo más ambiguo.

—¡Pobre!

Volvemos a la casilla de salida.

—Claro, tú no tienes esa clase de preocupaciones —dice Lynda—, al no tener hijos...

Trago saliva y desconfío de lo que pueda llegar a responderle, por lo que decido mirarme el reloj.

—Lo siento, Lynda. Me ha encantado que nos hayamos puesto al día, pero tengo una entrega pendiente y debo ponerme a trabajar de nuevo.

—Muy bien, trabajadora —dice, aunque no logra que suene cordial. Parece decepcionada, pero sonrío con su Gran Sonrisa Blanca y me pone las manos en los hombros para despedirse con un beso. Cuando se retira, imposta una voz de preocupación exagerada—. Deberías volver a la cama, Emma.

Por dentro, las mando a las dos a la mierda: a ella y a su falsa preocupación.

—Felicita de nuestra parte al nuevo director adjunto de asistencia al alumnado, paréntesis, universitario, cierra paréntesis —digo mientras la acompaño hasta la puerta—. Que tengas un buen día —añado.

«Basta —pienso—. Pareces una de esas dependientas que fingen disposición e interés cuando en realidad les importa todo una mierda.»

Subo al piso de arriba, a mi despacho, y me siento con el bebé del periódico en la cabeza, sobre el regazo y a mis espaldas.

CAPÍTULO 5

Miércoles, 21 de marzo de 2012

Kate

Howard Street, por la parte de Woolwich, no estaba precisamente esplendoroso. Un montón de maquinaria pesada bloqueaba los accesos de las casas y levantaba nubes de humo y polvo en el afán de transformar esa zona de Londres.

Kate había huido de la oficina y se había plantado en un extremo de la calle.

Se concentró en elegir las casas que todavía estaban habitadas. Parecía como si sólo quedaran dos o tres. En el periódico local había leído que las viviendas habían sido expropiadas tras un largo proceso de planificación. Los trabajos de derribo ya habían empezado y la calle parecía una foto retocada de los bombardeos alemanes. Kate se consideraba afortunada por que su esquina con terraza en el este de Londres hubiera pasado desapercibida a los urbanistas que habían decidido reinventar la capital para convertirla en una serie de villas.

Ella y Steve habían comprado aquella antigua vivienda de protección oficial de Hackney a principios de los noventa. Fueron los primeros profesionales liberales que se instalaron en esa calle. La noche que se mudaron, la vecina de rellano, Bet, los obsequió con un guiso de hígado en una

bandeja floreada de pírex como la que tenía la abuela de Kate. Bet merodeó por la cocina inspeccionándolo todo (el hervidor y la tostadora a juego, los ingeniosos imanes de la nevera) e hizo todo tipo de preguntas indiscretas. Sin embargo, sus mundos apenas volvieron a coincidir más allá de algún comentario cordial del tipo «Hola, ¿cómo va todo?».

Cuando invitaban a sus amigos para una barbacoa o una cena bien regada con vino y se ponían a descorchar botellas en el jardín, notaban el recelo silencioso de los vecinos. Aun así, poco a poco fue llegando más gente como ellos, en busca de precios asequibles, y la calle tuvo por primera vez una puerta principal de color negro brillante con un pimentero plantado en una maceta, junto al umbral. El pimentero aguantó intacto una sola noche, pero el mensaje quedó claro.

A esas alturas, Bet y una pareja de ancianos que vivía al fondo de la calle eran los únicos supervivientes de los viejos tiempos, rodeados por una oleada creciente de poda ornamental y persianas romanas. Al parecer, la apertura reciente de un supermercado Marks and Spencer en la esquina que había ocupado el videoclub había sido el golpe de gracia para el barrio antiguo.

«Gracias a Dios no tenemos que soportar todo esto», pensaba Kate mientras observaba el panorama. Con las obras, los interiores de las casas de tres plantas habían quedado a la vista y parecían casas de muñecas de tamaño real en las que las cortinas ondeaban tristemente. El único indicio de vida humana era la luz de una cocina que relucía entre aquella penumbra industrial.

Kate se acercó andando hasta la puerta y llamó al timbre del piso inferior. Había un apellido escrito en boli junto al pulsador: «Walker». Una anciana abrió la puerta e inspeccionó los alrededores con inquietud.

—Hola, ¿la señora Walker? —preguntó Kate, recurriendo a sus dotes interpretativas—. Siento molestarla, pero estoy escribiendo un artículo para el *Daily Post* sobre los cambios que se están produciendo por esta zona.

Había decidido no sacar el tema del bebé enseguida.

«Vísteme despacio...»

La mujer la miró con detenimiento y luego abrió la puerta del todo.

—Entre, pues. Pero rápido, no quiero que me entre polvo en casa.

Una vez dentro, la anciana apartó un Jack Russell decrepito del sofá e

invitó a Kate a sentarse.

—Tiene que disculpar a *Shorty*. Está cambiando el pelaje —dijo mientras quitaba unos pelos que habían quedado pegados a la tapicería—. ¿Para qué periódico me ha dicho que trabaja?

—El *Daily Post*.

—Ah, qué bien. Es el que compro yo.

Kate se relajó un poco. Estaba salvada.

Las dos mujeres charlaron sobre los trabajos de construcción que tenían lugar frente a su ventana, levantando la voz cada vez que se oía el rugido de un camión acelerando para superar la cuesta.

Kate se centró en asentir para demostrar su solidaridad y en reconducir, poco a poco, la conversación con la señora Walker hacia el tema de la tumba encontrada entre las obras.

—He oído que los obreros hallaron un cadáver durante las obras —comentó la periodista.

La anciana cerró los ojos.

—Sí, un bebé. Terrible.

—Terrible —repitió Kate, negando con la cabeza en sincronía con la señora Walker—. Me da pena el hombre que lo encontró. Seguro que le llevará su tiempo recuperarse.

—Sí —convino la señora Walker.

—Pero también me plantea dudas la madre —prosiguió Kate—. Quién era, quiero decir.

Había dejado el cuaderno a un lado, para demostrarle a la señora Walker que «sólo estaban charlando».

La mujer no era tan mayor como le había parecido al principio. Unos sesenta, supuso, aunque parecía bastante maltratada por la vida. Había algo en ella que parecía una atracción de feria: colores chillones con la intención de distraer la atención de un rostro cansado. Kate se fijó en la pátina pelirroja de un pelo teñido en casa y en el maquillaje que rellenaba las arrugas que se le formaban alrededor de los párpados.

—¿Tiene hijos? —preguntó Kate.

—No —respondió la señora Walker—. No tengo hijos. El único que me

hace compañía es *Shorty*.

Acarició a su mascota en silencio y un escalofrío de placer recorrió el cuerpo del perro.

—Es un perro encantador —mintió Kate. No le gustaban los chuchos. Había tenido ya más de un enfrentamiento por la calle con bestias salvajes que habían intentado morderla y ponían a prueba la resistencia de las correas con que sus dueños procuraban contenerlos. Siempre le decían lo mismo: «No se preocupe, no la morderá». Sin embargo, la mirada que detectaba en los ojos del animal la avisaba de que sólo esperaban la oportunidad de hacerlo. *Shorty* la estaba evaluando, pero Kate se obligó a ignorarlo.

—Bueno, tampoco saben cuándo lo enterraron, ¿verdad? —dijo la señora Walker—. He oído que incluso podría llevar ahí desde hace siglos. Tal vez no lleguemos a saberlo jamás.

—Sí, claro —murmuró Kate para darle la razón mientras asentía con la cabeza ladeada. No era eso lo que quería oír—. ¿Cuándo se enteró de que lo habían encontrado? Estando aquí delante, al otro lado de la calle, debió de verlo todo, ¿no?

—No soy una vieja chismosa —respondió la señora Walker, levantando un poco la voz—. No me meto donde no me llaman.

—Por supuesto que no —la tranquilizó Kate—. Pero también debió de ser difícil ignorar los coches de policía y tanto ajeteo. Desde luego, si sucediera algo así delante de mi casa, yo me moriría por saber qué ocurre.

La anciana se tranquilizó enseguida.

—Bueno, vi cómo llegaba la policía, sí. Y más tarde uno de los trabajadores, John, el encargado de las obras, me contó lo que habían hallado. Estaba muy afectado, tiene que ser horrible encontrar algo semejante. Me pareció que estaba conmocionado y le preparé un té con azúcar.

—Un detalle muy amable por su parte —aseguró Kate—. ¿Cree que su amigo John podría saber más cosas sobre cuándo enterraron al bebé? Tal vez la policía le contó algo, ¿no?

—No se lo sabría decir. John lo vio..., al bebé, quiero decir. Me contó que no era más que un amasijo de huesos diminutos, que no había quedado nada más. Es horrible.

Mientras la señora Walker preparaba una taza de té, Kate aprovechó para sacar su cuaderno y anotar el nombre del obrero y la cita de los huesos diminutos.

Veinte minutos y un té con dos azucarillos más tarde, Kate se dirigió a la oficina de las obras, en el primer piso de una caseta de módulos prefabricados que ofrecía vistas panorámicas sobre el caos desplegado.

Un tipo bajo y fornido con vaqueros la abordó en la misma puerta.

—¿Puedo ayudarla?

—Hola. ¿Usted es John? He estado hablando con la señora Walker, la vecina que vive más abajo, y me ha sugerido que venga a verle.

La expresión del rostro del capataz quedó algo suavizada.

—Es encantadora. Fue modelo o algo así, ¿sabe? Hace mucho tiempo, claro está. Pasa por aquí delante cada día, cuando saca a pasear al perro, y se para a charlar un rato. A veces me trae un trozo de tarta y cosas así. Debe de sentirse sola, ahora que se le han marchado casi todos los vecinos.

Kate asintió.

—Seguro —dijo—. Tiene que ser duro envejecer hoy en día, cuando todo cambia tan deprisa.

La cháchara ya había durado bastante y Kate pensó que el capataz debía de estar preparando una excusa para poder marcharse de una vez.

—Perdone, no me he presentado. Me llamo Kate Waters —se presentó, extendiendo la mano. La gente suele ser más amable cuando te ha estrechado la mano.

—John Davies —respondió él automáticamente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy periodista y estoy escribiendo un artículo sobre el cadáver encontrado en la obra. —El capataz hizo ademán de volverse, pero Kate prosiguió de todos modos—. Pensé que debió de ser una verdadera conmoción para usted, pobre —añadió enseguida.

Él se dio la vuelta.

—Pues sí. Perdone que no sea más amable, pero la policía ya estuvo aquí,

precintó la escena del crimen y nos impidió seguir trabajando. Los hombres están asustados y encima llevamos mucho retraso.

—Debe de ser una pesadilla —aseguró Kate.

—Así es —convino Davies—. Mire, no debería estar hablando con la prensa. El jefe me cortará los huevos si se entera.

—Igual que el mío, vaya —afirmó Kate con una sonrisa—. Vamos, le invito a una cerveza en el pub que hay aquí arriba. Es hora de comer y sólo quiero hacerme una idea del contexto. No tengo por qué citar su nombre.

Davies titubeó un poco.

—Sólo me propongo descubrir quién era el bebé. Es terrible que lo enterraran y ni siquiera sepamos su nombre, ¿ni que fuera un indigente de la época victoriana!

—De acuerdo. Pero sólo una —dijo él mientras cerraba la verja de las obras con un candado.

—Genial —exclamó Kate con una sonrisa radiante.

John parecía algo incómodo y, al pasar frente a la casa de la señora Walker, Kate saludó a su nueva amiga, que estaba mirando por la ventana de la cocina.

CAPÍTULO 6

Miércoles, 21 de marzo de 2012

Kate

El pub ya estaba repleto de obreros, y el olor intenso del cemento húmedo se mezclaba con el de la cerveza derramada la noche anterior cuando Kate se abrió paso hasta la barra, ya con un billete de diez libras en la mano.

—Un vino blanco con soda —pidió—. ¿Qué tomará usted, John?

—Una pinta de cerveza con limonada, por favor.

El propietario, con los ojos ocultos tras unas gafas de montura gruesa, empujó los dos vasos llenos y le devolvió un puñado de monedas a Kate sin mediar palabra.

—Este tipo debería volver a la escuela donde le enseñaron buenos modales y reclamar que le retornen el dinero —soltó Kate mientras dejaba las bebidas en una mesita repleta de marcas de vasos.

—No está tan mal —repuso John con brusquedad, justo antes de tomar el primer trago—. Estando al lado de las obras, a este pub le irán bien las cosas si aprueban la segunda fase. Tiene que ser duro servirnos a nosotros, que somos las fuerzas destructivas.

—Supongo que sí. ¿Cuánto tiempo hace que duran las obras?

—Meses, aunque en realidad parecen años.

Kate dio un sorbo a su bebida. El cabrón del propietario le había puesto

limonada en lugar de soda, y había quedado tan dulzona que le dio dentera.

—Debe de ser un trabajo duro.

—Y lo de la semana pasada no ayudó precisamente. Fue horrible. —John bajó el vaso y dejó la mirada perdida en su interior.

—Me lo imagino. ¿Fue usted quien encontró el cadáver?

—No, fue uno de los peones. Pobre chico, sólo tiene diecinueve años. Está de baja desde entonces.

—¿Qué ocurrió?

John Davies vació su vaso.

—Le traigo otra —se ofreció Kate.

Cuando volvió a la mesa, el capataz estaba pelando la capa impresa del posavasos, perdido en sus cavilaciones.

—Peter estaba sacando escombros de la parte trasera, donde estaban las casas, para que pudieran acceder las máquinas —comenzó John sin levantar la mirada—. Tenía que mover una de esas macetas de cemento. Dijo que al arrastrarla por el suelo removió la tierra y de repente vio el hueso. Era tan pequeño que pensó que sería de un animal y lo recogió para verlo mejor. Pero había más. Cuando se dio cuenta de lo que podía ser soltó un grito. Yo creí que se había cortado una pierna o algo, nunca había oído un chillido como ése.

—Debió de quedar muy conmocionado. Bueno, todos ustedes —murmuró Kate para animarlo.

El capataz asintió con cansancio.

—Peter es muy religioso. Viene de Europa del Este, ¿sabe? Siempre está hablando sobre espíritus y cosas así. En cualquier caso, fui a echar un vistazo. Era tan pequeño que parecía un pajarillo. Lo habían envuelto con algo y tenía pegados varios trozos de papel y de plástico. Llamé a la policía y vinieron a verlo.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Kate.

—Tras la hilera de casas adosadas que derribamos hace un par de meses. Viviendas viejas y grandes que estaban hechas polvo; algunas tenían hasta cuatro plantas y estaban divididas para formar estudios y pisos de alquiler. Estaban tan destartadas que parecían a punto de desplomarse sin necesidad de que hiciéramos nada.

Dicho esto, se puso de pie.

—En fin, tengo que volver al trabajo. Gracias por la invitación. Y recuerde: nada de citar mi nombre.

Ella sonrió y le estrechó la mano.

—Por supuesto. Gracias por la charla, John, me ha ayudado mucho. ¿Cree que Peter estaría dispuesto a hablar conmigo? Sólo querría comprobar unos cuantos detalles.

—Lo dudo —aseguró John.

—Oiga, ¿podría darle usted mi número por si quiere ponerse en contacto conmigo? —preguntó ella, ofreciéndole una tarjeta de visita.

John Davies se metió la tarjeta en el bolsillo de los pantalones y asintió para despedirse. El resto de los obreros que estaban en el bar lo siguieron y Kate se quedó sentada, anotando unas cuantas cosas, aprovechando el silencio. Sin embargo, la calma no duró mucho: el propietario del local se le acercó para recoger los vasos e interrumpir sus reflexiones.

—He oído que es usted periodista.

Ella levantó la mirada y sonrió.

—Sí, me llamo Kate, del *Daily Post*.

—Graham —se presentó, mostrando un talante más sociable en cuanto se hubieron marchado los clientes—. ¿Qué la trae por aquí?

—El cadáver del bebé que encontraron en la obra.

El propietario se sentó a horcajadas en el taburete tapizado de cuero sintético que quedaba justo delante de ella.

—Ah, ya veo. Es increíble eso de enterrar a un bebé en el jardín. Te obliga a preguntarte qué debió de ocurrirle al pobre. ¿Cree que fue un asesinato?

Kate bajó el bolígrafo y lo miró.

—Exacto, eso es justo lo que he pensado —contestó ella—. ¿Quién podría matar a un bebé? Resulta difícil imaginarlo.

Se quedaron sentados un momento en silencio.

—¿Conocía usted a la gente que vivía en esas casas? —preguntó Kate—. La policía debe de estar muy ocupada intentando descubrir dónde viven ahora.

—Pues les costará encontrarlos. La mayoría estaban de alquiler y se mudaban cada dos por tres —respondió—. Lo típico de siempre: el

propietario no vivía en la finca, tenía muchas propiedades y por eso los precios eran bajos. Los apartamentos eran un asco, de esos que la gente abandona a las primeras de cambio. En cualquier caso, al bebé no lo enterraron hace poco, me lo contó un poli que vino a investigar el tema. Puede que lo dejaran allí hace cuarenta o cincuenta años.

—¿De verdad? ¿Y cómo pueden saber ese tipo de cosas? Entonces sucedió mucho antes de que usted llegara aquí, ¿no?

El propietario sonrió, intentando encajar con humildad aquel halago a todas luces excesivo.

—Mucho tampoco —dijo—. ¿Quiere otra? —preguntó, señalando los restos pegajosos que habían quedado en el fondo del vaso de Kate.

—Gracias, pero sírvame solamente soda, esta vez sin vino. Tengo que conducir.

Dicho esto lo siguió hasta la barra, decidida a no perder la oportunidad que le había brindado.

—En cualquier caso —prosiguió ella—, ¿quién tenía el pub por aquel entonces, en los setenta y en los ochenta? Los propietarios debían de conocer a la gente que vivía en la calle, ¿no?

—Eran los padres de mi media naranja —dijo él—. Nosotros tomamos el relevo. Toni tal vez pueda ayudarla, pero ahora está trabajando.

—No se preocupe, puedo volver otro día —replicó Kate.

CAPÍTULO 7

Jueves, 22 de marzo de 2012

Emma

Es la hora de comer y sigo en la cama, en el mismo lugar que esta mañana, cuando Paul se ha marchado a trabajar. Las pastillas de la felicidad están obrando su magia y comienzo a sentir un plácido aturdimiento, por lo que me obligo a levantarme. Noto que llevo impregnado en el cuerpo el olor rancio de las sábanas y decido quedarme bajo la ducha hasta que se me empiezan a arrugar las puntas de los dedos. Luego me pongo un vestido holgado para ocultar mi cuerpo.

He vuelto a dejar los tranquilizantes en el armario del baño y he cerrado la puerta. Odio las pastillas, significan que estoy fracasando. Me gustaría tirarlas a la basura, pero ¿y si no consigo salir adelante sin ellas?

Quizá esta vez debería buscar otra clase de ayuda; algo que no sea químico. Sólo de pensarlo casi me río en voz alta. Eso supondría tener que hablar, ¿no? Contarle a alguien lo que pienso, por qué estoy hecha un asco, qué hay en el fondo de todo esto. Eso significaría barrer el polvo suelto para luego excavar la gruesa capa de barro seco que envuelve mis recuerdos.

Mi madre, Jude, en una ocasión me sugirió que fuera a una de esas terapias que implican hablar por los codos. Fue cuando empezaba a tener días malos, pero me negué a subir al coche cuando quiso llevarme a ver a un terapeuta.

Montamos una escena horrible en plena calle, ella gritándome que entrara y yo aferrada a la puerta del coche para evitarlo. Dios mío, ¿qué me pasó? El caso es que en esos momentos, igual que ahora, sabía que el silencio era la única opción. Además, tampoco estoy dispuesta a probar nada distinto, es demasiado tarde. Me limitaré a barrerlo bajo la alfombra, a tomar pastillas hasta que recupere el control y pueda seguir con mi trabajo. A llenar mi vida con otras cosas para correr un tupido velo que cubra el miedo, como de costumbre.

Como siempre.

En cualquier caso, voy a salir. Tengo que comprar carne para la cena de Paul. Para compensar que se me quemara la de ayer y tuviese que recurrir a los congelados. La palabra «carne» se me clava en la cabeza. Carne y sangre. Me entran ganas de vomitar.

«Basta», me digo a mí misma, retorciéndome la piel del estómago a través del vestido.

Nada más entrar en la carnicería me asalta el olor metálico de la sangre, que de repente me cubre la garganta. Noto cómo crece el pánico en mi interior, por lo que me quedo quieta en la cola, practicando la técnica de respiración que me enseñaron en la clase de yoga: tomo aire por el agujero derecho de la nariz y lo saco por la boca. ¿O tenía que aspirarlo por el orificio izquierdo?

—Señora Simmonds —dice el carnicero, levantando bastante la voz—. ¿Qué le apetece hoy?

Me sobresalto y salgo de un respingo de mi estado de meditación.

—Ah, filete, por favor. Un filete de solomillo —respondo sin pensar. Yo me haré una ensalada.

El carnicero no parece impresionado.

—¿Sólo uno? ¿Le toca cenar sola esta noche? —pregunta, riendo con la cara enrojecida bajo el ridículo sombrero de paja que lleva puesto.

Lo miro e intento reír para demostrar a las demás mujeres de la carnicería que participo en la broma. Pero mi risa suena falsa.

—Sí, George Clooney me ha vuelto a dar plantón —respondo.

Meto el paquete en mi cesta, pago el dineral que me pide por el filete y regreso a casa para intentar hacer algo de provecho.

Son las cinco en punto y Paul no tardará en llegar. La idea me obliga a teclear más deprisa. Seguiré una hora más y luego volveré a ocuparme de las tareas domésticas. Todavía no puedo parar, tengo que continuar. Si paro, volveré a pensar en el bebé. Distráete, distráete, distráete.

La mayoría de los días doy gracias a Dios por el hecho de tener trabajo. Me metí en el mundo de los libros hace unos diez años, cuando una buena amiga que trabajaba en una editorial se vio desbordada un fin de semana y me pidió que la ayudara con la revisión de un borrador. Siempre había escrito para mí misma, y en la universidad, pero aquello suponía arremangarse de verdad, traducir pasajes que parecían escritos por un futbolista adolescente y convertirlos en una prosa conmovedora.

Resultó que se me daba bien y me consiguió más trabajo. Ahora mismo estoy inmersa en una ruptura conyugal, navegando entre la pena, la culpa y el alivio que siente una joven actriz que acaba de dejar a su marido «de toda la vida» y el optimismo (que acaba siendo injustificado) ante su primera boda con un tipo «del gremio». Nunca llego a conocer a los autores, en eso consiste el trabajo de un negro literario. Los que trabajan con grandes estrellas dedican horas e incluso semanas a desentrañar sus historias y sentimientos, pero yo no juego en esa liga. Mis clientes son más bien ganadores de Factor X y ese tipo de cosas. Por lo que veo, basan la mayor parte de esos libros en recortes de revistas y periódicos, y mi tarea consiste en pulir y remendar la historia hasta que alcance un nivel decente. Nunca acaba siendo muy satisfactorio, pero cuando hay prisa porque se prepara una noticia bomba (una muerte, un escándalo, un éxito) hay que hacerlo así.

A veces es un trabajo duro y a veces, cuando todas y cada una de las palabras me hacen sudar la gota gorda, maldigo a los millones de personas que compran biografías de famosos sólo para mirar las fotos.

Sin embargo, está bastante bien pagado y me permite ganar mi propio dinero. Paul cree que este trabajo está por debajo de mi talento, pero lo que cuenta es que puedo hacerlo desde casa y de forma anónima.

Nadie sabe quién es Emma Simmonds, a pesar de que mis palabras se

venden por todo el mundo, en un montón de idiomas. Mi nombre no aparece jamás en la cubierta del libro y me parece bien, quiero seguir así. Paul dice que debería recibir un reconocimiento, aunque la mera idea me hace reír.

Siempre funciona. Él ya tiene bastante con lo suyo, con el doctor Beecham y sus confabulaciones. Paul se preocupa más de lo que demuestra y yo intento infundirle confianza. Le digo lo bueno que es como profesor y lo mucho que los alumnos adoran sus clases.

Y cuando eso no funciona, le digo que me salvó la vida apiadándose de mí, con eso siempre consigo hacerle sonreír. Me pregunto si se acuerda de esos primeros tiempos, en la década de 1990, cuando yo intentaba rehacer mi vida. Era demasiado mayor y demasiado distinta al resto de los alumnos para sentirme integrada. Y entonces apareció Paul. Decidí ir a por él desde el primer curso, aunque no fue hasta el último cuando conseguí enamorarlo. Fue complicado porque era mi tutor personal, pero eso no me importó lo más mínimo, no en esa época. Pensaba que el doctor Paul Simmonds era la solución a todos mis problemas.

Tenía veinte años más que yo y era maravillosamente inteligente y divertido, con un estilo austero y académico. Un soltero con las camisas arrugadas y los calcetines desparejados que vivía completamente absorto en el trabajo.

—Me embelesaste —le digo, y él se ríe.

—¿Yo? No soy capaz de embelesar a nadie —responde.

Pero es cierto. Cuando te hablaba, era capaz de embelesarte. Al menos a mí. Y tenía la sensación de que se dirigía siempre a mí. Sus clases sobre la psicología de las heroínas trágicas de Shakespeare estaban dedicadas a mí. Y yo me sentaba en su clase con la sensación de que nos comprendía, a mí y a mi aturullada cabeza. De hecho, creí que sería capaz de convertirme en alguien mejor. Pobre Paul, menuda responsabilidad.

Él dice que se enamoró de mí enseguida, pero creo que los dos sabemos que ha exagerado nuestra historia. La verdad es que primero se sintió halagado por el interés que demostré en sus clases, luego se apiadó de mí al ver lo mucho que me costaba sobrellevar los trabajos y la vida académica, y al final me acogió en su departamento para motivarme. Pobre Paul. No tenía ni idea de

dónde se metía.

Empecé a seguirlo por todo el campus, me sentaba al fondo de todas sus clases sólo para poder estar cerca de él. Los alumnos de mi curso se dieron cuenta enseguida de lo que ocurría y cada vez que me veían se pegaban codazos de complicidad y susurraban comentarios maliciosos.

Al final, incluso Paul se dio cuenta de que la cosa se estaba saliendo de madre e intentó hablar conmigo sobre mi comportamiento, dejando muy claras sus responsabilidades profesionales e instándome a encontrar un novio de mi edad. Qué encanto.

—Vamos, Emma —me dijo—, podría ser tu padre.

Jude habría dicho que se trataba precisamente de eso, si se lo hubiera contado. Pero no lo hice. Mi madre no formaba parte de mi vida por aquel entonces. No tenía que contarle a nadie que veía a Paul como mi puerto seguro y que no estaba dispuesta a perderlo. Más adelante, él me dijo que fue mi vulnerabilidad lo que acabó seduciéndolo. Dijo que lo necesitaba más que cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Qué romántico. No como nuestra primera cita clandestina, en un restaurante oriental mugriento, con las paredes forradas de un papel pintado chillón y una música estridente que ahogó las respectivas declaraciones de amor. Paul casi tuvo que gritar para que le oyera.

Tuvimos que esperar hasta que terminé el grado para hacerlo público, aunque en realidad ya todo el mundo lo sabía. Seguimos en el departamento despertando rumores escandalizados durante dos trimestres más, hasta que Paul sugirió buscar otro empleo para poder empezar de nuevo.

—Y no mencionaremos que todavía eras alumna mía cuando nos enamoramos —dijo—. Mejor que no. *Mea culpa*, pero bueno, más vale no despertar a la bestia y todo eso...

Siempre me ha parecido una expresión curiosa. No despertar a la bestia. Porque aunque la bestia esté dormida, en algún momento tendrá que despertarse, ¿no?

CAPÍTULO 8

Jueves, 22 de marzo de 2012

Kate

Peter, el peón, llamó al día siguiente por la mañana, con voz dubitativa, intentando expresarse en un idioma que para él era extranjero.

—¿Señora Waters? —preguntó—. Soy Peter. John me ha dicho que quería hablar conmigo.

Kate tensó la mano ligeramente para agarrar mejor el teléfono. En realidad no confiaba que acabara contactando con ella.

—¡Peter! Muchas gracias por llamar. Sé que debe de estar conmocionado por lo ocurrido.

—Sí, muy conmocionado —afirmó—. ¿Quién le ha dado mi nombre?

—Bueno, la policía me facilitó información sobre el caso —contestó Kate enseguida. Era evidente que su interlocutor estaba nervioso, por lo que optó por no alarmarlo. Sería más sencillo si se veían en persona, podría recurrir mejor a sus encantos—. Mire, es difícil hablar de esto por teléfono —añadió ella—. Un tema tan delicado... ¿Qué le parece si nos vemos en persona, Peter? Podría acercarme hasta su casa.

Él titubeó un poco.

—Bueno, de acuerdo —convino—. Pero sólo un rato. Ahora vivo en casa de un amigo, en Shepherd's Bush. ¿Podemos vernos allí? ¿En la cafetería que

hay junto a la estación, quizá?

—Por supuesto. No estoy muy lejos. Podría llegar en media hora, ¿le parece bien?

Kate ya estaba recogiendo el bolso que había colgado del reposabrazos de la silla. Gordon Willis levantó la mirada. Se entrometía en todas las conversaciones, y encima le había oído mencionar a la policía. Ése era su terreno y lo protegía celosamente.

—¿Qué te propones? —preguntó—. ¿Es algo que deba saber?

—No. Sólo es un bebé muerto en Woolwich. Salió en el *Standard*, Gordon —dijo ella, quitándole importancia a la historia para desviar cualquier interferencia. El de sucesos tenía fama de aprovechar cualquier ocasión para estampar su firma en el trabajo de los demás.

—Sí, ya lo vi —comentó—. Los polis creen que llevaba allí mucho tiempo. Que incluso podría ser antiguo.

—Bueno, se me ocurrió que podía echarle un vistazo. Tal vez hay una buena historia de interés humano detrás.

—Cosas de chicas —afirmó él antes de volver al crucigrama que estaba resolviendo.

Peter estaba sentado frente a una Coca-Cola cuando Kate se acercó a su mesa. Era delgado como un palillo y tenía la piel tan pálida que las venas se le veían a simple vista. Levantó la mirada al ver que ella se le acercaba, se puso de pie y le tendió una mano que a Kate le pareció fría y temblorosa.

—Gracias por atenderme, Peter. De verdad, se lo agradezco mucho —dijo ella con un tono de lo más cordial mientras se sentaban—. Sólo quería asegurarme de no cometer errores con el artículo, aunque sólo sea por respeto al bebé.

Ese comentario dio en el clavo. A Peter se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la mirada enseguida.

—Era muy pequeño. Apenas se veía entre los escombros —murmuró, como si hablara con su vaso—. No sé qué estaba buscando, cuando de repente vi...

Kate memorizó sus palabras de forma automática y empezó a redactar mentalmente la introducción.

—¿Por qué tenía que cavar precisamente allí? —preguntó ella para intentar sacarlo del escollo y abrir la conversación—. Cuénteme lo que hizo ese día.

Peter vacilaba al hablar y de vez en cuando levantaba la cabeza mientras le contaba que le habían encargado abrir un camino a través de los jardines para permitir el paso de una excavadora.

—Costaba bastante cavar allí. John dijo que hacía mucho tiempo había habido edificios y que habían dejado los cimientos, de manera que habían quedado bajo los jardines. Llovía y el suelo estaba muy resbaladizo por culpa del barro. Recuerdo que estábamos riendo con el conductor de la excavadora porque ya nos habíamos caído los dos. Hasta ese momento fue divertido... —dijo, aunque enseguida pareció sorprendido por su propia falta de seriedad.

—No pasa nada, Peter —le disculpó Kate—. No es ninguna falta de respeto. Simplemente ocurrió así, en ese momento se estaba divirtiendo y eso no puede cambiarlo.

El peón asintió para agradecer el comentario y se inclinó para apoyarse en los codos antes de llegar al clímax de la historia.

—Estaba apartando un macetero de cemento enorme y el conductor regresó a la cabina para pasar con la excavadora por el hueco que yo estaba abriendo. Y entonces lo encontramos. Estaba enterrado bajo la superficie, pero al arrastrar la maceta la tierra quedó revuelta y cuando metí la mano...

Se le quebró la voz y empezó a llorar, cubriéndose la cara con aquellas manos enrojecidas y agrietadas.

Kate le tendió una servilleta barata, demasiado delgada y lisa para absorber nada, y le tocó la mano ligeramente.

—Por favor, no se torture, Peter. Nada de esto es culpa suya. Además, tal vez de este modo pueda enterrarse al bebé como corresponde.

Peter levantó la mirada.

—Eso es lo que me ha dicho el párroco. Estaría bien.

—¿Había algo más junto al cuerpo? ¿Ropa, juguetes? —preguntó ella con la esperanza de encontrar más detalles que pudieran aproximar el bebé a los

lectores. Sabía muy bien que a la mayoría de la gente no le importaban lo más mínimo los esqueletos.

—No, no vi nada de nada. Unos papelitos, pequeños como confeti, según mi jefe. Yo no pude volver a mirar después de sacar el primer hueso.

—Debió de ser terrible para usted —dijo Kate, y echó una rápida ojeada a su reloj aprovechando que cogía la taza de té para tomar un sorbo—. ¿Cómo piensa volver a casa? ¿Quiere que llame a un taxi?

Peter negó con la cabeza y se puso de pie.

—Prefiero volver a pie, gracias. Me ayudará a calmarme.

Durante el camino de vuelta a la oficina, después de haber comprobado que había escrito bien el apellido de Peter y de haber pagado la cuenta, Kate se preguntó si el periódico le publicaría el artículo. Tendría que esmerarse para defenderlo en la redacción. De momento, no es que tuviera gran cosa: sólo un cadáver y un obrero lloroso. Sin embargo, decidió escribirlo y esperar a ver qué le parecía a Terry.

El artículo apareció en la parte inferior, entre las páginas finales de la edición del sábado siguiente. Kate había conseguido estirar lo que tenía hasta las quinientas palabras, reforzando el emotivo testimonio de Peter con algo de color de Howard Street y una cita anodina de la policía sobre las «investigaciones en curso». Había terminado con una pregunta acuciante, destinada a captar la implicación de los lectores. El redactor la había aprovechado para el titular: «¿Quién es el bebé de las obras?».

Aun así, Kate no quedó satisfecha con el artículo. Consideraba que el hecho de titularlo con una pregunta equivalía a admitir un fracaso. Si se veía obligada a preguntar era porque no había conseguido precisar nada. Estaba segura de que podía obtener algo más, pero necesitaba que el equipo forense de la policía hiciera su trabajo para continuar con el seguimiento.

Y sabía que necesitaba buscar otras historias para que su nombre continuase apareciendo en el periódico y el redactor jefe no se olvidara de

que existía.

Sin embargo, no conseguía sacarse de la cabeza la imagen del bebé, envuelto en papel como si fuera basura.

Le costaría olvidarlo.

CAPÍTULO 9

Sábado, 24 de marzo de 2012

Angela

En realidad, no sabía por qué había cogido el periódico. Nick había echado un vistazo a la sección de deportes después de haberlo traído del taller esa mañana y luego lo había dejado encima de la mesa. Angela ya había planificado todo lo que tenía que hacer esa mañana (comprar en el supermercado y tomar un café con Louise camino de casa), pero había abierto el periódico y se había dedicado a hojearlo mientras esperaba a que terminara el centrifugado de la lavadora. Se había propuesto meter la colada directamente en la secadora antes de salir. Ni siquiera lo estaba leyendo, se limitaba a mirar las fotografías. Pero se detuvo en seco al ver la palabra «bebé».

«¿Quién es el bebé de las obras?», preguntaba el titular.

Siguió leyendo, sintiendo un hormigueo bajo la ropa. Habían descubierto el cadáver de un bebé. Fue la palabra «descubierto» la que le arrancó un grito. Nick acudió corriendo a ver qué le pasaba.

—¿Qué te pasa, Angie? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

Angela no podía hablar. Se limitó a mostrarle el periódico, señalando el titular con un dedo.

Él miró el artículo que le indicaba y reaccionó con un gesto de

agotamiento que ella captó de inmediato.

—Angie, amor mío, eso no significa nada. Lo sabes, ¿no? Ya nos ha pasado demasiadas veces, ¿no?

Ella se negó a mirarlo y siguió leyendo y releendo el artículo. Memorizándolo.

—Pero es justo después de su cumpleaños. Podría ser una señal.

—Angie —dijo él, esta vez levantando un poco la voz—. Cuanta más esperanza tengas, más te dolerá. Acabarás enfermado, como las otras veces.

Ella asintió. Habían encontrado un cadáver en Staffordshire en 1999 y en su momento estuvo segura de que era Alice. Lo había notado en los huesos. Pero al final resultó no serlo, puesto que era un chico, el hijo de alguna pobre desdichada que se dedicaba a asfixiar a sus recién nacidos como método anticonceptivo. La policía terminó encontrando un par más en el frigorífico.

—La policía se habría puesto en contacto con nosotros si hubiera alguna posibilidad de que fuera Alice, ¿no crees? —dijo Nick, utilizando de una vez por todas el nombre de su hija.

—Se han olvidado de ella —dijo Angela. Seguro que sí, todo el mundo la había olvidado. Y sabía que todo el mundo quería que también ella la olvidara. La policía se había cansado de sus llamadas.

«Nos pondremos en contacto con usted en cuanto sepamos algo, señora Irving», le había dicho el último agente con el que había hablado. Le había parecido aburrido e irritado, sabía que sus llamadas se habían convertido en un incordio para los policías. Angela no había vuelto a llamar desde entonces y en esos momentos, trece años después, no sabía a quién llamar.

Dobló el periódico y lo dejó junto al reposabrazos de la butaca para recogerlo más tarde.

—¿Quieres que te acompañe al supermercado? —preguntó Nick—. Puedo echarte una mano para cargar la compra. Tienes que cuidar tu espalda.

Angela no intentó volver a leer el artículo hasta que Nick se hubo acostado. Luego lo sacó del sitio en el que lo había escondido y lo alisó con la mano. Lo leyó dos o tres veces más. Luego anotó en su agenda el nombre de la

periodista y dobló la página hasta que quedó reducida a un cuadradito de papel diminuto. Pensó en la posibilidad de llamar a esa tal Kate Waters, sólo para hacerle unas cuantas preguntas. ¿Qué tenía de malo?

CAPÍTULO 10

Sábado, 24 de marzo de 2012

Emma

He creado una alerta de Google para la historia del bebé. Sé que me había propuesto no hacer nada al respecto, pero es normal que quiera estar al corriente de lo que sabe la gente, ¿no? Por si acaso, para estar preparada.

Y esta mañana me he encontrado este asunto en mi bandeja de entrada: «¿Quién es el bebé de las obras?».

Una periodista ha estado hurgando en el caso, ha magnificado la historia y ha hablado con el pobre hombre que encontró el cadáver. Y con la policía.

Noto cómo me late el corazón y cómo las puntas de mis dedos vibran sobre el teclado del ordenador. «¿Con quién más hablará?» Escribo su nombre, Kate Waters, en un bloc de notas que tengo junto al ordenador y leo el artículo, una y otra vez.

Cuando suena el teléfono, dejo que salte el contestador. Sin embargo, escucho el mensaje que me deja mi madre. Su voz resuena por el hueco de las escaleras y me llega desde el aparato que tenemos en el recibidor como si me hablara desde mi propia casa. Como si estuviéramos de nuevo en Howard Street y me despertara para ir a la escuela.

Sabía que me llamaría justamente hoy, porque es mi cumpleaños, uno de esos días que mantiene el contacto conmigo desde que volvemos a dirigirnos

la palabra. Sólo han pasado unos cuantos años desde que se produjo el gran reencuentro y ahora somos más bien como primas lejanas, siempre buscando puntos en común cuando hablamos.

—¿Te acuerdas de aquella habitación con baño tan horrible que tenía tu abuela? —me dirá Jude.

—¡Sí, menos mal que el verde aguacate pasó de moda! —responderé yo. Luego nos reiremos y sentiremos cierta proximidad, que durará unos minutos. Pero ese juego nostálgico no basta para mantenernos unidas. Todavía hay demasiadas zonas prohibidas entre nosotras.

Por eso nos llamamos para felicitarnos por el cumpleaños, por Navidad y esas cosas. Es una rutina que nos permite mantener el contacto con la ayuda de un calendario en lugar de confiar en nuestros sentimientos.

El caso es que he pasado tanto tiempo sin madre que me he dado cuenta de que no la necesito, y estoy segura de que a Jude le sucede lo mismo conmigo. En realidad es extraño. Ninguna de mis relaciones es como las que suele tener la gente. Mi madre es una especie de prima, mi marido es como mi padre, y mi bebé... Bueno, no tengo bebé. No puedo pensar en eso ahora. Basta.

Hoy la voz de mi madre me provoca escalofríos. Espero hasta que deja de hablar para levantarme y bajar por las escaleras para escuchar el mensaje.

—Emma, soy Jude —dice.

Nunca se refiere a sí misma como «mamá». Me obligó a llamarla por su nombre desde que cumplí los diez años. «Mamá suena a persona mayor, Em —me dijo—. Además, si me llamas Jude parecerás mayor.» A mí no me gustaba. Era como si se avergonzara de que yo fuese su hija, pero le hacía caso de todos modos. Para complacerla.

—Mmm..., ¿estás en casa? —dice la voz de mi madre—. Coge el teléfono si estás. Mmm... Bueno, sólo llamaba para desearte un feliz cumpleaños y para ver cómo va todo. Esto..., tengo que hablar contigo, Emma. Por favor, llámame...

«Tengo que hablar contigo.» Me dejo caer sobre una silla. Debe de haber leído las noticias. «¿Qué sabe?», me pregunto casi de forma automática. Es una pregunta con la que llevo años torturándome.

Escucho el mensaje de nuevo, por si me he perdido algo. Pero no, por

supuesto que no. Detecto en su voz ese titubeo que aparece cada vez que intenta hablar conmigo. «¿Estás ahí?»

¿Estoy? ¿Estoy aquí? Me siento, en silencio y con los ojos cerrados, respirando hondo e intentando aclararme las ideas. Sin embargo, cuando abro los ojos la luz del mensaje sigue parpadeando. Como si me guiñase un ojo, como si lo supiera.

De repente, el teléfono cobra vida, el timbre llena el recibidor y me levanto de la silla de un salto, como si huyera. Pero lo que hago es coger el teléfono.

—¿Emma? Soy yo —dice Jude—. ¿Dónde estabas hace un momento? He estado intentando...

—Lo siento. Estaba ocupada, trabajando.

—¿El día de tu cumpleaños? Pensaba que Paul te llevaría a comer a algún sitio. ¿Se ha olvidado?

—Tiene que trabajar este fin de semana. Pero lo celebraremos esta noche.

—Bien hecho. Bueno, siento no haberte mandado ninguna tarjeta de felicitación. Olvidé echarla al correo, acabo de encontrarla aquí, sobre la mesa. Me olvidaría la cabeza por los sitios si no la llevara atornillada al cuerpo... Cuéntame, ¿cómo estás?

Hago una pausa, algo desconcertada por su verborrea.

—Bueno, así así...

—Ay, Dios —murmura.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —pregunto. «Limítate a los temas seguros.»—. ¿Cómo va tu cadera?

—Bueno, me duele —dice—, pero estoy bien. ¿Emma? ¿Sigues ahí?

La tensión en la garganta me provoca náuseas y no digo nada durante unos segundos. Decido retirarme al escondite secreto que tengo en la cabeza, donde todo es conocido, donde me siento segura.

—Sí —consigo graznar al fin. Y espero. Debería decir que anticipo lo que vendrá, que me dirá como si nada que ha visto que han desenterrado el cadáver de un bebé en la calle donde vivíamos. «Imagínate...»

Sin embargo, no estoy segura de poder fingir mientras mantenemos una conversación sobre ese tema. Lo más probable es que me derrumbe y me eche

a llorar. Y luego empezará a hacerme preguntas. Solía traerme una bolsa de agua caliente cuando me acostaba, era su panacea para todos mis males durante la adolescencia.

«Ya te estás amargando otra vez, Emma —me decía en esos casos—. Descansa, ya verás cómo mañana lo miras todo de otra manera.»

Pero no servía de nada, por supuesto. Debió de ser horrible, para Jude, tener que aguantar mi mal humor, pero según ella les ocurría a muchos adolescentes.

«Son las hormonas. Es normal cuando estás creciendo», me decía. Al menos al principio, antes de que las excusas empezaran a cansarle. Y la paciencia nunca fue su mayor virtud. Dejé de llorar cuando ella dejó de reaccionar. Jude decía que el nuestro era un «amor difícil», pero eso no resolvía nada a ninguna de las dos. Más adelante empecé a gritar y a romper cosas. Hasta que me echó de casa.

Intento no culparla por ello. Seguramente yo habría actuado del mismo modo si hubiera sido la madre. En cualquier caso...

—Llaman a la puerta, Jude —digo de repente, con un puño envuelto en la manga y golpeando la mesa para dar credibilidad a mi mentira—. Lo siento, te llamaré más tarde.

—Oh, Emma —dice mi madre.

—Estoy esperando un paquete —digo, desesperada, enredándome cada vez más en la farsa.

—De acuerdo. Ve pues —me dice—. Te llamo luego.

Cuelgo el teléfono y siento un alivio vertiginoso, aunque sé que no he conseguido más que posponer lo inevitable.

El teléfono vuelve a sonar cinco minutos más tarde y durante una fracción de segundo me planteo la posibilidad de no responder. Pero debo hacerlo. De lo contrario seguirá llamándome hasta que consiga hablar conmigo.

—¿Por qué no vienes a verme? —dice Jude, como si la conversación anterior no hubiera quedado interrumpida—. Todavía no has visto mi piso, y han pasado meses desde la última vez que estuvimos juntas.

Reacciono de inmediato. Con sentimiento de culpa y con vergüenza, esas dos gemelas católicas. Es mi respuesta pavloviana a la finta pasiva-agresiva

de mi madre.

—Lo tengo un poco difícil. Estoy intentando terminar este libro dentro del plazo.

—Bueno, si estás demasiado ocupada... Supongo que tienes que priorizar.

—Eso no es justo —le digo—. Por supuesto que el trabajo es importante para mí, pero tú también lo eres.

—Ya —interviene—, pero no lo suficiente para dedicarme algo de tiempo. No pasa nada. Empieza un serial nuevo en la radio, no me aburriré aunque esté sola.

—De acuerdo, de acuerdo, iré —cedo, malhumorada de nuevo como una adolescente.

—¡Estupendo! —exclama—. Pues mañana te prepararé una comida para celebrar tu cumpleaños. ¿Paul vendrá también? Siempre estoy encantada de verlo, por supuesto, aunque también estaría bien que comiéramos a solas tú y yo.

En silencio, me pongo furiosa por el comentario que ha hecho sobre Paul, pese a que de todos modos a él tampoco le gustaría ir. Ha intentado que Jude le cayera bien, pero sigue costándole.

«Admiro el intelecto de tu madre —me dijo justo después de conocerla, un día que fuimos a almorzar juntos a Covent Garden—. Pero se ha propuesto demostrar que era la más inteligente de la sala, ¿verdad?»

Su pequeña venganza consiste en llamarla Judith sabiendo que ella lo detesta.

—Bueno, Paul estará ocupado con una jornada de puertas abiertas, por lo que tendré que ir yo sola —le digo.

—Pues nos vemos a las doce. No llegues tarde —me dice—. Tenemos que hablar de un montón de cosas.

CAPÍTULO 11

Domingo, 25 de marzo de 2012

Jude

Había encendido el fogón demasiado temprano, seguramente porque estaba impaciente por ver a Emma, y por el olor supo que el guiso se le estaba pegando. El aire viciado por el hervor de las lentejas había empañado la ventana cuando Jude entró en la cocina, retiró la cacerola del fogón eléctrico y la dejó en el escurridor para recalentarla cuando llegara Emma.

Miró por la ventana de la sala de estar una vez más. Estaba inquieta, preocupada. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba ver a su hija, por gruñona que fuera. Habían pasado al menos seis meses desde la última vez, tal vez nueve. No sabía por qué se molestaba en seguir intentándolo. Estaba claro que Emma no compartía su entusiasmo.

Desde el momento en el que había llegado a casa con Emma por primera vez se había propuesto establecer con ella un vínculo diametralmente opuesto a la tensa relación que ella había mantenido con su propia madre. Había actuado más bien como una hermana mayor y la había tratado como a una adulta y no como a una niña, aunque la táctica le había explotado en la cara.

La terrible adolescencia. Jude apoyó la frente en el frío cristal de la ventana mientras la cabeza se le llenaba de imágenes de Emma chillando y dando portazos. Y del silencio que había quedado cuando se marchó de

Howard Street arrastrando los pies, cargada con dos bolsas de la compra llenas que le desencajaban los hombros. Se encorvó como si aún las llevara y cerró los ojos. Todavía notaba el sabor de ese temor seco y agrio que la invadió al ver que su hija se marchaba de casa.

Se había visto obligada a echarla, ¿no?

«Es un monstruo entre nosotros dos», le había dicho su novio, Will.

«Ya pasó —se repetía Jude con determinación, aunque notaba que las dudas amenazaban con volver a superarla—. Ahora Emma es una mujer adulta y las dos hemos pasado página.»

Se centró en lo bien que lo pasarían y puso un CD de Leonard Cohen para mantener la mente ocupada cantando aquellas letras que tan bien conocía, apilando libros y papeles de modo que no se viera todo tan caótico.

Sin embargo, cinco minutos más tarde volvía a estar en la ventana, mirando hacia la calle, buscando a su hija con los ojos.

—Qué ganas tengo de que llegue —dijo Jude de repente, en voz alta. Cada vez hablaba sola más a menudo, y le parecía una costumbre indeseable, propia de dementes y de ancianos. Aun así, las palabras salían de su boca antes de que pudiera evitarlo.

Es extraño lo que llegan a cambiar las cosas.

Hubo un tiempo en que habría pagado dinero para conseguir librarse de Emma durante una tarde entera. Era una verdadera cotorra, no hacía más que hablar y hablar hasta que a Jude le dolía la cabeza. Y no paraba de hablar sobre su padre, del cabrón de su padre. «Resulta irónico que la ausencia aumente el cariño —pensó Jude—. Ojos que no ven...»

Recordó cómo Emma solía inventar historias sobre él. Siempre le otorgaba el papel de héroe, por supuesto. Valiente, amante de los animales, atractivo, y una vez, a los ocho años, en una redacción para la escuela con el título «Mi familia», incluso lo convirtió en miembro de la realeza.

La maestra convocó a Jude para contarle que su hija tenía una imaginación impresionante, pero que había que ir con cuidado para que esa imaginación no rebasara los límites y empezara a contar mentiras. Esa maestra la llamaba «señora Massingham», aunque sabía que no estaba casada.

El rostro de Jude se ensombreció al recordar cómo había encajado

aquellos comentarios. Le entraron ganas de arrancarle la cabeza a la maestra, pero no quiso llamar todavía más la atención sobre sí misma. Ni sobre Emma. Sin embargo, recordaba con claridad la ira que sintió al llegar a casa. Emma estaba en casa de una vecina, la señora Speering, haciendo los deberes.

Regañó a su hija por ir diciendo que su padre era un príncipe y la señora Speering se rio pensando que se trataba de una broma, pero se calló de repente en cuanto se percató de que iba en serio.

—Te oí decir que se llamaba Charlie —le dijo Emma a su madre, mirándola con descaro—. Y ése es un nombre de príncipe.

A Jude le entraron ganas de retorcerle el pescuezo, pero optó por asegurarle que su padre no era ningún príncipe. Que no era nada.

Emma se quedó hecha polvo, y Jude sospechaba que fue a partir de entonces cuando su hija se propuso descubrir la verdad.

Jude, en cambio, consideraba que la verdad estaba sobrevalorada. Le dijo a Emma que podía tener significados muy distintos para diferentes personas. El caso es que eso acabó alimentando la misión de su hija. Su obsesión. Jude habría preferido que Emma ni siquiera hubiera pensado en su padre. No había hecho nada por ella, literalmente nada. La había abandonado en cuanto había podido.

Sin embargo, a medida que Emma fue creciendo, se aferró a cualquier figura masculina que se cruzaba en su vida: al dueño de la tienda de la esquina, a uno de los profesores de la escuela o al padre de su mejor amiga, Harry. Y a los novios de Jude. Se inventaba historias sobre ellos, fantaseaba sobre la posibilidad de que fueran su padre y, en alguna ocasión, Jude se había visto obligada a quitarle de la cabeza a manotazos esa mentira tan absurda y otras que vinieron después.

El zumbido rabioso del timbre de la puerta sobresaltó al gato, que corrió a esconderse bajo el sofá.

Jude pulsó el botón para abrir la puerta y, hecha un manojo de nervios, esperó a que apareciera Emma.

—Hola, Jude —exclamó su hija en voz alta, intentando que su saludo se

oyera por encima del gruñido grave de Leonard Cohen, antes de estamparle un beso en la mejilla.

—Lo siento, enseguida bajo el volumen —dijo Jude—. Lo estaba escuchando mientras te esperaba. Te lo has tomado con calma.

—Pero si sólo pasan diez minutos de las doce —respondió Emma en voz baja.

—Ah, bueno. Creía que era más tarde —dijo Jude.

Se dio cuenta de que había respondido con un tono irritado e intentó contenerse. No lo había planeado de ese modo, había previsto que se sentarían a charlar mientras tomaban una copa de vino, riendo, compartiendo alguna broma. Incluso con complicidad, como dos amigas. En cambio, le había hablado con el tono cortante acostumbrado. Su conversación parecía discurrir por surcos profundos con un espacio de separación en medio.

La frustración no tardó en convertirse en cansancio y, por un instante, deseó que Emma no hubiera ido a verla. Pese a ello, le tendió a su hija el regalo que le había comprado. Era una biografía de David Bowie elegida especialmente para ella.

—Me encanta, gracias —dijo Emma mientras la abrazaba. Jude prolongó el abrazo un segundo más de lo necesario y notó cómo su hija tomaba la iniciativa para apartarse.

—Pensé que te gustaría. ¿Recuerdas el póster que tenías en la habitación? Incluso le dabas un beso antes de acostarte. ¿Te acuerdas?

—Sí —dijo Emma riendo—. Fue mi primer amor. Todavía conservo ese póster.

—¡No me digas! Pero si a estas alturas tiene que estar hecho polvo —dijo Jude.

—Bueno, nada que la cinta adhesiva no pueda arreglar —respondió Emma.

«Esto es estupendo», pensó Jude mientras se levantaba de la silla para servir el vino que había metido en el frigorífico.

—¿Quieres que sirva ya la comida, aprovechando que me he levantado? —preguntó, y Emma asintió mientras contemplaba las fotografías del libro.

En la cocina, Jude calentó la comida y la sirvió en dos platos.

—Estofado de lentejas —dijo—. Era tu plato favorito.

—Gracias —murmuró Emma con una sonrisa.

Jude se fijó en que Emma apartaba la comida hacia los bordes del plato para fingir que comía. «Los mismos trucos de siempre», pensó, aunque optó por no decirle nada.

Estaba a punto de hablar cuando de repente Emma se le adelantó:

—¿Te has enterado de que han encontrado el esqueleto de un bebé en Howard Street?

—¿De veras? —preguntó Jude—. ¿Justamente en Howard Street? Es horrible. ¿Y dónde lo han encontrado? Apuesto a que fue uno de los drogadictos que vivían al final de la calle. ¿Te acuerdas de ellos?

—No —respondió Emma—. Ah, ¿te refieres a aquella casa que por fuera estaba llena de basura y de botellas de leche vacías?

—Exacto. ¿Y cómo te has enterado? —quiso saber Jude mientras se servía otra copa de vino.

—Salió en el periódico.

—¿Pero qué ocurrió? ¿Fue un asesinato?

—No lo saben —respondió Emma antes de meterse unas cuantas lentejas en la boca.

Jude la imitó y esperó hasta que hubo tragado el bocado para añadir:

—Bueno, tampoco es que sea muy agradable hablar sobre bebés muertos, ¿no? —comentó, y desvió la conversación al trabajo de Emma.

—¿Aún mantienes contacto con Will? —quiso saber Emma, cortándola a media frase.

—¿Con Will? —La pregunta la cogió por sorpresa—. Bueno, pues sí. De vez en cuando. De hecho, me llamó inesperadamente hace unas semanas para hablarme sobre un acto benéfico de la universidad. Estuvimos charlando un poco —contestó, buscando en el rostro de Emma algún indicio de su reacción. Pero no detectó nada—. ¿Por qué me preguntas por Will? —preguntó con inquietud. Ni en sueños habría pensado en decirle que había recuperado el contacto con Will. Sabía que era un tema tabú, aunque había sido ella quien lo había sacado.

—Simplemente me lo preguntaba —repuso Emma, y durante un rato reinó

un silencio que sólo rompieron los sonidos de las cucharas en contacto con los platos.

—Durante casi diez años fue una parte importante de mi vida, Emma —se defendió Jude, con el rostro sonrojado por el alcohol—. Y de la tuya también. Durante unos cuantos años al menos.

La cara de Emma quedó petrificada.

—Bueno, ya sé que teníais vuestras diferencias... —prosiguió Jude—. Pero eso sucedió hace mucho. No me digas que te enfadarás ahora por eso, ¿verdad?

Emma levantó la mirada del plato, aunque sin mediar palabra.

«Está celosa —pensó Jude—. Siempre estuvo colada por él.»

El tema aparentemente quedó zanjado y la decepción de Jude absorbió toda la energía de la habitación. Su hija se ofreció sin muchas ganas a ayudarla con los platos. Las dos sabían que se marcharía en cuanto surgiera la ocasión.

Ante el fregadero, Emma se dedicó a secar los platos que Jude iba lavando. Habían encendido la radio para no tener que afrontar el silencio.

—Debería regresar a casa, Paul no tardará en volver —le dijo Emma a su madre, que estaba de espaldas—. Gracias por el libro, me ha encantado. Y por la comida.

—Pero si no has comido —replicó Jude por encima del hombro—. No creas que no me he dado cuenta. A mí no puedes esconderme nada, Emma.

Emma besó a su madre en la mejilla una vez más y se marchó, cerrando la puerta sin hacer más ruido que el chasquido del cerrojo.

CAPÍTULO 12

Domingo, 25 de marzo de 2012

Emma

De vuelta a casa, el trayecto desde la estación de metro me parece el doble de largo que el de ida por culpa del temblor que se ha apoderado de mis piernas.

Me he equivocado en todo. Me había blindado contra la conversación sobre el bebé y he llegado con respuestas preparadas para un posible interrogatorio, pero de todos modos he tenido que hacerle aquella última pregunta sobre Will. Necesitaba asegurarme de que ya había desaparecido del mapa y no ha sido así. Por supuesto que no, ¿cómo he podido pensarlo?

Intento hacer mis ejercicios de respiración, pero el corazón me sigue golpeando las costillas por dentro cuando por fin me siento en el vagón de la Central Line.

Todavía envuelta en una nebulosa, entre estación y estación contemplo mi reflejo en la ventanilla que tengo delante.

Cuando por fin llego a casa, horas más tarde, Paul ha preparado el plato de pollo que suele hacer siempre. Nada más olerlo, me siento en casa. Cuando le doy la vuelta a la llave en la cerradura, veo que me está esperando pacientemente. Me he acordado de llamar antes para avisarle de que

aprovecharía para echar una ojeada a las tiendas del centro.

—Cariño, pareces helada —me dice—. Ven y caliéntate un poco. ¿Quieres que te prepare un baño?

—Estoy bien, Paul —le digo, e intento evitar demasiadas explicaciones sobre cómo ha ido la comida—. Jude ha preparado estofado de lentejas —comento, y él se ríe. Sabe que siempre he odiado las lentejas.

—Menuda sorpresa —comenta—. ¿Qué te ha parecido el piso?

Tengo que pensarlo para poder responder.

—Tapices en las paredes y pañuelos sobre las lámparas —digo—. Ella seguramente lo describiría como «estilo rústico coqueto», pero yo diría que resulta más bien «estilo rústico tontorrón».

Paul sonrío.

—¿Has tenido que caminar mucho? —pregunta mientras me agarra los pies y se los pone sobre el regazo para calentármelos.

—Está bastante lejos del metro, en un barrio donde todo son estudios de alquiler y tiendas de electrodomésticos de segunda mano. De hecho, no me he sentido nada cómoda yendo por esa calle. No sé por qué ha elegido un lugar así para vivir.

Hace años que Jude se mudó a la parte norte del río. Necesitaba un cambio, me dijo más adelante, cuando recuperamos el contacto después de que yo diera el primer paso para hacer las paces. Llevábamos años sin hablarnos, pero ya se sabe lo que llegan a enquistarse a veces este tipo de cosas. La furia que sentí cuando me pegó una patada en el trasero seguramente se habría esfumado enseguida si hubiera ido a mi aire, pero estuve viviendo una temporada en casa de mi abuela, que no desaprovechó la oportunidad de criticar las deficiencias maternas de su hija. Consiguió que el rencor que yo sentía por Jude aumentara colgándole el teléfono cada vez que me llamaba, para evitar que pudiera hablar conmigo.

«Lo hago por tu bien», me decía. Y cuando por fin me marché para vivir por mi cuenta, el silencio pasó a ser absoluto.

Por supuesto, durante esos años muchas veces me pregunté cómo debían de irle las cosas, y en ocasiones incluso fantaseé sobre la posibilidad de reconciliarme con ella. Creí que la vería cuando murió mi abuelo, pero

supongo que el conflicto entre ella y sus padres estaba demasiado enquistado para que pudiera negociarse nada semejante. No asistió al funeral, y tampoco al de la abuela, unos años más tarde. Probablemente no había previsto que le dejarían algo de dinero, y yo me pregunté si debió de sentirse culpable cuando recibió la carta del albacea.

Yo siempre posponía la idea de retomar el contacto con ella. Ocupada en buscar trabajos y lugares en los que vivir de alquiler, pasé unos años yendo de aquí para allá. Luego vinieron la universidad y Paul. La vida se interpuso entre nosotras, supongo.

Y tampoco habría sabido qué decirle.

Cuando cumplí los cuarenta me entraron ganas de recuperar el contacto. Según Paul, se trata de un cumpleaños especial, emblemático.

Pasé una eternidad sentada, pensando qué tenía que escribirle. ¿Cómo saludas a alguien a quien no ves desde hace veinticuatro años? Al final puse: «Hola, Jude, ¿cómo estás? He estado pensando en ti, en nosotras, y me gustaría volver a verte. Ahora estoy casada y vivo en Pinner. Entenderé que decidas no ponerte en contacto conmigo, pero si te apetece sólo tienes que escribirme o llamarme por teléfono. Te quiero, Emma». Mis palabras seguían sonando infantiles.

Estuve esperando su respuesta durante mucho tiempo. Al principio, dolida; luego, enfadada. Más adelante me invadió el pánico, cuando se me ocurrió que tal vez había tardado demasiado tiempo en decidirme y entretanto quizá hubiera muerto.

Llamé a nuestro viejo número de teléfono de Howard Street por primera vez desde que tenía dieciséis años, temblando y aferrada al aparato, para ver si descubriría algo. Cuando por fin lo cogieron, me llegó la voz de otra mujer.

—¿Quién? —preguntó—. Ah, ella. Hace algún tiempo que no vive aquí. Bueno, de hecho hace unos diez años que me mudé. Es curioso, precisamente recibí una carta dirigida a ella hace dos semanas.

—La mandé yo —dije—. Es mi madre. ¿Sabe dónde vive ahora?

—No, no sé adónde se mudó, lo siento. —Me pareció que la mujer me respondía con tristeza—. Entonces, ¿qué hago con la carta?

—Ya puede tirarla —dije.

Al día siguiente llamé a su antigua oficina y tuve que hablar con más desconocidos, pero no sólo me dijeron que según sus registros Jude seguía viva, sino que además accedieron a hacerle llegar mi mensaje.

Seguí en ascuas tres meses más. Ya empezaba a pensar que no volvería a saber nada más de ella. Para ser sincera, no sabría decir cómo me sentía al respecto. Había días en los que me lo tomaba muy mal, me sentía como si me hubiera abandonado de nuevo; otros, la sensación era más bien de alivio. Lo había intentado, ya podía dejarlo y continuar con mi vida.

Y entonces fue cuando me encontré una nota en el buzón. Recuerdo que olí el papel como si pudiera seguirle el rastro, y llamé a su número nuevo de inmediato para contarle lo encantada que estaba de recuperar el contacto con ella.

No estoy segura de lo que esperaba encontrar, pero la reacción de Jude no fue precisamente entusiasta cuando se dio cuenta de que era yo. No era su estilo. Tampoco se disculpó por haber roto nuestra relación, por haberme echado de casa, por haber preferido quedarse con Will que conmigo.

—Necesitaba tener en cuenta mis prioridades, para variar —me reconoció—. Necesitaba encontrarme a mí misma. Cuando Will me dejó... pasé unos años muy duros, Emma. Pero creo que ahora podemos dejar atrás todo eso. Hemos cambiado.

Y yo accedí.

—Creo que deberíamos encontrarnos en algún lugar neutral —propuso—, tomar una taza de té en algún sitio. ¿Qué te parece?

Sus condiciones y su territorio, supongo. Nunca viene a casa, Jude la llama «la casa de Paul» y dice que queda demasiado lejos para ella.

—Pinner..., pero si ya casi es fuera de Londres, Emma.

La primera vez eligió una cafetería de Covent Garden. Paul me acompañó para que pudiera aferrarme con fuerza a su mano. Jude no se molestó en ocultar la impresión que le causó la diferencia de edad que nos separa, y se produjo un silencio incómodo mientras fingía leer la carta y yo esperaba con un nudo en el estómago a que soltara el comentario inevitable. Pero se contuvo, no dijo nada y al final el reencuentro fue de lo más correcto. Tampoco fue emotivo, aunque como mínimo no nos peleamos.

«Bueno, pues no ha ido tan mal», me dijo Paul en su momento, cuando ya volvíamos a casa.

—¿Qué has comprado? ¿Algo bonito? —me dice Paul ahora, cuando se levanta para poner la mesa. Por un momento, no sé de qué me habla.

—Ah, no. Al final nada —digo cuando por fin caigo en la cuenta—. Sólo he estado mirando.

Dicho esto, me quedo sentada en silencio un rato. No he ido de compras. Debería haber tomado la Central Line hacia el oeste para volver a Pinner, pero en lugar de eso he ido en sentido contrario. Recuerdo haber pensado «No estoy volviendo a casa», aunque en cierto modo sí volvía. Volvía a Howard Street.

El trayecto ha transcurrido envuelto en una nebulosa, viendo pasar estaciones que quedaban enfocadas un instante y luego desaparecían de nuevo entre la oscuridad, subiendo y bajando escaleras de hormigón rodeada de un montón de gente, para hacer transbordo a la Jubilee Line y después salir a la luz del día una vez más en Greenwich. El autobús 472 hacia Woolwich ha tardado mucho en llegar. No he dejado de recordarme que era domingo. Me he quedado mirando fijamente la cuenta atrás que brillaba en la pantalla hasta que por fin ha llegado el autobús. Tres minutos. Un minuto. Inminente.

Sin embargo, cuando he llegado a Howard Street me he dado cuenta de que todo había desaparecido. Los escombros a los que había quedado reducido el número 63 estaban cercados por una valla de alambre, de manera que sólo he podido quedarme ahí plantada y recordar cómo era. Cuando he seguido andando, tras las casetas de los obreros he visto lo que en otros tiempos había sido nuestro jardín, con el suelo de tierra y un jirón de cinta policial ondeando al viento. Pero no había nada más que ver y me he marchado. Alguien me miraba desde una ventana, en una de las casas de enfrente. He metido las manos en los bolsillos de mi abrigo y he bajado la cabeza.

CAPÍTULO 13

Lunes, 26 de marzo de 2012

Kate

Era lunes y Kate había llegado tarde.

—Un día más en la trinchera —había anunciado el de sucesos justo en ese momento, sin dirigirse a nadie en particular. No había sido precisamente la mejor manera de empezar la semana.

Terry había levantado una ceja al más puro estilo «¿Qué horas son éstas de llegar?», pero ella decidió ignorarlo y no dar ninguna excusa. En lugar de eso, fue a sentarse en su «estación de trabajo», el último nombre que los directivos habían encontrado para referirse a sus mesas.

Kate miró a su alrededor en la redacción para ver quién más estaba ahí y se percató de que el redactor de política ya estaba enzarzado en una intensa conversación con Simon, el director. Se oyeron carcajadas masculinas cuando el redactor de política contó una historia subida de tono sobre uno del gabinete, y su superior le dio una palmada en el hombro. Kate se fijó en que parecía encantado de haberse conocido. Parecía el amo del universo.

Aparte de eso, los demás guardaban silencio. El repiqueteo sordo de las teclas y los hombros encorvados de los esclavos de la edición digital apaciguarían a Terry y le quitarían presión a ella, o al menos eso esperaba. Encendió el ordenador y revisó la bandeja de entrada. Ya había mirado los

mensajes que había recibido por teléfono, pero esperaba que durante los diez minutos que habían pasado desde la última vez se hubiera producido algún tipo de reacción ante la historia del bebé. Esperaba que hubiera llegado algo de información, quizá algún tipo de ayuda. Pero no, nada.

No se molestó en consultar los mensajes de voz. Antes recibía llamadas de gente que quería contarle historias y chivatazos, dar vueltas a alguna idea y pasar el rato. Ahora todo sucedía en línea. A veces no necesitaba hablar físicamente con nadie en todo el día.

Kate bostezó. El de sucesos respondió con otro bostezo cómplice desde el otro lado de la mesa.

—Por cierto, hemos estado hablando con Nina sobre los últimos recortes de gastos de Terry —dijo en voz baja.

Nina, la secretaria de la redacción, era la fuente de toda la información, por lo que recibía el amor universal de todos los periodistas. Trabajaba allí «desde que Moisés publicó sus mandamientos», según decía ella misma, y sabía cómo conseguir recibos de hotel de cuatro estrellas sin que el director editorial se enterara, o cómo cubrir a «sus chicos» cuando tenían problemas en casa o en el trabajo. «Seguro que está viniendo», susurraba con voz melosa por teléfono cuando recibía una llamada airada de una esposa o de Terry. También era capaz de meterte en una zona de guerra con un coche de alquiler y sin visado en un abrir y cerrar de ojos.

—Dice que Terry está llamando a los restaurantes para verificar el personal que ha comido allí y comprobar si el total de las facturas cuadra con sus registros. Se ha propuesto acabar con los «blancos» este mismo mes. No durará mucho.

La guerra contra los gastos de los periodistas entraba en erupción de forma periódica, normalmente cuando se terminaba el presupuesto destinado a la redacción. Los «blancos» (facturas de un hotel o restaurante que rellena el propio periodista, más o menos como un cheque en blanco) eran el objetivo habitual en esos casos.

Presentar facturas siempre había sido un verdadero arte: circulaban rumores sobre la utilización de juegos de impresión escolares para elaborar talonarios de facturas enteros. Posteriormente se les añadían manchas de café

o insectos para que tuvieran más credibilidad.

—Oh, no —exclamó Kate.

Los dos se quedaron mirando fijamente las pantallas.

Kate se preguntó qué pensaría un alienígena si presenciara esa escena. Un montón de personas sentadas, aisladas frente a sus ordenadores, sin hablarse ni mirarse. En cierto modo eran como las almas errantes de los casinos de Las Vegas, sentadas durante horas ante las máquinas recreativas con la mirada perdida, pulsando botones de forma mecánica con la esperanza de que cayera el premio gordo. «Cuidado, se acerca el jefe de redacción», pensó.

Terry apareció con una sonrisa victoriosa. Era evidente que necesitaba un favor. Kate fingió estar absorta leyendo algo en su pantalla.

—Vaya, veo que hoy has conseguido llegar —dijo intentando un primer acercamiento, aunque su cháchara cayó en vacío.

—Lo siento, el tráfico está horrible, Terry —se disculpó ella con los dedos posados sobre las teclas, como si la hubiera interrumpido a media frase.

—Sí, sí. Está fatal. En cualquier caso...

«Ya está aquí —pensó Kate—. El encargo de la muerte.»

—Kate, el director se ha fijado en uno de los periodistas jóvenes y quiere que seas su mentora.

Ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Mentora? —preguntó con aspereza.

—Es muy brillante —dijo Terry, alicaído. «Muy brillante» equivalía a «extremadamente irritante»—. Y tú eres la mejor periodista que tenemos.

El de sucesos se aclaró la garganta a modo de gruñido ante el desaire.

A pesar de todo, el halago consiguió ablandar a Kate: últimamente recibía pocos elogios. El esplendor adquirido con la exclusiva de la viuda Taylor había empezado a desvanecerse. Hacía dos años que había desentrañado la historia de lo que le sucedió en realidad a la pequeña Bella Elliott, una niña que desapareció en su jardín. La historia, con sus giros y contratiempos, la había consumido hasta el punto de que, cuando la verdad surgió por fin entre las páginas de su informe, el director la invitó a comer y le concedieron un premio y un aumento de sueldo.

Sin embargo, ese momento ya era historia, como siempre. El objetivo del

periódico había pasado inevitablemente del periodismo de investigación a esa clase de noticias instantáneas destinadas a conseguir el máximo número de visitas y comentarios de la comunidad internauta, y Kate se sentía más redundante que nunca en ese nuevo orden mundial. Podía, como mucho, escribir un pie de foto con la mejor de esas noticias, pero no le parecía precisamente un trabajo para una adulta, pensaba mientras intentaba aferrarse con desesperación a su dignidad. Y la sensación de paranoia crecía cada vez que Terry mandaba a uno de los chicos para cubrir una noticia en lugar de encargárselo a ella.

«Te reservo por si llega un bombazo», le decía cuando veía su reacción. Sin embargo, hacía tiempo que no entraba ningún bombazo, y encima acababa de ponerla al frente de la guardería de la oficina.

—Estoy demasiado ocupada para encargarme de los estudiantes de prácticas, Terry —dijo ella.

—No te estorbará. Así aprenderá el oficio, puedes compartir muchas cosas con él, Kate. Simon dice...

«Las manos en la cabeza», pensó ella. De repente se sentía como si volviera a estar en el patio de la escuela primaria.

—Bueno, ¿dónde está?

—Joe, ¿puedes venir un momento? —gritó Terry hacia el otro lado de la sala. Un chaval de baja estatura, con flequillo y la camisa por fuera se puso de pie enseguida y se acercó.

—Hola, Kate, es un honor —dijo sin indicios de sarcasmo.

«Dios mío, ahora dirá que le encanta mi trabajo.»

—Me encanta tu trabajo —dijo Joe.

—Bueno, os dejo solos —se despidió Terry con la sensación del deber cumplido.

—Pero... —balbuceó Kate.

—Lo siento, Kate. Estoy esperando una llamada —se justificó Terry antes de refugiarse en la seguridad de su despacho.

Kate se tragó un impropio, señaló la silla que tenía al lado e intentó no cruzar miradas con el de sucesos.

—¿Cuánto hace que estás con nosotros, Joe? —preguntó.

—Un mes. Nada más salir de la *uni*. Siempre he querido ser periodista, debo de llevarlo en la sangre.

—¿A qué te refieres?

—Mamá es periodista.

—¿Ah, sí?

Y acto seguido nombró a la directora del *Herald on Sunday*, una mujer con fama de arisca y cruel; la vieja guardia o, mejor dicho, los machos de la vieja guardia la llamaban «la tirana de las bragas». Mandy Jackson había aceptado el mote y lo había enarbolado como un trofeo de guerra mientras ascendía en la escala profesional. Cualquier mujer que superaba el nivel de redactora de contenidos era sospechosa de haberse labrado el camino hacia la cumbre acostándose con los hombres adecuados o manipulando a la gente. Kate no estaba segura de cuál de las dos rutas había elegido Mandy, pero el caso es que seguía siendo la reina del estercolero.

Y le había tocado cuidar a su retoño.

Observó con detenimiento a Joe Jackson (no quedaba ninguna duda de que su madre había pensado en su firma cuando eligió el nombre) mientras se sentaba junto a ella con el portátil. Tenía aspecto de no haber cambiado la voz siquiera, aunque tal vez podría serle útil: no le importaría conseguir un empleo en el *Herald on Sunday*.

—¿Estabas liada con algún reportaje? —preguntó Joe, enderezando la espalda con aire expectante y un bloc de notas en la mano, dispuesto a capturar las palabras mágicas de Kate.

—Estoy revisando correos electrónicos, Joe. Dame diez minutos. ¿Por qué no vas a buscar unos cafés?

Metió la mano en su bolso y le dio un puñado de monedas.

—El becario de la jefa de los periodistas —se burló el de sucesos en cuanto Joe hubo cruzado la puerta.

—Cierra el pico, Gordon. Simplemente estás celoso porque a ti no te han puesto a ninguno. ¿Qué demonios voy a hacer con él?

—Bueno, será mejor que no lo metas en tu cama si no quieres que Mandy te arranque la cabeza.

El comentario de mal gusto enfureció a Kate, pero respondió con una

carcajada, una técnica de supervivencia que había aprendido al poco de entrar en ese mundo dominado por los hombres y la bebida.

«Asúmelo, aunque no te guste —le había dicho una colega mayor que ella, muchos años atrás—. Las bromas sexistas no terminarán jamás. Lo que tienes que hacer es demostrarles que eres tan buena periodista como ellos. Eso les cerrará el pico.»

Y no todos habían sido misóginos. También había trabajado con algunos hombres brillantes, aunque siempre quedaba algún dinosaurio en aquella ciénaga primitiva. Un redactor de noche disfrutaba diciéndoles a las periodistas que «dejaran de cotillear» cuando las encontraba debatiendo algún tema. Otro ejecutivo solía preguntar «¿Qué? ¿Ya tenemos uno de esos días?» cada vez que una mujer le discutía una propuesta, y luego se echaba a reír a carcajadas, creyéndose el nuevo Oscar Wilde.

El de sucesos era bastante inofensivo, y además Kate conocía a su esposa y sabía que en casa lo mantenía a raya, de modo que se mostraba indulgente cuando en alguna ocasión le soltaba un despropósito.

—¿Has trabajado alguna vez con Mandy? —preguntó Kate.

—Sí. Y era una arpía.

Joe regresó con las bebidas y una magdalena de chocolate para ella.

—He pensado que te apetecería —dijo.

—Cómetela tú —murmuró Kate con tono irritado—. La quemarás mucho más rápido que yo.

Joe se rio y empezó a quitarle el papel.

El director apareció tras ellos. Simon Pearson tenía la inquietante capacidad de materializarse sin previo aviso. Kate sospechaba que en otra vida debía de haber sido ladrón. Le dio una palmada en el hombro a Joe y éste derramó un montón de migajas sobre la mesa.

—Intenta que nuestro nuevo protegido no se sienta demasiado cómodo, Kate. Comiendo magdalenas no encontrará buenos reportajes. Vale más que pase hambre y frío ahí fuera.

Joe parecía sorprendido cuando Simon se marchó para proseguir con su silenciosa patrulla.

—No le hagas caso, es su forma de mostrarse cordial —dijo Kate—. Eres

un privilegiado, se han fijado en ti. En cualquier caso, que parezca que trabajamos. ¿Tienes ideas para algún reportaje? Tenemos una reunión de redacción dentro de media hora y deberíamos proponer tres que sean buenas.

Por la expresión de su rostro, Joe parecía estar pensando en la respuesta, pero sus ojos revelaban que en realidad no tenía ni idea.

—Bueno, pues léete los periódicos y mira a ver si podemos hacer algún seguimiento. Yo llamaré a un contacto que me ha mandado un correo electrónico. De todos modos, las reuniones de redacción son una mierda. Sirven para que los especialistas puedan pavonearse frente a los demás y también son una oportunidad para que el redactor jefe nos diga que no servimos para nada. Bienvenido al periodismo.

CAPÍTULO 14

Lunes, 26 de marzo de 2012

Emma

Mi profesora de yoga está dirigiendo una sesión de relajación, imponiendo su voz susurrada por encima del sonido de los platillos de dedo para inducirnos a una especie de coma. Normalmente esa parte de la clase me encanta, pero hoy estoy tendida en mi esterilla, intentando no pensar en los fantasmas de Howard Street. Ni en el bebé. Ni en el profesor Will.

Mi cabeza se niega a aclararse a pesar de las instrucciones de Chloe, y Will acaba materializándose y ocupando mi cerebro por completo.

Apareció en nuestras vidas en los años ochenta. Bueno, decir que «apareció» tal vez no sea la mejor manera de describirlo. Entró en nuestro castillo como un vendaval desatado y se llevó por delante a Jude. Fue un acontecimiento crucial que marcó nuestras vidas. Ella no tuvo ninguna relación mientras yo crecía. Decía que había hecho voto de castidad, algo así como el celibato de una monja, y se echaba a reír. Recuerdo haber buscado la palabra «celibato» cuando tenía unos doce años y haberme sorprendido mucho. Creía que Jude me hablaba de religión, pero en realidad me hablaba de sexo. Por supuesto, sus amigas se partieron de risa y empezaron a llamarla «sor Jude». A mí no me incluían en la broma, no era más que una niña. Sin embargo, sabía que Jude no era feliz con ese celibato. Para ser una especie de monja

empleaba demasiado tiempo parlotando sobre hombres. Aunque se limitaba a hablar de ellos, sin pasar a la acción. Mi mejor amiga, Harry, me dijo que Jude necesitaba un novio, pero yo no le transmití el mensaje; me habría dicho que no le había pedido consejo. Aun así, supe que algo había cambiado cuando una noche la oí cantar en el baño. Cantaba *You are the Sunshine of my Life* a pleno pulmón, con todas sus armonías y yeyés. Me extrañó tanto que llamé a la puerta y grité:

—¡Pareces contenta!

—¡Lo estoy! ¡Entra! —respondió, gritando también.

No me gustaba nada ver desnuda a Jude, me inquietaba, pero entonces me decía que era una puritana ridícula y que no comprendía que el cuerpo humano pudiera avergonzar a su hija.

Recuerdo que me senté en la taza para no tener que mirarla directamente mientras me contaba que un hombre al que había conocido tiempo atrás, un tipo que le había gustado mucho cuando era más joven, había vuelto a aparecer en su vida. Al principio me puse nerviosa porque creí que se refería a mi padre, ese hombre sobre el que no se podía hablar.

Yo no sabía quién era mi padre, y creía que ella tampoco. Cuando era pequeña y en alguno de los libros que me leía Jude aparecía un padre, se lo preguntaba. Señalaba los dibujos y decía:

—¿Mi papá es éste?

Ella se reía y contestaba:

—No, ése es el papá del libro.

—¿Y el mío dónde está?

—No tienes, Emma. Sólo estamos tú y yo.

Creo que a partir de entonces intentó evitar que cayeran en mis manos libros en los que aparecieran padres, porque no volvieron a salir en las conversaciones cuando leíamos juntas.

Por supuesto, más adelante me di cuenta de que todo el mundo tenía padre, pero también comprendí por el silencio de Jude respecto a ese tema que lo mejor sería no seguir preguntando por él. Así que me imaginé uno: era alto, atractivo, divertido e inteligente. A veces tocaba la guitarra y otras escribía libros, y me llevaba de vacaciones a lugares lejanos. La verdad es que era

divertidísimo, porque no conocía a nadie con un padre semejante. El de Harry era viejo y siempre llevaba chaqueta de punto.

Sin embargo, cuando aprendí a aguzar el oído empecé a reunir información sobre mi verdadero padre. A hurtadillas, escuché una conversación entre Jude y una vecina a la que le contó, mientras compartían una botella de vino, lo mucho que le había costado criar a su hija, ganarse la vida y aprobar los exámenes de Derecho sin la ayuda de ningún hombre.

«Durante varios años no he tenido tiempo para ellos —se quejó Sor Jude—. El padre de Emma se marchó poco después de que ella naciera. Charlie era mucho más joven... Bueno, supongo que él también era un niño.»

Me guardé esa información como oro en paño: ya tenía el nombre de pila y una cara de niño para alimentar mi imaginación.

En cualquier caso, Jude se sentó en el baño y me dijo que ese hombre al que había reencontrado vendría a casa. Que lo había visto en las noticias de la tele, que había estado hablando en una manifestación antinuclear y lo había reconocido de inmediato.

—En todos estos años no me lo he quitado de la cabeza —dijo. Estuvo charlando sobre cómo se conocieron en la universidad: Jude estudiaba Historia en Cambridge, era y sigue siendo muy inteligente. Ahora está jubilada, pero trabajaba como abogada especializada en casos de derechos humanos. Siempre decía que era abogada.

«Los procuradores son barrigudos de mediana edad que se dedican a las transmisiones patrimoniales», me decía.

En cualquier caso, las leyes no habían sido su primera opción. Después de la universidad, trabajó en una editorial, siempre arriba y abajo por Londres, alternando con «gente bien». Cuando lo decía, siempre sonaba como si lo entrecomillara.

Pero luego llegué yo y tuvimos que mudarnos con los abuelos durante una temporada. Cuando nos marchamos, dijo que necesitaba algo más estable, un trabajo de nueve a cinco. Consiguió empleo en una oficina mientras estudiaba la carrera. Recuerdo que pasaba muchas horas entre libros y expedientes, que su dormitorio olía a papel y a tinta. Me decía que tenía que concentrarse cada vez que intentaba preguntarle algo sobre mis deberes o cuando le contaba lo

desagradable que era el señor Lawson en las reuniones. Tenía que concentrarse para no perderse ni el más mínimo detalle que pudiera contribuir a sacar a su cliente de la cárcel. Por eso me refugiaba en mi cuarto y hablaba con el póster de David Bowie que tenía colgado en la pared.

Esa nueva Jude que cantaba en el baño me gustó. Me contaba cosas y parecía joven y entusiasta. Me quedé en el baño lleno de vapor, escuchándola y riendo con ella hasta que la ropa me quedó húmeda y mi madre estuvo lista para salir del agua.

No pronuncié la palabra «papá». Sabía que le cambiaría el humor, por lo que decidí esperar a ver qué ocurría.

Cuando el beneficiario de su amor llegó a casa, lo recibí con una sonrisa siguiendo las instrucciones de Jude, que había pasado la mañana hecha un hatajo de nervios y se había cambiado de ropa al menos tres veces.

—Estás muy guapa —le decía yo cada vez que aparecía con un modelito nuevo, pero ella subía a su cuarto una vez más para volver a cambiarse de ropa. Me encantó que se pusiera unos pendientes de turquesa que le había comprado con mi propio dinero para regalárselos por su cumpleaños.

Cuando el «profesor Will» (como ella insistía en llamarlo) por fin llamó a la puerta, Jude estaba tan inquieta que creía que iba a desmayarse.

—Ve tú, nena —me dijo mientras comprobaba su aspecto por última vez frente al espejo—. ¡Y sonríe!

Me encantaba que me llamara «nena», era el nombre cariñoso con el que me llamaba cuando era pequeña. Con los años había dejado de llamarme de ese modo, pero el apelativo todavía era capaz de despertar cierta calidez en mí.

Sea como fuere, en cuanto abrí la puerta para dejar entrar a Will, Jude pasó por mi lado a toda prisa y tomó las riendas de la recepción.

—Hola, Will. ¡Me alegro de que hayas venido! Te presento a Emma, mi hija. Cariño, éste es el profesor Will, mi amigo de la universidad.

Will me dedicó una sonrisa cordial y me estrechó la mano.

—Ya no es una niña, Jude. Es toda una jovencita.

A veces, los recuerdos que se nos quedan grabados son curiosos. Tenía la mano seca y cálida, y el anillo de oro que llevaba en el pulgar me rozó los

nudillos cuando me estrechó la mano.

Me arriesgué a observarlo con más detenimiento para ver si detectaba algún parecido, pero no. Todo eran ángulos: nariz afilada, pómulos afilados, nada que se pareciera a mí y a mi cara de pan. Jude, a veces, cuando estábamos solas, me decía que era guapa, pero ni lo era entonces ni lo soy ahora. Ser guapa es tener el pelo brillante, las pestañas largas y las mejillas sonrosadas como las de ella. Y yo tenía un pelo rizado que no admitía alisados y cara de pan. Odiaba mi cara. Solía plantarme frente al espejo y me amasaba la carne como si fuera plastilina hasta que me dolían las mejillas. Jude me decía que todas las adolescentes pasan por esa fase.

Will debió de darse cuenta de que lo observaba y sonrió. Jude no lo vio, estaba demasiado ocupada cerrando la puerta, por lo que fue una sonrisa entre nosotros que me provocó un leve hormigueo. También podía llegar a ser mi amigo. O mi padre.

—¿Te apetece una taza de té? —le preguntó Jude camino de la sala de estar.

—Me encantaría —respondió él—. Qué casa tan bonita.

En la cocina, mientras llenaba el hervidor de agua y buscaba dos tazas a juego, recuerdo haberme preguntado qué clase de hombre lleva un anillo en el pulgar.

«Debe de tener casi cuarenta años —pensé mientras llenaba la tetera—. Es como si tu abuelo se pusiera plataformas.» Me reí sola ante esa idea y salí de la cocina con la bandeja.

El profesor se había quitado las sandalias para sentarse con las piernas cruzadas en el sofá, y sus pies sobre los cojines me parecieron suaves y blancos como el pan.

—No puedo creer que estés aquí —dijo mi madre con entusiasmo.

«Muy impropio de ella, muy impropio de una abogada», pensé. Dejé la bandeja sobre la mesa con brusquedad para expresar mi fastidio y derramé la leche sobre el azúcar.

—Lo siento —mentí. Jude me miró furiosa, pero Will se echó adelante enseguida, como un resorte, para ayudarme a estabilizar la mesita y estuvo a punto de perder la pose de gurú y caer al suelo.

—No ha pasado nada —dijo—, así no tendremos que removerlo tanto — añadió, y tanto él como Jude se rieron.

Yo me sentí excluida de la broma, pero mientras Jude limpiaba el suelo él me guiñó un ojo.

CAPÍTULO 15

Lunes, 26 de marzo de 2012

Jude

Habían quedado restos de lentejas en el plato que cogió del escurridero para servirse la tostada, por lo que volvió a meterlo en el fregadero.

El día anterior, su hija apenas había probado la comida. Antes, cuando Emma tenía ocho o nueve años y acababan de mudarse a la villa victoriana de alquiler de Howard Street, era su plato favorito.

La última parte de la década de 1970 fue dura para Jude: intentaba forjarse una nueva carrera mientras cuidaba de una hija, pero el alquiler era barato debido a la zona en la que estaba la finca y a Emma no parecía importarle dónde vivía.

De todos modos, siempre estaba absorta en su propio mundo. Si cerraba los ojos, Jude casi podía oler la casa de Howard Street: una mezcla penetrante de yeso húmedo y de sus perfumes favoritos. No era un palacio, pero sí una casa con personalidad, con el recibidor alicatado con baldosas agrietadas, blancas y negras. «Son antiguas, no viejas», le había dicho Jude a su madre al ver su expresión de desprecio.

A Will le había gustado enseguida.

—¡Oh, Emma! —exclamó Jude mientras rebuscaba otro plato en el armario de la cocina—. ¿No podrías pasar página? Has sido tú quien ha

sacado el tema de Will.

Jude no había tenido ninguna intención de contarle a su hija los pormenores de aquella llamada inesperada y cómo había reconocido la voz de Will de inmediato a pesar de los casi diez años que habían transcurrido desde la última vez que la había oído. Él se había marchado dando un portazo en 1992, gritando por encima del hombro que la llamaría cuando estuviera más calmada. Pero Jude sabía que no era cierto, que no la llamaría. Las riñas habían llegado demasiado lejos.

Él se había esfumado de nuevo. A aquellas alturas ya había pasado los cincuenta y Jude ya no le interesaba, prefería flirtear abiertamente con camareras durante cenas que deberían haber sido románticas.

—Vamos, Jude —exclamaba cuando por fin ella se decidía a protestar—. Sé apreciar una cara bonita, pero me limito a mirar.

Sin embargo, no era cierto. Hacía algo más que mirar. Jude lo sabía, lo olía en el cuerpo de él y pasaba la noche en vela, preocupada por la posibilidad de que la dejara. Intentaba mantener la calma, se decía a sí misma que era una crisis de la mediana edad y que se le acabaría pasando. Pero cuando lo sorprendió metiéndole mano a una de sus amigas en una fiesta, la bronca fue de escándalo y él hizo las maletas.

Después de eso, el silencio había sido absoluto, incluso cuando ella dio un primer paso. En el teléfono de Will saltaba el contestador y él nunca devolvía las llamadas. Tampoco respondía a los correos electrónicos, ni a las cartas. Poco a poco, Jude dejó de intentarlo.

Aun así, cuando el padre de Jude murió, en el 2003, Will leyó la necrológica en un boletín informativo de la Universidad de Cambridge y la llamó. Jude reconoció su voz, pero no el tono: se mostró educado y mesurado y le dio el pésame, nada más, sin entrar en charlas triviales. Ella agradeció que hubiera pensado en llamarla, pero se sintió incómoda y no dio pie a mantener el contacto.

Hasta ese día. Esa vez la había llamado «señora mía», como en los viejos tiempos, y había flirteado con ella. Y qué bien (y qué joven) se había sentido Jude. Sin embargo, sabía que no era una buena idea contarle a Emma que quería volver a ver a Will después de todo ese tiempo. Al oírlo, su hija se

quedó clavada en el asiento, paralizada, como si acabara de vomitar sobre la mesa. «Como cuando le dije que tenía que marcharse de casa», pensó Jude.

Fue distinto durante la primera aparición de Will, cuando Emma tenía trece años. «Por aquel entonces, a ella le gustaba —pensó—. Le encantaba. Tanto como a mí.»

Cuando Jude lo conoció en Cambridge, Will era alguien muy especial: un chico destinado al éxito. Después, ella había bromeado con sus amigas diciendo que la genialidad le salía por los poros y que notaba el sabor cada vez que le lamía la piel.

Recordaba una ocasión en la que se lo contó a una colega de la oficina, que reaccionó con una mueca de asco.

—Me parece repugnante. ¿O sea que le sigues el juego? —le dijo la secretaria adjunta del bufete Bowen and Bailey. Lejos de seguirle el juego a nadie, Erica era más bien una feminista. Lo revelaba un rótulo que tenía en su mesa («El sexismo es una enfermedad social») y el hecho de que jamás desperdiciara la menor oportunidad de dejar claro su posicionamiento al respecto. Los abogados del bufete eran enrollados, llevaban el pelo largo y vestían trajes mil rayas de segunda mano pese a la ironía que eso suponía, pero cuando ella no estaba presente la llamaban «la tortillera». Jude estaba segura de que Erica estaba al corriente del mote, al fin y al cabo estaba al corriente de todo, pero tampoco le importaba. Seguramente lo consideraba una justa compensación por su superioridad jerárquica.

Jude se había reído al oír aquella pulla y había seguido trabajando. Pero a Barbara Walker, la joven auxiliar administrativa, le interesó el tema y quiso saberlo todo.

Toda esa charla sobre Howard Street con Emma había despertado viejos recuerdos, y Jude se preguntó qué habría sido de Barbara. Llegaron a ser amigas íntimas. La imaginaba perfectamente: atractiva hasta un punto irritante, pero desesperada por el dinero. Se mudó con ella a Howard Street en 1984, y ocupó una habitación para ayudar a Jude a pagar el alquiler, pero siempre se retrasaba y el propietario tenía que acudir a reclamarles el dinero.

Al Soames, se llamaba. Un tipo que había estudiado en una escuela privada, que se presentaba sin invitación previa y se sentaba en la cocina

como si estuviera en su propia casa. Siempre alardeaba de la gente importante que conocía y de las fiestas a las que asistía. Al principio la había impresionado, pero al cabo de un tiempo empezó a preguntarse si no era un poco como Walter Mitty. A Barbara la ponía muy nerviosa, aunque a Will le caía bien. Decía que era un tipo divertido.

Jude se chupó el dedo y fue pescando las migajas que habían quedado en el plato.

La pobre Barbara no tardó mucho en marcharse de casa, recordó Jude. Al final se hartó de buscar más dinero cada mes, y desde que se marchó, Will se sintió más cómodo.

—Me gusta tenerte para mí solo, sin esa muñeca Barbie por aquí, coqueteando conmigo —dijo. Jude no había reparado en esos flirteos, pero de todos modos Barbara ya se había marchado, y esperaba que Will sentase la cabeza y viera en ella a su media naranja, tanto desde el punto de vista intelectual como sexual. En la universidad, su idilio sólo había durado tres semanas, pero esa vez sería distinto. Por aquel entonces, había tenido a otras mujeres esperando recibir su atención, impacientes de que les llegara el turno. Jude lo había sorprendido atendiendo a la siguiente chica un viernes por la mañana que decidió saltarse la clase para ir a verlo.

Recordó el incidente y la venganza que se tomó con la chica: al día siguiente entró a hurtadillas en su habitación y le restregó una mierda de perro por toda la cama. Dicha clase de respuestas desproporcionadas son típicas de esa edad, ¿no?

En cualquier caso, la chica en cuestión no se había quejado. Jude imaginó que se limitó a llevar las sábanas a la lavandería. Will no llegó a enterarse; al menos no lo mencionó jamás, siguió siendo cordial con Jude y accedía a tomar un café con ella cuando se encontraban en el King's Parade. Sin embargo, desapareció de la vida de Jude cuando ésta dejó Cambridge.

Y luego Jude conoció a otro hombre.

Se llamaba Charlie, pero pasó a ser «el grandísimo cabrón» cuando la abandonó y Jude tuvo que regresar a casa de sus padres con un bebé recién nacido, Emma, para que pudieran torturarla acuciando su sentimiento de culpa.

Notaba que la amargura le estaba arruinando el día a pesar del tiempo que

había pasado desde todo aquello. No le sentaba nada bien recordar un pasado tan doloroso. Dicen que ese tipo de cosas es mejor no quedárselas dentro, pero ella nunca había podido hablar de ello con nadie. La gente sacaba conclusiones, juzgaba a la primera de cambio.

Era mejor quedárselo para una misma. Ya había sido demasiado sincera con Will. Se había excedido, con el tiempo lo veía cada vez más claro. Le había contado lo desesperada que estaba por no perderlo y se lo había consentido todo: que le cambiara la forma de vestir, los amigos... Todo. Incluso le había hecho caso cuando él le dijo que había llegado el momento de «echar del nido» a Emma cuando convivir con ella empezó a ser demasiado difícil.

Se lo había dicho de un modo cariñoso y responsable: «La ayudarás más si le demuestras tu amor siendo dura con ella, Jude. Ya lo verás. Es lo que más le conviene».

Y ella le había hecho caso, le había dicho a su hija que tenía que marcharse. La había ayudado a hacer las maletas y le había cerrado la puerta en cuanto la hubo cruzado.

Y ya sin Emma, Jude había entregado todas sus energías a Will, intentando anticiparse a todos sus deseos. Al principio, a él le encantaba encontrar cada noche uno de sus platos preferidos en la mesa, la lencería sexy que se ponía ella para complacerlo, las llamadas al trabajo «sólo para decirte que te quiero».

Pero llegó un punto en el que parecía desesperada. «Los hombres aborrecen a las mujeres desesperadas», pensó Jude mientras recogía la mesa tras el desayuno.

—Es que se te quitan las ganas —le había dicho Will el día que se marchó de casa.

CAPÍTULO 16

Miércoles, 28 de marzo de 2012

Kate

Acababa de salir del ascensor para entrar a trabajar y el día ya se le estaba haciendo largo. El mal humor había hecho mella en sus ojos y le había ahondado las arrugas de la frente, pero Joe Jackson todavía no le había cogido el tranquillo a ese tipo de señales.

—Hola, Kate, ¿cómo estás? —dijo con un cotorreo animado.

Kate le había lanzado una mirada capaz de hacer dudar a un rottweiler. Dejó caer la bolsa con el portátil encima de la mesa con un golpe sordo y fue directa hacia el lavabo para poder respirar tranquila un rato.

Steve le había servido el té en la cama media hora antes y se había quedado con ella hasta que la vio emerger completamente del sueño.

—Siento levantarte tan temprano, amor mío, pero tengo que marcharme a trabajar a las ocho. Esta mañana me toca ronda de guardia y Jake ya está en la planta de abajo —le había dicho, con un matiz de advertencia en la voz. Los dos sabían que se avecinaban complicaciones.

La noche anterior, Jake, su hijo mayor, se había presentado inesperadamente en mitad del trimestre universitario, pero había llegado demasiado tarde para hablar: Steve ya se había acostado, agotado por las visitas que había tenido que hacer a sus pacientes de cáncer, y Kate no se

había sentido con fuerzas para afrontar sola la última crisis de Jake. Lo había mandado a la cama con la promesa de hablar del tema por la mañana y el momento había llegado. Kate había salido de la cama a trompicones y apenas había tenido tiempo de sentarse a la mesa de la cocina cuando Jake le anunció que había decidido abandonar los estudios de Derecho para marcharse de viaje.

Bueno, decir que se lo «anunció» seguramente sería exagerado. Jake lo había mencionado de esa forma informal e irritante tan propia de él, mientras se preparaba unos huevos escalfados. Según los informes de bachillerato, el chico «se lo toma todo a su ritmo». Kate consideraba que en realidad se rendía a las primeras de cambio, pero Steve siempre le había aconsejado que no se enfrentara a su hijo con esas críticas.

«Sólo conseguirás empeorarlo todo. Ya se le pasará», le decía.

Pero no se le había pasado.

«Se limita a dejar las cosas en cuanto empiezan a complicarse», le había dicho Kate cuando su hijo decidió dejar el saxo tres meses después de empezar, a pesar de haberles rogado que le compraran el instrumento. «Es muy inteligente, pero no se esfuerza en nada», se había quejado ella. «El pobre Freddie tiene que quemarse las cejas para aprobar. Seguro que se pone furioso al ver que su hermano saca sobresalientes con apenas echar un vistazo rápido a los libros.»

Y ella también se ponía furiosa, porque como estudiante había sido más bien como Freddie. Además, no comprendía de dónde salía esa falta de motivación, tanto ella como Steve iban sobrados de ética profesional. Jake, en cambio, a los pies de una escalera miraba hacia arriba y se encogía de hombros ante la mera idea de trepar por ellas.

Había sido Steve quien había roto el silencio que había dado pie a las últimas noticias de su hijo.

—¿Adónde tienes pensado viajar? —le preguntó, con un tono cordial y neutral. «Típico de Steve», pensó Kate.

—Pues todavía no lo sé, la verdad —respondió Jake con su radiante sonrisa—. ¿A Tailandia, tal vez?

—¿Y no podrías marcharte cuando acabes la carrera? —le planteó Kate

mientras Jake dejaba el plato sobre la mesa—. Sólo te falta un año.

—No estoy seguro de haber elegido bien la carrera, mamá —le contestó Jake justo antes de empezar a comer, con un trapo sobre un hombro.

—Pero si siempre has querido estudiar Derecho —dijo ella, hundiéndose cada vez más en su silla—. ¿Qué ha cambiado?

—Creo que he sido yo quien ha cambiado —dijo, mojando la yema con un trozo de pan—. Me interesan otras cosas.

Kate y Steve intercambiaron una mirada por encima de la cabeza inclinada de su hijo.

—Bueno, será mejor que no tomes decisiones precipitadas, Jakey —dijo Steve—. ¿Por qué no acabas este año y luego te lo piensas con más calma? Será mejor que te lo pienses con tranquilidad.

—De hecho, ya he comunicado a la universidad que no regresaré —respondió su hijo—. Fueron muy amables y ya está todo arreglado.

Hubo unos momentos de silencio de estupefacción y luego empezaron los gritos, sobre todo por parte de Kate, mientras Jake continuaba masticando con paciencia. Luego llegaron las súplicas, los reproches y los portazos. El desayuno había acabado como el rosario de la aurora. Steve se había marchado a toda prisa hacia el hospital, Jake había vuelto a la cama y Kate se había quedado en la cocina maldiciendo.

—No son ni las ocho de la mañana y ya es una pesadilla de día —se había dicho.

Más tarde, cruzó Londres en coche con los dientes apretados, practicando lo que le diría a Jake e insultando a los taxistas y transportistas que osaban interponerse en su camino.

El estrés le había pasado factura. Se miró al espejo y vio que tenía ojeras, el maquillaje corrido y el pelo huyendo de una cola de caballo que se le caía por momentos.

—Dios mío, menuda estampa —murmuró.

Parecía que hubiera caído por un terraplén tras un choque de trenes. Se quitó la goma que le sujetaba el pelo y sacó un cepillo del bolso para atenuar la catástrofe.

—Vamos, cálmate —le pidió a su reflejo.

«Tú puedes», se repetía mentalmente mientras sometía sus mechones al cepillo. Era un mantra que había heredado de su padre, un hombre que aborrecía pensar en negativo.

«Vamos, Katie», le decía cuando intentaba aprender a andar en bici, aprobar un examen de matemáticas o abordar una entrevista de trabajo. «Puedes conseguir cualquier cosa.»

Era fantástico tener un animador personal, pero la presión constante que suponía tener que lograrlo todo era agotadora. «De acuerdo, papá, estoy en ello», pensó, agarrándose al lavamanos para calmar el temblor de sus manos.

CAPÍTULO 17

Miércoles, 28 de marzo de 2012

Kate

Cuando salió del lavabo, reinaba un silencio extraño en la oficina. No había nadie hablando o tecleando, ni siquiera los de la edición digital, y nadie levantó la cabeza para mirarla. El «Buenos días a todos» de Kate se quedó a medias; la última parte, «a todos», se la tragó el ruido que hizo al sentarse.

—¿Qué pasa? ¿Ha muerto alguien? —le preguntó con un susurro al de sucesos.

Éste levantó la mirada con los ojos cansados e inyectados en sangre.

—Todavía no —respondió él.

—Dios mío, tienes muy mal aspecto —exclamó Kate—. ¿Qué hiciste ayer por la noche?

—Salir con el Mayor. Y él está peor que yo.

Kate se dio la vuelta para echarle un vistazo al corresponsal de defensa, al que llamaban «el Mayor», y se rio al verlo.

—¿Ha empalmado? —preguntó.

—Ocúpate de tus asuntos, Kate. Veo que no has consultado el correo todavía, ¿verdad?

—No, he salido tarde de casa. ¿Por qué?

—Viene otra criba. Los hombres de negro, una vez más —anunció él—.

Habrán recortes, dicen que sobran cincuenta y dos personas de todas las cabeceras. Siete de ellas de nuestra redacción.

—¿Siete? ¡Dios mío! Eso equivale a la mitad de los periodistas —dijo, mirando a su alrededor y contando a sus colegas mentalmente.

—No seas tonta. Al menos somos treinta —dijo él.

Kate se quedó de piedra.

—Los del digital, Kate.

—Ah, sí —respondió ella—. Bueno, pero a ellos no les pegarán una patada en el trasero. Mierda... ¿A quién de nosotros le tocará?

El de sucesos negó con la cabeza.

—Dos correctores, pero todavía no han invitado a nadie a tomar el café de la muerte. Estamos a la espera.

Los dos sabían quién tenía todos los números. Gordon Willis era viejo, tenía mal carácter, aborrecía las nuevas tecnologías y lo más importante de todo: cobraba un sueldo astronómico. Kate intentó que se le ocurriera algo positivo.

—El otro día hablé con Colin Stubbs. Te manda recuerdos, por cierto —dijo ella. El de sucesos asintió con aire preocupado—. Dice que dejar el periodismo ha sido la mejor decisión que ha tomado en la vida.

—¿De verdad? Hace meses que no lo veo. Pensaba que la bruja de su esposa lo había encerrado en el sótano. Mira, voy a buscar el parte diario al Yard, no soporto quedarme aquí sentado esperando malas noticias. Avísame si ocurre algo.

—Claro —dijo ella—. No te preocupes, tú eres demasiado valioso para ellos.

—Gracias, Kate —dijo él, intentando sonreír—. Hasta luego.

Kate observó al de sucesos, que se dirigió hacia el ascensor arrastrando los pies, con el cuello de la chaqueta medio levantado, el pelo de la nuca revuelto y el cuaderno asomando por el bolsillo. Asintió con la cabeza al pasar junto al despacho de Terry, pero éste no le devolvió el saludo. «Mala señal —pensó ella—. La manada abandona a uno de los suyos.»

Kate pensó en su propia situación. Estaba segura de ocupar alguna posición de la lista, sin duda la edad y el sueldo jugarían en su contra, pero

cruzaba los dedos para que otros aceptaran gustosos el dinero de la indemnización antes de que llegaran a su nombre. No quería marcharse. No se le ocurría ninguna otra profesión a la que pudiera dedicarse, y no le parecía que valiera la pena vivir sin trabajar. ¿Qué haría durante todo el día? ¿Mirar la tele y resolver *sudokus*? Antes prefería morirse. Antes prefería dedicarse a escribir basura sobre famosos. Pero lo que de verdad necesitaba era un buen reportaje.

Terry se acercó a su mesa y Kate levantó la mirada.

—¿Todo bien, Kate? —preguntó—. Tienes muy mal aspecto.

—Gracias, Terry, eres muy amable. Estoy bien, sólo es un tema doméstico. Mi hijo mayor.

—¿Qué le pasa a Jake? —preguntó Terry—. Yo estoy harto de mis hijos. Sólo me quieren por el dinero y para que los lleve en coche a fiestas.

—Tiene dudas con la universidad, pero ya lo resolverá por sí mismo —dijo ella.

La noticia de que el de sucesos se marchaba llegó más o menos a las seis y media. Lo suficientemente tarde para que pudieran echarlo del edificio sin que montara mucho escándalo si se lo tomaba mal. Lo convocaron en el despacho del director ejecutivo y un cuarto de hora más tarde salía de allí como experiodista del *Post*.

—Me han dado una porrada de dinero —le dijo a Kate mientras empezaba a meter sus cosas en una bolsa de basura negra—. Estaré bien, ha llegado el momento de cambiar. Ya llevaba aquí demasiado tiempo.

Los dos sabían que no habría más empleos después de ése. Era demasiado viejo. Y de la vieja escuela.

—Lo peor será contarle en casa —dijo—. No sé si llamar a Maggie o esperar para decírselo cuando la vea. Vete a saber cómo reaccionará. Seguramente a todo volumen.

—Vamos, hombre, Maggie lo comprenderá —dijo Kate. En la oficina conocían a la esposa del de sucesos como «la mujer de hierro», por lo que en realidad no confiaba en absoluto en que se mostrara comprensiva: no había

testigos de que tuviera esa faceta. Sin embargo, Kate intentó no ahondar en lo negativo del caso.

—Ya veremos —dijo él, negando con la cabeza.

—Sea como sea, ¿dónde celebraremos que te marchas de Fleet Street? Seguro que todos querrán despedirse de ti como corresponde —dijo Kate, recogiendo un sobre perdido del suelo.

—Sí, ya pensaré en algún sitio. Me gustaría ir al Cheshire Cheese, es donde me llevaron el primer día que trabajé en un periódico nacional, en la edad de piedra. Solíamos ir cuando empezaban a imprimir. El edificio entero vibraba, y el ruido... —Se le empezó a quebrar la voz y prefirió callarse, fingiendo que comprobaba que no quedaba nada en los cajones—. Seguramente será el viernes —dijo al fin—. Cuando lo haya digerido del todo. Se lo diré al Mayor. Él ya os rebotará un correo electrónico a todos los demás. —Miró a su alrededor en la oficina y dejó caer los hombros—. Bueno, será mejor que me marche.

Terry se acercó y los otros periodistas empezaron a ponerse de pie.

—Buena suerte, tío —gritó el Mayor desde el otro lado cuando el de sucesos recogió la bolsa de basura que contenía las pruebas de su carrera periodística.

Kate cogió su cuaderno y empezó a golpear la mesa con él. Los demás periodistas la imitaron, y los correctores y el resto del personal se unieron a la cacofonía aporreando las mesas con los puños o cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Despidieron al de sucesos dando golpes, como mandaba la tradición. Fue un estrépito cargado de emoción en un mundo nuevo gris. El de sucesos lloraba cuando salió de la oficina por última vez.

Cuando la puerta se cerró tras él y el ruido cesó, todos se quedaron conmovidos y llorosos.

—Salgo a tomar algo —dijo el Mayor—. Necesito una copa.

CAPÍTULO 18

Viernes, 30 de marzo de 2012

Kate

El Cheshire Cheese era un bar de Fleet Street, un verdadero laberinto de escondrijos y reservados forrados de madera. Había sido un lugar frecuentado por periodistas, escenario habitual de peleas, celebraciones y velatorios hasta que los periódicos dispersaron sus sedes por toda la capital durante los años noventa. En esos momentos, el Cheese se consideraba una vistosa reliquia de ese pasado glorioso. Los nuevos propietarios contaban anécdotas de exclusivas históricas y de compañerismo gremial entre los turistas y los obreros que habían llenado el vacío que había dejado el mundo de la prensa, como si el periodismo escrito fuera algo de otra época.

Pero conservaba el olor de siempre, pensó Kate mientras sacudía la lluvia interminable del paraguas y se abría paso entre los clientes para acceder al reservado del primer piso. Olía a cerveza rancia y patatas fritas.

El volumen del ambiente fue en aumento a medida que subía las escaleras y le estalló en la cara en cuanto abrió la puerta. El de sucesos era el protagonista absoluto, repartiendo pintas por encima de las cabezas de sus antiguos colegas con la cara enrojecida, gritando y empapado de sudor.

Kate miró a su alrededor como suelen hacer los periodistas. «¿Quién ha venido? ¿Alguien interesante? ¿A quién me conviene evitar?»

La mirada se le iluminó al ver a unos policías en un rincón. Era una verdadera reunión de clanes. Prácticamente había acudido la oficina de prensa de la metropolitana al completo, incluso Colin Stubbs, y al parecer también los inspectores de todos los grandes reportajes que había cubierto el *Post*.

—Bob —gritó Kate por encima del estruendo general, abriéndose paso entre la multitud. Sin embargo, él no llegó a oírla.

El inspector Bob Sparkes estaba enfrascado en una conversación con otro policía. Kate no lo había visto desde el caso de Bella Elliott. Habían hablado unas cuantas veces por teléfono, pero no había vuelto a participar en ningún otro reportaje que hubiera tenido lugar en la jurisdicción de Bob, en Hampshire.

Cuando por fin la vio y le sonrió, a Kate se le erizó la piel. «Es ridículo, ¿cuántos años tienes?», pensó, enojada consigo misma. De repente no estaba segura de cómo tenía que saludarlo. ¿Un apretón de manos o un beso en la mejilla?

Quedó claro que el inspector Sparkes no tenía ese dilema, porque le tendió la mano de inmediato y se la estrechó afectuosamente.

—Hola, Bob —dijo ella—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte a ti, Kate —dijo, todavía con una sonrisa en los labios—. Debe de hacer al menos un año desde la última vez.

—Más bien dos —lo corrigió ella sin soltarle la mano todavía, y le dio un último apretón antes de hacerlo.

—Ésta es Kate Waters, la periodista que te he mencionado —le dijo el inspector Sparkes a un colega más joven—. Kate, éste es el sargento Chris Butler.

—Ah, he oído hablar mucho de usted —dijo el joven sargento—. El jefe es su fan número uno.

Kate y Bob se sonrojaron y el sargento sonrió. Los dos empezaron a hablar al mismo tiempo, tropezaron con las palabras del otro y se quedaron callados. Fue Bob quien al fin desvió la conversación hacia aguas más calmadas.

—¿Con qué estás ahora, Kate? ¿Qué tienes entre manos?

Ella demostró su gratitud con la mirada y recurrió a los detalles del reportaje sobre el bebé para salir del paso. En realidad, había estado

trabajando en un artículo sobre los gastos declarados por un ministro, «a petición expresa del director», según Terry. Sin embargo, el bebé fue lo primero que le vino a la mente. Al parecer estaba presente en todo momento en un segundo plano, como una de esas canciones pegadizas que tanto nos cuesta sacarnos de la cabeza.

Se disponía a cambiar de tema para hablar de la sórdida declaración de «artículos de ocio» del ministro cuando Bob la detuvo y le pidió que volviera al tema del bebé. Preguntó por los resultados forenses y por el historial de la zona. Al joven sargento se le empezó a vidriar la mirada y Kate se dio cuenta de que buscaba una escapatoria. Bob también se percató.

—¿Por qué no le traes algo para beber a Kate? Para que no se nos muera de sed.

El sargento Butler asintió, le preguntó qué le apetecía y se sumergió en la multitud.

Kate y Bob se miraron fijamente.

—Aquí hay mucho ruido, Kate, apenas te oigo. A mi edad... —dijo Sparkes—. Chris tardará un buen rato en volver, Gordon lo ha pillado por banda. ¿Por qué no vamos al piso de abajo y tomamos algo con calma?

Mientras lo seguía, Kate se fijó en los cabellos grises y cada vez más ralos del inspector. Aun así, todavía le parecía atractivo. Se sentaron a una mesita pegajosa: él con una cola *light* y ella con una copa de vino blanco templado.

—A ver..., ¿tienen alguna idea de quién podría ser ese bebé? —preguntó él, retomando enseguida el hilo de la conversación.

«O sea, que no pretendía intimar», pensó Kate, y abandonó la idea de un *tête-à-tête* más personal.

—Que yo sepa, no. Según dicen, no lo enterraron hace poco. Puede que incluso se trate de una sepultura antigua, pero todavía lo están analizando. Era un recién nacido y, aunque no es oficial, el poli que investiga el caso cree que seguramente fue una madre soltera y desesperada, en un tiempo pasado y oscuro en el que tener un hijo ilegítimo era un problema crítico. No creo que les interese mucho el caso, la verdad. Están hasta el cuello de trabajo con los Juegos Olímpicos, el Jubileo de Diamante de la reina y las amenazas terroristas.

—Claro —dijo Sparkes asintiendo.

—Escribí una pieza sobre el descubrimiento del cadáver, salió publicada en el periódico el sábado —añadió Kate—. Era tan breve que probablemente ni la viste. En cualquier caso, no estoy segura de poder llegar muy lejos con este tema, no sé si dará para un reportaje. Si se trata de un caso doméstico, considerarán que su valor informativo es limitado. Tal vez consiga un titular de página, aunque no sé si vale la pena tomarse tantas molestias.

Kate tuvo la sensación de haber parlotado como una cotorra mientras esperaba una respuesta. Y no quería aburrirlo.

—¿Y tú qué? ¿Con qué estás? —preguntó al ver que el silencio perduraba. Bob se quitó las gafas y le sonrió.

—Perdona, Kate, estaba pensando. Estoy redactando una revisión de la normativa de las fuerzas de seguridad. Al parecer, eso también forma parte de nuestro trabajo como policías. Muy bien, pero... ¿la metropolitana ha buscado en el registro de desaparecidos? Deben de haber empezado por ahí, ¿no?

—Eso espero. Aunque es complicado, porque ni siquiera saben por qué época empezar. ¿Por qué?

—No es una lista muy larga, da igual por dónde empiecen a buscar. Secuestrar recién nacidos es un delito poco habitual, pero todavía es mucho más reducido el número de bebés que no han llegado a encontrarse.

Kate asintió. Intentaba pensar en casos en los que algún bebé desaparecido no hubiera sido encontrado y devuelto a sus padres al cabo de unas semanas, en el peor de los casos. Recordaba uno en el que se habían llevado a un bebé que estaba dentro de un coche, pero los demás casos de portada habían terminado con final feliz.

—Se me ocurren tres casos —dijo Bob—. El bebé que se llevaron del asiento trasero de un coche, en Londres.

—Estaba pensando justamente en ése —dijo Kate—. Debió de suceder hace unos veinte años.

—Sí. Y también el que se llevaron de un cochecito, frente a la cooperativa de Portsmouth, poco después. Es posible que fuera una emulación del anterior. Y el de un recién nacido al que secuestraron de una maternidad en Hampshire en los setenta. Se llamaba Alice. No la volvieron a ver.

—Esos dos no los conocía. ¿Te ocupaste del caso de Hampshire? — preguntó Kate.

Sparkes soltó una carcajada.

—Habría sido difícil, Kate. No soy tan viejo. Debía de tener trece años por aquel entonces.

—Lo siento —dijo ella, riéndose—. No me he parado a echar cuentas...

—Recuerdo el caso porque una de mis tías tuvo un bebé en esa época — dijo Sparkes—. Y a mi prima la llamaron Alice, o sea que durante un tiempo fue un tema de conversación recurrente entre ella y mi madre. Fue un caso de los gordos. No lo seguí las veinticuatro horas al día y los siete días a la semana como sucedería ahora, pero me impresionó, y nunca he olvidado su nombre.

—¿Otro de tus niños perdidos, Bob? —preguntó Kate. Conocía bien la lista: Bella Elliott, por supuesto; Laura Simpson, secuestrada por su tío, que era pedófilo; el bebé W., golpeado hasta la muerte por su padre adoptivo; Ricky Voules, ahogado en un parque. Bob Sparkes cargaba con todos ellos, con los que había rescatado y con los que le habían dejado la sensación de haber fracasado. Al parecer, la pequeña Alice también estaba escondida entre ellos.

—Si te interesa, busca en tus archivos de recortes sobre niños desaparecidos, Kate. Yo quizá haga lo mismo con los nuestros —dijo, y Kate supo enseguida que cumpliría su palabra. Sparkes era de esos policías que no sabían dejar pasar las cosas—. Puede que no encontremos nada, pero...

A media frase lo interrumpió el sargento Butler, que apareció tras una columna.

—Los discursos, jefe. Dese prisa o se los perderá —dijo el joven agente con las mejillas sonrosadas y un tono entusiasmado.

—Voy enseguida —dijo Sparkes—. Es que no sale mucho de Southampton, ¿sabes? —le susurró a Kate, tras lo que intercambiaron una sonrisa—. Coge tu copa de vino y volvamos arriba —dijo.

Sin embargo, ella sabía que a partir de ese momento Sparkes sólo tendría una cosa en la cabeza: el bebé de las obras.

Igual que ella.

CAPÍTULO 19

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

Los empleados de la hemeroteca vivían en las tripas del periódico y eran supervivientes troglodíticos de la revolución de Google. Habían quedado reducidos a un puñado de bichos raros, formaban un grupo que parecía la versión barata de la cantina de *La guerra de las galaxias*, como recordaba haberle oído decir al de sucesos en más de una ocasión. Su apogeo terminó para siempre con la aparición de los motores de búsqueda por internet, pero seguían allí de todos modos, clasificando y archivando cada reportaje publicado, aferrándose al conocimiento experto de las noticias aparecidas a lo largo del siglo anterior, hasta que el último recorte quedara digitalizado.

A Kate le gustaba desafiarlos con peticiones estafalarias: «¿Tenéis algo sobre viudas casadas con el hermano del esposo difunto?». Luego llegaba una pausa, durante la cual el bibliotecario o bibliotecaria desaparecía por los pasillos que se abrían entre las hileras de archivos, para reaparecer de nuevo con un sobre marrón, lleno de recortes, con la inscripción: «Matrimonios: mujeres que se acaban casando con el cuñado». Nunca dejaban de sorprenderla.

Cuando notó el olor a papel y pececillos de plata nada más abrir la puerta batiente de la biblioteca de un empujón, Kate respiró hondo. Era el aroma de

su pasado: los días en los que bajaba las escaleras corriendo en cuanto saltaba una noticia y se ponía a buscar un nombre concreto en las guías telefónicas del mostrador, a hojear recortes y a intentar detectar el enlace vital que daba sentido a un chivatazo.

Geoff Bridges, un hombre que siempre vestía jerséis más propios de un conductor de tractores portugués y que llevaba varias décadas con aspecto de estar a punto de jubilarse, levantó la mirada de su mesa.

—Hola, Kate. ¿En qué podemos ayudarte?

—Estoy investigando casos viejos de niños desaparecidos, desde los años setenta hasta mediados de los noventa —dijo ella.

—Bueno, pues has venido al sitio adecuado —dijo él riendo—. Nosotros nos encargamos de lo viejo. ¿Tienes algún nombre? ¿O quieres que te traiga todo lo que encuentre por «niños desaparecidos en general» de ese período?

—Sólo tengo uno, Alice, pero creo que será mejor que me traigas todas las carpetas —dijo ella.

—Alice Irving —dijo Geoff en voz baja, consultando mentalmente su sistema de archivos interno—. El bebé que desapareció de un hospital, ¿no? —preguntó. Los conocimientos y la memoria de Geoff para recordar reportajes eran legendarios.

Kate asintió.

—Mmm.. Familia del ejército asentada en Hampshire. Era Aldershot, ¿no? ¿O Basingstoke? Sospechaban de la madre, si mal no recuerdo.

—¿La madre? ¿De verdad? —exclamó Kate, con el pulso cada vez más acelerado—. Bueno, pues consígueme también su expediente.

En el piso de arriba, ella y Joe desarrollaron los abultados sobres. Los recortes estaban amarillentos y empezaban a deteriorarse. Joe parecía escéptico cuando desplegó con cuidado el primero que sacó del sobre identificado como «Niños desaparecidos, general».

—¿Buscas a la madre de un bebé que desapareció hace unos veinte o treinta años? —preguntó, levantando las cejas—. ¿Por qué?

—Porque quiero saber lo que ocurrió, Joe. A esto lo llamamos «interés

humano». No todas las noticias tienen que estar protagonizadas por estrellas de culebrones o por políticos, y ésta tiene todo lo necesario para convertirse en un buen reportaje. Lo noto en las tripas.

Joe puso cara de asco.

—Es un decir, querido. No es que tenga que ir al baño ni nada de eso.

Él se avergonzó de la reacción y ella se sintió fatal, porque fue consciente de que se estaba convirtiendo en un dinosaurio más.

Kate se dio cuenta de lo decepcionado que estaba Joe. El chico seguramente tenía esperanzas de participar en un equipo de investigación capaz de destapar una conspiración internacional nada más entrar en el *Post*.

—Vamos, será divertido —se oyó decir a sí misma, como si hablara con un niño recalcitrante. «¿Por qué todo tiene que ser divertido hoy en día?»—. Estamos buscando bebés que desaparecieron sin dejar rastro. Un contacto ha sugerido tres posibilidades, pero sólo tenemos unos años y un nombre.

Kate levantó la mirada hacia Joe y vio que se había quedado boquiabierto.

—Tú encárgate de Alice Irving —dijo suspirando—. Nos interesa cualquier pista que pueda indicarnos el paradero de su madre, Angela Irving.

«Dios mío —pensó Kate—. Hablo como un policía.»

—En cualquier caso —prosiguió— debemos encontrarla enseguida, y puede que hallemos algún indicio en los reportajes publicados durante esa época.

—¿Algún indicio? —preguntó Joe.

—Pistas. Cosas como el nombre de un pariente, antiguas direcciones o lugares en los que trabajó. Podemos seguir el hilo y preguntar adónde se mudó, o ver si ha mantenido contacto con alguien. ¿Comprendes?

Joe asintió con estupefacción. Sin palabras clave ni motores de búsqueda parecía perdido.

—De acuerdo, ¿qué te parece si tú empiezas buscando su fecha de nacimiento y el certificado de matrimonio en la red? —propuso Kate.

Joe reaccionó con un poco más de interés.

—Busca el segundo nombre, la fecha de nacimiento... Cuanta más información consigamos reunir sobre ella, más sencillo nos resultará encontrarla. Busca primero lo del matrimonio, será más fácil. Tenemos el

nombre del marido: Nick. Seguramente se llama Nicholas Irving, a juzgar por los recortes y el apellido de Angela. Aquí pone que tenían un niño de dos años cuando desapareció Alice, por lo que es probable que se casaran al menos un año antes de que el niño naciera. Busca toda la gente con el apellido «Irving» que contrajo matrimonio en 1967; a partir de ahí, retrocede por los sesenta y luego, si no encuentras nada, seguiremos hacia delante. El registro matrimonial tendrá el nombre de soltera de Angela, y a partir de ahí podrás buscar a sus padres y hermanos. ¿De acuerdo?

Kate se dio cuenta de que Joe la estaba mirando de un modo preocupante, con los ojos demasiado abiertos. Además, no había anotado nada de nada.

—Anótalo, Joe. Los periodistas anotamos las cosas. Ésa tiene que ser tu regla de oro número uno.

Joe cogió el bolígrafo y garabateó los nombres mientras Kate entraba en la página web de «Nacimientos, Fallecimientos y Matrimonios» desde su ordenador, para luego dejar que fuera él quien rellenara los campos y presionara la tecla «Intro».

—De hecho, será mejor que empieces buscando en el apartado «Fallecimientos», por si ya ha muerto —añadió Kate—. Más que nada, para no perder el tiempo buscando un cadáver.

Mientras Joe manejaba el ratón, Kate se dedicó a leer en diagonal los archivos de recortes de los años noventa. Enseguida encontró los casos de secuestro: una niña de seis meses y un niño que ya había cumplido un año. No había aparecido ninguno de los dos, pero tampoco tuvo la sensación de que encajaran con la descripción de un recién nacido. De todos modos, se esmeró en anotar los nombres y las fechas, por si acaso.

Cuando abrió el archivo de Alice, encontró al menos cincuenta recortes de noticias y reportajes. El último era de 1999: habían encontrado tres cadáveres de bebés en Staffordshire. Kate se acordaba del caso: se había hablado de incesto, y a la madre y asesina la ingresaron en un hospital psiquiátrico. Fue una investigación que terminó antes de que hubiera empezado de verdad, y el corresponsal del *Post* en el centro de Inglaterra se había encargado de cubrir el juicio, pero enviaron a Kate para que intentara hablar con los familiares; éstos la mandaron a la mierda y ella se alegró de que así fuera, porque

parecían el reparto de un culebrón.

Regresó a ese marzo de 1970 en el que habían secuestrado a Alice y examinó las fotografías de Angela y Nick Irving saliendo del hospital de Basingstoke con las manos vacías. Kate estudió las fotos en blanco y negro de la joven pareja. La madre parecía destrozada, se envolvía el cuerpo con los brazos como si sostuviera la pena que sentía. «En lugar de sostener a su bebé», pensó Kate mientras desplegaba con cuidado el reportaje siguiente.

Geoff había acertado. A la cobertura inicial de la desaparición de Alice la siguieron artículos que apuntaban toscamente a la posible implicación de la madre. Al parecer, los indicios surgieron de una investigación policial que tuvo lugar en casa de los Irving tres semanas después de la desaparición de Alice.

«Tareas policiales rutinarias», según fuentes oficiales, pero los periódicos publicaron imágenes de agentes sacando objetos de la casa y acompañando a Angela Irving hasta el coche patrulla. Una vez más, envolviéndose el cuerpo con los brazos.

Kate se preguntó si no sería el sentimiento de culpa lo que sostenía con esa postura, y anotó el nombre del agente, por si acaso. Quería comprobar si seguía en activo.

Kate continuó leyendo los titulares en busca del resultado del interrogatorio, pero no volvía a mencionarse. Por lo que pudo ver, no pesaron cargos sobre la señora Irving, y los reportajes sobre Alice cada vez fueron más banales a medida que avanzaba el año 1970. Los últimos recortes eran efemérides del tipo «¿Qué ha sido de Alice?» o reportajes en los que su nombre aparecía en recopilaciones de niños desaparecidos, como contexto de nuevos casos de secuestro.

Kate se percató de que Angela no aparecía citada en los últimos reportajes publicados con motivo de la efeméride. Según pudo leer, ella y su marido se marcharon al extranjero.

Así pues, ella también había desaparecido.

El censo electoral en línea reveló más de una docena de entradas para Angela Irving y Nicholas Irving. Estaban repartidas por todo el país, pero no había ninguna en Basingstoke.

Kate estaba revisando sus notas cuando Joe anunció que Angela Alice Irving no había muerto, que había encontrado su partida de matrimonio con Nick y la de los nacimientos de sus otros dos hijos, Patrick y Louise; el primero estaba casado y ambos vivían en Hampshire.

Kate sonrió. Estaban sobre la pista del paradero actual de Angela. Y tenía ubicados a una Angela Alice y un Nicholas Irving en Winchester.

Llamó a Bob Sparkes de inmediato.

—Hola. Iré a verte para hablar del caso del bebé de las obras. Esa Alice que mencionaste se llamaba Alice Irving, y su madre, Angela, vive en Winchester.

—¿De verdad? —preguntó Sparkes, aparentemente satisfecho—. Buen trabajo, Kate. Será interesante oír lo que pueda contarnos. ¿Qué hay de los otros casos? ¿La niña del coche y el del cochecito?

—Los he encontrado, pero creo que no encajan por la edad. No eran recién nacidos.

—Bueno, muy bien. ¿Has encontrado algo más de la policía metropolitana sobre la investigación?

—No, nada. En estos momentos tienen en marcha una gran operación antiterrorista y no quiero molestarlos con esto. También estoy buscando al agente que se encargó del caso de Alice en su momento, el inspector Len Rigby. ¿Por casualidad no sabrás si aún está vivo?

—Lo consultaré y te llamaré en cuanto sepa algo. Debe de estar retirado desde hace tiempo.

—Sí, han pasado muchos años desde que ocurrió.

—Bueno, avísame cuando vayas a venir —dijo él.

—Claro —respondió Kate con una sonrisa—. Voy a llamar a la señora Irving ahora mismo.

CAPÍTULO 20

Lunes, 2 de abril de 2012

Angela

Esa mañana había tenido la sensación de que ocurriría algo. Había notado un zumbido en la cabeza. Nick estaba callado, comprobando un pedido que había hecho al almacén de fontanería mientras se comía los cereales, pero ella se sentía rodeada de ruido de todos modos. Apenas oyó cómo se despedía de ella antes de marcharse.

Se había sentado con el número de Kate Waters sobre la mesa, mientras terminaba de tomarse el café y se prometía a sí misma que la llamaría a la hora de comer.

Sin embargo, el teléfono sonó justo antes de mediodía.

—Hola, siento molestarla, pero estoy intentando encontrar a Angela Irving —dijo una voz femenina. Le pareció una voz agradable. Educada. Atenta.

—Soy yo —dijo—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ah, me alegro de haberla encontrado, señora Irving. Me llamo Kate Waters y trabajo en el *Daily Post*. Me preguntaba si sería posible hablar con usted acerca de un reportaje en el que estoy trabajando...

—Estaba esperando su llamada —la interrumpió Angela.

Kate Waters se quedó callada unos segundos al ver que le habían adivinado las intenciones.

—¿Ah, sí? —dijo enseguida—. ¿Entonces leyó la noticia que escribí la semana pasada, señora Irving?

—Sí —respondió Angela—. ¿Cree que el bebé es Alice?

—¿Usted sí? —preguntó la periodista.

—No lo sé, espero que... —empezó a decir Angela antes de echarse a llorar.

Kate Waters esperó a que Angela se recompusiera, murmurando ante el auricular que su intención no había sido molestarla, que comprendía lo delicado que resultaba hablar de ello, incluso tantos años después.

—Será mejor que venga. ¿Tiene mi dirección? —dijo Angela al fin, cuando hubo recuperado la compostura.

Kate Waters le prometió que iría a verla en cuestión de horas antes de despedirse y colgar.

Angela se quedó sentada hasta que oyó que llamaban a la puerta. Sólo podía pensar en Alice, en el día de su desaparición, en los días siguientes.

Desde entonces, no había sido capaz de volver a ejercer de enfermera. No soportaba poner los pies en un hospital. El olor de las salas, las batas almidonadas, los zuecos blancos..., todos esos detalles le recordaban la pérdida que había sufrido. En lugar de eso, luchaba contra aquella pena sobrecogedora desde casa, en privado. Con su marido. Su hijo Patrick vivió esa temporada con su abuela y en la casa resonaba el eco de su ausencia.

Nick y ella se sentaban a ver la televisión, a leer el periódico o a escuchar la radio, y de repente se echaba a llorar ante cualquier cosa: una canción estúpida que le había gustado especialmente durante el embarazo, la simple mención del nombre «Alice» o de la palabra «bebé», «embarazo» u «hospital». Nick le agarraba la mano y le hablaba, le decía que no era culpa suya, que había ocurrido en un hospital, un lugar supuestamente seguro.

Y que, sin embargo, no lo había sido.

Cuando las enfermeras acudieron corriendo al oír sus gritos, la cuna ya se había enfriado.

CAPÍTULO 21

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

El trayecto hasta Winchester había sido más relajado de lo que esperaba. Había encontrado poco tráfico en la M3, ni rastro de los embotellamientos habituales, pero el entusiasmo de Joe ante la posibilidad de meterse en un reportaje «de verdad» (Kate ya se había percatado de que el chico utilizaba mucho la palabra «verdad», al menos cien veces al día) empezaba a atacarle los nervios. Casi temía que le preguntara «¿Falta mucho?».

—¿Qué le preguntaremos? —quiso saber Joe nada más apoyar el trasero en el asiento del coche—. ¿Se echará a llorar? —preguntó, abrochándose el cinturón—. ¿Crees que es el bebé que perdió? —añadió mientras ella metía la llave en el contacto—. ¿Fue ella quien mató al bebé?

Esa última pregunta consiguió que Kate olvidara durante unos instantes la marcha que había puesto.

—¡Por el amor de Dios, Joe! —exclamó ella, pasando de segunda a tercera para luego poner la segunda de nuevo—. Si le sueltas una de esas preguntas, nos echará de casa de inmediato. Dejaremos que sea ella la que hable. Un interrogatorio directo y mordaz no es una buena opción en este tipo de casos. No es una política, sino una madre a la que le robaron un bebé. ¿Eres capaz de imaginar cómo tiene que sentirse?

Joe se aclaró la garganta.

—No iba a preguntarle nada de eso, de verdad —declaró él.

Kate sonrió.

—De acuerdo, cuando llegues a la puerta de su casa, ¿qué es lo primero que harás?

—¿Llamar a la puerta? —sugirió, hecho un amasijo de nervios.

—¿Y después? Improvisa.

Parecía como si estuviera repasando los apuntes de clase de memoria. Estaba muy concentrado.

—¿Nos presentaremos? Le diremos que somos periodistas...

—Muy bien. ¿Y luego?

—Haremos la primera pregunta.

—¿En la misma puerta? Entonces no esperes que nos invite a entrar. Primero tienes que ganarte su confianza, establecer algún tipo de conexión humana.

Joe sacó su cuaderno de la bolsa y empezó a escribir. Aprovechando que se detenía en un semáforo, Kate echó un vistazo a la página y vio que no le había puesto acento a «conexión». Suspiró y encendió la radio.

En las noticias hablaban de una manifestación en Bangkok vete a saber por qué motivo. En realidad no prestaba atención, pero la palabra «Tailandia» detuvo la deriva de sus pensamientos.

Sólo podía pensar en Jake y en las oportunidades perdidas. «Tailandia es para perdedores», se dijo a sí misma, y enseguida tuvo que esforzarse en no derramar las lágrimas que se le acumularon en los ojos. «Basta ya, estás trabajando.» Tensó los hombros y luego los relajó. En otro momento se habría puesto a respirar profundamente, pero llevaba a Joe en el asiento de al lado. «No es cuestión de montar un numerito frente al becario.»

Joe no demostró haber notado la angustia que ella sentía. Siguió parloteando sobre los Juegos Olímpicos, sobre su equipo de fútbol preferido y sobre quién tocaría en el concierto del Jubileo de Diamante de la reina, todo siguiendo un hilo mental que a ella no le importaba lo más mínimo.

—¿Has estado en Tailandia, Joe? —preguntó Kate, aprovechando una pausa que hizo el chico para tomar aire.

—Sí, es genial —dijo—. Menudas fiestas.

—Sí —convino ella—. Mi hijo está pensando en marcharse a Tailandia.

—¿Ah, sí? ¿De vacaciones?

Kate dudó un poco.

—No, en realidad no. Al parecer, quiere encontrarse a sí mismo. Jake es un chico inteligente, pero no acaba de saber lo que quiere hacer en la vida.

Pocas respuestas podrían haber sido más elocuentes que el «ah» que soltó Joe.

Cuando por fin se libraron del tráfico de Londres, Kate pisó el acelerador y continuó hasta el desvío de Winchester sobrepasando el límite de velocidad establecido.

—Me pregunto cuántas fotos nos deben de haber hecho los radares —dijo Joe con tono animado—. En realidad, creo que has batido el récord de la M3.

Ella ignoró esos comentarios e introdujo la dirección en el navegador GPS.

«Gire a la izquierda», ordenó la voz de mando. Y Kate le hizo caso.

La casa que buscaban era la más cuidada de Bishop Street: una adosada con un parterre de césped en la parte delantera y macetas sobre las losas del suelo, con narcisos y pensamientos flanqueando el camino hacia la puerta. Kate abrió la verja y tomó la delantera, con la sonrisa ya instalada en el rostro.

—Ponte la camisa por dentro, Joe —le susurró en cuanto llegaron frente a la puerta—. Somos periodistas, no invitados a una fiesta.

Él se sonrojó, se apresuró a meterse los faldones de la camisa dentro de los pantalones y se apartó el flequillo de los ojos.

—Lo siento —se disculpó.

Angela Irving abrió la puerta casi de inmediato, como si hubiera estado esperándolos detrás, preparada para reaccionar. Estaba pálida y seria; se alisó con las manos el pelo canoso, largo hasta los hombros, y se quitó las gafas. Balanceaba ligeramente el peso de un pie a otro, y no esperó a que Kate empezara a hablar.

—Usted debe de ser Kate —dijo.

—Así es. Hola, señora Irving —contestó Kate—. Le agradezco mucho que haya accedido a recibirme. Tiene que estar pasándolo muy mal, pero espero que podamos ayudarnos mutuamente.

—Yo también —confesó Angela, y abrió la puerta de par en par para invitarlos a entrar en casa—. Adelante —les indicó desde atrás.

Kate oyó que Joe respiraba por la boca tras ella y maldijo el momento en el que había decidido que la acompañara.

En la cocina, el artículo de Kate ocupaba una posición privilegiada, extendido sobre la mesa. A su alrededor había montones de recortes plegados con esmero, varias cartas y una carpeta de aspecto oficial.

—Por favor, siéntense —dijo Angela con un aire rígido y formal. Añadió una tercera taza a una bandeja en la que había preparado café y galletas.

—He reunido unas cuantas cosas que tenía para mostrárselas. Por si les interesa echar un vistazo al historial del caso.

Kate recogió enseguida un artículo para demostrar su predisposición. Ya lo había escaneado en la oficina, pero fingió leerlo de todos modos para ganar algo de tiempo para pensar.

CAPÍTULO 22

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

Al ver que Angela Irving se había echado a llorar por teléfono, Kate pensó que sería una tarea sencilla. Creía que sería ella quien llevaría las riendas de la conversación. Sin embargo, a Angela ya se le habían secado las lágrimas y Kate supo que no jugaba con ventaja. Había obviado el hecho de que la señora Irving estaba más que acostumbrada a tratar con periodistas. Se habían publicado un montón de entrevistas durante los años posteriores a la desaparición, aunque eso podía tener otra consecuencia: podía hacer que las cosas fluyeran si la entrevistada sabía lo que se esperaba de ella, de manera que podían ir al grano.

Sin embargo, Kate prefería moverse por territorio virgen a redundar por caminos fangosos. Los temas nuevos no se discutían recurriendo a clichés o a citas manidas. Y ante una neófita, Kate sabía controlar la entrevista. Le gustaba escuchar y seducir, inclinarse hacia delante y mantener el contacto visual cuando las cosas amenazaban con complicarse. Angela Irving, en cambio, parecía haberse preparado lo que quería decir.

Kate fingió leer el recorte al tiempo que observaba de reojo el trajín de la señora tras la barra del desayuno. Todo parecía muy formal, aunque el temblor que percibió en las manos de Angela reveló la energía nerviosa que

burbujeaba bajo la superficie. Lo conseguiría.

—Señora Irving... —empezó a decir.

—Por favor, llámame Angela. Cuando dices señora Irving parece que estés hablando con mi suegra —dijo Angela con un atisbo de sonrisa—. Dime —añadió mientras servía el café—, ¿qué quieres saber?

Kate sonrió a modo de disculpa e intentó adaptarse al tono informal de su interlocutora.

—Todo, Angela. Si no te importa.

—Por supuesto —masculló la mujer en voz baja antes de sentarse.

Al ver que no se decidía a empezar, Kate se inclinó hacia delante.

—¿Estás bien, Angela? —preguntó.

—Lo siento —dijo, negando con la cabeza—. Creí que me harías preguntas y que yo tendría que responderlas, como hacen siempre los periodistas. Creí que aguantaría bien. Pero ese «todo» suena abrumador. Ahora mismo no sabría por dónde empezar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y Kate le acarició un brazo para demostrarle compasión y ganas de ayudarla.

—Lo siento, Angela. No pretendía abrumarte. Será mejor que nos lo tomemos con calma. ¿Por qué no me cuentas cómo fue tu experiencia como enfermera? Mi madre también lo era. ¿Dónde estudiaste? ¿En Hampshire?

A decir verdad, lo que Kate necesitaba no era información, sino conseguir que Angela empezara a hablar y a relajarse antes de abordar el campo de minas del secuestro. Las fases iniciales de una entrevista eran cruciales. Si cometía un error, se arriesgaba a salir por la puerta con la libreta vacía.

Por primera vez, Angela sonrió de verdad. Quizá había visto la posibilidad de salir indemne de la situación.

—Siempre quise ser enfermera. De pequeña jugaba a hospitales y cuidaba de las muñecas de mis amigas. Me formé no muy lejos de aquí, en Basingstoke. Donde di a luz a mis hijos...

Titubeó un poco, pero luego enderezó la espalda.

—Bueno, a dos de mis hijos. Louise estuvo a punto de nacer en Alemania, que es donde estuvimos destinados durante los años setenta. Nick estaba en el ejército, aunque eso ya debes de saberlo. Regresamos para que naciera aquí.

Kate asintió, animándola a continuar.

—¿A qué parte de Alemania os destinaron? ¿Fue después de la desaparición de Alice?

El nombre quedó suspendido en el aire que había entre ellas.

—Sí. Cuando la policía terminó de hacernos preguntas —explicó Angela—. Nick y yo necesitábamos empezar de nuevo y su regimiento nos ofreció un destino. Por motivos humanitarios.

Kate tomó un sorbo de café, una forma de darle tiempo a Angela para recomponerse.

—Debió de resultar increíblemente difícil alejaros de vuestras familias en un momento como ése —dijo Kate en un tono cordial.

—Lo fue —contestó Angela, y Kate supo que la angustia de esas semanas nunca había desaparecido del todo. Lo notó en el dolor que expresaba el rostro de ella, que empezaba a estar lista para hablar.

—Cuéntame lo que sucedió ese día, Angela. Cuéntame lo que pasó el día que desapareció Alice.

CAPÍTULO 23

Lunes, 2 de abril de 2012

Angela

Había estado esperando ese momento. Lo había temido, pero le apetecía contar la historia de nuevo. Cuando revivía el doloroso momento de la pérdida, Alice le parecía más real.

Le contó a Kate Waters lo plácida que había sido la tarde que una enfermera le había llevado a Alice a la habitación para que le diera el pecho y que Nick se había llevado a Patrick a casa, porque el pequeño estaba muy cansado y había empezado a llorar.

«Os dejamos solas», le dijo Nick. A continuación, las besó a las dos, sentó a Paddy sobre sus hombros y se marcharon.

El beso y los aullidos de su hermano habían inquietado a Alice, de modo que Angela tuvo que cogerla en brazos y llevársela de nuevo a la cama. Intentó amamantarla, pero el bebé no quiso agarrarse al pecho y dio un poco de guerra antes de volver a dormirse.

Angela no se preocupó: Alice era el segundo bebé que daba a luz y no tenía que enfrentarse a los miedos típicos de las primerizas. Sabía que probablemente todavía le afectaban los medicamentos que le habían dado para soportar los dolores del parto y que podría darle de comer más tarde, cuando Alice estuviera más dispuesta.

Volvió a envolver a su nueva hija con la sábana blanca y suave del hospital para que no pasara frío ni se sintiera insegura, la dejó otra vez en la cuna que tenía junto a su cama y cogió el neceser y la toalla. Salió hacia las duchas, caminando poco a poco, con mucho cuidado.

—Cuando me vio salir de la cama un rato antes, Nick me dijo que me parecía a John Wayne —le dijo a Kate, y añadió que recordaba haberse reído, pensando en el tiempo que hacía que no veía a su marido tan contento. Que tuvo la esperanza de que Nick acabara teniendo razón y que Alice contribuyera a reconstruir su relación. Mientras recorría el pasillo con dificultad había pensado que quizá empezaban a remontar.

La periodista la miraba atentamente.

—Lo siento —se disculpó Angela—. Es que resulta muy doloroso recordarlo.

Kate le acarició el brazo.

—Tómate el tiempo que necesites, Angela. Sé que debe de ser muy duro para ti.

—El caso es que no recuerdo si volví a mirar a mi hija antes de dejarla en la habitación —dijo Angela con voz temblorosa.

Kate Waters levantó la mirada de su cuaderno y buscó los ojos de la mujer.

—¿Viste a alguien en el pasillo? —preguntó con cordialidad.

—Creo que había unas cuantas personas que estaban ahí de visita, gente que salía de la maternidad..., pero la verdad es que no me fijé mucho. Quería tomar una ducha rápida antes de que Alice se despertara.

Tuvo la impresión de permanecer bajo el agua caliente durante unos dos minutos, aunque la policía dijo que fueron más bien diez. El tiempo se percibe de un modo extraño en un hospital. A veces alarga los minutos hasta convertirlos en horas; en cambio otras pasa volando.

Y cuando regresó a la habitación, húmeda y fatigada, el bebé ya había desaparecido.

En la cocina reinó el silencio. Lo único que se oía era el paso del segundero de un reloj eléctrico. Angela bajó la mirada hacia la mesa. Notaba que el pánico crecía en su interior, como la primera vez, con ese picor agudo en la piel. De repente, la náusea y la parálisis. Cerró los puños con fuerza

sobre su regazo y continuó, desesperada por llegar al final sin desfallecer.

—Quise convencerme de que debía de haber sido una enfermera quien se la había llevado. Intenté mantener la calma. Recuerdo haber dicho en voz alta: «Se la han vuelto a llevar a la *nursery*». Creo que llamé a una enfermera, pero el personal le dijo a la policía que me habían oído gritar y acudieron enseguida. «Mi bebé», les dije. «¿Dónde está mi bebé?» Al ver que se quedaban lívidas y que intercambiaban miradas, como si estuvieran perdidas, me di cuenta de que ellas tampoco lo sabían. No lo sabía nadie salvo la persona que se la había llevado.

Le contó a Kate cómo fue la búsqueda frenética por todas las habitaciones y salas de la maternidad, y que sólo sirvió para extender un terror generalizado. Nadie había visto nada. Estaba anocheciendo y las madres primerizas se habían acurrucado ya con sus puntos de sutura y sus calambres, vigilando temerosas a sus recién nacidos mientras las más veteranas chismorreaban y cacareaban sobre partos. Habían empezado a correr las cortinas que separaban las camas en las habitaciones para que pudieran dormir y estaban invitando a marcharse a casi todas las visitas.

—Y mientras tanto —dijo Angela— alguien entró en la habitación. Entró y se la llevó.

CAPÍTULO 24

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

Kate escribió muy rápido, todo abreviado, sin apartar los ojos de la mujer que le hablaba desde el otro lado de la mesa. Apenas tuvo que hacer preguntas, sólo algún que otro empujoncito cuando necesitaba más detalles. La narración se volvió más lenta cuando la historia llegó al punto en el que salieron del hospital y regresaron a casa.

—Debió de ser muy duro volver a la habitación que le habíais preparado —dijo Kate.

Angela asintió en silencio.

—Nos quedamos mucho rato en la habitación de Alice. Nunca llegó a ocuparla. Sólo había una cuna y un móvil de animales del zoo. Se veía tan vacía...

—¿Qué hizo la policía para intentar encontrarla, Angela? —preguntó Kate.

—Lo de siempre —replicó ésta, con la voz agotada por el relato de los hechos—. Investigaciones, ruedas de prensa y una orden de búsqueda por todo el país.

—¿Y no había sospechosos? —preguntó Kate—. Debía de haber muchísima gente en el hospital.

—Claro que sí, pero nadie vio nada, fue como si se hubiera volatilizado

—respondió Angela, e hizo una pausa mínima antes de proseguir—. Por supuesto, ya sabes que vinieron a casa al cabo de unas semanas para preguntarme qué sentía por Alice.

—¿Lo que sentías? ¿Por qué? ¿Qué pretendían con eso? —cuestionó Kate, sabiendo de sobra lo que pretendían—. Tuvo que ser terrible para ti.

Al parecer, Angela agradeció el comentario, porque asintió antes de responder.

—Yo también lo pensaba. Pero creo que una de las enfermeras debió de hacer algún comentario al respecto. Yo estaba tan medicada después del parto que no sabía lo que hacía, la verdad. Tal vez les pareció que mi comportamiento no era suficientemente maternal. La policía no hacía más que preguntarme por qué la había dejado sola.

—¿Y qué les respondías? —inquirió Kate.

—Les decía que al verla durmiendo había pensado que estaba segura.

—Por supuesto —comentó Kate—. Dios mío, si no estaba segura en el hospital, ¿dónde iba a estarlo?

Las lágrimas empezaron a recorrer las mejillas de Angela y Joe sacó un paquete de pañuelos de papel de su mochila y se lo ofreció.

—¿Qué crees que ocurrió, Angela? —preguntó Kate.

La señora Irving se envolvió los nudillos con uno de los pañuelos y cerró los ojos.

—Que alguien se la llevó. En algún momento de esos diez minutos que pasé fuera de la habitación alguien entró, la cogió de la cuna y se la llevó.

—¿Quién crees que sería capaz de hacer algo semejante? —continuó la periodista.

—No lo sé —dijo Angela con un suspiro—. Se habla de mujeres tristes y de hombres malvados que secuestran niños. Pero no sé quién pudo llevársela. Daría lo que fuera por saberlo.

Las dos mujeres se quedaron sentadas en silencio unos instantes, concentradas en sus respectivas bebidas.

Kate se quedó asombrada cuando Joe, de repente, intervino.

—¿Qué le hace pensar que el bebé de las obras es Alice, señora Irving?

Kate reprimió cualquier muestra de enojo. Le habría gustado ser ella quien

hubiera hecho esa pregunta, aunque no podía decírselo a Joe delante de la entrevistada. Intentó lanzarle una mirada de advertencia, pero él estaba mirando a Angela atentamente, emulando la actitud que Kate había mantenido hasta entonces. Y Angela miraba al joven con ternura.

—¿Tenía algún vínculo con Woolwich? —prosiguió él—. ¿Algún conocido?

—Ojalá pudiera responder que sí —dijo Angela—, pero no he estado jamás en Woolwich. Lo único que puedo decir es que tuve una corazonada cuando leí la noticia en el periódico. Tuve el firme presentimiento de que se trataba de Alice. Ya sé que suena un poco raro, pero es la verdad.

Kate gimió por dentro. Sin vínculos, no había pistas. No parecía probable que Alice fuera el bebé de Howard Street.

Sin embargo, tampoco quería que Angela notara su decepción.

—No suena raro en absoluto —dijo, acariciándole el brazo una vez más.

CAPÍTULO 25

Lunes, 2 de abril de 2012

Emma

Han pasado dos semanas y nadie ha venido a buscarme. He perdido demasiado tiempo mirando por la ventana, esperando a que alguien viniera a acusarme. La policía, supongo, aunque hay otras posibilidades. Es extraño, pero cuando pienso en la policía me viene a la cabeza la imagen pasada de moda de un *bobby* acercándose a paso ligero con una orden de arresto en la mano. Como los que patrullaban por aquel entonces.

En ocasiones incluso tengo ganas de que llegue el momento, para librarme de una vez de esta angustia. Y sin embargo no ha sido así. Me quedo junto a la ventana e intento obligarme a subir a trabajar de nuevo, aunque el cuerpo no me obedece. Estoy anclada a este punto, con mis remordimientos. De vuelta al punto de partida.

Paul está preocupado por mí, lo percibo en sus ojos y en su voz.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste a ver al doctor Fantástico? —me ha preguntado esta mañana. Es una pequeña broma que compartimos: el doctor Fantástico es el doctor Brenton, mi maravilloso médico de cabecera, pero le pusimos un sobrenombre divertido para poder hablar de mi «problema» de un modo más distendido.

—Hace tiempo, supongo —he respondido—. Tal vez debería concertar

una cita.

—Buena idea, Em. Últimamente estabas mejor, tal vez sea necesario alterar un poco la dosis de las pastillas.

Así es como hablamos de mi ansiedad. Como si fuera un dolor de cabeza o algo parecido. Nada de lo que avergonzarse.

No pienso llamar al consultorio. No es que me esté resistiendo, pero al doctor Fantástico le gusta hablar sobre mis sentimientos cada vez que voy a verlo para que me extienda la receta una vez más, y ahora mismo no me veo capaz de enfrentarme a sus preguntas. La última vez tuve un mal día y me dijo que le gustaría que me viera otra persona. «Un especialista», dijo, pero yo le respondí que no me parecía necesario. Si me gusta que me atienda él es porque sólo tengo que sentarme a charlar durante los ocho minutos que me dedica antes de extenderme la receta. Un especialista querría saber cosas sobre mis relaciones. Sobre cómo me siento respecto a Jude y ese padre al que nunca he conocido.

Tendría que contarle que estuve buscando a mi padre durante la adolescencia, y eso no es posible. Porque no puedo contarle toda la historia, una cosa llevaría a la otra y se acabaría desenmarañando todo.

Me pongo a prueba, por si acaso. Oigo cómo me digo a mí misma: «Todo empezó con Will. Bueno, empezó antes que eso, pero la llegada de Will empezó a desenredar las cosas». Eso es todo cuanto puedo decir antes de entrar en la zona peligrosa.

El día que decidí empezar a buscar a mi padre me había peleado con Jude. Nuestra vida había quedado patas arriba con la llegada de Will. Ella se había obsesionado por completo, había dejado que ese hombre lo ocupara todo en su vida. Y en la mía también. No podíamos hacer nada ni ir a ninguna parte sin preguntarle a Will qué le parecía o si le apetecía acompañarnos.

Se oían más canciones en nuestro baño, eso lo recuerdo, igual que la fragancia de su aceite de baño, Aqua Manda, que impregnaba el aire más allá de la puerta. Sin embargo, aprendí a ignorar a mi madre cuando me ofrecía que entrara, esas ofrendas de paz que yo prefería rechazar. Sólo hablaba sobre Will, hasta el punto que llegué a preguntarme cuántos de sus clientes debían de seguir en la cárcel por culpa de esa ridícula obsesión.

Se lo conté a Harry, y ésta dijo que Jude se comportaba como una fan. Y a mí no me gustó nada. No me gustó que dijera eso de mi madre. Que yo dijera ese tipo de cosas, vale, pero nadie más.

No le conté a Harry que había oído una conversación entre Jude y nuestra nueva compañera de piso, Barbara, una colega de trabajo de mi madre, en la que le contó que la primera vez que se había acostado con Will había sido en el baile de fin de curso de Cambridge. Barbara lo encontró muy romántico, pero a mí me sonó más bien sórdido. Mi madre era demasiado mayor para hablar de ese modo.

Jude estaba cambiando. Siempre había sido muy seria, centrada en «las cosas importantes de la vida», y yo había asumido que me incluía en esa categoría. Sin duda tenía grandes planes para mí. Cuando decía que acabaría siendo ministra, cirujana o que ganaría un Premio Nobel lo decía en broma, pero sé que albergaba grandes expectativas hacia mí de todos modos.

Manteníamos lo que a Jude le gustaba definir como una «relación adulta», que implicaba hablar sobre política, libros y películas. Ella me hablaba de sus casos judiciales y de las situaciones terribles que sufrían las víctimas de Estados autoritarios. No charlábamos sobre estrellas del pop, ni sobre chicos o anuncios de la tele. Ése era mi otro mundo, las cosas que me ocupaban en mi habitación o al teléfono. En la cocina, me limitaba a interactuar con mi madre.

Sin embargo, de repente dejé de interesarle. Siempre estaba ocupada depilándose las piernas y buscando ropa interior conjuntada en sus cajones, hurgando entre capas y capas de medias deslucidas y sujetadores viejos.

Una noche se presentó en la cocina con un vestido nuevo mientras yo hacía los deberes.

—¿Qué te parece, Emma? —me preguntó.

—¿No crees que eres un poco mayor para ir sin sujetador, mamá? —dije yo, utilizando la palabra prohibida que empezaba por eme. En ese momento la odié. Estaba tan guapa y tan feliz, y todo eso tenía tan poco que ver conmigo... —. Aquella vecina que tanto le gusta a Will nunca lleva sujetador y le queda fatal —añadí.

—Qué perra eres —me espetó Jude. Hasta entonces nunca había utilizado

esa palabra conmigo. Supongo que nunca había tenido que utilizarla, pero yo también estaba cambiando.

Cuando Jude se hubo marchado dando un portazo, fui a la cabina telefónica que estaba al final de la calle. Eran casi las ocho y estaba sumergida en la oscuridad que se abría entre dos farolas. Sólo estaba iluminada por una bombilla vieja que proyectaba un halo de color amarillo nicotina en el interior, que apestaba a meados y a porros. El suelo de cemento siempre estaba mojado y manchado en las esquinas, como si su último usuario hubiera salido de allí subiéndose la cremallera de los vaqueros. Sin embargo, me encantaba esa cabina, era mi espacio privado. En casa teníamos un teléfono en la pared del pasillo, pero todas las llamadas parecían más bien acontecimientos públicos: Jude siempre estaba escuchando, e incluso se animaba a intervenir en la conversación si lo consideraba conveniente.

Alineé mis monedas en el estante metálico, descolgué el auricular y marqué el número.

Le pregunté al padre de Harry si podía hablar con ella. Siempre me dirigía a él con educación, utilizando el tono más serio que era capaz de impostar, como siempre que hablaba con un adulto. Él odiaba que molestara a su hija cuando estaba haciendo los deberes, pero yo fingía llamar con la excusa de preguntarle algo sobre las clases.

Él solía quejarse de que necesitáramos hablar después de haber pasado el día entero juntas en el instituto, pero siempre acababa accediendo.

Primero se oía el estruendo de los pasos de Harry bajando las escaleras y, a continuación, sus gritos airados.

—Papá, deja ya de escuchar mis llamadas. Es una conversación privada.

Le conté que Jude me había llamado «perra» y Harry se entusiasmó. Le encantaba oír los problemas de los demás.

—Estoy harta de Jude y de Will.

—Ya —dijo, aunque yo conocía sus recelos. El problema era que, en secreto (aunque a veces de un modo poco disimulado), Harry estaba enamorada de Will. Decía que le parecía sexy.

«¡Harry! ¡Pero si es muy viejo!», reaccioné escandalizada cuando me lo dijo por primera vez. Lo que no le conté es que la palabra «sexy» me había

dejado el estómago revuelto. Yo intentaba odiar a Will por el hecho de haberse colado en nuestras vidas, pero seguía gustándome que me guiñara el ojo o que me sonriera de vez en cuando. No podía evitarlo.

Los pitidos chocaron contra mis pensamientos, señalando que habían pasado tres minutos más, por lo que metí la última moneda de diez peniques en la ranura para poder hablar sobre la vida social de Harry. Yo la seguía a todas partes.

Recuerdo que en una ocasión encontró un billete de cinco libras en unos pantalones de su padre y se lo gastó para comprarse una camiseta nueva. Ese pequeño hurto tuvo como único objetivo impresionar a Malcolm Baker, el último chico que le había robado el corazón. Al parecer, desde que le había sonreído en el autobús el corazón de Harry no había dejado de bailar lentos con él.

En mi caso, las historias de amor no pasaban de las páginas de mis cuadernos y diarios. No me había aventurado en el amor ni en la lujuria en carne propia; me sentía insegura respecto a mi imagen y a mis encantos, y no quería arriesgarme. Tan sólo algún besuqueo inocente en la parte posterior de la discoteca, siempre después de haberme informado en las revistas para chicas adolescentes, aunque prefería escribir sobre deseo y amantes imaginarios. En mis historias había un componente de seguridad. Y menos saliva.

Además, Harry me había dado una terrorífica lección sobre la pérdida de la virginidad.

Le había preguntado qué se sentía cuando me contó que lo había hecho con un amigo de Malcolm Baker después de la fiesta de Navidad de la discoteca.

—¿Te dolió? —me interesé.

—Fue una agonía. Una agonía sangrienta, pero luego es mejor —me había contado Harry, fumándose un cigarrillo en la parte superior de un autobús de dos pisos. Yo sabía que lo más probable era que sólo lo hubiera hecho una única vez, pero daba igual. A Harry le gustaba representar el papel de amiga mayor y más experimentada.

—¿Una agonía? ¿De verdad? Dios mío, entonces creo que esperaré un poco más. ¿Quieres? —dije, tendiendo hacia ella una bolsa de patatas fritas

con sabor a queso y cebolla, y enseguida nos pusimos a hablar sobre nuestros sabores favoritos.

Harry tocó el timbre y bajó las escaleras de un salto para apearse. Se volvió para mirarme y me saludó con la mano mientras el autobús seguía pesadamente con su recorrido.

Harry siempre me decía que si yo no conseguía un novio era porque no tenía padre.

«¿Dónde están los hombres en tu vida, Emma? No me extraña que seas tan tímida con los chicos», me había dicho cuando abordamos el tema unos meses atrás.

Lo de sacar el tema en casa fue idea suya, por lo que le hice caso y lo puse en práctica. Intenté conservar la calma y constaté que la mitad de mi ADN pertenecía a mi misterioso padre. Jude reaccionó horrorizada.

—¡Pero me tienes a mí! —gritó—. Y a él no le interesaría ese tema.

Comentó que a esas alturas ya debía de haber formado otra familia y que sólo le acarrearía problemas si me daba a conocer tantos años después.

—Se vería obligado a explicarle quién eres a su nueva esposa.

Esa noche, la que tuvimos esa discusión, Harry sentenció:

—Que se jodan, Emma. Tú necesitas a tu padre y nosotras lo encontraremos.

Y yo accedí.

Esperamos hasta la siguiente ocasión en la que Jude salió de casa para entrar en su habitación y revolver sus cosas en busca de cartas y fotos de antiguos novios. Me preocupaba tanto que pudiera sorprendernos que me quedé montando guardia junto a la puerta mientras Harry se encargaba del registro. Le estaba insistiendo en que lo guardara todo de nuevo cuando encontró una nota garabateada en la parte trasera del diario de Jude del año 1968. Sólo había un nombre, «Charlie», y una dirección de Brighton.

—Vamos —dijo Harry—. Es una buena hora y no queda muy lejos —añadió con su acostumbrado sentido práctico.

Todo iba demasiado rápido para mí, pero ya me había decidido a iniciar el

camino y me pareció demasiado tarde para echarme atrás.

CAPÍTULO 26

Lunes, 2 de abril de 2012

Emma

Se supone que estoy dando los últimos toques al libro que estoy reescribiendo, pero no consigo más que distraerme. Mi jefa está nerviosa, me ha mandado un correo electrónico para contarme que el tema aparecerá en el periódico del domingo y pedirme que me dé prisa, para que los editores puedan vender los derechos a la prensa.

Le he respondido con otro correo para decirle que se lo mandaré mañana a última hora, pero no consigo concentrarme. Es como si mis ojos resbalaran una y otra vez de la pantalla. Me levanto, me preparo una taza de té y me vuelvo a sentar, decidida a continuar. Sin embargo, el té se enfría y el protector de pantalla vuelve a activarse mientras me pregunto si todo habría acabado de otro modo si Harry y yo hubiéramos encontrado a mi padre en 1984. Si la historia hubiese terminado en Brighton.

Pero claro, no fue así.

Casi me echo a reír cuando me acuerdo de cómo empezó, como una de esas aventuras de colegialas, aunque en realidad no tiene nada de gracioso. Harry se encargó de planificarlo todo. Falsificamos un justificante para el dentista para mí y ella fingió ponerse enferma.

—Estamos en clases distintas, no tienen por qué atar cabos —me dijo—.

Diré que me duele la barriga por culpa del período. La señora Carr no soporta hablar sobre ese tema.

Pobre señora Carr, debía de tener unos cien años. Ser la tutora de Harry tuvo que ser una cruz terrible para ella.

Harry eligió un jueves para que pudiéramos marcharnos a la hora de comer, de manera que ahí estábamos, en la estación de trenes, a punto para empezar las pesquisas. Imagino la pinta que teníamos, todavía éramos unas niñas. Yo era la que no hablaba, la que estaba concentrada en el plan e intentaba no pensar en lo que diría. Me pasaban tantas cosas por la cabeza que creía que me desmayaría en cualquier momento.

Harry me dijo que sólo era el primer paso, que no me hiciera demasiadas ilusiones. Yo respondí que no esperaba nada, aunque en realidad era inevitable que tuviera expectativas.

El caso es que hacía tantos años que mi padre existía dentro de mi cabeza que me costaba no pensar en él como en una persona real. Solía preguntarme sobre la posibilidad de que nos pareciéramos y observaba mis rasgos en el espejo con detenimiento, preguntándome en qué habría salido a él.

Hay quien dice que me parezco a Jude, pero yo nunca lo he creído. Sus amigas insisten en que tenemos los mismos ojos. Bueno, las dos los tenemos azules.

No habría sabido explicar lo que sentía mientras buscaba a mi padre. Estaba entusiasmada, sí, pero también asustada. Muy asustada. No se lo conté a Harry, solía burlarse de la gente que se comportaba de un modo inmaduro.

Por encima de todo, lo que me asustaba era la posibilidad de que no quisiera conocerme, tal como me había dicho Jude, aunque me dediqué a imaginar que me abrazaría, como en las historias en las que la gente vuelve a reunirse después de muchos años. Como en *Heidi*. Cuando pensaba en ello me recorría un hormigueo y me entraban ganas de llorar, por lo que decidí escribirlo en mi diario. Me sentía mejor cuando lo veía escrito, era como si en la página estuviera seguro.

A Harry no le iban las cosas «seguras». Le encantaba que hubiera un poco de emoción, que surgiera algún problema. Y normalmente estaba bien que así fuera, porque en esas ocasiones yo me limitaba a mirar y le ofrecía mi hombro

para llorar cuando las cosas se torcían. Como cuando empezó a salir con un motorista. Su padre se enfadó mucho y le dijo al motorista que avisaría a la policía si volvía a verlo cerca de su hija de catorce años. Harry se pasó dos días llorando. Sin embargo, ese día de enero de 1984, ese jueves que no fuimos a clase, la protagonista fui yo. Harry me dijo que era mi «gran día», pero creo que yo habría preferido compartir ese honor.

Recuerdo que en el tren a Brighton sacamos la comida que llevábamos preparada para el instituto: ella, rebanadas de pan blanco con jamón y ensalada de repollo; yo, un ladrillo de pan integral hecho en casa con *hummus*. No hablamos mucho, la cosa iba en serio y sentíamos cierto vértigo.

—¿Y si es gordo y calvo y bebe directamente de las latas? —dijo Harry.

—¿Y si es un millonario? ¿O un motorista? —dije yo.

Harry me fulminó con la mirada.

—¿Y si tiene diez hijos y vive en un piso de protección oficial? —replicó ella.

Harry podía llegar a ser bastante conservadora, a pesar de su reputación de rebelde; creo que debía de ser por influencia de su madre. Jude decía que la señora Harrison era de las que «llevan abrigo de pieles, pero sin bragas». En esa época yo no estaba muy segura de lo que quería decir con eso, pero me reía de todos modos.

En cualquier caso, no solté ningún comentario como «¿Y si no quiere verme?» a pesar de que lo pensaba, y al final acabé tirando mi bocadillo en la papelera del lavabo.

Cuando el tren se detuvo en la estación no podía levantarme. Parecía como si tuviera las piernas de gelatina, Harry tuvo que ayudarme enlazando su brazo con el mío.

—Venga. Vamos a ver quién vive allí. No le diremos a nadie que estás buscando al padre que perdiste hace años si no te sientes preparada. Y si no nos gusta la pinta que tiene, iremos al embarcadero y nos compraremos algodón de azúcar. ¿De acuerdo?

Respondí asintiendo.

La dirección indicada era la de una casa enorme en una calle pija que quedaba apartada del paseo marítimo. Sin embargo, no era como las otras casas. Las ventanas estaban tapadas con tablones y el jardín estaba muy descuidado y lleno de botellas vacías.

—Aquí no vive nadie, Harry. Ya nos podemos marchar —dije, complacida al ver que aquella dura prueba había terminado antes incluso de que empezara de verdad. Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo ahí.

—No te cagues ahora. Hemos llegado hasta aquí. Al menos deberíamos llamar a la puerta.

Y eso hizo. Mientras tanto, yo me quedé temblando junto a la verja, preparada para salir corriendo ante el más mínimo contratiempo.

—¡No contestan! —me gritó.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando la puerta se abrió y apareció un hombre muy alto, frotándose los ojos como si acabara de levantarse.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —dijo.

—¿Conoce usted a Jude Massingham? —preguntó Harry sin dilaciones.

Él la miró y soltó una carcajada.

—¿Jude Massingham? Dios, pero hace una eternidad. Deben de haber pasado más de diez años, tal vez veinte. Era la novia de un amigo. Uno de los ángeles de Charlie. ¿Y tú quién eres?

El hombre era bastante delgado y llevaba unos pantalones negros ajustados y un cinturón marrón grueso con una hebilla vistosa que le quedaba debajo del ombligo. A pesar de que hacía mucho frío, llevaba una camiseta de un tejido tan delgado que dejaba entrever una especie de medallón que llevaba colgado del cuello con un cordón de cuero.

Conocía a Charlie. «Conoce a mi padre», me susurró una voz dentro de mi cabeza.

Harry se puso a charlar con él. Le contó a ese desconocido que yo era la hija de Jude y que estaba buscando a mi padre. Entonces fue cuando él me miró y yo me pregunté qué debía de pensar. Ninguno de los tres dijo nada durante unos instantes.

—Me llamo Darrell, por cierto —dijo al fin—. Será mejor que entréis.

Y eso hicimos.

Todavía recuerdo el olor de esa casa: años de aceite de pachuli recubiertos de mugre, almizclado y sofocante como el viejo abrigo de un *hippy*. Y estaba tan oscuro que no paraba de tropezar con bultos que ni siquiera sabía si eran humanos, por lo que me asusté.

—Me han vuelto a cortar la luz —dijo Darrell—. Alguien se olvidó de pagar la factura.

—¿Por qué están las ventanas tapadas con tablones? —preguntó Harry.

—Para que no vengan a saquear la casa —explicó riéndose—. Es una casa ocupada, cielo.

—Ah, nunca había estado en una casa ocupada —comentó Harry en tono familiar.

Yo no abrí la boca en todo el rato que estuvimos en la casa. No se me ocurría nada excepto «¿Sabe dónde está ahora mi padre?». No paré de repetirme esa frase mentalmente, para ver si me atrevía a decirla. Darrell nos llevó a una cafetería que estaba en esa misma calle para hablar y no pude dejar de mirarlo. Cuando la camarera nos trajo las bebidas, él empujó mi Coca-Cola hacia mí y dijo:

—Emma. Es un nombre muy bonito. Me acuerdo muy bien de tu madre, era preciosa. Siempre me gustó, pero era la chica de Charlie.

No sé por qué, pero empecé a llorar, y Harry se murió de vergüenza.

—Para ya, Emma —me pidió, pasándome un fajo de servilletas del dispensador. Sin embargo, no podía parar, por lo que salí y me quedé en la acera con ella mientras Darrell pagaba la cuenta.

—Vamos —me indicó él, cogiéndome la mano—. Vamos a dar un paseo y a hablar un rato sobre Jude.

Harry me miró mal. Eso la excluía, y no le gustaba nada que la dejaran de lado. Normalmente era yo quien se quedaba colgada cuando ella se esfumaba con el novio de turno.

—Pues entonces nos vemos aquí dentro de un rato. Tenemos que coger el tren de vuelta a las cuatro —siseó Harry.

—Te la devolveré a tiempo —le dijo Darrell.

CAPÍTULO 27

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

Cuando se despidieron, Angela los besó a los dos. A Joe lo sorprendió ese gesto de familiaridad, pero Kate se lo esperaba. Angela les había mostrado sus sentimientos más profundos, se había abierto por completo. Después de hablar con ellos se habían convertido en amigos íntimos, y Kate se había dado cuenta de ello. Joe se sintió incómodo y se puso colorado, pero Kate correspondió al abrazo de Angela.

—Muchísimas gracias, Angela. Sé lo duro que debe de haber sido para ti, pero lo has hecho muy bien —le dijo frente a la puerta—. Te llamaré más tarde para acordar cuándo puede venir el fotógrafo. Cuídate. Y recuerda lo que debes decir si te llama algún periodista: «Sin comentarios».

Angela sonrió, todavía impregnada de la catarsis de la confesión.

—Tú has sido la primera que me ha llamado, Kate. Estaré encantada de hablar sólo contigo.

Kate había pensado en ofrecerle dinero para asegurarse la exclusividad antes de ir a verla. Si el bebé de las obras resultaba ser Alice Irving sería una gran noticia y otros intentarían entrevistarla. Se había llevado un contrato en blanco por si acaso, pero pocos minutos después de sentarse delante de Angela tuvo claro que si mencionaba el dinero destruiría la conexión que

había conseguido. Esa mujer no estaba interesada en la pasta, lo que quería era descubrir qué le había pasado a su bebé, nada más.

Tendría que confiar en ella.

Ya en el coche, Joe no dijo ni una palabra. Había quedado silenciado por la proximidad de aquella tragedia personal.

—¿Estás bien? —preguntó Kate—. Ha sido una gran conversación, ¿no crees? Aunque todavía no hay nada que indique que se trate del bebé en cuestión. Dios mío, ojalá sea Alice.

—Sí —convino Joe—. ¿Cómo se lo tomará si no lo es? Pobre mujer...

Kate alargó un brazo y le estrechó una mano.

—Puede que sea Alice, Joe, pero todavía hay que confirmarlo. No deberíamos hacernos demasiadas ilusiones hasta que la policía tenga los resultados de las pruebas de ADN de Angela y del cadáver del bebé. Si coinciden, sabremos que son parientes.

Joe asintió.

«Le ha afectado de verdad», pensó Kate.

—Vamos a tomar una taza de té. Aprovecharemos para llamar a Bob Sparkes —dijo Kate—. Tenemos que poner en marcha esta noticia.

La voz de Sparkes sonó preocupada cuando respondió al teléfono sólo con su apellido.

—Sparkes.

Kate sonrió. Tenía fama de ser un hombre de pocas palabras, pero empezaba a convertirse casi en una parodia de sí mismo.

—Bob, soy Kate. Estoy en Winchester. He ido a ver a Angela Irving.

El tono del inspector cambió de inmediato.

—Hola, Kate, me alegro de oírte. ¿Cómo estaba? ¿Qué te ha dicho?

—Está convencida de que es el cadáver de Alice. Pero por puro presentimiento, no es ninguna certeza. No se le ocurre ningún vínculo con la zona en la que encontraron el cadáver.

—Pobre mujer —dijo Sparkes—. No se la puede culpar por que desee encontrar a su bebé después de tantos años sin saber nada de él. ¿Tienes

noticias de los forenses?

—Todavía no. Lo que necesitamos es que la metropolitana analice el ADN de Angela. Iba a llamar al inspector del caso para sugerírselo, pero me preguntaba si...

—A ver, ¿qué te preguntabas? Tengo la sensación de que estás a punto de pedirme un favor —dijo riéndose.

—Tendría mucho más peso si los llamaras tú. No soportan que un periodista sugiera este tipo de cosas. Y fuiste tú quien me convenció de que valía la pena empezar hablando con Angela. Al fin y al cabo, a Alice la secuestraron en tu zona.

Y a continuación llegó un silencio típico de Bob Sparkes, tan prolongado que Kate pensó que se había cortado la llamada.

—Eso sólo podría hacerlo si la señora Irving se pusiera en contacto conmigo para preguntarme por el hallazgo —dijo con cautela—. No querría pisarle el terreno a nadie.

—La llamaré y le daré tu número —repuso Kate antes de que él pudiera cambiar de opinión.

—No le des mi móvil. Dile que pregunte por mí en centralita. No quiero recibir llamadas a las dos de la madrugada.

—No, claro. ¿Cómo está Eileen? —preguntó Kate, intentando que la pregunta sonara sincera. A juzgar por los cotilleos que circulaban entre la prensa de sucesos, la esposa de Bob Sparkes no llevaba muy bien que trabajar como policía implicara una disponibilidad de veinticuatro horas al día.

—¿Eileen? Ah, bueno, ya sabes. Está harta de mis horarios. Pero yo también, en el fondo.

—A Bob le pasa lo mismo —se apresuró a añadir ella—. ¿Sabes algo sobre el inspector Rigby?

—Ah, sí, lo siento. Está vivo y coleando, tiene un club de coches clásicos cerca de Esher.

—Genial. Supongo que no debes de tener su dirección, ¿verdad?

—Ya sabes que no puedo darte esa clase de información, pero estoy seguro de que una periodista con recursos como tú podrá encontrarlo.

A Kate le pareció detectar una sonrisa en esa respuesta.

—Claro —dijo—. Muchas gracias por tu ayuda.

—De acuerdo. Te llamaré cuando sepa algo de Angela Irving —dijo él justo antes de colgar.

—Bueno, pues adiós —se despidió Kate.

De inmediato marcó el número de Angela para ponerla al corriente y le pidió que llamase al inspector Sparkes tan pronto como fuera posible. La mujer reaccionó con entusiasmo y se mostró muy agradecida, por lo que Kate intentó controlar la descarga de adrenalina. La llamada siguiente fue para hablar con Terry. Sabía que, si no lo avisaba, él podía llamarla en el momento más inesperado, y quería evitar que la pillara con el paso cambiado.

—Kate, ¿dónde estás? —dijo. Ésa era siempre su primera pregunta, incluso cuando sabía la respuesta a la perfección. El tono solía ser acusador, como si ella se hubiera esfumado sin avisar.

—En Winchester, Terry. He estado siguiendo unas pistas, ya te lo conté.

—Ah, sí, sí —respondió malhumorado. Seguro que acababa de mantener una conversación tensa con el director sobre el estado de las cabeceras. Maldita casualidad—. ¿Qué pruebas tenemos de que se trate del bebé de los Irving? —quiso saber Terry—. Es pura especulación, ¿verdad? Mira, Kate, necesito un escándalo, y no una apuesta. Esto no conseguirá clics de los lectores en la página web. Olvídalo, ya no nos ocupamos de este tipo de asuntos, sino de la familia real y de los famosos. Es lo que quieren leer los lectores.

Kate dejó que se desahogara. Interrumpirlo sólo habría servido para prolongar más la bronca.

—Vamos, Terry —empezó ella en cuanto hubo terminado—, podría ser una noticia fantástica: el *Post* resolvería lo que ha sido un misterio durante cuarenta y cuatro años, nada más y nada menos que la desaparición de una niña. Y tenemos la exclusiva, si resulta que Angela es la madre. A los lectores les encantará. Déjame que lo escriba y ya me dirás qué te parece. ¿De acuerdo?

Jugar la carta de la sumisión para que el redactor jefe creyera que seguía teniendo la sartén por el mango era un viejo truco que funcionaba siempre.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Estás volviendo?

—Sí, pero acabamos de salir y tardaremos todavía unas horas. Además, antes tengo que hacer otra visita, al agente que se ocupó de la investigación en su día. O sea que ya no merece la pena que vuelva a la oficina. Lo escribiré en casa y te lo mandaré por la noche. Buena suerte con las cabeceras —añadió—. Siempre puedes recurrir a las venas de las manos de Madonna. Es un tema resultón.

Terry se rio a medias.

—Sí, sí. Pero hazme un favor: llama a tu contacto en Kensington Palace para ver si ha ocurrido algo que pueda mejorar mi cabecera.

—Enseguida. Te llamo dentro de nada.

—Esto parece un poco peliagudo —dijo Joe—. ¿Tenemos problemas?

—No seas tonto —replicó Kate—. Tenemos una gran noticia entre manos. Sólo necesitamos que Terry se haga a la idea. Bueno, debo llamar a un contacto.

Marcó el número de teléfono de Flora.

—Hola, Flora. Soy Kate, ¿cómo estás? Se me ha ocurrido llamarte para ver cómo va todo. Ya hace tiempo que no hablamos...

Al parecer, su contacto con la realeza se alegró de oírla. A Flora le encantaba charlar si tenía alguna posibilidad de enterarse de algún cotilleo de la prensa. Kate la imaginaba soltando esos chismorreos sobre la situación sentimental del director de un medio mientras resolvía gestiones administrativas con el príncipe Guillermo.

Kate escuchó con atención cuando Flora se quejó de un titular del *Sun* y le contó que uno de los pequeños de la Casa Real estaba adquiriendo un carácter más regio que el de la reina. Después de echar un poco de leña al fuego, consiguió que le contara que habían despedido a una sirvienta de la Casa Real.

—Se ve que vendía cosas por eBay. Increíble, ¿verdad? —comentó Flora. Su indignación hizo chirriar la línea.

—Y que lo digas. ¿Qué fue lo que robó? ¿Algún Vermeer? No, bueno, creo que no le habría cabido en el bolso —comentó Kate, manteniendo un tono distendido para no asustarla—. Todo el mundo debió de quedar escandalizado. ¿Quién se encarga de la investigación? ¿Cuándo crees que la acusarán?

Cuando le hubo contado todos los detalles, Kate le dio las gracias y antes

de colgar prometió invitarla a una buena comida.

—Te vas a enterar, guapo —graznó Kate, olvidando que tenía a Joe sentado al lado. El chico reaccionó con sorpresa—. Perdona, no me refería a ti —lo tranquilizó Kate—. Tengo un regalito para el tío Terry.

CAPÍTULO 28

Lunes, 2 de abril de 2012

Angela

Era extraño, pero había sido el chico, y no la periodista, quien le había hecho la pregunta que tanto temía. Que por qué pensaba que Alice era el bebé de las obras. No podía explicarlo desde un punto de vista racional, no había ningún vínculo entre ella o su bebé con Woolwich, y pensó que lo descartarían de inmediato. Pero no fue así.

—Éste es Joe, mi becario —había dicho Kate Waters con tono displicente nada más llegar.

Sin embargo, había sido él quien la había puesto a prueba. Angela ya había respondido a todas las demás preguntas en otras ocasiones.

Había titubeado cuando Kate le dijo que quería saberlo todo; de repente, se había sentido de nuevo rodeada de policías, pero aun así había reaccionado a tiempo. Ése era el problema de invitar a periodistas a casa, ¿no? Nunca sabías dónde meterían las narices. Angela había decidido mencionar la decisión policial de investigarla a ella antes de que lo hicieran otros. En su momento, los medios de comunicación lo comentaron, por lo que estaba segura de que la periodista habría leído al respecto.

En cualquier caso, no tenía nada que ocultar.

La policía se había frustrado por la falta de pruebas, eso era todo. Se

centraron en ella al ver que no encontraban nada más. Eso es lo que Nick le había dicho antes de que acudieran. Pero ninguno de ellos estaba preparado para lo que ocurrió.

Habían llamado antes de presentarse en casa, y Nick se lo anunció a su esposa justo después de colgar el teléfono.

—Quieren venir a hablar con nosotros, Angie. Sobre todo y nada, supongo —dijo, pero ella lo notó preocupado.

—¿Qué quieres decir con «sobre todo y nada»? —le preguntó—. ¿Saben algo nuevo? ¿Han encontrado algo?

—No, cariño —le contestó Nick, cogiéndole la mano—. El inspector Rigby ha dicho que quería charlar tranquilamente con nosotros.

Cuando llegó el inspector, lo hizo con dos de sus agentes, y mientras Angela y Nick se sentaban con él en la sala de estar, los otros dos registraron la casa. Angela se quedó sentada, asombrada y en silencio, mientras el inspector Rigby les hacía preguntas. Había sido incapaz de responder.

—Señora Irving, ¿cuándo fue la última vez que vio a Alice? —le preguntó. Era la primera vez en mucho tiempo que no la llamaba Angela, y Nick reaccionó de inmediato. A la defensiva. Fue un error.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —quiso saber, levantando demasiado la voz—. Sabe exactamente cuándo la vio por última vez.

—Cálmese, señor Irving —dijo Rigby—. Sólo queremos estar absolutamente seguros de que la información que tenemos es correcta. Verá, únicamente tenemos un testigo y necesitamos comprobarlo todo.

—¿Un testigo? Ocho o nueve personas acudieron en cuanto Angela se puso a chillar.

—Pero eso fue después de afirmar que le habían robado el bebé, ¿no? —planteó el inspector a Angela. Ésta ni siquiera levantó la mirada.

—¿Afirmar que se lo habían robado?! ¡¿Afirmar?! ¡¿Qué demonios quiere decir con eso?! —replicó Nick gritando—. El bebé desapareció. Alguien tuvo que llevárselo. ¿Qué está sugiriendo, por el amor de Dios?

Angela le había agarrado la mano a su marido para evitar que siguiera haciendo preguntas para las que no quería oír ninguna respuesta.

Nick la miró por primera vez y ella se preguntó qué veía el inspector, qué

buscaba.

Angela se dio cuenta de que estaba llorando, pero era como si contemplara su propia reacción. Igual que en la habitación del hospital después de que desapareciera Alice. Se había sentido absolutamente distante desde el momento en el que las enfermeras llegaron corriendo. Posteriormente le diagnosticaron un shock traumático, pero la policía no encajó bien aquella reacción.

—¿Cómo es posible que no esté llorando? —oyó susurrar a una agente de policía ante la puerta de su habitación del hospital—. Si me hubieran quitado a mi bebé yo me estaría volviendo loca.

Pero Angela no podía interpretar ese papel de madre desesperada. Todas sus energías estaban dedicadas a continuar respirando, a seguir con vida. Al parecer, nadie fue capaz de entenderlo. Y en esos momentos tenía a la policía en casa, sugiriendo que podría haber sido ella misma la que se hubiese librado del bebé.

—Inspector —consiguió decir, incorporándose en su silla.

—¿Sí, señora Irving?

—Inspector, la última vez que vi a Alice estaba en la cuna. Fue cuando salí para ducharme. Se lo expliqué cuando vino al hospital.

El inspector asintió.

—¿Y por qué la dejó sola, señora Irving?

Aquello todavía no se lo había preguntado. «¿Qué clase de madre es usted?»

—Para ducharme. Salí para ducharme. Se había dormido —había tartajado Angela.

El inspector se volvió hacia Nick.

—¿A qué hora se marchó con su hijo del hospital? —preguntó.

—¿Por qué nos pregunta lo mismo una y otra vez? —cuestionó Nick. Había bajado la voz, se le estaba agotando la ira—. ¿Por qué?

El inspector Rigby se frotó las rodillas con las manos.

—Tenemos que asegurarnos de que no nos olvidamos de nada. No nos lo perdonarían si llegara a darse el caso.

Angela asintió. No sería capaz de perdonarles algo semejante.

—Señora Irving —dijo el inspector, volviendo al interrogatorio—. ¿Cómo definiría usted lo que sentía por Alice?

La habitación quedó sumida en un silencio interrumpido únicamente por la respiración entrecortada de Angela.

—No entiendo la pregunta —dijo al fin—. ¿Que cómo definiría lo que sentía por mi bebé? La amaba.

—¿La amaba? —insistió el policía.

—La amaba, sí. ¿Por qué intenta confundirme? —replicó Angela.

—¿Y usted, señor Irving? ¿Cómo se sentía respecto a Alice? —preguntó Rigby con un tono de voz neutro, sin dramatizar.

Nick se hundió en su silla.

—Lo mismo. Lo siento, inspector, pero estoy agotado. No puedo pensar con claridad —dijo en un tono monótono y extenuado. Angela alargó un brazo para tocarle la mano.

El inspector se aclaró la garganta con inquietud.

«Hay más», pensó ella, agarrándose al borde del sofá como si estuviera a punto de caerse.

—Creo que han tenido problemas en su matrimonio —se arriesgó.

Angela levantó la mirada.

—Todas las parejas tienen sus problemas —dijo soltando la mano de Nick.

—¿Qué tipo de problemas eran? —preguntó con cordialidad.

—Será mejor que se lo pregunte a Nick —contestó ella, y acto seguido cerró los ojos.

Cuando oyó la voz de su marido fue como si estuviera en otra habitación, trastabillando al explicar que la había engañado.

—Cometí un error, inspector —confesó él—. Un error terrible: tuve una aventura. No significó nada.

Angela fue consciente de que su marido estaba utilizando las mismas palabras que le dijo a ella en su día, cuando se lo había confesado. En aquella ocasión también había titubeado. La había convencido, le había asegurado que podrían reparar el daño. Y a ella le asustaba demasiado la alternativa de decirle que no. Sus vidas estaban tan entrelazadas que no veía el modo de

separarlas.

La soledad de una existencia sin Nick la abrumaba, de modo que se propuso enterrar la ira y el dolor. Nunca pronunció el nombre de la mujer en cuestión, ni siquiera en sus pensamientos. No tenía rostro, puesto que no la había visto jamás, eso la ayudaba; y tampoco tenía nombre. Era alguien que una noche había tentado al idiota de su marido después de que él hubiera estado bebiendo con sus amigos.

Nunca habría llegado a enterarse si no hubiera llevado la chaqueta de Nick a la tintorería. Siguiendo la costumbre, le vació los bolsillos y encontró el envoltorio vacío de un condón.

—Fue sólo una vez, Angie —le había dicho él llorando—. Estaba borracho y fui un estúpido. Por favor, perdóname. Os quiero mucho, a ti y a Patrick.

Unas semanas más tarde, Nick le había susurrado en la cama:

—Tengamos otro bebé. Eso te gustaría, ¿verdad, Angie? Eso volverá a unirnos.

Y de ahí salió Alice. Fue una especie de tirita para su matrimonio.

El problema fue que ella no sabía si su marido le había sido infiel en otras ocasiones, o si habría otras ocasiones en lo sucesivo. Que «la cabra tira al monte» era lo único que le venía a la cabeza cada vez que volvía tarde o que salía a dar una vuelta. Pero, si había reincidido, debió de ser más cuidadoso.

Angela abrió los ojos de nuevo cuando Nick hubo terminado la confesión. El inspector estaba sentado al borde de la silla, sopesando todas y cada una de las palabras.

—¿Por qué no nos contó todo esto antes, señor Irving?

—Porque no veía que tuviera nada que ver con Alice —respondió Nick.

—¿Y la mujer con la que tuvo ese «desliz»?

Angela cerró los ojos otra vez.

—Marian —dijo Nick.

—¿Apellido?

—No me lo dijo —respondió—. Ya le he dicho que cometí ese error porque iba borracho. No tiene nada que ver con nosotros ni con nuestro bebé. ¿Por qué nos pregunta estas cosas? ¿Por qué tiene que remover todo esto?

—Necesitamos saber todo el trasfondo, señor Irving —dijo el inspector—. Necesitamos saberlo todo.

CAPÍTULO 29

Lunes, 2 de abril de 2012

Kate

Len Rigby estaba trabajando en su jardín cuando Kate y Joe llegaron a su casa. Lo encontraron de rodillas, arrancando malas hierbas y tirando furtivamente las babosas que encontraba en el seto del vecino. Levantó la mirada, entrecerrando los ojos por el sol, cuando oyó que lo llamaban por el nombre.

—¿Inspector Rigby? —preguntó Kate, asomándose por encima del muro bajo de ladrillos.

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó al tiempo que se apoyaba en el alféizar de una ventana para ponerse de pie.

—Deje que lo ayude —dijo ella, abriendo ya la verja de forja para meterse en el camino de acceso—. Soy Kate Waters, del *Post*.

—¿De verdad? —replicó él—. Me las arreglo solo, gracias —añadió mientras ella se le acercaba.

Kate no le hizo caso y le tendió una mano.

—Tengo la esperanza de que pueda ayudarme con un caso del que se ocupó hace tiempo, inspector Rigby. Le prometo que no le robaré mucho tiempo.

Él se rio y se dejó ayudar por Kate.

—Si de algo voy sobrado ahora mismo es de tiempo. Le diré a mi esposa

que nos prepare algo para beber.

Hizo pasar a Kate y a Joe a la terraza que quedaba en la parte de atrás de la casa y desapareció para anunciar la presencia de los periodistas a la señora Rigby.

—Bueno, ¿sobre qué quieren hablar? —quiso saber en cuanto se hubo instalado en una silla de mimbre.

—Sobre Alice Irving —dijo Kate. No valía la pena andarse con rodeos. Enseguida se había dado cuenta de que el inspector Rigby era un tipo franco y directo.

—Ah —exclamó mientras aceptaba la taza que le ofrecía su esposa. La dejó con cuidado en la mesita que hacía juego con las sillas—. Gracias, cariño. Alice, un bebé recién nacido. Hospital de Basingstoke. Desapareció sin dejar rastro. No la encontraron jamás —dijo—. Un caso muy extraño —añadió.

—¿En qué sentido? —preguntó Kate.

—Bueno, no hubo testigos, aparte de la madre. Y eso que en el hospital había mucha actividad. Recuerdo que llegamos a hablar con más de cien personas que estuvieron en el edificio esa misma noche: madres, visitas, enfermeras, personal de limpieza, médicos, auxiliares, operarios de mantenimiento... Pero nadie vio nada. O sea que sólo teníamos la versión de la madre respecto al momento en el que desapareció el bebé. Siempre me pareció curiosa esa mujer. Angela. Era un poco antipática, y su marido le había sido infiel.

—¿De verdad? No he leído nada de eso en los recortes —dijo Kate, inclinándose hacia delante.

—No llegamos a hacerlo público —aclaró él antes de tomar un sorbo de té—. Guardamos el secreto mientras investigábamos al marido. Se llamaba Nick, ¿no? Pero no llegamos a ninguna conclusión. Tanto él como Angela se aferraron a su testimonio como si los hubieran pegado a él con cola. Y por supuesto jamás se encontró el cadáver. ¿Es eso lo que los trae por aquí? ¿Hay alguna novedad?

—Es posible —dijo Kate con cautela—. Han encontrado el esqueleto de un bebé en una zona de obras, en Woolwich, y estoy investigando si existe

algún vínculo.

—Ah, Woolwich —dijo, paladeando la palabra—. Pues no, no me viene a la cabeza ninguna relación con el caso. Bueno, el marido estuvo en el ejército, ¿sabe? Pero de eso hace una eternidad, y a mi edad uno pierde la memoria rápidamente.

—Estoy segura de que no es un problema para usted —dijo Kate con una sonrisa.

—Bueno, puede que todavía tenga algún documento en el estudio. Pero no se lo digan a mi esposa, le prometí que tiraría a la basura todos los papeles de la policía —confesó, respondiendo a la sonrisa—. ¿Quieren que vaya a echar un vistazo? ¿Tienen tiempo?

—Sin duda —respondió Kate.

El estudio estaba lleno de coches. Había fotografías de carrocerías espectaculares, detalles cromados y circuitos de carreras por todas partes. Joe señaló uno de ellos y dijo:

—Ése es Goodwood, ¿no?

Len Rigby se acercó a la foto para examinarla de cerca.

—Sí, exacto. Voy cada año al Festival de la Velocidad. ¿Has ido alguna vez?

—Sí, a mi madre le dan invitaciones y yo siempre me quedo una —contó Joe—. Me encanta.

—Tampoco queremos robarle demasiado tiempo, inspector —comentó Kate a modo de indirecta.

—No, claro. Echemos un vistazo a lo que tengo sobre los Irving —repuso el inspector, guiñándole un ojo a Joe.

Era una carpeta delgada con notas manuscritas que rebajó las expectativas de Kate de inmediato.

—Bueno —dijo Rigby—. A ver qué tenemos aquí.

Pasó las hojas rápidamente, demasiado para el gusto de Kate. Sin embargo, se detuvo a medio camino y sacó dos papeles del dossier.

—Estas notas las escribí después de descubrir la infidelidad del marido —explicó—. Nick Irving afirmó que había sido un desliz puntual y que ni siquiera sabía el nombre completo de la mujer cuando se lo pregunté delante

de su esposa. Pero sí que lo sabía. Me llamó al día siguiente y me lo dijo. No quería que Angela lo supiera. Investigamos a esa otra mujer y..., ¿dónde está el nombre? Ah, aquí: Marian Laidlaw.

Kate lo anotó y comprobó que lo había escrito correctamente.

—¿Y cómo era? —preguntó Kate.

—Mi sargento fue quien la vio. Dijo que era una mujer agradable y decente de treinta y cinco años. Una enfermera, como la señora Irving. Lo que se suponía que había sido sólo un desliz resulta que duró un tiempo, según ella. Nick Irving le había prometido que dejaría a su esposa, pero se acabó cuando Angela lo descubrió.

—¿Enfermera? —dijo Kate, con el pulso acelerado de repente—. Cielo santo. ¿Y sabía quién era Angela? ¿Trabajaba en el hospital de Basingstoke?

—No, por desgracia no —contestó el inspector—. Nos pasó lo mismo que a usted, de repente nos entusiasamos. Creíamos haber encontrado a alguien sospechoso de verdad. Pero resultó que la señorita Laidlaw tenía una coartada a prueba de bombas. En el momento del suceso estaba cumpliendo su turno en una sala geriátrica de Southampton, a varios kilómetros de distancia, y un montón de testigos lo confirmaron. Otro callejón sin salida.

—De todos modos es interesante —comentó Kate.

—¡Len, la cena está servida! —gritó su esposa.

—Bueno, creo que ya les he contado todo lo que sé —dijo el inspector Rigby.

—Ha sido muy amable —señaló Kate, estrechándole la mano con firmeza—. Supongo que no le importará dejarme esas notas unos días, ¿verdad? Prometo devolvérselas...

—¡Len! —La voz sonó con más insistencia.

—¡Voy enseguida, cariño! —gritó—. Pueden fotografiarlas, pero no se las puedo dejar. Y todo lo que les he revelado pueden utilizarlo como información de respaldo, pero no quiero que me citen. ¿Entendido?

—Tiene usted mi palabra —dijo Kate mientras Joe empezaba a fotografiar las páginas con el teléfono móvil.

CAPÍTULO 30

Lunes, 2 de abril de 2012

Emma

He sacado mis diarios viejos de la maleta que guardo bajo la cama del cuarto de invitados. Hacía muchos años que no los veía, pero el bebé me ha obligado a revisar cómo empezó todo. Por si mi cerebro me ha estado engañando.

Son diarios baratos, libretas de ejercicios escritas con una caligrafía diminuta. Mis años de adolescencia. Es extraño cómo divido mi vida en bloques temporales. Como si se tratara de personas distintas. Supongo que de algún modo lo somos, y que nos pasa a todos.

Cuando los leo ahora, me entran ganas de llorar pensando en esa chica que fui y en la chica que podría haber llegado a ser.

Era muy joven e inocente, nada que ver con las adolescentes de trece y catorce años que veo en el autobús, gritando y diciendo palabrotas, asustando a las ancianas. La adolescente Emma escribía sobre su vida como si fuera Jane Austen, dejando constancia de conversaciones y rivalidades en el instituto y en casa, observando a la gente que la rodeaba. Y de vez en cuando describía sus sentimientos. Cuando veía a un chico que le gustaba, por ejemplo. Utilizaba palabras como «encantador». Y, de hecho, lo eran: para ella los chicos alimentaban historias de amor imaginadas y desenlaces idílicos.

Pobre Emma. Más allá de sus libros y diarios, el mundo no era como

creía, aunque se le pareciera un poco.

Darrell Moore fue su (mi) primer *coup de foudre*. Probablemente lo habría denominado «amor a primera vista». Fuera lo que fuese, resultó ser devastador, literalmente. No en el sentido opuesto a «estupendo», como cuando lo decían en las noticias para describir incidentes menores, sino que fue devastador porque fue abrumador, brutal, demoledor. No me permitía pensar correctamente.

Según el diario, fuimos a dar una vuelta (corazoncitos antes y después de las palabras), y recuerdo que me acarició el pelo, que me agarró por los hombros y me los envolvió con un brazo mientras caminábamos por el paseo marítimo por primera vez. Yo no quería que parara, quería que tocara hasta el último centímetro de mi piel. Era tan agradable que me quitaba el aliento.

Estaba tan deslumbrada por Darrell que casi olvidé por qué había ido a Brighton. Ya regresábamos a la estación cuando le pregunté si sabía dónde estaba Charlie. Me dijo que no tenía ni idea, que no sabía nada de él desde hacía años. Incluso bromeó diciendo que quizá se había convertido en corredor de bolsa. No comprendí por qué le parecía tan divertido, no sabía que Charlie se dedicaba a la música cuando conoció a Jude. Darrell me contó que Charlie había escrito una canción sobre ella. Sobre sus ojos. Mis ojos, me dijo Darrell justo antes de besarme. En mi diario escribí que fue el primer beso de verdad que me habían dado. Un beso muy dulce.

Me pidió que fuera a verlo otra vez. Escribí que habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido en esos momentos, y era cierto: tenía trece años y acababan de besarme por primera vez. No veía nada malo en ello. Estaba enamorada.

Pero Harry volvió a aparecer, se había sentido abandonada y estaba furiosa, por lo que me agarró del brazo y me llevó a casa.

Recuerdo que mientras nos alejábamos yo miré atrás como si Harry me estuviera llevando a rastras, en contra de mi voluntad. Darrell se quedó plantado en medio de la acera, rodeado de la gente que salía de compras y gozaba de sus vacaciones, y se me quedó mirando hasta que doblamos la esquina y yo me puse a llorar de nuevo.

Harry me dijo que me calmara, supongo que se asustó un poco al ver el

estado en el que me encontraba. Nunca me había visto así, y es que nunca me había puesto de aquella forma. En condiciones normales, yo era la que se comportaba de un modo razonable. Yo era la que se encargaba de calmarla y consolarla a ella cuando se enfadaba o sufría un disgusto, pero ese día tuvo que ser ella quien cuidara de mí.

Ya en el tren, Harry me trajo papel higiénico del lavabo para que me secara las lágrimas, pero era como si algo se hubiera desbocado en mi interior. Harry creía que estaba llorando porque el plan había sido un desastre, pero ella no había visto que Darrell me había besado en los labios, e intentó ayudarme diciendo cosas terribles sobre él.

—Huele mal —dijo—. Como a pan rancio. Creo que ese tipo no se ducha.

Le conté que Darrell no sabía dónde estaba mi padre y fingí quedarme dormida para no tener que seguir hablando con ella.

Harry renunció a insistir; por suerte, se aburría enseguida de las cosas, y empezó a hablar sobre el tipo del puesto de dulces con el que había estado charlando. Que tenía unos granos horribles pero le había regalado un algodón de azúcar.

CAPÍTULO 31

Lunes, 2 de abril de 2012

Jude

El agua hervía con furia dentro de la jarra eléctrica (había olvidado cerrar la tapa una vez más) y Jude apagó el interruptor del enchufe. Se había pasado el día así, perdiendo cosas y dejando las que no perdía en lugares inadecuados. Sólo podía pensar en Will.

—Por el amor de Dios —dijo en voz alta—, eres demasiado vieja para comportarte de este modo por culpa de un hombre.

Se rio, algo aturdida por los sentimientos que volvían a aflorar en ella.

«Me pregunto qué aspecto debe de tener ahora», pensó por enésima vez mientras se pasaba la mano por el pelo, manteniendo la cabeza bien alta para estirar las arrugas del cuello.

Marcó el número de Emma de nuevo y colgó antes de que se estableciera la conexión. Estaba desesperada por hablar con alguien sobre Will, pero lo que había ocurrido el día anterior con su hija le dejó claro que ésta no querría saber nada al respecto. Sin embargo, Emma era la única persona que conocía a Will tanto como ella misma. «A estas alturas ya se habrá hecho a la idea», se dijo a sí misma mientras volvía a descolgar el teléfono.

—Emma, soy yo —dijo—. ¿Cómo va el trabajo?

—Ah, hola. Estaba a punto de llamarte para agradecerte la comida de ayer

—contestó Emma.

—Siento haber dicho que te pondrías enferma, Em —se disculpó Jude. Quería hacer las paces cuanto antes para poder hablar sobre Will.

—No pasa nada —respondió Emma, en voz más baja—. Siento haber reaccionado de tan mal humor. Estaba un poco cansada.

—Seguramente trabajas demasiado. En cualquier caso, me gustó verte y ponerte al día de cómo me van las cosas.

El silencio de Emma fue tan rotundo como un toque de campana, pero Jude lo ignoró y continuó hablando con determinación sobre la llamada de Will y la posibilidad de volver a ver a su exnovio, sobre lo que debería ponerse y sobre qué hablarían.

—Me pregunto qué aspecto debe de tener hoy en día —dijo Emma en cuanto Jude se detuvo un instante para respirar.

—Hace un momento pensaba exactamente lo mismo, Em —replicó Jude con entusiasmo—. Siempre fue bastante guapo, ¿no crees? Todas estábamos enamoradas de él, ¿verdad?

—Mmm..., bueno, yo no —susurró Emma, en voz tan baja que a Jude le costó oírla.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que yo no —repitió Emma, levantando un poco la voz.

—Vamos, Em, sí que lo estabas. Siempre estabas a su lado, pendiente de todo lo que decía. Incluso fuiste a esa fiesta con él. ¿No te acuerdas?

Visualizó a Emma, toda ojos y piernas de adolescente, frente al umbral de la cocina, disputándose con ella la atención de Will. Cuando esto ocurría, Jude resoplaba y él se reía de esos celos.

—Bueno, sin duda tuvo un gran impacto sobre mí —dijo Emma—. Eso sí.

—Pues eso —replicó Jude.

—Me habría pasado con cualquier hombre adulto —constató Emma—. No sé si te acuerdas.

—Dios mío, no empecemos con lo del padre perdido, Em. Will no era tu padre.

—No —dijo Emma—. No lo era.

Titubeó un poco, y Jude esperó que fuera su hija quien lo dijese.

—Y luego te obligó a echarme de casa cuando sólo tenía dieciséis años — soltó Emma.

—No es verdad —le espetó Jude—. La decisión la tomé yo basándome en tu comportamiento. Era imposible vivir contigo. Y además dinamitaste nuestra relación.

—¿Quieres decir entre tú y yo, o entre tú y él? —preguntó Emma.

—Las dos. Intentabas ahuyentarlo con tus mentiras y tus berrinches.

—¿Mentiras?

—Cuando decías que lo habías visto ligando con otras mujeres intentabas destruir nuestra relación. No puedes negarlo, Emma.

—No lo niego. Pero realmente lo vi ligando con aquella mujer que vivía más abajo en nuestra calle.

Jude se puso furiosa otra vez, con su hija y consigo misma.

—Fue una charla inocente —siseó—. Ella lo negó todo.

—Bueno, ¿qué esperabas? —recriminó Emma.

—Mira, ya sé que no fui una madre perfecta, pero tú tampoco fuiste la mejor hija del mundo que digamos.

—Pero la adulta eras tú, Jude —afirmó Emma. La discusión volvió a transcurrir por las mismas roderas de siempre—. En cualquier caso, no me sorprende que quieras volver a verlo. Al fin y al cabo, fue él quien te abandonó a ti.

—Las cosas han cambiado —soltó Jude con firmeza, como si quisiera cerrar el tema. Sin embargo, una voz sonó dentro de su cabeza: «Y estoy muy sola».

«Debería haber continuado trabajando. Fue una estupidez jubilarme tan pronto.»

Había dejado la abogacía después de que sus padres murieran y le dejaran algo de dinero.

«Estoy harta de todo esto —había dicho—. A partir de ahora me dedicaré a no hacer nada. Por las tardes iré a conciertos y visitaré museos.»

Aun así, no había conseguido acostumbrarse a gozar del tiempo libre y chocaba con ello continuamente. Contra la vida, en realidad.

—Bueno, depende de ti, Jude —dijo Emma—. Pero ten cuidado.

Más tarde, la frase siguió resonando en la cabeza de Jude. Aunque se las arregló para silenciarla. «Las cosas han cambiado», se repetía a sí misma.

CAPÍTULO 32

Lunes, 2 de abril de 2012

Emma

No hago más que pensar en Will Burnside y de repente me doy cuenta de que he dibujado un muñeco de palitos en mi bloc de notas. El lápiz ha cavado un profundo surco en el papel mientras recuerdo mis últimos días en Howard Street. La casaapestaba a decepción. Parecía que empapara las paredes y contaminase la comida.

Recuerdo el siseo de los susurros entre Jude y Will, las insistentes llamadas y los portazos. Recuerdo cómo me excluyeron. ¿Cómo ha podido decir que yo estaba enamorada del profesor Will?

El dibujo está en la misma página en la que he escrito el nombre de la periodista. Kate Waters. Repaso las letras con el bolígrafo mientras pienso en la posibilidad de hablar con ella sin revelar mis cartas. Necesito saber qué sabe. Quizá podría desviar sus investigaciones y alejarlas de mí.

«Podría mencionar a los drogadictos», pienso, y paro de dibujar de inmediato.

Busco por el capítulo en el que estoy trabajando y apunto el primer nombre que aparece.

—Hola, soy Anne Robinson y estuve viviendo en Howard Street —digo a modo de prueba—. ¿Sabe que unos drogadictos vivían en una casa de la calle?

Creo que el bebé podría ser hijo de alguno de ellos.

Suena forzado, parece un guion, por lo que decido intentarlo de nuevo para que suene más natural.

—Hola —vuelvo a decir, y el tono me sale todavía más forzado—. ¡Vamos, olvídale! —exclamo, y lanzo el bolígrafo al otro lado de la habitación.

Sin embargo, sé que lo haré. Es una buena idea. La periodista buscará a esa pobre gente del número 81. Desde que Jude los ha mencionado he intentado recordarlos, pero sólo consigo recuperar su imagen como grupo, sin individualidades. Tenían el pelo sucio y los brazos delgados y tatuados con marcas de jeringuilla. «Los muertos vivientes», solíamos llamarlos.

«¿Y si me hace preguntas?», pienso, mordiéndome la piel seca que tengo alrededor de las uñas. Anoto los detalles que recuerdo. Había una chica que se llamaba Carrie. Vivieron allí unos cuantos años. Al menos a mí me parecieron varios años. Se marcharon antes que yo, en 1985, creo. El propietario los echó un día, muy temprano por la mañana. Todas sus pertenencias quedaron esparcidas por la acera: tazas rotas, paquetes de pasta reventados, sábanas manchadas y jerséis viejos. Los drogadictos no se llevaron nada de nada y todas esas cosas se quedaron ahí tiradas hasta que pasaron los basureros y lo cargaron todo en el camión. No había vuelto a recordar eso hasta hoy. Lo había guardado en el fondo de mi mente junto a todo lo demás.

«De acuerdo, ya tengo una historia.» Me propongo llevarlo a cabo cuanto antes. Marco el número del *Daily Post* y espero.

—*Daily Post*, ¿en qué puedo ayudarle? —trina una mujer.

—Esto..., ¿puedo hablar con Kate Waters, por favor? —respondo, con la sensación de sonar ya como una impostora.

—Le paso enseguida.

—Hola, soy Kate Waters —anuncia una voz.

Empecemos.

Esa primera frase que tanto me he preparado se ha esfumado de mi mente.

—Hola —balbuceo—, ¿es usted Kate Waters? —pregunto a pesar de que acaba de decirlo ella.

—Sí —responde con un tono más tajante.

—Perdone, es que nunca había hablado con una periodista —digo titubeando.

—No pasa nada. ¿En qué puedo ayudarla?

Durante un segundo no soy capaz de recordar el nombre que he elegido.

—Anne —digo al fin—. Anne Robinson.

—Bueno, Anne, ¿en qué puedo ayudarla?

—Es sobre el bebé de las obras —comienzo, y oigo una exclamación ahogada al otro lado—. Verá, es que yo vivía en Howard Street.

—¿Ah, sí? —me dice—. ¿Cuándo, Anne?

—Bueno, desde principios de los setenta hasta mediados de los ochenta. Leí la noticia de la semana pasada y se me ha ocurrido llamarla.

—Me alegro de que lo haya hecho, Anne —dice. No para de utilizar mi nombre y yo no paro de pensar «¿Quién es Anne?»—. ¿Qué edad tenía usted entonces? ¿Le han venido recuerdos a la cabeza, Anne? —añade.

—Más o menos —empiezo, aunque intento no sonar demasiado segura—. Era adolescente cuando me marché. Mi madre y yo vivíamos allí de alquiler. —Estoy contando demasiados detalles que no había previsto. Debo ceñirme al plan—. Era sólo que al final de la calle había una casa llena de drogadictos, heroinómanos y tal, y he pensado que tal vez tenían alguna relación con esto. Con el bebé.

—De acuerdo, es muy interesante. ¿En qué número vivían? ¿Conocía a alguno de ellos? ¿Recuerda algún nombre?

Las preguntas se acumulan frente a mí, y decido sentarme y respirar hondo mientras ella sigue hurgando en mis mentiras.

—Creo que una se llamaba Carrie —le digo—. Pero no hablé jamás con ninguno de ellos. Nadie hablaba con ellos, de hecho. El propietario los echó después de que los vecinos se quejaron de la suciedad y de los malos olores.

—¿Qué vecinos? —preguntó Kate.

—Pues no estoy segura —digo.

—De hecho, es genial que me haya llamado —me dice Kate Waters—. Estoy buscando a gente que vivió en Howard Street durante los años setenta para preguntarles si recuerdan algo. Algún nacimiento o alguna desaparición.

Empieza a contarme lo que sabe y decido insistir para obtener más

información.

—¿A quién busca? ¿A quién ha encontrado?

—Espere —me dice—. Tengo una lista. Si no le importa, se la leeré en voz alta para ver si reconoce a alguien.

—Claro. Es un verdadero misterio, ¿verdad?

—Sin duda, sí. Al parecer, la policía no tiene ni idea de lo que ocurrió — cuenta Kate, y yo respiro un poco aliviada—. He dado con una vía de investigación interesante, aunque también poco probable. Pero podría acabar siendo una gran noticia.

—¿De verdad? —exclamo, y mi voz suena muy estridente. Pero ella empieza a leerme la lista de vecinos de Howard Street antes de que pueda preguntarle nada más.

Jude está en la lista y dudo unos instantes, hasta que digo que no. Tengo la esperanza de que no se dé cuenta y decido distraerla dándole alguna información sobre la señora Speering. También le pregunto si ha estado en Howard Street.

—¿Cómo? Ah, sí —responde—. He ido un par de veces. De hecho, más tarde tengo previsto volver a ir de nuevo. A un pub que hay allí.

—El Royal Oak —digo.

—Eso es. Me imagino que usted debía de ser clienta habitual —me comenta, y murmuro que en esa época todavía no era mayor de edad.

Ella se ríe y vuelve a la lista de nombres.

—Es extraño —me dice cuando llega al final—. No hay ninguna Anne Robinson en la lista.

—No, bueno, ya le he dicho que yo no era más que una niña, no podía salir en el censo electoral —explico enseguida.

—Claro. Pero me ha dicho que vivía con su madre, ¿no? Debería aparecer en la lista.

—Pues... sí.

—Déjeme comprobarlo otra vez. No, no hay nadie con el apellido Robinson.

—Es mi apellido de casada —digo. Bajo la mirada hacia mi bloc de notas y busco respuestas en mi guion, pero no me queda nada por contar. Tengo que

terminar la conversación antes de que me pregunte algo más. Me envuelvo el puño con un faldón de la chaqueta de punto y golpeo la mesa—. Vaya, hay alguien en la puerta. Mire, voy a tener que ir a...

—Pero. Anne —dice—, tengo muchas más preguntas para usted. ¿Puede darme su número para que la llame?

—Lo siento, lo siento. Tengo que irme —repito sin demasiada convicción antes de colgar.

Apunto todo lo que ha dicho y empiezo a planear lo que le diré la próxima vez que la llame.

CAPÍTULO 33

Miércoles, 4 de abril de 2012

Kate

Sparkes, Angela Irving y el agente encargado del caso tardaron dos días en reunirse para hablar y concertar los análisis del ADN de Angela.

—Sólo son tres llamadas —le dijo Kate a Joe—. ¿Cómo pueden tardar tanto en ponerse de acuerdo para reunirse?

Su frustración quedaba amplificada por el hecho de tener que jugar al gato y al ratón con el jefe de redacción por ese interés repentino que lo había invadido de asignar a Kate todas las noticias que caían sobre su mesa.

Kate había conseguido librarse de tres ideas de Terry antes de que Bob Sparkes por fin le mandara un mensaje al móvil.

Ya he contactado con Angela Irving y le he pasado los datos de los chicos de Londres. Hablamos pronto.

Antes de que ella pudiera hablar con él, recibió una llamada de Angela. Estaba tan alterada que ni siquiera la saludó.

—Kate, iré a Londres mañana, les he dicho que prefería ir yo a verlos que recibirlos en casa. Quieren hacerme un análisis para comprobar si mi ADN

coincide con el de Alice..., el bebé.

—Hola, Angela —dijo Kate, intentando que su voz sonara neutra. Sabía que a pesar de haberse propuesto todo lo contrario, lo que sentía por aquella madre afligida había quedado alterado por la nueva versión que le había dado el inspector Rigby. Le había hablado sobre una Angela a la que ella no había conocido, y la palabra «antipática» se le había quedado clavada en la mente.

—Está muy bien que te hagan ese análisis, pero tampoco es necesario que nos adelantemos a los acontecimientos.

—Tienes razón, lo siento. Pero es que no puedo evitarlo. No te imaginas lo que siento, después de tantos años, al ver que estoy tan cerca de descubrir lo que ocurrió.

—Por supuesto. Pero puede que no sean buenas noticias, Angela —especuló Kate.

—Lo sé —dijo Angela tras una breve pausa—. Intento mantener la calma, aunque es muy difícil. Y eso que ni siquiera sé si serán buenas noticias. Sea cual sea el resultado, en realidad será una mala noticia, ¿no? Si es ella, significará que mi hija está muerta. Y si no lo es, seguiré inmersa en este limbo terrible. Pese a todo, puede que haya esperanzas. Ay, Dios mío, no consigo mantener la cabeza fría.

—Claro que no, es normal. Debes de estar pasando un verdadero infierno —la disculpó Kate con un tono tranquilizador—. Tiene que ser muy emotivo para ti. Y para tu marido.

—¿Nick? Ah, sí, está igual de nervioso que yo —dijo Angela, y Kate notó un cambio en su tono de voz.

—¿Tu marido te acompañará mañana? —quiso saber.

Angela hizo otra pausa.

—Todavía no se lo he preguntado, pero creo que está demasiado ocupado —contestó Angela.

«No se lo ha contado», pensó Kate, y le pareció interesante. Decidió desviar ligeramente la conversación.

—¿Con quién hablaste de la policía metropolitana, Angela?

—Con el inspector Sinclair.

—¿Y qué impresión te dio cuando hablaste con él? —Kate se preguntaba

hasta qué punto la policía metropolitana de Londres se tomaba en serio esa nueva pista.

—Me pareció amable, aunque no quiso contarme nada. Se limitó a explicarme que me tomarían unas muestras y me comunicarían los resultados.

—¿Nada todavía sobre el análisis forense?

—No. Y para serte sincera estoy segura de que ni siquiera han empezado. Eso me ha dicho el inspector Sparkes. Es un hombre agradable, ¿verdad?

—Sí, cierto. ¿Te apetece que nos veamos después y tomemos un café juntas? —le preguntó Kate. «Que no se aleje de ti. Por si acaso.»

—Con mucho gusto, gracias. La cita es a las diez. El señor Sinclair me ha dicho que será cuestión de unos minutos.

—Pero también querrán hablar contigo sobre Alice, Angela. No se limitarán a tomarte muestras. Sería una buena idea que te llevaras todos los documentos que tengas. Cualquier cosa puede ser útil.

—De acuerdo, te haré caso. ¿Quieres que te llame cuando hayamos terminado?

—Genial. Me llamas y nos vemos.

Cuando Kate volvió a llamar a Bob Sparkes, éste respondió de inmediato.

—Hola, Kate. ¿Todo arreglado?

—Sí, gracias, Bob. Angela vendrá mañana, pero está muy alterada, espero que la traten bien. ¿Qué te ha dicho el inspector Sinclair cuando lo has llamado? —preguntó, y soltó el nombre para demostrar que estaba al corriente del caso.

—No me ha dado muchas esperanzas que digamos. Lo ve muy difícil: identificar a un recién nacido después de que haya pasado décadas enterrado es casi imposible. Los recién nacidos no tienen los huesos completamente formados, por lo que no encontrarán mucho material para analizar su ADN. Y el que encuentren puede que esté demasiado degradado para que pueda analizarse. Además, hay que añadir el hecho de que el recién nacido no está en la base de datos, por lo que nos metemos en el terreno impreciso del ADN hereditario, intentando encontrar a los padres, en realidad, a partir de medio

perfil. No parece muy probable que puedan encontrarse coincidencias.

—¿Ya han hecho los análisis? —preguntó ella.

—Los básicos sí, pero quedan muchos más por hacer. Me ha dicho que al parecer había jirones de papel y fragmentos de bolsas de plástico pegados a los restos, por lo que no creo que sea anterior a los años sesenta, que es cuando empezaron a utilizarse bolsas de plástico en el Reino Unido. Sin embargo, no ha concretado nada más sobre las fechas. Mira, no tengas demasiadas esperanzas en este sentido, Kate. Ya veremos qué pasa.

Ella se negó a compartir esa visión tan negativa.

—Por supuesto que es una posibilidad remota, pero tengo un presentimiento al respecto, Bob —confesó Kate. Él respondió con una carcajada.

—Tú y tus presentimientos. Hasta pronto —se despidió Bob antes de colgar.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Joe a Kate.

—Eh, ¿tienes que escuchar todas mis conversaciones? —le espetó ella.

—No he podido evitar oír lo que decías. Además, estoy trabajando en esta noticia contigo —dijo él. «Está aprendiendo», pensó Kate.

—De acuerdo, en pocas palabras: la metropolitana todavía no ha empezado el análisis forense completo. El poli que se encarga del caso cree que es muy difícil, casi imposible, analizar un bebé y todo eso. Bueno, pues muy bien.

Joe asintió, sonriendo.

—Mira, mientras los detectives trastean el ADN, ¿por qué no intentamos hablar con los que vivieron en Howard Street durante los sesenta y los setenta? —dijo Kate—. El otro día recibí una llamada algo extraña de una mujer que se presentó como Anne Robinson. Estoy bastante segura de que no era su verdadero nombre, pero afirmaba haber vivido en Howard Street en esa época y me dijo que había una casa llena de drogadictos. No quiso dejarme ningún número ni nada, aunque vale la pena investigarlo. No tenemos ni idea de lo que le sucedió a ese bebé ni de quién vivía por allí. Al menos así podremos pasar el resto del día fuera de aquí. —Kate se volvió hacia Terry—. ¡He pensado que podría enseñarle a Joe unos cuantos trucos de investigación a

la vieja usanza, si no me necesitas! —le gritó al redactor jefe.

—Sí, vale, muy bien —dijo, despidiéndose con la mano—. Pero que no se te pierda...

Aparcar cerca de la Biblioteca Woolwich fue una tortura, pero Kate encontró por fin un hueco, en el que encajó el coche de cualquier manera dando marcha atrás. «¡Odio aparcar en paralelo!», gritó dentro de su cabeza, e intentó pensar en cosas que la apaciguaran antes de levantarse del asiento.

—Vamos —le dijo a Joe, que estaba pendiente de Facebook con su teléfono—. Leeremos documentos impresos en papel, para variar.

En la sección de consulta, él continuó con los ojos clavados en el móvil mientras ella solicitaba los registros electorales de Howard Street.

La bibliotecaria resopló al oír la petición. «Deben de entrenarlos para que reaccionen de ese modo», pensó Kate. Sin embargo, recibió las listas de votantes de la zona desde 1960 hasta 1970 sin más comentarios.

—Gracias —le dijo Kate a la espalda de la bibliotecaria, y se acercó los abultados documentos sin encuadernar. Las esquinas de las páginas habían quedado rizadas por los años, y la periodista se preguntó cuándo debían de haberlas consultado por última vez. Los nombres de los vecinos estaban clasificados por calle y número de vivienda, por lo que buscó directamente «Howard Street» y la finca en la que habían encontrado el bebé.

—Concretamente, tenemos que buscar en los números del sesenta y uno al sesenta y siete, Joe. Las casas cuya parte de atrás daba a la zona en la que estaban haciendo obras. Ay, por el amor de Dios, ¿quieres dejar de una vez el teléfono? —siseó.

Él obedeció y se sentó con impaciencia ante la mesa de formica. Kate se percató de que todavía le duraban los efectos que había tenido sobre su humor la misión imposible de aparcar en hora punta. Se había ruborizado, y notaba que cada centímetro de su piel seguía palpitando e irradiando calor.

—¿Estás bien, Kate? —preguntó Joe—. Pareces un poco sofocada.

—Sí, estoy bien. Hace un poco de calor aquí, nada más —respondió ella, algo irritada.

—Ah, vale —añadió Joe.

Kate sabía lo que debía de estar pensando Joe. La menopausia. Y por menopausia debe entenderse «mujer vieja, irracional y superada». Intentó controlarse, furiosa por la posibilidad de que él juzgara su profesionalidad en función del nivel de estrógenos. A buen seguro, Joe ni siquiera era capaz de deletrear «estrógenos» correctamente. Sin embargo, la lección tendría que esperar, había trabajo por hacer. Se obligó a sonreír y pensó en cosas frías para vencer el rubor, un truco que había leído en un folleto. Era una tontería, pero valía la pena probar.

Le pasó a Joe el bloque de la década de 1960.

—Encárgate tú de esto. Anota los nombres y las fechas de toda la gente que vivió en la finca. Y en el número ochenta y uno también, es donde vivían los drogadictos. Después buscaremos dónde viven actualmente, aunque nos encargaremos de eso cuando volvamos a la oficina.

Ella se quedó con el bloque de los años setenta.

Diez minutos más tarde tenían una lista, aunque resultó ser más breve de lo que Kate había esperado. Los residentes de Howard Street habían sido estables en los años sesenta y la transición de viviendas familiares a apartamentos de alquiler se había producido varios años después.

—¿Cuántos tienes? —preguntó. Joe los contó poco a poco.

—Doce —respondió—. No hubo mudanzas, ni de entrada ni de salida. Creo que eran parejas casadas, tal vez con hijos adultos.

—Genial —dijo ella—. ¿Algún nombre que conozcamos? ¿Laidlaw, por ejemplo?

—No. Una de las familias eran los Smith, en el número sesenta y cinco.

—Mierda —exclamó ella, levantando demasiado la voz, lo que alarmó al hombre que leía el *The Times* en la mesa contigua—. Lo siento —articuló de forma casi inaudible—. ¿Algún otro nombre? ¿Alguno menos corriente? —preguntó a Joe—. Smith es una pesadilla.

—Speering, Baker y Walker —respondió él.

—Bien —añadió ella, comprobando sus anotaciones—. Tengo a dos de esas familias a principios de los setenta. Pero el barrio ya estaba cambiando. Mira, hay seis nombres diferentes para el número sesenta y tres, en 1974, y

todos son de gente soltera. La gente duraba pocos años allí.

—Los vecinos del ochenta y uno no parecen muy interesantes —anunció Joe—. La misma pareja durante toda la década de los sesenta.

—Y luego ningún nombre, supongo. La mujer que me llamó me dijo que ocuparon la casa, o algo parecido. Por tanto, es poco probable que dejaran un rastro oficial. Lo preguntaremos. De todos modos, tenemos trabajo de sobra por hacer.

Joe recorrió la página con el dedo.

—Son un montón de gente. ¿Qué haremos para encontrarlos?

—No tenemos que encontrarlos a todos, sólo a algunos. Tenemos que encontrar a una persona, y ésa nos guiará hasta las demás, ya lo verás. Ten un poco de fe, Joe.

Kate recogió con cuidado sus notas y Joe fotografió las páginas con su teléfono móvil.

CAPÍTULO 34

Jueves, 5 de abril de 2012

Kate

Angela estaba algo cambiada cuando salió por la puerta, parecía que hubiera envejecido.

—Ya me han tomado las muestras. Ahora sólo nos queda esperar —le explicó a Kate—. Estoy absolutamente agotada.

Kate se agarró al brazo de Angela y le dio un apretón afectuoso.

—Es un gran paso, Angela. Eres muy valiente. Vamos, tomemos un café y me lo cuentas todo.

Joe se ofreció para llevarle la bolsa con los documentos y abrió camino por detrás de la abadía de Westminster hasta la cafetería que había elegido previamente.

Angela se dejó caer sobre su asiento y envolvió la taza con las manos para calentárselas.

—¿He hecho bien, Kate? —preguntó al fin—. Ahora no estoy segura de querer saber el resultado. Tengo miedo.

—Será duro, sea cual sea el resultado —dijo Kate, inclinándose hacia delante—. Pero al menos existe la posibilidad de terminar con la incertidumbre.

Angela asintió.

—Sí, eso es cierto. Necesito que acabe todo esto, me está matando poco a poco.

Joe le pasó un paquete de galletas por encima de la mesa.

—Coja una, Angela —la animó.

«El chico no sabe qué hacer —pensó Kate—. Supongo que todavía no ha tenido que enfrentarse al dolor.»

—Gracias, cariño —le agradeció Angela mientras aceptaba una galleta—. Siento ser tan negativa.

—No lo eres, Angela —dijo Kate—. Lo que sientes es de lo más comprensible. Lo que no sé es cómo lo has hecho para seguir adelante todos estos años. Eres increíble.

Joe asintió con entusiasmo desde el otro lado de la mesa y Angela esbozó media sonrisa.

—¿Quieres que te cuente lo que hemos estado haciendo Joe y yo? —preguntó Kate para avanzar en el tema.

—Sí, dime —respondió Angela con la galleta en la mano.

—Hemos estado buscando a la gente que vivió en Howard Street, en el lugar en el que encontraron al bebé.

—Durante los años sesenta y setenta —añadió Joe.

—¿Quieres echar un vistazo a la lista de nombres, para ver si reconoces alguno, Angela? —propuso Kate—. Puedes decir que no, tranquila.

Le pasó la lista por encima de la mesa. Había incluido también a Marian Laidlaw, la amante de Nick Irving, para ver si Angela sabía quién era.

Angela se prestó de buena gana a leer la lista y distraerse así de la pena que la acongojaba. Repasó los nombres con rapidez y luego los leyó de nuevo con más detenimiento, articulando los nombres y apellidos en silencio.

—No, no conozco a nadie —dijo levantando la mirada—. Lo siento mucho.

—Bueno, valía la pena asegurarse —comentó Kate, tragándose su decepción con un sorbo de café—. En cualquier caso, ¿qué más te ha dicho el inspector?

Angela le explicó lo diferente que había sido lidiar con la policía en 1970 y en 2012, y Kate se distrajo repasando mentalmente los nombres de nuevo.

—Walker —exclamó de repente. Angela se detuvo en seco y Joe derramó un poco de café en el platillo.

—¿Walker? —dijo él—. ¿Qué quieres decir?

—Perdón, pensaba en voz alta. Hablé con una tal señora Walker en Howard Street la primera vez que fui. Una anciana con un perro horrible. Podría ser una de los Walker que vivían en el número sesenta y uno.

Joe y Angela se la quedaron mirando sin decir nada.

—Acábate el café —le ordenó Kate a Joe—. Vamos para allá. Podemos dejarte en la estación, Angela. ¿A qué hora pensabas coger el tren?

Ella se le agarró a un brazo.

—Por favor, ¿puedo ir con vosotros? Quiero ver dónde encontraron al bebé.

—Por supuesto —dijo Kate, asintiendo—. Perdona, debería haber pensado en ello. Supongo que no te importará que te hagamos unas fotos allí, ¿verdad? Las necesitaremos para el reportaje si los resultados de las pruebas acaban siendo positivos y puede que no tengamos tiempo ese día.

Angela titubeó.

—Además, eso podría hacer que alguien llamase para aportar información —añadió Kate.

Ese último achuchón bastó para que Angela diera su consentimiento, aunque se limitó a asentir.

Kate hizo una breve llamada a la sección de fotografía del periódico de camino hacia el coche. Mick, el fotógrafo, le devolvió la llamada mientras conducía, pero ella no quiso hablar a través del altavoz. El repertorio de tacos de Mick era legendario, y Kate sospechó que Angela no se llevaría precisamente una buena impresión. «Mejor no asustarla», pensó mientras le pasaba el teléfono a Joe para que se hiciera cargo de la llamada.

—¿Qué pasa, Mick? —dijo—. ¿Cómo lo llevas, tío?

Kate dirigió una mueca de burla hacia el retrovisor, con la esperanza de que Angela la viera.

—Sí, vamos hacia allí. Howard Street. De acuerdo. Nos vemos ahora —dijo Joe, y antes de colgar se despidió con un murmullo—. Sí, claro.

—¿Claro qué? —preguntó Kate.

—Nada —respondió Joe con las mejillas ruborizadas—. Ya conoces a Mick.

La señora Walker no estaba en casa y las máquinas de las obras estaban paradas.

—Es la hora de comer —comentó Kate—. Vamos al pub hasta que llegue Mick. No tardará mucho.

En la barra del Royal Oak había tres filas de tipos con mono de trabajo y un bosque entero de brazos intentando llamar la atención del camarero.

—Aquí no conseguiremos beber nada hasta mañana —dijo Kate—. Sentémonos y esperemos a que pase la hora punta.

Joe se rio.

—Apuesto a que yo lo consigo —fanfarroneó, sintiéndose por fin en su salsa.

—De acuerdo, tú mismo. ¿Qué te apetece, Angela?

—Un zumo de naranja, por favor —pidió ella, sentándose sobre su abrigo en lo alto de un taburete.

—Yo tomaré un agua con gas. Y trae también patatas fritas. Debes de estar hambrienta, Angela —afirmó Kate.

Joe se sumergió en el gentío y cinco minutos más tarde apareció con los vasos y tres bolsas de patatas fritas en una bandeja.

—Estoy impresionada —dijo Kate, riéndose con Angela—. Y ahora, en la segunda lección de «Cómo ser periodista»...

—La verdad —empezó Joe— es que ha sido más fácil de lo que creía. El propietario te ha visto, por eso me ha servido a mí primero.

Kate sonrió y levantó el vaso hacia el hombre que estaba tras la barra, que respondió con una leve reverencia.

Cuando Mick por fin llegó al pub, ubicó primero la mesa e hizo una parada en la barra para pedir una pinta, que derramó parcialmente al dejarla sobre la mesa de los abstemios.

—Hola, Kate —saludó—. ¿Cómo va eso?

Kate le presentó a Angela y Mick le estrechó la mano con cordialidad.

Hubo un silencio que se prolongó mientras Mick tomaba un largo trago de cerveza y luego reanudaron la conversación. Kate no paraba de mirar hacia la puerta que quedaba detrás de Angela para tener controlado a John, el jefe de obra. Necesitaban su permiso para poder hacer las fotos en el lugar en el que desenterraron al bebé.

John entró por la puerta diez minutos después y asintió en dirección a Kate al ver que ella se levantaba para saludarlo.

—¡John! —gritó Kate—. Me alegro de verte. ¿Quieres tomar algo?

—No diré que no —asintió—. Leí el reportaje.

—Sí. Peter es encantador. ¿Cómo le va?

—Bien, creo. Le gustó lo que escribiste —indicó el jefe de obra.

—Me alegro, de verdad —repuso Kate sonriendo—. Mira, me preguntaba si podrías hacerme otro favor...

Tuvo que invitarlo a dos pintas con limón y un paquete de cacahuets para convencerlo, pero al final lo consiguió.

—Tenéis cinco minutos antes de que los trabajos empiecen de nuevo —dijo él—. Literalmente cinco minutos, ni uno más.

—Por supuesto —contestó ella, dándole un apretón en el brazo—. Voy a buscar a mi fotógrafo.

Mick odiaba que dijera «mi fotógrafo».

—No soy tu puto mono de feria —murmuró en cuanto Kate regresó a la mesa.

La periodista dirigió una sonrisa de disculpa hacia Joe y Angela por si lo habían oído.

—Delante de los niños no —respondió Kate mientras se dirigían hacia la puerta.

Angela posó muy nerviosa entre el lodo revuelto, junto al precinto policial que rodeaba el lugar donde había estado sepultado el bebé. Kate había previsto que lloraría, pero a la hora de la verdad se había limitado a quedarse de pie, con las manos agarradas frente al pecho y los ojos muy abiertos, en movimiento constante.

Mick iba hablando mientras la fotografiaba, tranquilizándola y asegurándole que todo terminaría enseguida.

Sin embargo, Kate sabía que no era cierto. Les quedaba un largo camino por delante. Contempló la escena y notó la angustia que desprendía el rostro de Angela, con el pelo revuelto por el viento y manchas de lodo en las medias, con esas miradas cansadas al precinto que delimitaba el último lugar de reposo del bebé. Eran detalles que gustarían a los lectores, que los transportarían directamente al lugar en el que se encontraba Kate en esos momentos. Todavía no podía escribirlo, pero ya lo tenía todo en la cabeza.

John salió del barracón de obras al cabo de quince minutos y les gritó que terminaran.

—Las máquinas se pondrán a trabajar enseguida. Tenéis que salir del recinto.

—Sólo una más, colega —gritó Mick, recurriendo a la frase más usada por los fotógrafos. Disparó unas cuantas instantáneas más de Angela agachándose y extendiendo el brazo por encima del precinto para tocar la tierra.

—¡Venga, tío, por favor! —gritó John de nuevo.

Kate se acercó a Angela y la agarró por un brazo para ayudarla a mantener el equilibrio mientras sorteaban las profundas roderas. Joe las siguió con el bolso de Angela en la mano. Parecían un cortejo fúnebre.

CAPÍTULO 35

Lunes, 9 de abril de 2012

Angela

Había sido un fin de semana complicado, pero por fin había terminado. Nick volvería al trabajo y ella podría dejar de andar de puntillas por la casa. Tal como había previsto, su marido había reaccionado a gritos cuando por fin se había decidido a contarle que había ido a Londres para someterse a un análisis de ADN.

—¿Qué? ¿Que te escabulliste sin contármelo? —había rugido. Angela tenía la esperanza de que los vecinos no estuvieran en casa.

—Deja de gritar, Nick —le había dicho ella—. Nos oirán los vecinos. Mira, tú estabas tan ocupado y preocupado por tu trabajo que no quería añadirte más estrés.

Él la había mirado fijamente intentando detectar si mentía, pero ella había mantenido en todo momento su cara de señorona.

—Es que no quiero que vuelvas a emocionarte con eso —había añadido Nick—. Lo digo por tu bien, Angie.

En condiciones normales, ella le habría sonreído y le habría agradecido que se preocupara tanto por ella. Pero en esa ocasión no pudo. Todo estaba revuelto dentro de su cabeza, y la esperanza, el dolor y la traición afloraron de nuevo a la superficie después de tantos años.

—No me emocionaré, Nick. Pero debo hacerlo, por Alice.

Ante la mención de ese nombre, Nick se encerró en el garaje y sólo salió para las comidas, que transcurrieron en silencio.

Angela había limpiado la casa para ahuyentar la rabia que sentía, blandiendo la aspiradora como un arma, golpeando con ella los rodapiés y puertas, que quedaban descascarillados a su paso por las habitaciones. Por dentro, iba gritando sus acusaciones: «Jamás quisiste a Alice. Fue el precio que pagaste por tu infidelidad. Eso es lo que sentías».

«Apuesto a que volviste a ver a esa mujer.»

Se odiaba a sí misma por pensarlo, pero sus broncas internas casi siempre terminaban así, no podía evitarlo. Esa idea estaba siempre presente, esperando para torturarla. Jamás se lo habría dicho en voz alta a Nick. ¿Qué sería de ella si llegaba a admitirlo? Mejor no saberlo.

El sábado por la noche habían dormido espalda contra espalda sin siquiera desearse las buenas noches. Ella se había tendido desvelada, intentando sofocar sus pensamientos, hasta que por fin se dejó llevar por un sueño de lo más agitado. Cuando se despertó, Nick estaba acostado a su lado con los ojos muy abiertos, observando el techo.

—Hola, amor mío —le había dicho ella, por la fuerza de la costumbre.

Él había reaccionado con un gruñido.

—Patrick traerá a los niños esta mañana. He pensado que podríamos llevarlos al parque —dijo, decidida a ganar por resistencia.

Nick gruñó de nuevo sin apartar la mirada del techo.

—¿En qué piensas, Nick? —preguntó ella.

—Que esto no terminará jamás —contestó con un tono de voz neutro—. Que esto no se marchará jamás.

—¿Esto? ¿Te refieres a tu hija? —le había dicho ella, incorporándose hasta quedar sentada. Nick se había apartado de ella rodando sobre sí mismo, pero Angela no estaba dispuesta a dejar las cosas así.

—Es nuestra hija. Nick, necesito saber si Alice y yo podemos contar contigo.

—Por el amor de Dios, Angie, ¿qué se supone que significa eso? Diga lo que diga la policía, serán malas noticias: si no es Alice, te quedarás

destrozada, y si lo es, significará que nuestro bebé murió. Mira, Angie, todo esto no nos la devolverá. No necesitamos pruebas: nuestro bebé está muerto, desapareció. En el fondo de tu corazón lo sabes, ¿verdad? No necesitamos tumbas, ni huesos, ni policías. Es demasiado tarde para eso. Tenemos que pasar página.

—Puede que tú te sientas de ese modo, pero yo necesito saberlo, Nick. Necesito saber con toda seguridad dónde está, para poder encontrar algo de paz y despedirme de ella como corresponde. El hecho de que tú no quieras me entristece, pero no me detendrá —dijo Angela, abrazándose a sí misma para protegerse de la tormenta—. Ya sé que tú nunca sentiste lo mismo que yo por Alice —prosiguió, y notó cómo su marido se enervaba.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó él. Sin embargo, ella no tenía ninguna duda de que él lo sabía. Hacía mucho tiempo que no tenían aquella discusión, pero su legado era tan instantáneamente tóxico como un invierno nuclear—. No pienso discutir, Angela. Joder, sucedió hace cuarenta años. Fue una sola noche, y ya te dije que lo sentía. No puedo añadir nada más. Hacerme sufrir no te devolverá a Alice. No fue culpa mía. No fui yo quien la dejó sola.

La exclamación ahogada que soltó ella lo hizo callar. Nick se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Demasiado. Le cogió las manos a su esposa y deshizo los puños que mantenía cerrados.

—Dios mío, Angie, ¿por qué haces todo esto? ¿Para que acabemos diciendo cosas que luego lamentaremos? Ya sabes que no te culpo. Por supuesto que no.

—Ya lo sé —dijo ella. Pero no era cierto. Al fin y al cabo, había dejado sola a Alice.

Los gritos quedaron acallados en cuestión de segundos, como siempre ocurría: era su forma de discutir, aunque el silencio posterior se alargó mucho más que de costumbre. Esas peleas excepcionales los dejaban a los dos destrozados, así como incapaces de pensar en nada más.

Fue Angela la primera que se levantó de la cama, se puso la bata y fue a prepararse un té.

Con la llegada del lunes, se había declarado una paz a regañadientes: los nietos obligaron a los abuelos a poner buena cara. Él le había cogido la mano

mientras iban hasta el parque de juegos y Angela preparó el plato preferido de Nick para cenar.

—Adiós, amor mío —le había dicho él esa mañana, besándole la frente.

—Te llamo luego —le había contestado ella.

Angela intentó sentarse a leer una revista, pero fue incapaz. Estaba atascada y leía la misma frase, las mismas palabras, una y otra vez. Preparó varias tazas de té que terminaron enfriándose formando una hilera a su lado. Se notaba los latidos del corazón.

No le había dicho a Nick para cuándo esperaba los resultados del análisis de ADN, sólo le había contado vaguedades. Primero tenía que asimilarlo ella.

La policía le había explicado que tardarían dos días en tener los resultados, y justo ese día se cumplía el plazo. Bueno, cuatro días, si contaba el fin de semana. Pero no tenía que contarlos, ¿no? Así pues, jueves, viernes y lunes. Tenían que llamarla ese día.

Comprobó de nuevo el teléfono para asegurarse de que no se había apagado ni lo tenía silenciado. La pantalla vacía la miraba de un modo acusador. Decidió llamar a Kate.

—Hola, me preguntaba si te habían dicho algo —se oyó decir a sí misma.

Kate no sabía nada, pero podía llamar para preguntarlo e intentar enterarse de cómo iban las cosas.

Angela se sentó con el teléfono en la mano.

Cuando sonó, cinco minutos más tarde, soltó un grito de sorpresa y rechazó la llamada por error, presionando el botón equivocado mientras intentaba contestar. Volvió a sonar de inmediato.

—¿Kate? Lo siento. ¿Qué te han dicho?

—Dicen que es probable (y me han dicho «probable», no me han prometido nada más, Angela) que tengan los resultados mañana.

Angela agarró el teléfono con más fuerza.

—Dijeron dos días, Kate. ¡Eso serán tres! ¿No te han dicho si ya tienen alguna idea de cómo saldrán los resultados?

—No, lo siento, pero no han querido mojarse. Mira, ya sé que esto debe de ser horrible para ti, pero no podemos hacer nada más que esperar.

Angela sabía que tenía razón, aunque la idea de esperar sentada un día más

la puso enferma.

—¿Por qué no sales a distraerte? Puedes ir a mirar escaparates o visitar a alguna amiga —propuso Kate—. Pero sobre todo asegúrate de que llevas el teléfono en todo momento, por si tengo que ponerme en contacto contigo.

—Sí, quizá sí. Me llamarás en cuanto sepas algo, ¿verdad? Prométemelo —dijo Angela, odiando sonar tan apurada. Tan desesperada.

—Por supuesto —respondió Kate.

CAPÍTULO 36

Lunes, 9 de abril de 2012

Kate

Estaba hurgando en su bolso (al que Steve llamaba «el pozo sin fondo», igual que todos los fotógrafos que habían colaborado con ella), buscando un bolígrafo, cuando el teléfono sonó por segunda vez.

El nombre de Bob Sparkes apareció en la pantalla y Kate dejó caer el bolso al suelo.

—¿Bob? —dijo ella, levantando demasiado la voz.

—Perdona, ¿te pillo en un mal momento? ¿Quieres que te llame más tarde?

—No, no —respondió Kate—. Perdona, es que todo es un poco frenético por aquí. ¿Cómo estás?

—Bien. Sinclair me ha adelantado algo: coinciden.

Durante una fracción de segundo, Kate no estuvo segura de lo que había oído.

«Sin preámbulos, sin preliminares. Directo al grano.»

—¡Joder, es genial! —graznó—. ¡Joder, genial es poco!

—Sí. Eso vendría a ser un buen resumen —dijo Sparkes, más animado pese a haberse propuesto mantener la calma.

—No me vengas con esa pose de poli cansado del mundo, Bob Sparkes —replicó Kate—. Sé que estás tan contento como yo. ¡Dios mío, ya verás cuando

se lo diga a Angela! Ahora mismo voy hacia Winchester para contárselo. Me llevaré a Mick, tenemos que inmortalizar el momento en el que se lo diga.

—Espera, Kate —intentó decirle Sparkes. Pero ella no parecía dispuesta a escucharlo.

—Podemos meterlo en el periódico de mañana. «Han encontrado a Alice cuarenta años después», o «El reencuentro de una madre con su bebé».

—¡Kate! —gritó Sparkes.

—Perdona, Bob. ¿Qué me decías?

—Te decía que tienes que esperar. El inspector no se lo dirá a Angela hasta mañana. Quiere esperar a tener todo el papeleo sobre la mesa para poder ir personalmente a Hampshire.

—Pero me has dicho que coincidían.

—Así es. Le han llamado del laboratorio esta mañana para contárselo. Sin embargo, hay que seguir el reglamento: necesita los resultados por escrito para poder pronunciarse al respecto. Y eso será mañana.

—¡Es ridículo! —le espetó Kate—. ¿Qué sucedería si la llamara y le dijese que me he enterado de que las muestras de ADN coinciden...?

—Que Sinclair sabría que hemos hablado y me caería una gorda —dijo Sparkes con calma—. Confío en que me guardarás el secreto un día.

—Pero dentro de veinticuatro horas se lo contará a todo el mundo —aventuró Kate—. Perderemos la exclusiva, y nos ha costado mucho encontrar el vínculo con Angela.

Sparkes no respondió. Kate estaba furiosa, aunque sabía que no podía perjudicar a Sparkes revelando que era su fuente de información. Era uno de los mejores contactos que tenía y necesitaba conservarlo. Tendría que pensar en otra manera de presionar a la metropolitana.

—De acuerdo —dijo ella sin comprometerse a nada—. Te agradezco mucho que me hayas llamado, Bob. Te debo una, y de las grandes —añadió, preparándose para colgar enseguida—. Te mantendré informado.

Terry estaba en su pecera, el cubículo de paredes de cristal en el que se podía ver cómo mandaba a la mierda a la gente con el volumen silenciado.

Kate entró sin hacer ruido y se sentó en la silla miserable que había frente a su jefe.

—¿Qué quieres? —preguntó sin levantar la mirada.

«Mierda, está de malas —pensó ella—. Ese humor de lunes por la mañana que le dura toda la semana...»

—Tengo un bombazo —dijo Kate.

Terry levantó la cabeza.

—De acuerdo, te escucho, Kate.

—Se trata del bebé que desenterraron en las obras.

—Ah, eso —dijo Terry con un suspiro.

—No resoples, Terry. Hemos dado un salto adelante, pero tengo un problema y necesito tu sabia cabeza para resolverlo.

Terry asintió con su sabia cabeza y cerró el portátil.

—Tú dirás.

Kate hizo una pausa. «Hazte esperar», se dijo a sí misma, contando mentalmente hasta cinco, como los presentadores de concursos de pacotilla.

—El bebé es Alice Irving. La han encontrado cuarenta y pico años después. Me acaban de dar un soplo.

—¡Joder! —exclamó Terry. La máxima respuesta que podía obtenerse de él.

—Pues sí —respondió ella.

—Tenemos que dejarle espacio en el periódico. ¿Dónde está la madre? —preguntó Terry, con los ojos llenos de entusiasmo. Se levantó de la silla para sentarse en la mesa, de manera que quedó prácticamente rodilla contra rodilla con Kate—. Un momento, ¿cuál es el problema? —añadió de repente, en cuanto recordó cómo había empezado la conversación.

—Bueno, que tenemos que esperar hasta mañana si no quiero perder a mi mejor contacto.

Se quedaron en silencio hasta que Terry lo rompió con una bocanada de aire mezclada con palabras.

—Me cago en Dios y en todo lo que se menea...

Se levantó de la mesa y se puso a andar por el diminuto despacho intentando digerir la situación.

—¿Cuánta gente lo sabe? Los polis y los del laboratorio. Una docena de personas, al menos. Se filtrará. La noticia es demasiado buena para que no se filtre.

Kate asintió. Sabía que era cierto, por eso había previsto la respuesta.

Terry paró de andar de un lado a otro, y cuando volvió a sentarse en la mesa parecía más bien un hombre de negocios.

—De acuerdo. ¿Cómo podemos confirmarlo sin delatar a tu contacto? Es una lástima que Gordon ya no esté, él habría sabido cómo resolverlo. Y tampoco puedo llamarlo a casa, se ha llevado a Maggie a la Costa del Sol con el dinero de la indemnización.

—Estoy en ello, Terry. Creo que la clave está en Angela. Volveré a Winchester y conseguiré que hable con el poli que está reteniendo la información.

—Buena idea. Lo conseguirás, Kate. Eres mi periodista estrella.

Kate sonrió con la esperanza de estar transmitiendo modestia, aunque por dentro sintió una verdadera descarga de placer.

—Gracias, Terry. Pero no se lo digas todavía al director.

La cara de alegría de Terry desapareció de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate.

—Que me encantaría poder darle buenas noticias esta misma mañana, eso es todo.

—Se volverá loco si cree tener la historia y luego nos vemos obligados a renunciar a ella.

—Sí, claro —dijo Terry—. Llámame cuando sepas algo, da igual la hora que sea. Y dale un repaso a esa introducción que has estado preparando con tu niño prodigio.

Kate se levantó enseguida, aliviada por lo bien que había ido la conversación, y Terry dio la vuelta a la mesa para abrazarla. Ella se puso colorada como un tomate ante el achuchón inesperado de su jefe, un hombre poco dado a las demostraciones de afecto. Kate daba por sentado que el trato con matones ejecutivos a lo largo de los años le había creado una especie de coraza, por eso le quedó claro que estaba tan entusiasmado como ella misma.

Kate salió del despacho con la esperanza de que el de sucesos no hubiera

presenciado el abrazo, pensando que lo aprovecharía para ensañarse. Luego recordó que no podría ensañarse porque ya no estaba y casi echó de menos sus burlas.

«¿Qué? ¿Besuqueando al jefe? —le habría dicho—. ¿Te subirá el sueldo?»

«Sí, al menos un dos por ciento más, deberías probarlo», pensó con la mirada fija en la silla vacía que había dejado su antiguo compañero.

CAPÍTULO 37

Lunes, 9 de abril de 2012

Angela

Se quedó helada cuando vio que el coche de Kate Waters se detenía frente a su casa. Lo había identificado por el sonido incluso antes de verlo. Estaba pendiente de todo mientras esperaba.

«Dios mío, trae malas noticias. Es el bebé de otra persona. No habría venido si no hubieran sido malas noticias», pensó con la frente apoyada en la ventana, observando cómo la periodista recorría el sendero de acceso a su casa y esperaba a que la viera. Cuando por fin Kate detectó la presencia de Angela, esta última vio que la expresión de la periodista cambiaba por completo: esbozó una sonrisa y la saludó con la mano.

—¿Es Alice?! —preguntó Angela a gritos a través del cristal—. ¿Es ella?!

Sin embargo, el panel de cristal doble acalló su voz. Salió corriendo hacia la puerta y la abrió de par en par.

—¿Es Alice?! ¿Es ella?! —chilló, y Kate la obligó a retroceder por el recibidor.

—Angela, ven y siéntate —le pidió. Parecía nerviosa, aunque no estaba triste. ¿Qué significaba eso? Angela intentó leer el rostro de la periodista, pero no conseguía centrarse. Se percató de que la acompañaba más gente: el

joven y el fotógrafo que la inmortalizó en Howard Street. Le temblaba la mano y le dijo algo que Angela no acertó a oír. Joe y Kate tomaron la iniciativa y entraron en la sala de estar para instalarse en el sofá. Todo le parecía muy lento, se le hizo muy largo, hasta que Kate se sentó a su lado y le cogió una mano.

«Serán malas noticias», pensó.

—Angela —empezó Kate en voz baja—. Quería venir a contarte lo que sabemos cara a cara.

Angela esperó. Ya no podía hablar, aunque su cerebro se desgañitaba por dentro. «¡Dímelo de una vez!»

Kate se apartó un poco de ella cuando se dio cuenta de que Mick le estaba tomando fotos a Angela desde el otro lado de la habitación.

—La policía ya tiene los resultados de las pruebas de ADN, Angela. No me lo han comunicado de manera oficial, pero me han dicho que han encontrado coincidencias.

—Alice. —Angela exhaló el nombre—. Es Alice.

No oyó nada de lo que dijo Kate a continuación. En la cabeza no cabía nada más que su hija. «La he encontrado.»

Notó que Kate temblaba cuando le agarró la mano de nuevo.

—Me alegro tanto por ti, Angela —le dijo, y las dos mujeres se quedaron sentadas, mirándose a los ojos.

Angela podría haber pasado el resto del día ahí sentada con ella, pero Mick la arrancó del ensueño.

—¿Puedes mirar hacia mí, cariño? —le pidió.

Ella se volvió hacia la cámara, pero no sabía si reír o llorar.

Kate se puso de pie para que sacara fotos y fue a sentarse en el reposabrazos de un sillón. Joe estaba de pie, cerca de la puerta. No paraba de mirar a Angela y de apartar la mirada de nuevo, como si no pudiera soportar verla.

Cuando Mick bajó la cámara, Kate se acercó otra vez al sofá.

—Tienes que llamar al agente que se encarga del caso, Angela —le dijo Kate—. Tenía que recibir los resultados hoy, ¿no? Pues llámalo y pregúntaselo. Tiene que decírtelo.

Kate sonaba preocupada y Angela se preguntó si le habían contado toda la historia.

—¿Hay algún problema? —quiso saber.

Kate bajo la mirada hacia sus manos.

—El caso, Angela, es que me han dicho lo de la coincidencia de las muestras de forma muy confidencial, por lo que necesito que nos lo comuniquen oficialmente para poder redactar la noticia. ¿Lo comprendes?

Angela asintió. No estaba muy segura de comprenderlo, pero quería ayudar a la periodista. Al fin y al cabo, había encontrado a Alice.

—¿Qué quieres que le diga al inspector Sinclair? —preguntó.

Kate escribió las preguntas que tenía que hacerle y le pidió a Angela que insistiera si el agente no accedía a responderle.

—Tienes derecho a saberlo. Eres la madre de Alice y ya has esperado suficiente —le dijo.

Angela descolgó el auricular y marcó el teléfono directo que le habían dado.

El inspector respondió enseguida y Angela intentó interpretar su papel.

—Hola, inspector Sinclair. Soy Angela Irving.

—Señora Irving, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó, con un tono de lo más formal.

—Siento molestarlo, pero me dijo que hoy tendría los resultados del análisis y la espera me está volviendo loca.

—Sé que todo esto debe de ser muy difícil para usted —contestó el inspector Sinclair con un tono más amable—. Pero estoy esperando a que redacten los resultados de los análisis.

—Entonces, ¿cuándo estarán?

—Mañana, espero —respondió el inspector.

—No creo que pueda aguardar hasta mañana, inspector Sinclair. Tanto esperar me está afectando a la salud —dijo Angela—. Ya llevo demasiado tiempo así.

Kate señaló la pregunta siguiente que había escrito para Angela.

—¿Sabe cuál es el resultado? —preguntó obediente. El inspector Sinclair dudó unos segundos.

—Sí, señora Irving, los técnicos me han informado verbalmente, pero me gustaría tener todos los documentos sobre la mesa antes de revelar la información. Y tenía previsto discutirlo con usted y su marido, personalmente. Estoy seguro de que podrá entender mi cautela.

—Por favor, dígame lo que sepa, inspector Sinclair. Se lo ruego.

Se quedaron en silencio. Angela miró a Kate conteniendo el aliento.

—Coinciden, señora Irving —dijo al fin.

—Coinciden —suspiró en voz alta, para que Kate pudiera oírlo. La periodista lanzó un puñetazo de victoria al aire, como una jugadora de tenis en Wimbledon.

—Sí. La muestra de ADN que le tomamos coincide con el ADN de los restos. Del esqueleto del bebé, quiero decir.

—O sea que es Alice —afirmó Angela, y se echó a llorar.

—Como ya le he dicho, señora Irving, no lo tengo por escrito. Pero eso parece, sí. De todos modos, mañana me gustaría ir a verlos a usted y a su marido, para hablar de los resultados y de cómo proseguiremos con el caso. Además, me gustaría ir con un agente de mediación familiar, para que siempre puedan tener un punto de contacto. ¿Le parece bien?

—Claro, claro. Muchísimas gracias por contármelo. No sé qué decir. Por favor, venga. ¿A qué hora quiere venir? —preguntó Angela, tropezando con las palabras.

—Llegaré a las nueve y media, si le parece bien —respondió el inspector—. Me alegro de que se haya terminado su espera. Nos vemos mañana por la mañana.

Los pies de Kate seguían bailando cuando Angela colgó el teléfono.

—¡Muy bien, Angela! ¡Lo has hecho muy bien! —la felicitó Kate—. Cuéntame todo lo que te ha dicho.

Angela la miró, ojerosa, despojada ya de la euforia inicial que la había invadido al conocer la noticia.

—Que mi hija está muerta —dijo.

CAPÍTULO 38

Martes, 10 de abril de 2012

Emma

Estoy escuchando las noticias de la radio. La locutora de voz refinada, Charlotte algo, dice que han encontrado un bebé que desapareció hace varias décadas y me quedo helada. En unas obras de Woolwich, dice. Un bebé que se llamaba Alice Irving. Se la llevaron de un hospital en 1970. Me quedo mirando fijamente la radio. Todo va mal, el bebé ya tiene nombre. Y madre.

Hay un corte de voz de esa madre, en el que explica lo aliviada y destrozada que está. Me quedo escuchándola en la cocina, llorando con la señora Irving.

Estoy tan aliviada como ella, aunque por motivos distintos. Nadie vendrá a buscarme a casa. No repararán en mí. Todavía no, al menos.

Más tarde, cuando me acerco a la tienda de la esquina para comprar un cartón de leche, veo los titulares de los periódicos y compro el que lleva la entrevista en exclusiva con la madre de Alice Irving. Intento leerla durante el camino de vuelta a casa, pero no paro de tropezar y de chocar contra muros de jardín, por lo que acabo guardándome el periódico debajo del brazo. No quiero parecer una loca.

Ya en casa, repaso la entrevista palabra por palabra, fijándome en los detalles, leyendo algunos fragmentos en voz alta. No consigo asimilarlo del

todo, pero una especie de euforia empieza a crecer en mi interior. Puede que al final todo salga bien.

CAPÍTULO 39

Martes, 10 de abril de 2012

Jude

Estaba escuchando las noticias en la radio mientras esperaba a que la jarra eléctrica hiciera hervir el agua. La estuvo oyendo sólo a medias mientras hacía la lista de la compra mentalmente, pero las palabras «Alice Irving» la interrumpieron en el yogur natural.

Subió el volumen hasta que le chirriaron los oídos y los vecinos empezaron a golpear la pared.

CAPÍTULO 40

Martes, 10 de abril de 2012

Kate

Simon, el director, se paró frente a su mesa en cuanto llegó a la oficina por la mañana.

—Bueno, puedes estar satisfecha, Kate —dijo él, mostrando su sonrisa amarillenta—. Es una gran entrevista, y la noticia más leída en la edición digital.

Ella correspondió a la sonrisa, feliz de volver a encontrarse en el soleado altiplano que gozaba del favor del director.

—Y tú también —añadió Simon, volviéndose hacia la figura que rondaba cerca de su codo—. La primera noticia de portada que firmas.

Joe parecía a punto de explotar de orgullo. Kate le había cedido parte del crédito del reportaje: su nombre había aparecido en cursiva al final de la noticia, donde pasaba a las páginas cuatro y cinco, aunque alguien había decidido que tenía que aparecer en primera plana junto al de Kate. Ésta había apretado los dientes al verlo en las pruebas de página, pero lo comprendió. Joe Jackson era el niño mimado del director.

—Bueno, ¿y qué noticia tenemos hoy? —preguntó Simon—. ¿Qué dice la policía? ¿Alguna pista sobre quién se la llevó?

Joe parecía un conejo frente a los faros de un coche.

—Estamos hablando con los polis, Simon —dijo Kate.

—¡Y tenemos otra parte de la entrevista a Angela Irving: «La vida sin Alice»! —gritó Terry desde el otro lado, poniéndose de pie para unirse a aquella conferencia de prensa espontánea.

—Suena bien —gorjeó el director antes de marcharse.

Joe miró a Kate con una amplia sonrisa en los labios.

—Gracias por poner mi firma, Kate —dijo—. La verdad es que tampoco hice gran cosa.

Ella reaccionó con un gruñido que se apresuró a suavizar.

—Hiciste un buen trabajo, Joe. Pero ya está bien de palmaditas en la espalda, tenemos que descubrir lo que sucedió con Alice.

El inspector Sinclair estaba de muy mal humor cuando Kate lo llamó por teléfono.

—¿La señora Irving la llamó ayer, señora Waters? —preguntó—. Su noticia era completamente prematura. Acabo de recibir el expediente.

—La llamé yo, inspector Sinclair. Ya habíamos publicado un reportaje con ella y sabía que ayer conocería los resultados.

—¿Le pidió que me llamara?

—Inspector Sinclair, ¿de verdad cree que una mujer que ha esperado cuarenta y tantos años para encontrar a su bebé necesita que le digan algo así? Angela Irving estaba desesperada por saberlo.

—Sí, claro. Es sólo que yo no estaba preparado y el gabinete de prensa ha quedado colapsado.

A Kate se le tensaron los labios, pero consiguió reprimir la sonrisa de superioridad que pedía paso en su boca. Se le habría notado en la voz.

—Es una gran noticia, inspector Sinclair. En cualquier caso —dijo ella, apartando la conversación de la zona de peligro—, ¿qué pasará ahora? ¿Abrirá una investigación de homicidio?

—No necesariamente. Todavía no sabemos cómo murió el bebé, y puede que no lleguemos a saberlo jamás. No tenemos gran cosa, y el equipo forense apenas ha empezado a trabajar con el material encontrado. Sabremos algo más

durante los próximos días.

—¿O sea que no saben cuándo la enterraron?

—Todavía no. La investigación está en curso.

—De acuerdo. ¿Y cuándo hablará con la señora Irving? —preguntó Kate. Ya sabía que el inspector había estado en casa de los Irving, pero quería que se llevara la impresión de que controlaba cierta información.

—He visto al señor y la señora Irving esta mañana. Colaborarán con nosotros en la investigación.

—¿Algún vínculo con el sureste de Londres?

—De momento no hemos detectado nada, pero seguimos buscando. Sucedió hace mucho tiempo y la memoria de la gente ya no es lo que era.

—Dígamelo a mí —bromeó Kate—. Si apenas recuerdo lo que hice ayer, ¿cómo voy a recordar lo que hacía en los setenta?

—Eso no me lo creo, Kate. Exageras —dijo el inspector, y ella se dio cuenta de que había pasado a tutearla.

—Bueno, pues te dejo trabajar, sé que debes de estar muy ocupado, pero muchísimas gracias por acceder a hablar conmigo. Y dime si puedo servirte de ayuda en algo. Si tenéis que hacer un llamamiento público a la colaboración ciudadana o algo así.

—Gracias —dijo él—. Estoy planeando dar una conferencia de prensa, pero ya te avisaré cuando sepa la fecha.

—Genial. ¿Tienes alguna línea directa para contactar contigo si nos enteramos de algo en el periódico? Es posible que la gente acuda directamente a nosotros.

Él le dio su número de móvil y le pidió que lo llamara por el nombre de pila.

—Volvemos a hablar pronto, Andy. Mil gracias —terminó Kate.

En cuanto se cortó la llamada, se volvió hacia Joe.

—Ya lo tenemos de nuestro lado. Sigamos. ¿Dónde está la lista de nombres de Howard Street? La policía ya ha terminado con ello. Y no nos olvidemos de Marian Laidlaw. ¿Dónde vive ahora?

CAPÍTULO 41

Martes, 10 de abril de 2012

Kate

Era el día de la marmota en el Royal Oak. Dolly todavía cantaba sus súplicas a Jolene por los altavoces y las espaldas que formaban el muro habitual en la barra eran las mismas de siempre. Kate notó que los obreros ya la trataban como a una cliente habitual cuando la saludaron asintiendo con la cabeza, sin decir nada. Quería hablar con el propietario una vez más, pero tendría que esperar a que se calmaran las cosas. Él la vio entrar.

—¿Lo de siempre, Kate?! —gritó por encima de las cabezas de la multitud.

Ella se rio y pidió la bebida.

—¿Podremos hablar un minuto? —añadió, dejando las gafas sobre la barra.

—Claro. Pero mi señora todavía no ha llegado. Deberías hablar con ella, que es la que se entera de todo.

Kate y Joe ocuparon la misma mesa que la última vez y él se concentró en su teléfono mientras ella observaba los rostros que tenía a su alrededor. Le encantaba detectar detalles reveladores: los pantalones manchados que revelaban una vida negligente, las marcas de chupetones que delataban una lujuria adolescente, la mano temblorosa que se ocultaba, la mirada perdida, el

peinado hacia atrás de alguien que se aferraba a su juventud.

—Kate —dijo Joe de repente.

—¿Sí, Joe? —contestó ella, volviendo su atención hacia él.

—La señora Walker. Todavía no hemos ido a verla.

—Cierto, tenemos que ocuparnos de eso —comentó Kate, dejando sobre la mesa el vaso a medias—. No sé si la policía habrá hablado ya con ella.

Efectivamente, habían hablado con ella. La señora Walker estaba hecha un manojo de nervios cuando los dejó entrar en casa.

—Han venido dos agentes de policía. Me han dicho que han encontrado a Alice Irving. Es increíble que esa niñita haya estado enterrada en Howard Street todos estos años.

—¿Se acuerda del caso, señora Walker?

—Por supuesto. Bueno, tuvieron que recordármelo un poco, pero sabía de lo que estaban hablando.

—¿Y cómo cree que Alice fue a parar ahí? —preguntó Kate.

—No tengo ni idea —respondió la señora Walker—. Por lo que me dijeron los agentes, es un verdadero misterio.

Joe se inclinó hacia delante en su silla para mostrarle la pantalla de su teléfono móvil.

—Estas personas vivieron aquí durante los sesenta y los setenta, señora Walker. Una de las familias se apellida Walker, ¿son parientes suyos? —dijo mientras le mostraba la lista.

Ella se puso unas gafas sucias y se fijó en la pantalla, pero se la devolvió enseguida.

—Lo siento, no leo nada —se disculpó.

Kate sacó su bloc de notas.

—Por suerte, yo he utilizado papel —dijo ella, levantando una ceja hacia su colega en un gesto triunfal.

La señora Walker leyó atentamente los nombres.

—Ah, sí —reconoció—. Son mi tía y mi tío. Vivieron muchos años en el número sesenta y uno. El hermano de mi padre y su esposa. Nosotros vivíamos

al otro lado de la South Circular, a la altura de Charlton. Pero yo pasé unos meses en el número sesenta y tres de Howard Street, durante los ochenta. Le alquilé una habitación a una amiga del trabajo.

—Guau —exclamó Joe—. O sea que debe de conocer a toda la gente de la lista, ¿no?

Kate se recostó en su asiento y se limitó a observar. Joe lo estaba haciendo muy bien.

La señora Walker leía poco a poco, y de vez en cuando desviaba la mano para acariciar a *Shorty*, que estaba sentado a su lado.

—Bueno, conocía a todas las familias de la finca porque iba a tomar el té con mi tía casi todos los domingos, cuando era joven. Y los nombres de algunos inquilinos me suenan, aunque se mudaban tan pronto que tampoco tenía la oportunidad de llegar a conocerlos bien.

—¿Todavía mantiene contacto con alguna persona de la lista, señora Walker? —preguntó Kate—. Nos encantaría hablar con ellos sobre cómo era la zona por aquel entonces. Puede que sepan algo.

—Oh, vaya. Mi tía y mi tío murieron hace mucho tiempo y no tuvieron hijos. Los Smith tenían un hijo mayor que yo, pero se mudaron hacia el norte, que yo sepa. Los Speering y los Baker todavía viven por aquí. Aún veo a June Speering la mayoría de las semanas en la cooperativa. Y a su hija Sarah.

Joe fue anotando los nombres en su bloc de notas.

—¿Quién era el propietario de las casas en los años setenta, señora Walker? —preguntó Kate—. Cuando eran pisos y estudios de alquiler.

—Por favor, llámame Barbara, querida —pidió la señora Walker—. Las compró un hombre horrible, muy arrogante. Se jactaba de conocer a toda la gente importante. Soames, se llamaba, como el de *La saga de los Forsyte*.

—Así pues, ¿no era santo de su devoción, Barbara? —preguntó Kate.

La señora Walker parpadeó con vehemencia.

—No —exclamó en un tono tajante—. Era un canalla. Se consideraba un regalo del cielo. Venía a menudo, siempre intentaba ligar con las chicas que vivían en los estudios de alquiler, se las daba de donjuán. Pero tenía unos tipos que se encargaban de pasar cada semana a cobrar el alquiler en su lugar, y que Dios se apiadase de quien se retrasara con los pagos. Te destrozaban los

muebles. Y cosas peores.

—Suenan espantoso —dijo Kate. «Apuesto a que ese hombre tendrá listas de inquilinos con los datos de contacto», pensó—. ¿Y qué ha sido de él? —preguntó.

—¿Quién sabe? Espero que haya muerto —soltó la señora Walker.

—¡Por Dios! ¿Qué le hizo? —exclamó Kate.

—Nada, nada —respondió la señora Walker, algo inquieta—. Pero bueno, vendió las casas antes de que subieran de precio. Apuesto a que se puso furioso por no haber esperado.

Kate consultó su reloj.

—Será mejor que nos marchemos, Barbara. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—Gracias, Barbara —dijo Joe—. Nos ha ayudado muchísimo. Tiene que ser extraño vivir en el centro de la noticia.

—Sí. Y ya empiezan a venir curiosos. El domingo vino una mujer y se quedó mirando la cerca un buen rato. Supongo que vendrán más a partir de ahora.

—Es probable —agregó Joe poniéndose el abrigo.

—Volved cuando queráis —les dijo la señora Walker mientras se marchaban—. Me gusta tener compañía.

CAPÍTULO 42

Miércoles, 11 de abril de 2012

Jude

No había salido desde hacía unos días. Tenía la sensación de flotar a la deriva por la realidad, como si estuviera en un sueño. Necesitaba encontrar un ancla, izar sus pensamientos. Necesitaba pensar, encontrarle sentido a la noticia.

Jude se puso sus cedés favoritos (hacía ya tiempo que no tenía los vinilos originales) e ignoró los porrazos frenéticos que daban en la pared los vecinos de al lado. La música la ayudaba a recordar. Era la banda sonora de su juventud, de cuando tenía veinte años. De su historia de amor con Charlie.

Lo había conocido cuando ella tenía veintiocho años, vivía en Londres y trabajaba para una editorial. No guardaba ninguna fotografía suya, las tiró todas cuando Emma empezó a preguntar por su padre. Se deshizo de ellas con la estúpida esperanza de que eliminar las pruebas resolvería la situación. Sin embargo, todavía era capaz de evocar ese rostro.

Era un músico improductivo y hermoso del que se enamoró perdidamente a pesar de las advertencias de sus amigas. Que se volvía tonta ante una cara bonita como la de Charlie, les decía.

Y, en cualquier caso, se sentía sola.

Había creído que en Londres, y trabajando en el mundo editorial, encontraría un montón de hombres interesantes, inteligentes y creativos, y a

primera vista, cuando los veías con sus uniformes comprados en King's Road, lo eran. Pero al final resultó que eso de ir a la moda era pura fachada, y tras las chaquetas entalladas y los pantalones de pitillo seguían siendo hijos de la posguerra, aferrados a las faldas de sus mamás, que lo único que querían era una mujer que les hiciese la cama y siempre estuviera dispuesta a meterse en ella, y eso a ella no le interesaba.

Había mantenido el furor sexual a raya con rollos de una noche y amigos con buena predisposición antes de conocer a Charlie. Él sólo tenía cinco años menos que ella, pero al parecer procedía de una época completamente distinta, y sin lugar a dudas no buscaba una figura materna. Vivía en una casa ocupada de Brighton y se conocieron en un concierto de los Rolling Stones en Hyde Park, justo después de la muerte de Brian Jones. Ella hacía cola para conseguir una bebida y allí estaba él, con su pelo largo, su sonrisa ladeada y sus manos preciosas. Y, para ser sincera, no demostró el más mínimo interés por ella. Sin duda, suponía todo un reto para Jude y, por tanto, le pareció irresistible.

Tenía que ser para ella.

Llegó a obsesionarse con él. Gastaba dinero en él, le pagaba billetes a Londres, lo vestía como a un maniquí, lo invitaba al teatro y le prestaba libros de Mailer y Updike, siempre pendiente de cada palabra que él pudiera pronunciar con desgana.

Por supuesto, y como era de prever, Charlie resultó un mujeriego compulsivo. Al parecer iba con el oficio de músico, aunque, según él, esos idilios no significaban nada. O sea, jóvenes y *groupies*. Sin embargo, Jude se pegó a él como una lapa.

—Me hace reír, me hace sentir bien —les contaba a sus amigas—. Me lo paso bien con él y lo quiero.

En efecto, lo quería. Era el primer hombre desde Will, en la universidad, que conseguía que se sintiera viva.

Pero no lo llevó a casa para que conociera a sus padres. No necesitaba que demostrasen su desaprobación y le agriaran la felicidad que sentía. Se lo contaría cuando se sintiera preparada, cuando todo se hubiese consolidado.

Porque estaba decidida a casarse con Charlie a cualquier precio. Se le

había disparado el reloj biológico y necesitaba amarrarlo como fuera, conseguir que él apreciase lo que Jude le ofrecía.

Sabía que Charlie consideraba que casarse era de carcas.

—Eso es para la gente mayor. Nosotros somos espíritus libres, Jude —le decía.

Pero al cabo de un año ella decidió forzar el asunto quedándose embarazada. No le importaba la deshonra si de ese modo conseguía casarse con él.

Estuvo tirando las píldoras anticonceptivas por el desagüe cada mañana, y cuando dejó de tener el período le anunció a Charlie que sería padre. Él estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Embarazada? ¿Cómo es posible? Me dijiste que tomabas la píldora —exclamó.

No habría costado nada mentirle, contarle que debió de haber olvidado tomar alguna o que había tenido problemas de estómago, pero lo que le dijo fue que se alegraba de estar embarazada. Que esperaba que él también se alegrara. Sin embargo, para Charlie no era tan sencillo.

Reaccionó dispuesto a coger la puerta y marcharse, aludiendo que no creía estar preparado. Incluso llegó a sugerir que se deshiciera del bebé.

Ella se indignó sólo pensarlo.

—¡De ninguna manera! Pienso tener el bebé.

Por enésima vez, Jude se preguntó qué habría sido de su vida si hubiese aceptado la sugerencia de Charlie, si se hubiera librado del bebé en ese momento. Si no hubiese conseguido convencerlo contándole que sería un padre fantástico. Si no lo hubiera besado hasta conseguir que claudicase.

«Demasiado tarde para pensar en lo que podría haber sido y no fue», pensó. Había ganado la batalla inicial con Charlie y tendría que apechugar con las consecuencias.

A él le había costado un tiempo hacerse a la idea, pero hubo días en los que le había acariciado la barriga y había charlado con ella sobre nombres y sobre el futuro, si bien cada vez pasaba más y más tiempo fuera de casa. Decía que se marchaba de gira, y ella no estaba segura de que no fuera mentira, pero en cualquier caso decidió que prefería no saberlo. Al fin y al cabo, siempre

acababa volviendo, y se convenció a sí misma de que Charlie sentaría la cabeza en cuanto hubiera nacido el bebé.

CAPÍTULO 43

Miércoles, 11 de abril de 2012

Emma

Esta mañana me siento más fuerte. Hace semanas que no me encontraba tan bien. No sé por qué, cojo el teléfono y llamo a Jude para contárselo.

—Hola, Jude —digo.

—Vaya, dos llamadas en poco más de una semana. Es un honor —me suelta—. Pareces contenta.

Ella no.

—¿Estás bien? —pregunto. En realidad no quiero oír cómo me cuenta sus problemas. No quiero que me contagie su mal humor.

—Sí, sí —responde—. Bueno, ¿y por qué estás tan alegre?

—Simplemente hoy me siento bien —digo. Me había propuesto lo contrario, pero le cuento directamente la noticia que me ha levantado el ánimo—. ¿Sabes el bebé del que te hablé? ¿El que encontraron enterrado en Howard Street? Lo han identificado y parece que es una niña que desapareció hace cuarenta años. Alice algo...

—Irving. Alice Irving —dice Jude—. Sí, lo he oído en las noticias. Desapareció antes de que fuéramos a vivir allí.

—¿Ah, te acuerdas del caso? Yo no podía creerlo cuando lo oí por la radio.

Me doy cuenta de que reacciono con demasiada vehemencia e intento respirar hondo.

—Yo tampoco. Es que cuesta de creer —dice, pero no hay ni el más mínimo indicio de intensidad en su voz, no hay emoción.

—O sea que no debieron de ser los drogadictos.

—Parece poco probable. Además, sucedió hace mucho tiempo, por lo que posiblemente no llegará a saberse la verdad.

—Ah, no creas, la policía tiene métodos más modernos, Jude. Al fin y al cabo han conseguido comprobar que el ADN coincide después de tanto tiempo, ¿no?

—Bueno, eso dicen, sí —responde Jude—. ¿Por qué te alegras tanto de esto?

—No es que me alegre —digo—, pero me parece interesante.

Queda claro que a Jude no, porque cambia de tema enseguida. Para hablar sobre Will, claro. Veo que vuelve a estar obsesionada y empiezo a perder el buen humor.

—No he vuelto a saber nada de él —me dice—. ¿Crees que debería llamarle?

—No.

Jude esperaba la respuesta contraria, por lo que su voz se vuelve más severa.

—Bueno, pues pienso hacerlo de todos modos. La verdad es que no sé por qué me molestó en preguntártelo. Sólo te importa cómo estás tú. Tienes un marido, un empleo, colegas de trabajo y amigos. ¿Y yo qué tengo? Una hija a la que apenas veo. Necesito a alguien en mi vida, me siento sola, Emma.

Viniendo de mi madre no es una confesión menor, por lo que intento solidarizarme con ella.

—Lo siento. No sabía que te sentías así. Te llamaría más a menudo, pero al parecer siempre acabamos discutiendo. ¿Nunca ves a antiguos colegas de trabajo o a amigos?

—O están muy ocupados con sus familias o bien han muerto. Estoy llegando a esa edad en la que, al parecer, prácticamente toda la gente que conozco se está muriendo. Me pregunto cuándo me tocará a mí.

—¿Por qué? ¿Estás enferma?

—No, sólo sé que hoy me siento vieja. Pero no es necesario que te preocupes por mí.

Noto un atisbo de intensa irritación. Me está manipulando. Lo sé yo y lo sabe ella, pero no puedo impedir que suceda.

—¿Y si te apuntas a un club o haces un curso? —propongo, desesperada por encontrar alguna forma de extirparle la tristeza.

—No me interesa. ¿Para qué quiero yo aprender a tejer cestos o a bailar en línea? Lo que necesito es tener a alguien con quien hablar, alguien que me haga reír y que me cuide.

—¿Y no podrías encontrar a alguien mejor que Will Burnside?

—No existe nadie mejor, y te aseguro que lo he buscado —me confiesa—. Will fue el amor de mi vida, ya lo sabes. En cualquier caso, a ti tampoco te ha ido mucho mejor que digamos.

—¿Qué se supone que has querido decir con eso?

—Bueno, lo digo por el hecho de que te hayas casado con un hombre que podría ser tu padre... Menudo cliché.

No muerdo el anzuelo. Me blindo para absorber sus ataques y eso empeora todavía más las cosas: Jude siempre ha odiado mis silencios. Al final es ella quien da rienda suelta al dolor acumulado y a los viejos reproches.

—Acabarás siendo su cuidadora —llega a gritar en algún momento. Y yo me doy cuenta de que nunca lograremos superar lo decepcionada que se siente conmigo.

—Mira, tengo que salir, Jude. Siento haberte hecho enfadar otra vez. Te volveré a llamar pronto.

Y dejo que sea ella quien corte la llamada antes de colgar el auricular.

CAPÍTULO 44

Miércoles, 11 de abril de 2012

Jude

Se quedó sentada durante un buen rato, mirando fijamente el teléfono mientras terminaba la discusión mentalmente.

«No debería haberte parido. Has sido un problema desde el principio.»

Todo había empezado a torcerse un día que Charlie volvió a casa de una gira. Ella salió a recibirlo a la puerta con Emma en brazos, había estado esperando su regreso, había planeado con todo detalle el reencuentro, pero nada salió según lo previsto.

Pensaba que él se presentaría con un ramo de rosas y un anillo de bodas, y sin embargo no trajo más que una bolsa llena de ropa sucia y anécdotas sobre borracheras nocturnas. Y cuando alargó los brazos para coger al bebé, Jude no fue capaz de desprenderse de su hija. Era el trato que habían hecho, pero ella necesitaba volver a confirmar que Charlie obedecería las reglas que ella impusiera.

Jude se tragó su decepción e intentó involucrarlo en la nueva rutina doméstica, dejando que fuera él quien le cambiase los pañales a Emma y preparara los biberones. Pese a ello, no la dejaba mucho tiempo en brazos de su padre. Charlie tenía que ganarse ese privilegio.

—Está dormida —le decía cuando él intentaba cogerla en brazos—. No la

despiertes.

Ella percibía el dolor en los ojos de Charlie, pero no podía dejar que eso la afectara. Debía tener cuidado con su hija. Pasó la primera noche aferrada a Emma y en todo momento la interpuso entre ella y Charlie.

Él no le había preguntado por el parto cuando ella le contó por teléfono que Emma había nacido. Sólo se había interesado por el bebé.

—¿A quién se parece, Jude? ¿Tiene los ojos tan preciosos como los tuyos? —le había preguntado.

No obstante, cuando por fin volvió a tenerla cara a cara, quiso saberlo todo. Ella le dijo que había querido tener un parto natural, sin médicos que le metieran utensilios metálicos por dentro. Había decidido dar a luz en casa con una amiga que era comadrona. Él reaccionó con una mueca, todo aquello lo impactaba demasiado, puesto que no había asistido a ninguna de las clases ni había leído ningún libro. «Estabas demasiado ocupado viviendo como una estrella del rock», pensó ella. Charlie esquivó los detalles más escabrosos y prefirió centrarse en saber qué era una comadrona.

Ella le explicó que las comadronas han ayudado a las mujeres en los partos desde tiempos inmemoriales. Que a menudo eran hermanas o tías, aunque su comadrona era una mujer que había conocido en las clases de parto.

—Suena guay —exclamó él.

Al ver que bostezaba y sugería ir a la cama, Jude lo mandó a dormir al sofá, para que no lo molestaran los llantos. A la mañana siguiente, él entró en la habitación con una taza de té y se sentó en la cama.

—Siento no haber estado a tu lado, Jude —se disculpó—. Pero ahora estoy aquí, ¿de acuerdo?

Y ella le dijo que sí, esperando una proposición de matrimonio, aunque Charlie se limitó a abrazarla y a intentar colarse bajo las sábanas. Ella lo rechazó con el pretexto de que tenía que darle el pecho a Emma.

—¡Por el amor de Dios! —gritó él dos semanas después, cuando la tensión ya amenazaba con asfixiarlos a los dos—. ¿Qué está pasando aquí? —Lo dijo mirando por la ventana, en lugar de mirarla a ella—. Has cambiado, Jude. Todo te crispa los nervios, estás paranoica. Ni siquiera permites que coja a mi

hija en brazos. Es como si no tuviese nada que ver con ella, como si fuera sólo tuya.

Ella dejó a Emma en la cuna e intentó no levantar la voz.

—Lo siento, pero he tenido que afrontarlo todo sola. No estoy segura de que hayas venido para quedarte.

Él se encogió de hombros, todavía de espaldas.

—Me tratas como si fuera un desconocido. Me pregunto si tengo algo que ver con ella. ¿Es la hija de otro hombre? ¿Es eso? ¿Te acostaste con otros tíos?

Jude todavía notaba el calor que le sobrevino en cuanto él lanzó esa acusación a voz en grito. Ella le respondió que no se había acostado con nadie más, que era el padre de Emma, pero él ya no la escuchaba.

La idea de que lo hubiera engañado le hizo perder la razón. «Es típico de las estrellas del rock», pensó ella.

—Charlie, por favor, escúchame. ¿Y si nos casamos? —propuso Jude—. Tal vez sea porque no estoy segura de tu compromiso. Puede que sea eso lo que se interpone entre nosotros.

—Chorradas —respondió él—. Casarme contigo no resolvería nada, sólo conseguiría quedar atado a esta situación de pesadilla.

Y entonces le dio un beso a Emma y se marchó.

Ella pasó unos cuantos días sin salir de casa, demasiado conmocionada para abandonar el nido. Sin embargo, al final llevó a Emma al médico para que la pesaran porque no quería problemas por el hecho de saltarse una cita con el pediatra.

El doctor Grundy se alegró de verla, como siempre. Otras pacientes se quejaban de él, sobre todo si las recibía después de haber comido en el pub. Sin embargo, Jude siempre pedía que la visitara él, y con un mínimo flirteo se había convertido en una de sus favoritas. Se lo había dicho él mismo, cogiéndole las manos con gesto tembloroso. La había regañado por haber dado a luz en casa con una comadrona el día que le trajo a Emma por primera vez, pero ella le expuso sus motivos con voz melosa y se dio cuenta de que podía manejarlo a su antojo. Él chasqueó la lengua y firmó todo el papeleo. Después de haber pesado a Emma durante la última visita, Jude le contó que había

decidido volver a casa de sus padres y él se mostró decepcionado.

—Te echaremos de menos, Jude.

—Yo también lo echaré de menos, doctor Grundy —dijo ella antes de besar aquellas mejillas acartonadas.

Había sido una decisión difícil, pero necesitaba empezar de nuevo. Charlie se había marchado y tendría que ganarse la vida. No podía trabajar y cuidar de Emma, y tampoco quería dejarla con una canguro. Necesitaba ayuda.

Sus padres sabían que Emma había nacido, pero habían elegido mantenerse alejados, para demostrar con un silencio rotundo que no estaban conformes con las decisiones vitales de su hija. Decidió ser ella quien fuera a verlos, no podrían resistirse a su primera nieta.

Su madre y su padre la recibieron con más tristeza que enojo, con besos al aire sin tocar la mejilla y chasqueando la lengua con insistencia al verla aparecer frente a su puerta con una maleta en la mano y Emma en el cochecito. Su madre se pasó la mañana disgustada, pero Jude fingió no darse cuenta.

La comida fue horrorosa. Había carne, algo de buey, y su madre se encogió de hombros al ver que su hija vegetariana sólo se servía coliflor.

—Bueno, es que no sabíamos que vendrías —dijo.

A continuación, hubo un silencio sofocante que Jude intentó llenar hablando sobre el bebé, sobre su trabajo y sobre lo bonito que tenían el jardín.

—Bueno, Judith, ¿y dónde está el padre? —preguntó su madre mientras le alcanzaba las patatas asadas.

—Se ha marchado, mamá —respondió Jude, sin entrar en detalles.

—Ya veo —soltó su madre—. ¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—No estoy segura, mamá.

—Tu hija necesita estabilidad, y no la ayudarás precisamente si te vuelves a marchar al cabo de cuatro días.

—Deirdre —la cortó su padre, con un matiz de advertencia en la voz—. No es el momento de tener esta conversación.

Jude le dedicó una tensa sonrisa de agradecimiento.

—¿Entonces cuándo lo será? Se ha pasado meses sin decirnos nada, se ha quedado embarazada, ha echado a perder una carrera prometedora. Y cuando por fin aparece por casa, ¿tenemos que fingir que no ha ocurrido nada? Por el

amor de Dios, Judith. No te imaginas la infelicidad que has llegado a causar. Llevo meses sin dormir.

Jude apuñaló una patata con el tenedor.

—No pretendía hacerte infeliz, mamá. Me equivoqué, ¿podemos dejarlo así? Ahora lo importante es mi bebé. ¿Me pasas las zanahorias, por favor?

Su madre, educada para mantener las formas incluso en plena discusión, le tendió la fuente con una expresión furiosa en el rostro.

CAPÍTULO 45

Jueves, 12 de abril de 2012

Kate

Llamó al inspector Sinclair temprano por la mañana, estaba impaciente por oír las últimas novedades de la investigación antes de la reunión con el director. Tenía la esperanza de que el inspector le contara algo. Al fin y al cabo, y a pesar de haber empezado con mal pie, se llevaban de maravilla. Kate se había asegurado de que así fuera. Veía que la noticia tenía mucho recorrido, por lo que intentó ceñirse a lo acordado y le transmitía cualquier información que le llegaba de los lectores. Hasta el momento había sido una colaboración fructífera, el inspector estaba satisfecho con la respuesta que había provocado el goteo dosificado de información del *Post*: madres que habían dado a luz al mismo tiempo que Angela, enfermeras que la estuvieron buscando e incluso uno de los agentes que habían investigado el caso. Sus conversaciones se habían vuelto cada vez más y más cordiales.

Kate ya sabía que el inspector tenía hijos, que tenían la misma edad que los suyos y que eran seguidores del Tottenham Hotspur.

—Hola, Andy —dijo ella—. Siento llamarte tan pronto. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores, Kate —respondió él con aire cansado.

—Vaya, lo lamento. ¿Has dormido mal?

—No. En realidad, no. —Al ver que titubeaba, ella dejó que fuese el

silencio quien lo obligara a proseguir—. Mira, ha surgido un pequeño problema en el caso de Alice Irving. ¿Podemos hablar de forma confidencial?

—Claro —asintió ella, con los cinco sentidos activados de repente—. ¿Un problema, Andy? ¿Qué clase de problema? ¿Te refieres a los análisis de ADN?

—No, no. No hay dudas sobre la coincidencia. Sin embargo, hemos encontrado una incongruencia importante en la cronología de los hechos.

Kate sacó el cuaderno de notas. Era confidencial, pero quería anotarlo todo para más adelante. Por si las cosas cambiaban.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Como sabemos, a Alice se la llevaron el 21 de marzo de 1970 —dijo el inspector Sinclair.

—Sí...

—Bueno, pues no la enterraron en Howard Street hasta los años ochenta. Y eso no encaja.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Kate.

—Según el estudio forense, el papel de periódico con el que apareció envuelto el cadáver era de los años ochenta. La conclusión tiene algo que ver con la tinta del periódico, ahora mismo no tengo los detalles. El caso es que hemos estado investigando la historia del lugar. Deberíamos haberlo hecho antes, pero la coincidencia del ADN nos ha desviado del procedimiento. Sea como sea, las casas tuvieron pequeños patios con suelo de cemento, y no jardines, hasta finales de los setenta. Los patios daban por la parte de atrás al local de una agrupación escolta y a unos talleres. Esos edificios fueron derruidos en 1979, cuando un promotor inmobiliario compró las casas y mandó ampliar los jardines. De modo que no pudieron sepultar el cadáver antes de eso.

Kate tragó saliva.

—Peter, el tipo que encontró el cadáver, dijo que había cimientos de hormigón en el jardín —recordó ella—. Salieron a la luz cuando excavaron por debajo de donde estaba el cuerpo.

—¿De verdad? Iré a examinarlo de nuevo —dijo el inspector Sinclair, que a su vez también estaba anotando lo que podía.

—Entonces, ¿qué significa eso, Andy?

La pregunta del millón de dólares.

—Supongo que significa que el cadáver de Alice pasó diez años guardado en alguna otra parte.

—Dios mío. Esto se está volviendo muy macabro.

«¿Quién más lo sabe?», pensó Kate.

—Ni que lo digas —afirmó él, y como si le hubiera leído la mente añadió —: No lo sabe nadie más aparte del equipo, Kate. Ni siquiera se lo he contado a Angela todavía. Quiero estar absolutamente seguro de que no nos hemos equivocado.

—Me encantaría escribir todo esto, Andy.

—Sí, ya me lo imagino. Pero tendrás que esperar hasta mañana, Kate. Entonces podrás escribir todo lo que quieras. Necesitaré tu ayuda para comunicar esa cronología de los hechos.

—Claro. Cuenta conmigo.

El cerebro de Kate procesaba a toda pastilla. «¿Quién había estado viviendo en Howard Street una década después? ¿Dónde se guarda un cadáver?»

—Gracias por contármelo, Andy. Retendré la noticia hasta que me des permiso para publicarla. ¿Hablamos más tarde?

—De acuerdo —contestó él.

Kate llamó a Bob Sparkes de inmediato. Era su piedra de toque.

—Kate, estoy conduciendo. Te escucho por el altavoz.

—De acuerdo. ¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué ocurre?

Kate le contó lo más relevante de la conversación que acababa de mantener con el inspector Sinclair y él la hizo esperar mientras pensaba en ello.

—El cadáver podría haber permanecido guardado durante esos diez años en cualquier lugar del país. Eso deja toda la investigación de nuevo en el aire. Podría haber sido alguien que ya vivía en la casa y quisiera quitarse de encima

el cadáver, o alguien que se mudó y trajo el cadáver consigo.

—O uno de los obreros que trabajaban en la demolición del local de los escoltas, ¿no? —añadió Kate.

—Todas las posibilidades están abiertas. Pobre Andy Sinclair. ¿Angela lo sabe?

—Todavía no, y me alegro de no tener que ser yo quien se lo diga.

—Ni yo —dijo Sparkes—. Estamos en contacto, Kate —añadió justo antes de colgar.

Joe llegó en ese mismo instante.

—Has empezado muy temprano, Kate. ¿Me he perdido algo?

—Me parece que sí, Joe. Siéntate —le ordenó, hablando en voz baja—. Ha surgido un problema en el tema de Alice.

—¿¿Qué?!! —exclamó Joe, y enseguida acercó su silla a la de Kate para poder oírla mejor—. ¿Qué ha pasado?

—Tenemos que dar un salto en el tiempo hasta los años ochenta, Joe. A Alice la enterraron en Howard Street en los ochenta, no en los setenta. Pero no puede saberlo nadie más, Andy Sinclair me lo ha contado esta mañana, todavía no es oficial.

Joe se echó hacia atrás en su silla.

—¿Pero no la mataron en los ochenta?

—No, en ese caso tendríamos un cadáver de diez años, ¿no crees?

—Claro, claro —dijo Joe—. Sólo pensaba en voz alta. ¿Entonces dónde estuvo el cadáver durante esos diez años?

—Ésa es la cuestión. ¿Y quién la enterró en Howard Street? Tenemos que centrarnos en eso.

—Bueno, sin duda no pudo ser Marian Laidlaw. Anoche la busqué en los registros y murió en 1977.

—Dios mío, todavía era muy joven. ¡Vaya mierda! —exclamó Kate—. Bueno, sólo era una posibilidad remota. Len Rigby dijo que tenía una coartada. Aunque habría sido una gran noticia que hubiera confesado tantos años después. Bueno, ¿y quién estaba vivo en esa época?

—Barbara —dijo Joe—. Vivía en una de las casas por aquel entonces.

CAPÍTULO 46

Jueves, 12 de abril de 2012

Kate

El piso de la señora Walker estaba vacío cuando llegaron, pero había una hoja de papel en la puerta para informar a las posibles visitas que había salido a hacer la compra.

Volveré hacia las 3 de la tarde

—Por el amor de Dios, sólo le ha faltado añadir «P. D.: sírvanse ustedes mismos» —dijo Kate antes de arrancar la hoja de papel y guardársela en el bolsillo.

Al ver que empezaba a lloviznar, decidieron esperarla en el pub.

—Volverá dentro de veinte minutos —advirtió Kate.

Graham, el propietario del pub, se rio al verlos entrar.

—Nos echabais de menos, ¿eh? —dijo, y acto seguido se volvió hacia la parte trasera de la barra y exclamó—: ¡Toni, han vuelto los periodistas!

—¿Su esposa? —preguntó Kate.

—Sí, soy yo —dijo la propietaria, saliendo de la trastienda—. Graham me

ha dicho que es usted periodista —declaró, como si fuera un secreto del que tuviese que sentirse culpable o una especie aparte. Kate esperó a que llegara el típico comentario sarcástico. Las cosas habían cambiado desde los tiempos en que la gente consideraba que el periodismo era una profesión glamurosa. En esos momentos, los periodistas estaban a la misma altura que los inspectores de hacienda y los guardias de tráfico.

Al parecer, cualquiera estaba legitimado para meterse con la prensa y sus métodos para conseguir información. De todos modos, hoy en día ya todo depende de la tecnología. Cuando Kate empezó en el oficio, tuvo un jefe en Fleet Street que le explicó cómo anular una cabina telefónica pública para que no pudieran utilizarla otros periodistas (desenroscando el auricular), y en una ocasión le pidió que se llevara una cámara oculta durante una guardia en el hospital para fotografiar a un paciente famoso.

Al final no hizo aquellas fotos clandestinas en la cama del hospital. Sin embargo, ese jefe le daba mucho miedo (era un alcohólico cuyo humor podía cambiar a lo largo del día en función de cómo se abría la puerta del despacho) y obedecía todas sus órdenes. Todas menos ésa. Se fotografió el abrigo y fingió haber tenido problemas con la cámara. Sin embargo, lo que le había pedido su antiguo jefe era un juego de niños comparado con algunas de las malas artes modernas. Espiar contestadores telefónicos, cuentas bancarias e historiales médicos se había convertido en práctica habitual en algunas redacciones, y cada vez de un modo más flagrante. En algunas redacciones, no en todas, aunque ya no importaba quién había hecho esto o aquello. El público los veía a todos culpables por igual, y por eso todos tenían que enfrentarse a ese tipo de sospechas.

El periódico en el que trabajaba Kate se había salvado de una investigación policial por el acceso ilícito a bases de datos y el pago a agentes a cambio de información.

—Hasta la próxima vez —había dicho Terry mientras se tomaban una cerveza para ahogar la desesperación.

—No seas tonto —le había espetado ella—. Nunca he pirateado nada, ni siquiera sabría por dónde empezar.

Sin embargo, Kate sabía que eso no cambiaría la opinión pública de que

todos los periodistas no eran más que escoria.

—Sí, pero una escoria selecta —había rematado Mick, el fotógrafo.

La dueña del pub se quedó callada, mirándola con expectación.

—Esto..., sí, soy Kate Waters, del *Daily Post*. Encantada de conocerla.

—Pues no parece usted periodista —apuntó la dueña.

Kate no supo qué decir. Se preguntó qué imagen debía de tener esa mujer de los periodistas. Probablemente la de un hombre vestido con un impermeable sucio, hurgando entre cubos de basura. Intentó no suspirar.

—Bueno, hay periodistas de todas clases, formas y tallas —bromeó Kate, riendo.

La dueña del local también se rio y le ofreció la mano.

—Me llamo Toni. Me han dicho que está preguntando por el bebé que encontraron en el jardín. Es increíble lo de esa niña...

—Increíble —repitió Kate, asintiendo—. Su marido me contó que usted se crio aquí, en esta calle, y que tal vez recordaría a algunos de los vecinos durante los setenta y los ochenta —dijo, apartándose un poco para que Toni tuviera sitio para sentarse.

—Sí, mis padres regentaban el pub por aquel entonces, y antes de eso estuvimos viviendo en el número sesenta y cinco durante años.

—¿Su apellido de soltera era Baker? —preguntó Kate.

—Exacto. ¿Cómo lo sabe? —inquirió Toni.

—He estado buscando en el registro electoral de esa época, nada más —le explicó Kate—. ¿Sus padres le vendieron el piso al señor Soames?

Toni puso los ojos en blanco.

—El depravado del barrio. Era asqueroso, un verdadero pulpo. Siempre iba detrás de las chicas. Yo intentaba mantenerme a distancia.

Kate subrayó la anotación «Localizar a Soames» en su cuaderno.

—¿Qué me dice de las chicas que usted conocía durante los años ochenta?

—Creía que habían secuestrado al bebé en los setenta —dijo Toni.

—Bueno, la policía está investigando un abanico temporal más amplio para asegurarse —se apresuró a aclarar Kate. Había estado a punto de revelar sus cartas. Sinclair se pondría furioso si contaba algo antes de que él le diera su consentimiento.

—De acuerdo. Bueno, veamos, había una buena pandilla. Vinieron todas a celebrar mi cumpleaños cuando cumplí los dieciséis, en 1985. Fue una fiesta fantástica, en una discoteca que había justo al lado del local de los escoltas. Dios mío, no puedo creer que hayan pasado casi treinta años desde entonces.

Kate sonrió de un modo triunfal.

—Entonces debemos de tener más o menos la misma edad —dijo. Kate tenía al menos seis años más, pero no importaba—. Fueron los mejores años de mi vida también. ¿Se acuerda de *Jackie*? Me encantaba esa revista, la leía cada semana y me colgaba los pósteres en las paredes de mi cuarto. ¡Y la moda! No puedo creer algunas cosas que llegué a ponerme. Cuando se lo cuento a mis hijos creen que me lo invento.

Toni se sumó al tema con entusiasmo.

—Yo celebré ese cumpleaños vestida con una minifalda y guantes de rejilla, como Madonna. Me parecía lo más. Creo que todavía debo de tener fotos de esa época por alguna parte.

—¡Oh, me encantaría verlas! —exclamó Kate enseguida.

—Voy a buscarlas —dijo la dueña muy animada. Se levantó y desapareció tras una puerta con un rótulo que rezaba PRIVADO.

—Acaba de despertar a la bestia —afirmó el propietario riendo—. Espero que no tenga nada que hacer durante el resto del día. A Toni le encanta buscar en el baúl de los recuerdos.

—Ah, entonces es igual que yo —repuso Kate—. Tengo todo el tiempo del mundo —añadió. Le lanzó una mirada de complicidad a Joe, esperando que no se impacientara.

Toni volvió a salir diez minutos más tarde cargada con un montón de álbumes de fotos y varias imágenes enmarcadas.

—No estoy segura de quién vino a la fiesta, por eso he traído todo lo que he encontrado. Y estas de los marcos estaban en la misma caja, por eso las he traído también.

Las dejó todas encima de la mesa y se levantó una nube de polvo.

—Hace una eternidad que no las miro —se disculpó mientras ahuyentaba el polvo agitando la mano en el aire.

Las dos mujeres se sentaron en el banco tapizado de velvetón y empezaron

a hojear álbumes. Toni iba señalando las páginas entre risas mientras Joe consultaba su teléfono móvil. Graham limpiaba copas detrás de la barra.

—¡¿A las señoras les apetece una taza de té?! —gritó este último cuando hubo acabado. Joe levantó la mirada—. Perdón, amigo. ¿Té para todos?

—Sí, por favor, cariño —respondió Toni por encima del hombro—. Es un cielo. Ah, creo que éstas deben de ser las de la fiesta.

De entre las páginas del álbum aparecieron un montón de tarjetas de felicitación y fotografías sueltas. Kate recogió unas cuantas que habían caído al suelo y las dejó sobre la mesa como si estuviera jugando a cartas.

—Ésa es la pandilla —dijo Toni exultante—. Hay que ver lo guapas que estamos en estas fotos. Nos reunimos todas en mi cuarto antes de ir a la disco para maquillarnos y peinarnos a conciencia. Casi no se podía ni respirar de tanta laca y tanto perfume. Qué recuerdos...

Kate observó los rostros con detenimiento.

—¿Cuál de ellas eres tú?

Toni golpeó con un dedo una cara sonriente que estaba cerca del centro del grupo.

—Esa de ahí. En aquella época llevaba un corte emplumado. Todas nos creíamos Sheena Easton. Ahora me parece terrible, pero por aquel entonces era la bomba, la verdad —comentó con aire nostálgico mientras se alisaba la melena cortada por encima de los hombros—. Y fijate en el maquillaje. Nos poníamos el colorete a paletadas.

—Parecéis recién salidas de la unidad de quemados —soltó Kate, riéndose a carcajadas—. ¿No nos poníamos lo mismo en los labios que en las mejillas? Recuerdo que era muy pegajoso y que olía a chicle.

—¡Sí! ¡Yo tenía un brillo de labios con sabor a fresa! ¡Era asqueroso!

—¿Y las demás? —preguntó Kate, impaciente por volver al tema original.

—Veamos, ésa es Jill, ésa es Gemma, Sarah B. y Sarah S... De ésa no estoy segura, creo que sólo estuvo en el instituto un trimestre... Me parece que ésa es Harry Harrison y una amiga muy rara que tenía. Iban un curso por debajo, pero Harry conocía a mi hermano Malcolm. Bueno, de hecho estaba colada por él, como todas las chicas que yo conocía. Pobre Malcolm. Era demasiado guapo. En cualquier caso, Harry me suplicó que la invitara. Creo

que salieron durante un tiempo, pero no me acuerdo bien... Es que hace un millón de años de todo eso. Lo que sí recuerdo es que Harry siempre se metía en problemas en el instituto, pero te tronchabas de risa con ella.

Kate fue anotando todos los nombres y, de vez en cuando, detenía aquel torrente de chismorreos y recuerdos para comprobar que había escrito bien algún apellido.

—¿Conoces a una tal Anne Robinson?

—Sólo a la presentadora de *The Weakest Link*, ese concurso de la tele.

—No, no me refiero a ésa —dijo Kate—. ¿Quién sigue viviendo por aquí? —preguntó, aprovechando que Toni hacía una pausa para tomar una segunda taza de té—. ¿A quién podría ir a ver?

—Las dos Sarahs viven cerca del polígono industrial, pero no las he visto desde que me hicieron el ligamento de trompas.

Kate asintió con una mueca compasiva. Ese nivel de intimidad instantánea siempre la asombraba. Hacía apenas media hora que hablaba con aquella mujer y ya sabía cuál era su historial reproductivo.

—Tardé una eternidad en recuperarme —relató Toni—. Me dijeron que podría levantarme de la cama al cabo de dos días. Y una mierda.

—Pobre —se solidarizó Kate, recurriendo a la respuesta comodín para detener los recuerdos indeseados de un entrevistado—. ¿Y qué me dices de Jill y Gemma? —preguntó para intentar que Toni se centrara de nuevo.

—Ah, se casaron y se mudaron a Kent, o a Essex, creo. Dios mío, hacía años que no me acordaba de ellas. En aquella época estábamos muy unidas, pero luego perdimos el contacto. Yo me mudé al oeste de Londres y viví allí durante unos años, cuando conseguí el primer empleo como administrativa; es lo que suele ocurrir, ¿no? Estuve un tiempo fuera, y cuando regresé ellas se habían marchado y yo me había casado.

—Sí —dijo Kate, removiendo el té con la cucharilla—. ¿Y las otras que salen en la foto? ¿Cuál es la chica a la que le gustaba tu hermano?

—¿Harry? Ah, sí. Aunque no sé adónde se marchó. No te estoy ayudando mucho, ¿verdad?

—¿Qué dices? Ha sido fantástico. Muchas gracias, Toni. Has sido un regalo del cielo.

La dueña del pub le devolvió la sonrisa.

—Me ha encantado. Esto ha despertado recuerdos, creo que voy a proponer una reunión. Regreso a 1985. Ahora mismo entro en Facebook y las busco a todas.

—Avísame si encuentras a alguna —dijo Kate. Ella también pensaba buscarlas en Facebook, pero sabía que Toni tenía muchas más posibilidades de encontrar a las chicas de la disco—. Y no te olvides de invitarme. Me encanta menear el esqueleto.

Toni soltó un graznido de emoción y empezó a bailar con los hombros.

CAPÍTULO 47

Jueves, 12 de abril de 2012

Angela

Fue Nick quien abrió la puerta a los agentes. Había venido a casa para comer y recoger una factura que se había dejado en la mesita del recibidor. No solía volver a casa durante el día, prefería llevarse una fiambarrera o comerse un perrito caliente del puesto de la esquina, pero desde que habían empezado a aparecer noticias sobre su bebé encontraba cualquier excusa para pasar por casa. Angela sospechaba que en realidad lo hacía para cuidar de ella.

Había llorado con ella al saber que el bebé que habían descubierto era Alice. Ese día, al llegar a casa, se había encontrado a Angela sentada en silencio. No había encendido ni la radio ni el televisor para sentirse acompañada, como de costumbre. Cuando ella lo miró, él comprendió enseguida lo que sucedía.

—Es ella, ¿verdad? Es nuestro bebé —había dicho, y se había echado a llorar como si no fuera a parar jamás—. Nunca pensé que la encontraríamos, Angie —había confesado entre sollozos—. Todo parecía irreal durante estos años. Incluso empezaba a preguntarme si había llegado a nacer. Quiero decir que sólo pude cogerla en brazos una vez antes de que desapareciera. Pensaba que era mi castigo por haberte hecho daño. Lo siento mucho, Angie. Siento mucho todo lo ocurrido.

Ella lo había hecho callar. Pero en el fondo se quedó conmovida: había sido la primera vez que le decía algo tan honesto sobre lo que sentía por su primera hija. O sobre su sentimiento de culpa. Nunca le había dicho algo semejante, ni siquiera durante los peores días, los primeros tras el incidente, y Angela se preguntaba si había sido ella quien le había impedido que abriera su alma. La ira y el dolor habían llenado la casa hasta el último rincón y él se había visto obligado a aguantar el tipo, pero ¿qué le había pasado por la cabeza durante todos esos años?

Angela tuvo la sensación de estar redescubriendo a su marido, y cómo habría sido su matrimonio si...

Lo acogió entre sus brazos para consolarlo hasta que los dos se calmaron un poco.

—¿Y ahora qué? —preguntó él, mirándola—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—La policía vendrá a hablar con nosotros mañana. Intentarán descubrir quién se llevó a nuestro bebé, cariño.

—¿Y cómo piensan hacerlo habiendo pasado tanto tiempo?

—No lo sé, Nick. Pero al menos sabemos dónde está Alice.

Habían llamado por teléfono a sus hijos enseguida, antes de que se filtrara la noticia. Patrick escuchó las novedades en silencio mientras sus dos hijos, de fondo, remoloneaban para postergar el momento de acostarse.

—Dios mío, mamá, es que no lo entiendo —dijo al fin—. ¿Dónde encontraron el cadáver? ¿En Woolwich? Eso está a varios kilómetros de distancia. ¿Cómo llegó hasta allí? —preguntó.

«Se centra en los hechos», pensó Angela.

Louise se echó a llorar, tal como había previsto su madre.

—¿Cómo estás, mamá? ¿Y papá? Debes de estar hecha polvo. Paso a verte enseguida.

Era evidente que su hija había llamado a Patrick, porque él llegó justo después de su hermana y se quedó plantado con gesto incómodo en el umbral mientras Louise y Angela se abrazaban y lloraban de nuevo. Esta vez juntas.

Cuando acabaron y se sentaron, por fin todos reunidos, Angela les contó de nuevo la historia de la desaparición de Alice. Era la primera vez en veinte años que se mencionaba ese nombre en la familia, porque Nick siempre le

decía a Angela que no amargara a los chicos y ella obedecía. Sin embargo, esa noche pudieron hablar de todo. Salvo de la infidelidad de Nick, claro, aunque Angela se preguntó si en algún momento él se decidiría a confesarlo todo. Al fin y al cabo, ese secreto era suyo. Pero no lo hizo. Hay cosas que quizá es mejor no contar jamás.

—¿O sea que saldrá en los periódicos de mañana? —preguntó Patrick—. ¿Los periodistas vendrán a casa?

—No lo sé, Paddy —contestó Angela—. Espero que no, pero si viene alguno no tienes por qué decir nada. Pídeles que se pongan en contacto con la policía.

—¡Oh, mamá!, lo pasaréis fatal —exclamó Louise—. ¿Quieres que me quede con vosotros unos días?

—Estaremos bien, cielo —había dicho Nick con firmeza—. Hemos superado la pérdida de Alice todos estos años. Podremos encajar todo esto también.

Pero a partir de entonces empezó a ir a casa a la hora de comer fingiendo haber olvidado algo o con la excusa de que le venía de paso. Ella lo amaba por cosas como ésa.

La agente de enlace familiar, una mujer de rostro amable que se llamaba Wendy Turner, pasaba por su casa casi a diario para ponerlos al día de las novedades o hacerles preguntas, por lo que Nick abrió la puerta con toda tranquilidad.

—Ah, hola, Wendy. ¿Cómo estás? —le oyó decir Angela, y enseguida volvió a verter la sopa en la olla—. Ah, a ti no te esperábamos, Andy. Pero pasad, pasad, Angie está en la cocina.

El inspector Sinclair entró primero y Angela le ofreció una silla sin mediar palabra. Turner se quedó de pie con ella, apoyando la espalda en la encimera.

—Siento haber venido sin avisar —se disculpó el inspector Sinclair—. Pero quería ponerlos al día de la investigación.

Su tono fue muy formal, y Angela se sentó frente a él. Nick se quedó detrás, con las manos sobre los hombros de su esposa.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Bueno, que hemos determinado que el cadáver de Alice fue enterrado en Howard Street en los años ochenta. Lo sabemos por el historial de la finca y el análisis forense de los residuos que encontramos alrededor de su cuerpo —explicó el inspector.

Angela iba a hablar, pero Nick la detuvo.

—Deja que Andy termine, cariño —pidió en voz baja.

—Sé que todo esto es angustiante para ustedes, pero estamos haciendo todo lo posible para descubrir lo que le ocurrió a Alice. Sólo quería dejárselo claro una vez más.

Nick fue el primero en intervenir.

—Gracias a ti por contárnoslo, Andy. ¿Ese dato te ayudará a encontrar a la persona que se llevó a Alice?

—Es posible —respondió el inspector—. Buscaremos a los que se mudaron a la finca de Howard Street a principios de los ochenta. Han pasado unos diez años menos que en el otro caso, por lo que los recuerdos puede que sean más claros.

—¿Quién enterraría un cadáver diez años después? —preguntó Angela.

—No lo sabemos —dijo el inspector Sinclair—. Todavía no.

CAPÍTULO 48

Viernes, 13 de abril de 2012

Kate

Kate entregó la nueva noticia sobre el caso de Alice a las 9:07. La había escrito la víspera, nada más colgar el teléfono tras haber hablado con el inspector Sinclair. Sin embargo, había esperado hasta el día siguiente por la mañana para llamar a Angela y obtener algo que pudiera citar: «Todavía no sabemos qué pensar. Simplemente nos alegramos de que la hayan encontrado», había dicho. Kate le había dado un giro final a la noticia después de que el inspector la hubiera llamado para dar su consentimiento, a las 8:40.

—No te pases con el titular, Terry —le pidió ella mientras releía el texto que había escrito por encima del hombro del redactor jefe—. No te pases de macabro. Piensa en los padres...

Terry enseguida escribió «El bebé zombi sale de su tumba», se rio al ver la reacción de Kate y lo borró.

—Sólo bromeaba, Kate. ¿Qué te parece «Alice fue enterrada diez años después de desaparecer»?

Kate asintió con aire gruñón. Sabía que Terry acabaría añadiendo «Impresionante revelación de los agentes encargados del caso» o algo parecido en cuanto ella se diera la vuelta, por eso se quedó a vigilarlo mientras editaba la noticia.

—De acuerdo, ya he colgado un tuit con el enlace, he publicado el titular en Facebook y ahora colgaré la noticia en el sitio web. Esta noticia es buena, Kate, y tenemos la exclusiva durante los próximos treinta segundos. Pero dicho esto, ¿qué demonios debió de pasar? ¿La tenían en una caja de zapatos debajo de la cama? ¿En el congelador? ¿Qué ocurrió para que se decidieran a sepultar el cadáver?

—Buena pregunta, Terry. Andy Sinclair dice que no tienen suficiente material para afirmar si el cuerpo quedó momificado por el hecho de no estar bajo tierra, o si la habían enterrado y la sacaron para volverla a enterrar. Se harán muchas conjeturas al respecto, pero ahora se centrarán en buscar a la gente que se mudó a Howard Street a principios de los ochenta.

—De acuerdo. Asumo que tú también —dijo Terry.

—Por supuesto —corroboró Kate—. Salgo a por ello ahora mismo.

Joe había encontrado en las listas a un tal Alistair Soames, de Peckham.

—No hay ninguna señora Soames, a menos que no conste en el censo electoral —informó sin darle más importancia mientras pasaban frente a varios puestos de pollo frito prácticamente idénticos.

Los hijos de Kate coleccionaban nombres de puestos de pollo frito. Todo había empezado como una broma, pero a esas alturas ya tenían una lista de más de ciento veinte nombres distintos. Sin embargo, ella decidió no compartir aquella minucia familiar con Joe.

—Por lo que veo, poco le debe de quedar del dinero que le pagaron —comentó Kate—. Vive en una zona más bien pobre.

«Mejor, tal vez se muestre más cooperativo si cree que puede haber dinero de por medio», pensó.

En la dirección indicada había cinco timbres para elegir, cada uno con un nombre escrito en un pequeño rótulo descolorido.

—¿Lo encuentras? —preguntó Kate, intentando distinguir los nombres—. ¿Ves cuál es el de Soames?

Los ojos más jóvenes de Joe descifraron las caligrafías y Kate pulsó el timbre del apartamento número cuatro. Tras unos segundos de silencio, volvió

a llamar. Nada.

—A la tercera va la vencida —dijo ella, pulsando el timbre con fuerza e insistencia. Lo remató con un repiqueteo final para añadir énfasis—. Eso despertaría a un muerto.

Se oyó un crujido de altavoz y a continuación una voz airada:

—¡Vale ya con el timbre! ¿Quién demonios llama?

—¿Señor Soames? Trabajo para el *Daily Post*. Me preguntaba si podríamos hablar un momento con usted.

—¿El *Daily Post*? ¿Y qué quieres?

—Estoy escribiendo un artículo sobre el descubrimiento del cadáver de Alice Irving en Woolwich. En Howard Street, señor Soames, y necesito su ayuda. Usted era el propietario principal de la zona y los vecinos dicen que tengo que hablar con usted como sea. Que es usted el único que podrá desvelar todas mis dudas, según me han dicho.

«Halagos, halagos y luego más halagos —solía decirme un antiguo jefe de redacción—. Eso siempre te abrirá las puertas.»

—Ah, subid, pues —dijo la voz antes de que sonara el zumbido que les abrió la puerta de la calle.

Kate tomó la delantera.

—Ya estamos dentro —anunció ella animada.

En el segundo piso encontraron la puerta del apartamento de Soames abierta y a él esperándolos de pie justo tras el umbral: era una figura desaliñada, con barba de un par de días; llevaba puesto un jersey y un pantalón de pijama que se mantenía en su lugar gracias a un cordón raído.

—Espero que no lo hayamos sacado de la cama —dijo Kate.

Soames la observó con recelo.

—Últimamente me cuesta un poco ponerme las pilas —confesó, y los invitó a pasar hasta el salón. Parecía que hubieran asaltado la casa. Había una mesa volcada; un cuenco de cereales derramado se estaba solidificando en la moqueta, y en el suelo yacían los restos de una avalancha de libros y hojas de papel sueltas—. Tendréis que perdonarme el desorden. Esta mañana he sufrido

un pequeño accidente —comentó el anciano, señalando con una mano hacia la zona catastrófica.

Kate se agachó para recoger el cuenco y la mesa.

—Ya está —dijo—. ¿Se ha hecho daño?

Soames parecía complacido por aquella cortesía.

—No, no. Es sólo que soy un poco torpe cuando me acabo de levantar. Son cosas de la edad.

—¿Quiere que le prepare una taza de té? —preguntó Kate con una sonrisa.

El hombre llevaba escritas con letras de neón las palabras «viejo y solo», lo que suponía poco menos que un regalo para ella. A la gente sola le encantaba hablar.

—Con mucho gusto. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Kate. Kate Waters, señor Soames.

—Llámame Al —dijo él, sonriendo con malicia. A Kate se le revolvió el estómago.

«Sé amable», se dijo a sí misma.

—Éste es Joe Jackson, mi colega —le presentó Kate. Joe estaba quieto tras ella, como si temiera moverse y provocar otra avalancha de residuos en el piso.

—Encantado de conocerte —contestó Soames, alargando el brazo hacia él. Se dieron un apretón de manos y el joven tuvo que apoyarse en el brazo de un sillón lleno de trastos.

—Caray, tiene aquí un montón de cosas —comentó Joe.

—Son recuerdos de una vida mejor. Y mucha basura —dijo Soames, de pie junto a la repisa de la chimenea, repleta de adornos cubiertos de polvo e invitaciones a fiestas celebradas hacía mucho tiempo.

Kate se fijó en lo mal abrochado que llevaba el pantalón del pijama y esperó que no se moviera mucho.

—¿Por qué no nos sentamos, Al? —sugirió Kate con tono cordial, antes de indicarle a Joe de forma discreta que encendiera la jarra eléctrica.

—Sí, claro. ¿Dónde prefieres sentarte, cielo? —preguntó Soames, agarrándose ya el pantalón para evitar que se le cayera. Ella miró a su alrededor con desesperación. Todos los asientos estaban ocupados, pero

consiguió apartar un montón de revistas que estaban apiladas sobre una silla de comedor y la acercó al sillón del anciano. Mientras ella se ocupaba de esto, él se quedó de pie, sin mover ni un dedo, y cuando Kate hubo acabado Soames se limitó a darle unas palmaditas en el hombro antes de sentarse él también. «Todo un caballero», pensó ella.

—Bueno, ¿entonces querías hablar sobre mis propiedades en Howard Street? —preguntó mientras se acomodaba.

—Sí, sobre todo durante los ochenta, Al —dijo Kate.

—Tenía cinco casas en esa calle, si mal no recuerdo. Y muchas más en otros sitios. Un pequeño imperio.

—¿De veras? Es impresionante —exclamó Kate para alentarlo a seguir—. Entonces debe de haber tenido cientos de inquilinos.

—Por supuesto —respondió Soames con una sonrisa. Una vez más, maliciosa—. Las convertí en estudios, recuerdo que tuve un montón de inquilinas guapísimas.

—Apuesto a que sí —dijo Kate, y Soames le guiñó un ojo. Fue un guiño fugaz, pero de lo más revelador. A ella se le revolvió el estómago.

Un sonido de porcelana anunció el regreso de Joe, que llevaba una bandeja con tazas y platillos. Todo estaba impregnado de una pátina de grasa, y Kate intentó beber sin que sus labios llegaran a tocar el borde de la taza. Había estado en sitios peores. En una ocasión había tenido que esquivar una mierda de perro nada más entrar en el recibidor, y en otra casa vio cómo la madre le servía a su hijo un huevo frito directamente de la sartén y la dejaba sobre el reposabrazos del sofá.

Kate dejó la taza pegajosa en el suelo.

—Esperaré a que se enfríe —comentó—. ¿Guarda listas de sus inquilinos de Howard Street, señor Soam... Al? —preguntó—. Sería fantástico poder ver quién vivía allí cuando enterraron a Alice. Además, me encantaría saber más cosas sobre usted en esa época. Cuénteme lo que recuerde, por favor.

—Bueno, si eso es lo que quieres, encanto... —dijo Soames, sonrojándose de placer.

—¿Tiene fotografías tuyas de esa época? Me encantaría verlas.

—Claro, lo guardo todo —respondió.

Kate le había pedido a Joe que saliera a comprar unos bocadillos mientras ella seguía embelesando al anciano. Hacia la una se había ofrecido a prepararle algo de comer, pero en la nevera no había encontrado más que una tarta de cerdo recubierta de moho y una botella medio vacía de ginebra.

—Todavía no he podido salir a hacer la compra —se disculpó Soames. Kate se preguntó cuándo debía de haber salido del piso por última vez.

—¿No tiene a nadie que le ayude, Al? —preguntó ella.

—La vecina de abajo viene de vez en cuando para comprobar que sigo vivo —dijo con tristeza—. Es una chica encantadora, tiene el pelo muy largo y bonito, y una figura preciosa.

—Bueno. Pero me refería a alguien que le ayude a limpiar o a hacer la compra.

—No. No necesito que nadie me ayude con esas cosas. Estoy bien, vivo solo desde hace años. Desde que mi esposa se largó, en realidad.

—Debe de sentirse solo, ¿no? ¿Tiene familia, Al?

—Sí, dos hijos: un chico y una chica. Pero ya van a su aire, tienen hijos y no les queda tiempo para pensar en un vejestorio como yo. Además, yo también prefiero ser independiente. —A Kate le pareció que el anciano estaba a punto de llorar y le dio unos golpecitos en la mano siguiendo un impulso automático.

Cuando Kate estaba apartando la mano, él le agarró los dedos y se aferró a ellos con una fuerza sorprendente.

—Tienes unos ojos preciosos —dijo él.

—Usted también, Al. ¿Podemos echarle un vistazo a esas fotos?

—Las tengo en mi dormitorio —murmuró—. Apuesto a que se pasa el día entrando en dormitorios de desconocidos.

—Pues no, en realidad no —respondió ella, levantando el pie del pedal de flirteo y rezando para que Joe no tardara en regresar. Estaba segura de que podría plantar cara a un hombre de la edad de Al si era necesario, pero no le apetecía tener que pelearse—. Quédese aquí, Al. Ya iré yo —dijo con determinación.

Soames le explicó que había un álbum y una bolsa de la compra llena de fotografías sueltas en lo alto de su guardarropa, por lo que Kate cogió la silla del comedor para poder acceder al altillo.

Las cortinas del dormitorio todavía estaban corridas. Ella las abrió para dejar entrar algo de luz en la habitación, y la pálida luz del sol que se filtró por los cristales polvorientos reveló una escena de miseria digna de Dickens. Las sábanas estaban grisáceas y llenas de manchas, y resultó que había un orinal bajo la cama. Intentó no respirar por la nariz mientras trepaba por la silla para echar un vistazo al espacio oscuro que quedaba por encima del guardarropa.

De repente, oyó la voz de Al demasiado cerca.

—¿Las has encontrado? Tengo unas vistas magníficas desde aquí...

Kate miró hacia abajo y maldijo en silencio haber elegido ponerse falda ese día. Vio que Al estaba apoyado en la jamba de la puerta, mirándole las piernas con lujuria. «Joder, debe de estar muy desesperado para mirar así unas rodillas de cincuenta años», pensó.

—Creo que ya lo tengo —dijo ella enseguida.

—Permíteme que te ayude a bajar —se ofreció el hombre acercándose. Kate tuvo el acierto de saltar de forma que la silla quedó entre ella y aquel viejo ansioso.

—Tranquilo, todo solucionado —dijo—. Mire, usted coja esto y yo llevaré las que hayan quedado. Así podemos ir a mirarlas en la otra habitación. Tendremos más luz allí.

Al Soames dio media vuelta, decepcionado, y arrastró los pies de nuevo hasta su sillón.

Kate volvió a subir a la silla enseguida y echó un vistazo por si le había pasado algo por alto. Su mano rozó algo que le pareció de papel y decidió tirar de ello. Era un viejo sobre de papel manila que había quedado calzado entre el guardarropa y la pared. Estaba cubierto de polvo, pero no estaba sellado, y tenía la palabra «Fiestas» escrita con caligrafía descuidada en la parte frontal. Le echó un rápido vistazo al interior y vio un manojito de *polaroids*.

—¿Qué hace ahí dentro?! —gritó Soames.

—Nada, voy enseguida. Sólo me estaba sacudiendo un poco el polvo — chilló ella como respuesta.

Cuando se disponía a volver al comedor, Joe llamó a la puerta y tanto ella como Soames reaccionaron con un respingo.

Kate dejó el sobre junto a su bolso, le abrió la puerta a Joe y lo ayudó a desenvolver la comida que había comprado.

—Vamos, extendamos las fotos de sus álbumes sobre la mesa —dijo ella—. Así podrá verlas todas.

Despejó la superficie tirando los residuos al suelo sin contemplaciones y extendió las fotografías como si fueran cartas del tarot.

—Ése soy yo —dijo Soames, de pie junto al codo de Kate. Señalaba una imagen en la que aparecía junto a otro hombre y dos chicas. Los hombres se reían mirando a la cámara. Las chicas no—. Nos llamaban «los rompecorazones» —soltó con una sonrisa de suficiencia—. Por nuestro extenso historial.

—¿Quién es el otro tío? —preguntó Joe.

—Un viejo amigo. Vivía en Howard Street. El bueno de Will. Pero perdimos el contacto. Vaya, mirad ésta...

El tipo de ropa cambiaba y los cortes de pelo también eran más largos o más cortos a medida que se sucedían las décadas. Kate escudriñó cada imagen, observando los rostros en busca de algo que pudiera contribuir al reportaje.

—¿Era uno de sus inquilinos? —preguntó Kate.

Al ver que Al asentía, dejó la fotografía en una pila aparte. Pese a que no recordaba muchos nombres, el anciano prometió que le pediría viejos documentos de alquiler a su contable.

—Eso sería fantástico —exclamó Kate—. ¿Podría mientras tanto prestarme unas cuantas fotos?

—Por supuesto, Kate, si crees que te servirán —dijo él. Lo tenía comiendo de su mano.

Apiló las fotografías y las metió dentro del sobre que tenía junto a su bolso.

—Así tendré ocasión de verte otra vez. Cuando me las devuelvas —dijo

riendo.

Joe buscó la mirada de Kate y levantó una ceja para demostrar su solidaridad.

—¿Y cuándo vendió sus propiedades, señor Soames? —preguntó Joe, recogiendo el testigo.

Soames dejó de reír de golpe y lo pensó con detenimiento.

—Debió de ser hace quince años, tal vez veinte.

—Caray, hace mucho tiempo.

—Sí, lo vendí todo en un mal momento, engañado por un promotor inmobiliario que acabó haciendo un negocio redondo. Y ya ves que... —Al y Joe miraron a su alrededor—. Bueno, la parienta se llevó casi todo lo que me quedaba de valor.

Joe asintió y se inclinó hacia delante para demostrar a Soames que lo escuchaba atentamente.

—¡Pobre! —exclamó Joe.

—Después de eso me convertí en *persona non grata*. Me rechazaban, ya no era bienvenido en ninguna parte —aclaró al ver la mirada de perplejidad de Joe—. Dejaron de llegar invitaciones a fiestas y fue pasando el tiempo... —Soames le dedicó una sonrisa a Joe—. Y mira que me gustaba salir de juerga, por no hablar de las chicas, que caían como moscas.

—Seguro que sabía pasárselo bien —dijo Joe sonriendo. «Menuda conversación de hombres», pensó Kate.

—Bien no, genial. Teníamos un gran repertorio de piropos. —Soames se acercó más a Joe, para que Kate no pudiera oírlo fácilmente—. Y si no funcionaban, siempre encontrábamos algún recurso —dijo, y soltó una carcajada. Una carcajada repugnante.

—¿Recurso? —preguntó Joe, y Kate contuvo el aliento. La pregunta sobraba.

—Sólo era una manera de hablar —replicó Soames enseguida. Pero le guiñó un ojo a Joe.

CAPÍTULO 49

Viernes, 13 de abril de 2012

Kate

Cuando por fin salieron del apartamento de Soames, Kate y Joe se quedaron en la acera como dos corredores rivales recuperando el aliento tras una carrera.

—Dios mío, ¡ha sido horrible! —exclamó Joe.

—Bienvenido a mi mundo —dijo Kate—. Venga, larguémonos de aquí.

Ya en el coche, ella pasó diez minutos garabateando notas sobre la conversación. No había querido subir al piso con el cuaderno para que Soames no pensara que sus palabras quedarían escritas, por si eso lo cohibía.

Había encendido la grabadora dentro de su bolso nada más entrar por la puerta, aunque no estaba segura de lo que había quedado registrado en la cinta. Todos se habían movido mucho, entrando y saliendo de las habitaciones. Aun así, tal vez se hubiera grabado algo. Pensaba comprobarlo más tarde.

Kate no solía confiar en las grabadoras, consideraba que eran criaturas temperamentales; en el peor momento se atascaban los botones o se agotaban las baterías. En una ocasión creyó haber grabado una entrevista entera, pero al intentar reproducirla no encontró más que una hora de silbido estático.

Prefería el arte ancestral de la taquigrafía, una habilidad que los nativos digitales consideraban ridículamente analógica. Kate la había aprendido cuando apenas empezaba a dar sus primeros pasos en el periodismo. Se la

había enseñado un antiguo prisionero de guerra japonés, un hombre diminuto y risueño cuya habilidad especial consistía en entrar en una habitación y encender la luz con una patada voladora. El caso es que aquel ninja consiguió que Kate llegara a las cien palabras por minuto.

Ella y Joe habían pasado dos horas y media en el apartamento, pero tenía buena memoria y estaba acostumbrada a recordar conversaciones completas. No era únicamente algo esencial para su trabajo, sino que además resultaba especialmente útil en casa, cuando discutía con sus hijos.

«Es que nunca olvidas nada, mamá —le había dicho Jake durante una bronca reciente acerca de su futuro—. No dejas pasar ni una.»

Y tenía razón. Kate era capaz de recordar lo que la gente decía como si viera las palabras escritas con luces de neón en su cabeza.

Soames había utilizado unas cuantas expresiones fabulosas. En los márgenes del cuaderno dibujó asteriscos junto a nombres y lugares que habían aparecido durante la conversación.

«Nos gustaba la juerga...» «Teníamos un gran repertorio de piropos...» «Y si no funcionaban, siempre encontrábamos algún recurso», escribió Kate. Al lado añadió «¿Alcohol? ¿Drogas? ¿Rohypnol?».

Joe también había sacado su cuaderno y anotaba cosas, pero con la misma mirada de concentración incómoda que ponían los hijos de Kate cuando hacían los deberes en la mesa de la cocina. Steve se encargaba de controlar los deberes de matemáticas y ciencias y ella de la ortografía y las redacciones. Era un trabajo de equipo.

—Anota todo lo que recuerdes, Joe —ordenó Kate—. Luego compararemos las notas.

Ya en la oficina, Kate abrió el sobre y sacó un puñado de fotografías. Entre ellas, las *polaroids* que había encontrado calzadas tras el armario.

Las imágenes estaban ligeramente descoloridas, el papel fotográfico había perdido definición con el paso de las décadas, pero el contenido quedó claro enseguida. Extremidades desnudas, ropa esparcida, rostros confundidos, inconscientes.

Las cogió enseguida y se las llevó al lavabo para poder mirarlas sin interrupciones. Las manos le temblaban sin parar mientras examinaba las caras de aquellas mujeres y chicas. «Todas fueron la hija de alguien —pensó—. Me alegro de haber tenido sólo niños. ¿Cómo puedes proteger a una hija?»

Sin duda alguna estaban drogadas, pensó Kate mientras examinaba los ojos medio cerrados, medio exánimes de las fotos.

—Pareces tan joven, no eres más que una niña —le dijo a una de las chicas.

Y de vez en cuando aparecía también el autor de las fotos: un hombro, una mano, el perfil de la cara de Soames, claramente reconocible. Esas fotos eran un verdadero trofeo de caza.

Kate intentó fijarse más, forzando la vista para detectar en la imagen algún detalle capaz de contar toda la historia, pero no había más que lo que ya había visto. Cada cuadradito era una prueba, como las teselas de un mosaico. Extendió todas las fotografías por el suelo.

Nina, la secretaria de la redacción, se la encontró arrodillada y rodeada de las imágenes esparcidas por el suelo cuando entró a hacer pis.

—Joder, Kate, casi me caigo encima de ti. ¿Se puede saber qué haces? ¿Es la llamada a la oración o qué?

Nina se jactaba de ser la persona más políticamente incorrecta de la oficina.

—Lo siento, Nina. Quería echarles un vistazo a estas fotos sin fisgonear. El contenido es delicado.

Nina se agachó al lado de Kate.

—Mierda, mis rodillas. ¿Qué es todo esto? —dijo.

—Eso mismo me preguntaba yo hace un momento —replicó Kate—. Diría que alguien drogó y violó a estas mujeres.

—¡No! Menudo cerdo —exclamó Nina—. ¿Y se llevó a su fotógrafo personal?

Kate se la quedó mirando. Tenía razón. Había estado tan concentrada mirando las imágenes que no había caído en ese hecho tan evidente: que tenía que haber dos personas implicadas. El fotógrafo y el hombre que aparecía en las imágenes. No se trataba de *selfies*. Uno posaba y otro encuadraba la foto.

—Nina —dijo—, nunca dejas de sorprenderme.

La secretaria de la redacción pareció confundida, pero también complacida.

—Hago lo que puedo. Y ahora ayúdame a levantarme.

CAPÍTULO 50

Viernes, 13 de abril de 2012

Emma

Anoche me desperté llorando. No es que hubiera llorado en sueños, sino que tenía la cara húmeda por lágrimas reales, enroscada sobre mí misma, luchando para silenciar mi respiración, para no despertar a Paul, que dormía a mi lado. Intentando no pensar en el sueño que acababa de tener.

Sin embargo, me resulta muy difícil evitarlo. Invade todas y cada una de mis células. Llevo años soñando lo mismo.

Empecé a soñarlo cuando tenía quince años. Recuerdo que por aquel entonces, cuando me despertaba, no podía moverme ni respirar. Supongo que hoy en día lo llamarían «terror nocturno», pero no por eso son capaces de imaginar lo que es. En el sueño, un bebé me habla; está enfadado conmigo y me sigue a todas partes, andando con sus piernecitas como una especie de muñeca grotesca. Golpea la puerta para poder entrar, pero yo me aseguro de que no pueda abrirla y sollozo. Me despierto siempre en el mismo punto, cuando la puerta empieza a abrirse.

Me imagino en ese momento, paralizada. Con aquella tensión en el pecho y en la garganta, fruto de la angustia. Tardaba lo que me parecía una eternidad en poder moverme de nuevo. Primero tenía que darme cuenta de dónde estaba, convencerme de que sólo había sido un sueño y que podía cerrar la puerta de

una patada.

Recuerdo que solía hundir la cara en la almohada cuando oía que Jude se movía por su dormitorio, justo debajo del mío, sabiendo que me había oído. Luego intentaba ralentizar mi respiración para fingir que estaba dormida. A veces funcionaba, pero otras un chirrido revelaba que la puerta del dormitorio de Jude se abría y mi madre andaba descalza hasta el baño.

—Vuelve a la cama, mamá —susurraba para mí misma, deseando que no entrara. Sin embargo, de un modo inevitable, los pies descalzos subían las escaleras y se detenían frente a mi puerta.

—¿Estás bien, Emma? —preguntaba Jude en voz baja, abriendo la puerta—. Te he oído llorar otra vez.

Recuerdo que me quedaba allí tendida, dándole la espalda, en silencio. No sabía qué decir, qué contarle. A veces Jude me acariciaba el pelo y se marchaba al ver que no respondía, pero una noche se sentó a mi lado.

Al final, la presión de la presencia de mi madre en la oscuridad me obligó a hablar.

—Sólo ha sido un sueño. Creo que ayer cené demasiado, nada más.

—Pero si apenas comiste nada. Estás adelgazando y me preocupa. Will también está preocupado. Sé que las cosas han sido difíciles, pero aún estás creciendo. Ojalá supiera lo que te pasa por la cabeza. Cuéntamelo, por favor.

—No pasa nada —le dije enseguida. No pensaba que se me notara tanto. Creía haberme vuelto invisible—. Sólo estoy un poco harta del instituto.

—Vamos, Emma, ¿qué te ocurre? Sacabas muy buenas notas, pero ahora parece que ya no te importe nada.

Me doy la vuelta y extendiendo una mano para tocar la cara de Paul. Sé que está ahí. Él me pasa un brazo por encima del pecho y me abraza sin llegar a despertarse. Esa noche me habría gustado abrazar a mi madre, pero temía hacerlo.

Temía que mi cuerpo me delatara.

Paul está tan preocupado por mí que ha llamado para cancelar la clase que tenía que dar esta mañana.

—Me quedaré a trabajar en casa, Em. No puedo dejarte así —dice. Yo intento protestar, pero no tengo la energía necesaria para ello. Subo al piso de arriba y procuro trabajar. Sin embargo, no ocurre nada. Las palabras se aturullan y se atascan, revolotean por mi cabeza hasta que me entran ganas de echarme a gritar. Al final voy al piso de abajo para prepararme un café y enciendo la radio para sentirme más acompañada.

Cuando se termina la música, el locutor de las noticias de mediodía anuncia que ha habido un nuevo avance en el caso de Alice Irving y yo me quedo esperando, de pie, mientras el agua de la jarra eléctrica vuelve a enfriarse. Tengo que escuchar tres o cuatro noticias sobre los Juegos Olímpicos, de política y de conflictos bélicos, y luego, de repente, el locutor me cuenta que el bebé fue enterrado en los años ochenta. Así de sencillo. Y reacciono con un grito.

—¡No!

Quiero que lo retire, que reconozca haberse equivocado. Pero continúa, y cuenta que la policía ha hecho «descubrimientos recientes que sitúan el enterramiento de Alice Irving al menos diez años después de su desaparición».

Ya no sé qué pensar. Pintan bastos. Para mí.

Paul entra corriendo en la cocina y doy un respingo. Había olvidado que también estaba en casa, y siempre me llevo un susto cuando aparece de improviso.

—¿Qué te ocurre? —pregunta—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, sólo es algo que he oído en las noticias. Estoy un poco blanda, nada más —le contesto, intentando sonar tranquilizadora, aunque mi tono es alarmante.

—¿Qué han dicho en las noticias? —quiere saber él.

Intento mentir, pero no puedo. Sólo puedo usar las palabras que tengo en la cabeza.

—Algo sobre un bebé —digo—. Se están equivocando por completo. Están cometiendo un grave error.

—Ven y siéntate. Te estás alterando otra vez —me dice, y me toma de la mano para que me siente a la mesa con él—. Dime, ¿por qué te preocupa tanto ese bebé?

Me lo quedo mirando antes de responder.

—Porque creo que es mío —respondo, y observo su cara de desconcierto absoluto.

—Em, tú no tienes ningún bebé —me dice con tono amable—. Decidimos no tener hijos, ¿recuerdas? Porque no nos sentíamos preparados.

Descarto sus palabras gesticulando con una mano.

—No digo que sea tuyo, Paul. Digo que es mío.

—¿Por qué dices todo esto? Nunca lo habías mencionado —replica, buscando la verdad en mis ojos. Lo estoy asustando. Sé que parezco una loca.

—No quería que lo supieras —confieso—. No lo sabe nadie.

—¿Ni Jude? —pregunta.

—No —declaro, y veo cómo la incredulidad se apodera de su rostro.

—Estás alterada. Voy a buscar tus pastillas.

CAPÍTULO 51

Viernes, 13 de abril de 2012

Jude

No reconoció la voz cuando respondió al teléfono, y durante unos maravillosos instantes pensó que tal vez sería Will. Pero no, era Paul. El marido de Emma.

«¿Qué quiere éste ahora?», pensó contrariada.

—Hola, Jude —saludó.

«Bueno, como mínimo no me ha llamado Judith», pensó.

—Hola, Paul. Menuda sorpresa.

—Mira, siento llamarte de este modo tan inesperado, pero Emma me tiene preocupado.

Jude se sentó, aferrada al auricular.

—¿Qué ha pasado?

Su yerno titubeó mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Em se está alterando por el descubrimiento de un bebé en Woolwich.

—¿El bebé de Howard Street? —preguntó Jude—. Sí, me habló de ello.

Es la calle en la que vivíamos.

—Sí, ya lo sé —murmuró Paul, pero se quedó callado de nuevo.

—Es evidente que intentas contarme algo. Escúpelo de una vez —dijo Jude. No se había propuesto responder de un modo tan brusco, pero la estaba

poniendo de los nervios con aquellos silencios que no auguraban nada bueno.

—Lo siento... Sí, bueno... Emma cree que es su bebé.

Jude soltó una exclamación de asombro.

—¿Su bebé? ¡Pero qué tontería! Ya lo han identificado, se llamaba Alice Irving.

—Lo sé, pero la policía ha revelado más información. Dicen que lo enterraron durante los años ochenta... Y al parecer ha entrado en pánico nada más oírlo.

El comentario consiguió frenar en seco a Jude, aunque sólo un segundo.

—¿De verdad? Eso no lo he oído, pero sigue pareciéndome una tontería. Mira, Paul, tú no la conoces desde hace tanto tiempo como yo. Mi hija siempre ha tenido una relación frágil con la realidad.

—¿Crees que se lo está inventando?

—Por supuesto que sí. Para serte franca, solía inventarse un montón de cosas cuando era más joven. Mentiras estúpidas sobre su padre y sobre mi novio. No es necesario entrar en detalles, pero es posible que esté alterada porque cuando vino a comer la semana pasada estuvimos hablando sobre los viejos tiempos, que en nuestro caso no fueron precisamente buenos.

—Eso no me lo contó —dijo Paul.

—¿No? Bueno, seguramente no quiere que te enteres de lo terrible que fue cuando era más joven. ¿Sabías que al final tuvimos que pedirle que se marchara de casa?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Paul?

—Sí, estoy aquí. Pobre Emma. No lo sabía. En realidad nunca me ha hablado sobre su infancia. Pero has dicho «tuvimos». Creía que Emma y tú vivíais solas. Me dijo que no sabía quién era su padre. ¿Quién más vivía con vosotras?

—Mi novio, Will. Seguro que Emma te ha hablado de él.

—No, creo que no —respondió Paul.

—Qué extraño. Bueno, en cualquier caso no deberías decir «pobre Emma». Pobres de nosotros, más bien. No te imaginas lo que era —dijo Jude. El argumento de la defensa—. ¿Por qué no le dices a Emma que me llame? —

prosiguió—. Hablaré con ella sobre todo esto, tal vez consiga tranquilizarla.
—Quizá se lo sugiera, Judith. Adiós.

Jude se levantó y cogió una foto de Emma de la repisa de la chimenea. En la foto tenía dos años y llevaba puesta una faldita a cuadros. Se la había traído de recuerdo tras pasar unos días de vacaciones en Escocia, y su hija aparecía sonriendo ampliamente a la cámara. «Esa carita.»

En realidad, cuando soñó con tener un bebé, Jude no se había planteado nada más allá de la etapa de la cuna, no había pensado en el impacto de tener a otra persona en su vida. Se había centrado en la imagen de sí misma como *madonna*. Pero Emma creció, se apartó de sus brazos y se convirtió en una persona autónoma.

Hubo algunas cosas que indicaron lo que tendría que afrontar más adelante, cuando Emma cumplió dos años, esa edad terrible: fue un período breve e infernal con pataletas a diario mientras todavía vivían en casa de los padres de Jude. A continuación llegaron las preguntas continuas de una Emma que a los cinco años ya demostraba una gran inteligencia y el placer que sentía de ayudarla a descubrir el mundo de los libros.

Jude creía conocer a su hija; sin embargo, el cambio radical que experimentó al llegar a la adolescencia fue toda una revelación. Emma floreció en cuestión de semanas, pero al mismo tiempo también le crecieron espinas. Todo en el peor momento posible, cuando Jude estaba empezando a salir con Will.

Su novio se portó muy bien cuando sucedió lo de Darrell Moore. Jude se quedó helada al enterarse. Em tenía sólo trece años, no era más que una niña.

Había querido contarle a la policía lo de Darrell.

—Es prácticamente un pedófilo —le había dicho a Will. Sin embargo, él le había aconsejado que no hiciera nada con el argumento de que sería demasiado para Emma. Siempre pensando en Emma. Al fin y al cabo, Jude sabía que le harían demasiadas preguntas, y en cuanto empezaran a preguntar...

Sea como fuera, lo descubrieron antes de que Emma pudiese arruinarse la vida con ese depravado.

«Will fue un regalo del cielo ese verano de 1984», pensó Jude. Fueron buenos tiempos; duraron poco, pero fueron buenos. Emma acababa de salir del cascarón.

Recordaba el cuidado con el que Will las trataba a las dos. Siempre estaba allí para ayudarlas, para hacerlas reír y arreglar las cosas.

Jude se había permitido creer una vez más que él era el hombre adecuado, el futuro para las dos. Pero por algún motivo todo salió mal. Bueno, por algún motivo no.

Por culpa de Emma.

El cambio que la convirtió en una insolente airada llegó casi de la noche a la mañana, y el humor de su hija golpeó su hogar como una apisonadora.

Emma se encerraba en su habitación, tenía colgado un rótulo de PROHIBIDA LA ENTRADA en la puerta y apenas les dirigía la palabra a menos que fuera imprescindible. Perdió el interés en casi todo, excepto en la comida. Comía siempre en su habitación, apilando un plato tras otro. Jude recordó lo mucho que llegaba a atiborrarse su hija, que durante esa época engordó muchísimo. Quiso creer que era la típica barriguita infantil, pero la verdad era que parecía más bien algo deliberado. Como si se hubiera propuesto sabotearse a sí misma.

Emma se retiró de un modo casi absoluto. Le pasó un poco como a Barbara. Se encerró en sí misma y nunca quiso contar lo que le parecía tan mal. Will encontraba muy inquietante la situación y convenció a Jude para que obligara a Barbara a buscar otro lugar donde vivir.

Sin embargo, no podían hacer lo mismo con una chica de catorce años. Tuvieron que esperar dieciocho meses más, y durante ese tiempo Jude ya había pasado de temer el cambio que había experimentado su hija a considerarlo un acto de egoísmo y de cinismo.

—No merezco que me trate así —le decía a Will—. Tengo derecho a ser feliz.

Y Will le daba la razón y la animaba a no tomárselo tan a pecho.

—Forma parte de esta etapa de crecimiento, Jude —le decía—. Te está poniendo a prueba. Es lo que hacen los adolescentes. Le pasará con la edad. Tenemos que respetar su espacio.

Por eso empezaron a pasar cada vez menos tiempo en casa: salían al teatro y a cenar, y así dejaban el problema en casa. Los meses fueron pasando y Jude recordaba haberse sentido culpable de vez en cuando, cuando oía llorar a Emma por la noche, por ejemplo; aun así, la quisquillosa de su hija no se dejaba consolar y rechazaba cualquier muestra de afecto. Al menos dejó de comer de esa forma tan compulsiva, aunque siguió castigando a Jude con su indiferencia, de modo que su amor de madre sufrió un desgaste gradual.

Y durante todo ese tiempo Will siempre estuvo allí, ofreciéndole a Jude un hombro sobre el que poder llorar.

—Hoy está muy tonta, probablemente tenga el período. Déjala, Jude —le decía él, atrayéndola a la cama. Jude había aceptado encantada dedicar todas sus energías a la parte buena de su vida: Will.

«Cualquiera habría hecho lo mismo, ¿no?»

Sin embargo, las cosas empeoraron cuando decidieron casarse. Bueno, lo decidió ella y Will accedió, llevado por la emoción del momento.

—Ya es hora de que siente la cabeza —había dicho él mientras compartían un cigarrillo postcoital. No fue precisamente la declaración romántica que ella había estado esperando, pero le bastó.

Lo que la inquietó mucho fue comunicárselo a Emma. Todavía recordaba el silencio que reinó en la habitación cuando le soltó la noticia.

—Me hace muy feliz —le había dicho Jude. «No como tú», había añadido el susurro que sonaba dentro de su cabeza.

La noticia desató algo en su hija y aquellos silencios incómodos fueron sustituidos por portazos y explosiones de carácter histriónico. La insolencia adquirió una dimensión vocal y desafiante. Emma empezó a mostrarse abiertamente maleducada con Will, a acusarlo de tratar a las mujeres como a objetos y de ser un cerdo chovinista que soltaba gruñidos obscenos cuando entraba en casa.

Al principio, Will se había reído de todos esos insultos y acusaciones, pero Jude se daba cuenta de que esa nueva Emma lo incomodaba mucho. Era como manipular una bomba que había caído sin llegar a estallar.

Todo era cada vez más amargo. Jude y Will estaban siempre como el perro y el gato, manteniendo discusiones susurradas en el salón para que Emma no

los oyera, y él empezó a ausentarse durante varios días seguidos para aparecer luego como si nada hubiera ocurrido. Cuando le dio el ultimátum, «Emma o yo», Jude quedó consternada, pero él tenía mucha labia.

—Sería lo mejor para Emma. Apartarla de esta situación que para ella es tan desafiante le ofrecerá la oportunidad de madurar —dijo Will. Y le pareció que tenía sentido cuando se lo dijo. Por supuesto, fue Jude la encargada de trasladar el mensaje a su hija.

—Creemos que deberías ir a vivir con los abuelos durante un tiempo, Emma —le había dicho—. Todos necesitamos descansar de esta situación. Lo ves, ¿no? No podemos seguir así.

—Pero mi casa es ésta —había protestado Emma—. ¿Por qué me echas a mí? ¿Ha sido idea suya?

—No. Bueno, estoy de acuerdo con él —había respondido Jude, y al ver la sonrisa de superioridad de su hija perdió los nervios por completo—. ¡Eres tú quien nos ha obligado a tomar esta decisión! —le había gritado—. ¡Estás alejando a Will de mi lado! No se quedará conmigo si tiene que seguir aguantándote. No pienso dejar que me arruines la vida. Fuiste un tremendo error desde el principio.

Todavía podía ver la cara de Emma. Se quedó blanca del susto.

CAPÍTULO 52

Sábado, 14 de abril de 2012

Emma

Harry ha propuesto que nos veamos en el sitio de siempre. En cuanto la he llamado ha sabido que ocurría algo, pero no ha hecho preguntas. Ella es así de buena. En lugar de eso me ha dicho:

—Vamos, Em, nos sentamos en el parque y me pones al día.

Debería verla más a menudo, pero las dos estamos demasiado ocupadas. Bueno, eso es lo que me digo a mí misma, aunque sé que en realidad mantengo cierta distancia porque Harry forma parte de mi pasado y tengo que esforzarme en separarlo de mi presente. Ha visto a Paul unas cuantas veces, pero me he asegurado de no dejarlos nunca solos. Ella sabe demasiadas cosas y no quiero que se vaya de la lengua.

Pobre Harry, no es culpa suya, y creo que lo siente cuando, de vez en cuando, no contesto a sus mensajes. Quizá sería más considerado por mi parte cortar toda relación con ella, pero no puedo. En días como hoy, es la única persona que me apetece ver. Paul quería que hablara con Jude, aunque no me veo capaz. Después de lo que me dijo, no. La imagino dándome con la puerta en las narices una vez más.

Salgo del metro y camino hasta la pequeña cafetería que tanto le gusta a Harry en Hyde Park, cerca del lago. Ella puede llegar andando desde su casa,

y para mí es un verdadero regalo sentarme fuera y sentir el sol en la cara.

Paul cree que he ido a ver al médico. Me llamará al móvil dentro de una media hora y tendré que mentirle acerca de lo que piensa el doctor Fantástico. No pasa nada. Tengo claro lo que le diré, lo he estado ensayando en el metro.

Llego temprano, por lo que vuelvo a leer el reportaje de Kate Waters en el periódico. Es un reportaje extenso, cada vez se añaden más detalles y hay más gente implicada, con declaraciones y suposiciones sobre lo ocurrido. Sin embargo, en el centro de todo está la pequeña Alice Irving. Sólo hay una foto del bebé, y es tan borrosa y antigua que resulta difícil distinguirla. Pero hay una foto de Angela Irving, la madre, en nuestro jardín de Howard Street.

Noto cómo la verdad revolotea cerca de mí. Acabarán viéndola, sin duda.

Estoy a punto de llamar a Kate Waters otra vez, para ver qué sospecha, pero diviso a Harry, que ya se acerca por el parque. Lo haré luego.

Me abraza con fuerza y luego se separa de mí para poder verme bien.

—Dios mío, Harry —le digo—. Estoy bien.

Pero las dos somos conscientes de que sabe que no es cierto. Harry se deja caer sobre una silla y en la que hay al lado deja un bolso enorme.

—Claro, claro —me dice—. Estás estupenda, por cierto.

—Estoy horrible. Se supone que he ido a ver al médico —le cuento, y ella recibe la información levantando mucho las cejas.

—¿Y por qué no has ido? —pregunta.

—No me apetecía —confieso, cogiendo la carta plastificada—. Pero bueno, lo digo porque si Paul me llama tendré que mentir, ¿vale? Vamos, no me mires así, tú has hecho cosas mucho peores.

Harry se ríe y me arrebató la carta de las manos.

—De hecho, se suponía que yo tenía que ir la semana pasada y me escaqueé, o sea que puedes estar tranquila por lo que a mí respecta.

—¿Para qué tenías que ir tú? —pregunto.

—Un bulto en el pecho —responde Harry con una mueca—. Bueno, no llega ni a bulto en realidad.

—¡Serás tonta! —exclamo—. Tienes que ir. Pide otra cita.

—Sí, sí, de acuerdo. Lo haré mañana. ¿Qué te apetece tomar?

La observo cuando entra en la cafetería y doy gracias a Dios por haberla

conocido.

Fue Harry la que por fin me hizo ver lo desastrosa que era mi vida. En el verano de 1994 entró como si nada en el pub en el que yo trabajaba por aquel entonces. Tirando pintas, descongelando pasteles de carne y manteniéndome a flote como podía.

—¡Emma! —me llamó al verme sirviendo una bandeja de comida en la mesa de al lado. Fue muy extraño volver a verla. Habían pasado varios años y el contexto que habíamos compartido ya no existía, por lo que me resultó familiar y desconocida a la vez, como cuando ves a un famoso por la calle y tardas unos instantes en ubicarlo.

Y Harry no se parecía a mi mejor amiga tal como estaba la última vez que la había visto.

Esa Harry era muchísimo más elegante, con un traje chaqueta hecho a medida, la manicura impecable, el pelo alisado y los ojos ocultos tras unas gafas de sol exageradamente grandes.

Y supongo que yo tampoco me parecía a la que había sido su mejor amiga. Era más alta, me había decolorado el pelo y lo llevaba corto, y además estaba en los huesos. En las fotografías de esa época parecía una heroinómana.

—Hola, Emma —me dijo.

En cierto modo, había esperado que apareciera algún día. Supongo que en el fondo confiaba en ello. La echaba de menos cada vez que me permitía el lujo de pensar en mi vida anterior. Había pequeñas cosas que me transportaban a esos tiempos, como oír una canción que solíamos cantar juntas o una expresión que utilizábamos a menudo. En esas ocasiones, todo se detenía de repente y me convertía de nuevo en una adolescente. Sólo por unos instantes, luego volvía a fregar platos grasientos o a tirar pintas.

Me costó verla y recordar lo unidas que habíamos estado. Al principio guardé las distancias, como si supusiera una especie de amenaza.

—Hola, Harry. No puedo pararme, lo siento. Tengo la cocina llena de pedidos.

Se puso las gafas a modo de diadema y me miró fijamente.

—No hay problema. Esperaré —me dijo.

Más tarde, cuando me senté con ella en el parque (en este mismo parque, con una lata de sidra en una mano y una bolsa de patatas fritas en la otra, como en los viejos tiempos), empecé a pensar que su reaparición era una especie de llamada a despertar.

Ella sabía que me había mudado a casa de mis abuelos, pero me había marchado sin despedirme, y cuando nos volvimos a ver seguía furiosa por el hecho de que la hubiera dejado tirada. Entonces pude contarle que Jude y Will me habían echado de casa y se le pasó el enfado. Ese día en el parque le dije que había dejado el instituto en cuanto pude porque no quería sentirme atada.

—Elegí la libertad a cambio de una licenciatura y una hipoteca —presumí—. Quería hacer lo que me viniese en gana, ir a donde me diera la gana.

Harry me lanzó otra de sus miradas antes de responder.

—Entonces, ¿por qué no te estás comiendo el mundo, Emma?

La sidra y la nostalgia me bajaron las defensas y me eché a llorar. Los lagrimones me caían dentro de la bolsa de patatas. En ese momento deseé volver a ser yo misma. La chica que había sido.

Harry me envolvió entre sus brazos y me achuchó sin decir nada.

—Porque no soy nada —conseguí decir.

—Yo no estoy de acuerdo —replicó. Y esperó.

Y entonces empecé a contarle cómo me sentía en realidad.

—Jude siempre me decía que podría ser lo que quisiera —dije—. Cuando era pequeña. Pero la realidad es que no soy nadie.

Tantos años trabajando en el pub y sirviendo copas en invierno; tantos veranos haciendo camas y limpiando retretes; tantas sábanas sucias, tantos desconocidos sucios, tanto cambiar de un empleo a otro... Todo aquello había hecho mella en mí.

—No levanto cabeza, Harry, ése es el problema. La mayor parte del tiempo siento como si me envolviera una densa niebla. No consigo vislumbrar lo que tengo por delante, me da miedo, demasiado miedo para continuar. Y podría ser incluso peor que eso. No paro de decirme a mí misma: «Quédate donde estás, es el lugar más seguro que puedes encontrar».

—¿Qué te pasó? —preguntó ella.

—Me quedé embarazada —dije.

—¡Oh, Em! —exclamó.

—No podía contártelo, ni a ti ni a nadie. Además, hice algo terrible.

Se quedó callada de nuevo.

—Lo siento muchísimo —suspiró—. Estoy segura de que tomaste la decisión más correcta.

Recuerdo que ese comentario me dejó perpleja. ¿Cómo era posible que lo que hice fuera lo más correcto? Pero luego caí en la cuenta de que había creído que me refería a un aborto; incluso estuve a punto de corregirla. Sin embargo, me detuvo el alivio que sentí al ver que no tendría que seguir dando explicaciones.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —preguntó cuando me hube calmado. Apoyó la cabeza en su hombro y me puse a soñar en el futuro.

—Estoy pensando en matricularme en la universidad, Harry.

—Muy bien —me animó ella—. Tendrás que aprobar la secundaria primero, pero con ese pedazo de cerebro que tienes...

—No estoy segura de si lo tengo todavía —murmuré, y me dio un apretón en la mano.

—De sobra —replicó—. Entonces, ¿qué?

—Una vez pensé en apuntarme a clases nocturnas.

—Eso parece un buen plan, Emma.

—Sí, volveré a estudiar —dije riendo, y en ese momento noté la cabeza más ligera de lo que la había sentido en mucho tiempo.

Sin embargo, la sensación que tengo ahora es diametralmente opuesta. El café se está enfriando y me debato entre contárselo todo a Harry y no contarle nada de nada.

Sé que sacaré el tema de Alice Irving: la conexión con Howard Street es irresistible.

—¿Qué sabes de la noticia de ese bebé, Alice? —me pregunta—. Siempre nos sentábamos en tu jardín, ¿no? Ese último verano, antes de que te mudaras a casa de tus abuelos. Teníais tumbonas, ¿verdad? ¿Te acuerdas? Siempre nos

peleábamos por la amarilla.

—Sospecho que el bebé de Howard Street es mío —digo—. Estoy soñando con ello.

Se me queda mirando fijamente mientras piensa en una respuesta.

—No lo es, Emma —me dice con voz cordial, como si hablara con una niña pequeña—. Es Alice Irving. Los análisis de la policía lo han demostrado. No tienes que decir esas cosas. Ya veo que esta noticia te ha alterado, pero ¿no crees que es a causa de tu aborto? Ha hecho emerger todo lo que sentías en esa época. Es absolutamente normal. Tuviste que enfrentarte a algo terrible. ¿Se lo has contado a Paul?

Niego con la cabeza.

—Bueno, pues quizá deberías planteártelo. Te quiere mucho, lo comprenderá.

Asiento.

—Pero no vuelvas a decir que es tu bebé. La gente no te creerá si dices ese tipo de cosas. ¿De acuerdo?

Asiento otra vez. Tiene razón. No diré nada hasta que lo descubran.

CAPÍTULO 53

Sábado, 14 de abril de 2012

Angela

El hipermercado estaba repleto de gente que llenaba los carros de bolsas de ganchitos y gritaba a sus hijos.

—¡Kylie, deja eso! —chilló la señora de la camiseta de fútbol del Southampton que iba tras ella en la cola de la caja, y Angela reaccionó al ruido agachando la cabeza.

—Perdona, cariño —se disculpó la señora—. Pero tengo que reprender a esos diablillos si se portan mal, ¿no?

Angela se puso a revolver el contenido del carro fingiendo haber olvidado algo y se apartó de la cola. Continuó andando hasta que salió del supermercado y se sentó en el coche con los ojos cerrados, tapándose los oídos con las manos. Su sensibilidad al ruido había llegado a un extremo insoportable desde que habían encontrado a Alice. De hecho, todo le parecía insoportable. Había creído que se sentiría mejor cuando supiese dónde estuvo su bebé todos aquellos años, pero no había sido así. Era la pieza extraviada de un rompecabezas que había quedado abandonado desde hacía mucho tiempo, aunque la imagen seguía incompleta, sin respuestas.

Se quedó sentada hasta que empezó a llover. Luego arrancó el motor y volvió a casa. Cuando llegó al sendero de acceso con los huesos entumecidos

por el frío no recordaba algunas partes del trayecto. Nick salió de casa para recoger las bolsas de la compra del maletero. Entonces Angela se acordó de que había abandonado el carro con la compra en el supermercado.

—Lo siento —se disculpó cuando él abrió la puerta del coche—. No he traído nada. No soportaba estar ahí dentro. Todo el mundo gritaba...

Nick la rodeó con el brazo y entró con ella en casa.

—Tranquila, iré yo más tarde —dijo—. Dame la lista.

Angela miraba la televisión, aunque sin fijarse en nada. Nick había estado viendo deportes, pero las imágenes de Howard Street, el lodo y el precinto policial no desaparecían de su mente.

—No me siento mejor —dijo ella al ver que él se sentaba a su lado.

—Louise llegará enseguida. La he llamado.

—No deberías haberla llamado. Tiene su vida, no puede estar siempre aquí.

—Quiere venir, está preocupada por ti. Todos lo estamos.

Louise accedió por la puerta del salón con cautela, como si temiera despertarla, y Angela entró directamente en modo mamá: se levantó de un respingo para saludarla y ofrecerle una taza de té.

—¿Y un bocadillo? ¿Ya has comido, cariño? Tienes que cuidar tu alimentación.

Su hija le dio un gran abrazo, parecía que no quisiera soltarla.

—Estoy bien, mamá. Ya soy mayor. No necesito que sigas alimentándome. La pregunta es si tú estás comiendo bien. Papá dice que siempre dejas comida.

—No tengo mucho apetito —admitió Angela.

—No me extraña. Si papá cocinara para mí, yo también perdería el hambre —dijo Louise, y las dos sonrieron—. Salchichas y puré cada noche, ¿no? Te he traído provisiones de ayuda humanitaria: un estofado de cordero. Papá lo ha dejado en la cocina.

—Gracias, cielo. Nos cuidas mucho.

—Tonterías. Sois mi padre y mi madre y os quiero. Eso es todo.

Angela se puso a llorar. Ese sentimiento tan simple sólo amplificaba su sensación de pérdida.

«¿Por qué no es suficiente? Eres una mujer afortunada, estás rodeada de gente que te quiere. Tienes dos hijos fantásticos.»

Louise estaba hablando, por lo que Angela volvió a conectarse a la conversación justo a tiempo de oírle decir que quería llevársela a pasar un fin de semana fuera de casa.

—Ay, no puedo marcharme. Podría suceder algo y la policía tal vez me necesite.

—Tengo móvil. No tienes motivos para quedarte en casa todo el tiempo. Estás enfermando, mamá.

—Tranquila, estoy bien —afirmó, sacándose un pañuelo de papel de la manga para sonarse—. Tengo que quedarme aquí. Por Alice.

—Tienes que hacer lo que sea mejor para ti y para papá —dijo Louise con una expresión más severa—. Debes romper con todo esto. La policía hará su trabajo, y tú tienes que cuidarte. Hazlo por Paddy y por mí. Alice desapareció, pero nosotros todavía estamos vivos. Lo sabes, ¿no?

—¡Estoy aquí para lo que necesitéis! —le gritó a su hija. Como la señora del hipermercado.

Nick volvió a entrar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Que mamá se ha alterado por mi culpa. No debería haber venido —se lamentó Louise—. Lo siento muchísimo.

—No, no es culpa tuya, sino mía. Últimamente ya no sé lo que digo ni lo que hago —repuso Angela.

—La llevaré de nuevo al médico —le dijo Nick a Louise—. No está haciendo progresos.

Y volvió al consultorio. El doctor Earnley ya debía de haber muerto. Pero sólo serían unas palmaditas en el hombro y más palabras de ánimo.

—Lo superarás, Angela.

CAPÍTULO 54

Viernes, 20 de abril de 2012

Kate

Toni casi chillaba de entusiasmo cuando llamó a Kate para confirmar que había organizado un gran reencuentro.

—He encontrado a la gente por internet y todas están encantadas con la idea. Celebraremos una fiesta la semana que viene, en el local de los escoltas. Será estupendo. Incluso vendrá un pinchadiscos de los ochenta. Vamos, dime que te apuntas.

«Intenta evitarlo», pensó Kate.

—Sería imperdonable negarse, Toni. ¿Cuál es la lista de invitadas?

La dueña del pub soltó una retahíla de nombres.

—Vaya, veo que has conseguido encontrarlas a todas —dijo Kate—. No ha debido de ser fácil después de tanto tiempo.

—Sí, hubo alguna que costó encontrar, pero al final conseguí ponerme en contacto con todas. Incluso con Harry Harrison, la chica a la que todo el mundo veía como una drogadicta en potencia. Le han ido muy bien las cosas, quién lo hubiera dicho...

El tono de voz de Toni sonó a decepción.

—¿Dónde vive ahora? —preguntó Kate.

—Se ha vuelto una pija, vive en Kensington. Ahora es la señora Thornton.

Al principio no sabía si venir, pero he conseguido convencerla. «Recuerda de dónde has salido, Harry», le he dicho. Las chicas no podrán creerlo cuando la vean.

Kate lo anotó absolutamente todo.

—Ah, pero ¿Malcolm estará en la discoteca? —preguntó, riendo.

—Claro, y las Sarahs. Será la monda —exclamó Toni entusiasmada—. Será mejor que me vaya, tengo un montón de cosas por hacer. Empieza a las ocho. Nos vemos allí, de punta en blanco.

Kate colgó el teléfono y se recostó en su silla.

—¿Quién era? —preguntó Joe, siempre atento—. Pareces realmente contenta.

—Para variar —dijo Terry acercándose—. Porque tu jefa gasta una mala leche...

Kate estaba muy contenta para morder el anzuelo.

—Me han invitado a una fiesta —dijo sonriendo—. Sólo me falta encontrar la ropa adecuada.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Pensaba que se trataba de una noticia —comentó Joe.

—Joder, claro que es una noticia —replicó Kate. Se puso de pie y cogió la chaqueta que había dejado colgada en el respaldo de la silla, recreándose en el momento.

—Vamos, cuéntanoslo —la provocó Terry.

—No. Estoy de mala leche —respondió mientras se colgaba el bolso en el hombro, preparándose para marcharse de forma impostada—. Tengo que ir a ver a alguien. Nos vemos luego.

Una vez fuera, llamó a Joe y lo citó frente a la entrada al edificio.

—Hablares con Harry Harrison —le informó—. Y esta vez no tendremos que coger el coche. Podemos ir andando desde aquí.

Abrió la puerta una mujer de mediana edad que llevaba un cigarrillo en la mano.

—Hola. ¿La señora Thornton? Soy Kate Waters, del *Daily Post*.

—¿De verdad? ¿El periódico? ¿Y qué quiere? —preguntó la mujer con desdén—. Verá, es que estaba a punto de salir.

«Mentira —pensó Kate—. Acaba de encender ese cigarrillo y lleva puestas las zapatillas de andar por casa.»

—Será menos de un minuto, se lo prometo —dijo Kate—. Espero que pueda ayudarme. Estoy intentando ponerme en contacto con Suzanne Harrison, de Woolwich.

La mujer de la puerta entrecerró los ojos y titubeó unos instantes.

«Te tengo», pensó Kate enseguida.

—¿Quién pregunta por ella? —quiso saber Harry, un poco aturullada.

—Mire, siento haberme plantado aquí sin más. Si pudiera concederme cinco minutos se lo podría explicar.

—Pues entonces será mejor que entre —contestó Harry, y acto seguido vio a Joe—. ¿Y tú quién eres? No eres lo suficientemente mayor para ser periodista, ¿no?

Joe sonrió, avergonzado.

—Soy becario. Me limitaré a sentarme sin decir nada. Se lo prometo.

Los invitó a pasar con un gesto de la mano libre, volvió a cerrar de un portazo y los guio hasta la cocina de diseño en la que había estado leyendo el periódico hasta hacía unos minutos. Kate vio que se trataba del principal competidor del *Post* y dejó el bolso encima.

—Bueno, es evidente que sabe que Suzanne Harrison soy yo —dijo la señora Thornton, apagando el cigarrillo en un cuenco de muesli abandonado—. Harrison era mi apellido de soltera. Toda la gente que me conocía me llamaba «Harry».

—Con tantos nombres... ¿cómo prefiere que la llame? —preguntó Kate, riéndose.

—Llámeme Harry, es breve y natural.

«Todo lo contrario que tú», pensó Kate. La mujer que tenía delante era larguirucha y sofisticada. Harry hablaba con ese deje arrastrado tan típico de la gente adinerada, aunque el tatuaje que le sobresalía ligeramente por el escote de la blusa cara que llevaba puesta contaba una historia muy distinta.

—En realidad ha tenido suerte de encontrarme en casa. A estas horas suelo

estar en la oficina. Sin embargo, hoy tengo una comida fuera de la ciudad.

—¡Genial! —exclamó Kate—. ¿Dónde trabaja? ¿En la City?

—No, en Thornton & Coran, la editorial.

—Ah, publican muchas autobiografías de famosos, ¿verdad? —dijo Kate—. De hecho, publicamos uno de sus libros por entregas el año pasado: el de la actriz que sobrevivió al cáncer.

—Sí, exacto —respondió Harry sonriendo—. Me acuerdo. Le dieron una buena cobertura, los libros volaban de los estantes. ¿Les apetece un café?

Harry repartió el contenido de la cafetera de filtro en unas exquisitas tazas pintadas a mano al tiempo que charlaba de varios proyectos en curso, y añadió unos cuantos chismorreos sobre famosos mientras iba a buscar la jarrita para la leche y el azucarero a juego.

—Bueno —dijo en cuanto se sentó de nuevo—, ¿de qué se trata?

—Verá, estoy escribiendo sobre lo que ocurrió en el barrio en el que creció usted.

—Dios mío, ha pasado mucho tiempo desde que vivía en Woolwich... Décadas —dijo, removiendo su taza de café—. Ya no queda nada que valga la pena, allí...

—¿No tiene familia en el barrio? —preguntó Kate mientras cogía una galleta.

—Mi madre.

Los ojos de Harry se desviaron hacia Joe, que estaba escribiendo en su cuaderno.

—¿Se puede saber qué escribes? Esto no es una entrevista.

Kate se había olvidado de su becario por completo, ni siquiera se había fijado en que había sacado el cuaderno. Menudo fallo, niño de mierda.

—Lo siento, Harry. Sólo toma apuntes sobre mi forma de trabajar. ¿Verdad, Joe?

El matiz borde con el que lo dijo tuvo el efecto deseado y Joe guardó el bolígrafo y le dedicó una sonrisa a Harry.

—¡Son deberes! —exclamó.

Sin embargo, la conexión ya se había roto. Harry empezó a recoger las tazas, equilibrando las piezas de porcelana carísima como una camarera en

una cafetería del paseo marítimo. Kate se levantó para ayudarla y meter los platillos en el lavaplatos en un intento de ganarse de nuevo su confianza. Se les acababa el tiempo.

—Mire, no hemos hablado sobre el motivo que me ha traído hasta aquí. Espero que pueda ayudarme —empezó Kate—. Estoy escribiendo un reportaje sobre el descubrimiento del cadáver de Alice Irving en Howard Street. No sé si habrá leído los artículos que he publicado al respecto.

De repente se cerraron todas las puertas. Los ojos de Harry perdieron cualquier atisbo de expresión.

—No, no he leído nada sobre eso —dijo con la voz tensa—. ¿En Howard Street? Bueno, yo no vivía allí. No estoy segura de recordarlo.

—Es donde vivía su amiga.

—Creo que no —le espetó.

—Toni, la del Royal Oak —repuso Kate.

—¿Toni? Toni Baker. Dios mío, si me llamó el otro día. ¿Fue ella quien le dijo dónde me encontraría? Mire, no lo sé, de eso hace tanto tiempo que no creo que pueda ayudarla. Tengo que prepararme. Lo siento, pero ya es hora de que se marchen —espetó, recogiendo su bolso—. ¿Les importa que no los acompañe hasta la puerta? Gracias.

Kate empujó a Joe hacia el recibidor.

—Le dejo mi tarjeta aquí, sobre la mesa, Harry. Por si quiere ponerse en contacto conmigo —gritó antes de cerrar la puerta con cuidado.

—Ahí está —dijo Kate mientras volvía a la oficina andando con Joe. Éste se la quedó mirando, perplejo.

—¿A qué te refieres? ¿No crees que ha sido un desastre? Prácticamente nos ha echado de su casa.

—Sí, pero ¿qué nos ha dicho antes de pedirnos que nos marcháramos?

—Nada. Ha dicho que no sabía nada.

—Joe, por el amor de Dios. ¿Es que no sabes leer las reacciones de la gente? En cuanto he mencionado al bebé, se ha encerrado en sí misma y ha soltado una mentirijilla sobre Howard Street.

—Ah.

—Sabe algo —afirmó Kate—. Tendremos otra oportunidad de hablar con ella en la discoteca. Y Joe, no debes anotar nada mientras intentas convencer a alguien de que tiene que confiar en ti. Es la regla de oro del entrevistador.

—Pero si me dijiste que la regla de oro era anotar siempre todo —respondió él.

Kate suspiró. Poco a poco.

CAPÍTULO 55

Lunes, 23 de abril de 2012

Emma

Kate coge el teléfono enseguida.

—Hola, soy Anne Robinson —digo. He cerrado la puerta del estudio para que Paul no entre mientras hablo.

—Hola, Anne —me saluda—. Me alegro de volver a hablar con usted. ¿Cómo está? ¿Qué me cuenta?

Su reacción me sorprende un poco. Me habla como si me conociera. Reviso mis apuntes para apaciguarme.

Lo primero que tengo apuntado es «¿Drogadictos?».

—Ah, estoy bien, gracias. Se me ha ocurrido llamarla para ver si ha conseguido localizar a los drogadictos de Howard Street.

—No, no encontré nada, lo siento. No aparecen en las listas oficiales del censo. Supongo que iban de un lado a otro. En cualquier caso, todo ha cambiado bastante desde la última vez que hablamos, ¿no? El bebé fue enterrado durante los años ochenta, según la policía.

—Sí, ya lo he visto.

—O sea que coincide un poco más con su época. ¿Recuerda si alguien se comportaba de un modo extraño por aquel entonces? ¿Algún chismorreó que circulara entre los vecinos?

—Que yo recuerde no —respondo—. La gente era bastante reservada en realidad.

Kate Waters suspira.

—Si me dieran una libra por cada vez que alguien me ha dicho eso —dice riendo—. A la gente le encanta guardar secretos, ¿verdad?

Necesito cambiar de tema. Lo siguiente que tengo apuntado en la hoja es «¿Cómo saben que es ella?».

—Quería preguntarle cómo es posible que estén tan seguros de la identidad del bebé. Me refiero a la policía. Creo que se equivocan.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Sabe algo sobre el bebé, Anne?

—No estoy segura —respondo—. Sólo pienso que se están equivocando. Que deberían seguir investigando.

Me estoy desviando del guion. Basta.

—¿Cree que el bebé es hijo de otra persona, Anne?

No confío en lo que pueda llegar a decir, por lo que ni siquiera respondo.

Kate Waters parece inquieta.

—¿Todavía vive en esa zona? —pregunta—. Podría pasar a verla un momento.

—Ah, no —digo, aunque suena demasiado forzado—. No vivo en Londres.

Oigo a Paul en las escaleras y no quiero que suba, pero tampoco puedo evitarlo.

—¿Estás llamando por teléfono? —pregunta a través de la puerta. Me quedo de piedra—. ¡Cariño!

Tapo el auricular con la mano antes de responder.

—Estoy ocupada —susurro.

—¿Es su marido? —pregunta Kate cuando aparto la mano.

—Sí, será mejor que lo dejemos aquí.

—Anne —me dice ella con prudencia—. Me ha llamado usted para hablar sobre el bebé y me alegro de que lo haya hecho. Si cree que la policía se equivoca, es importante que lo diga. Sé que puede resultar duro para usted, pero podemos hablar sobre ello. Puedo ayudarla. No importa el nombre que prefiera utilizar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondo—. Me lo pensaré.

Y durante el resto del día no consigo hacer nada más de provecho.

CAPÍTULO 56

Lunes, 23 de abril de 2012

Jude

Jude se estaba repasando las raíces con un tinte que había comprado en la droguería mientras intentaba decidir el vestido que se pondría. Podía ponerse el de terciopelo negro, si es que conseguía embutirse en él, pero tendría que comprarse unas medias nuevas. Y esmalte de uñas. Volvía a sentirse como una chica después de muchos años: tenía una cita.

Will había vuelto a llamar y Jude había estado a punto de no coger el teléfono. No había reconocido el número y había pensado que sería algún comercial o un estafador intentando desplumarla. Bueno, en cierto modo lo era.

—Hola, señora mía, ¿cómo te encuentras? —le había dicho él.

—Bien, Will —había respondido ella, notando la sonrisa afectada en su propio tono de voz.

—Se me ha ocurrido llamarte para ver si habías transferido ya tu donación al fondo del centenario de la universidad. Todavía nos falta más de la mitad para tenerlo todo.

Lo había olvidado. Ése era pues el motivo de la llamada. No llamaba para interesarse por ella, sino para reclamar el dinero. Había descartado antes de tiempo la mezquina intención.

—Lo siento, Will. Lo haré hoy. Me ha encantado volver a oírte.

—A mí también me ha encantado oírte, tu voz no ha envejecido ni un solo día, Jude —le había dicho, y ella se había sentido más feliz que en muchas semanas.

—¿Dónde vives actualmente? —le había preguntado ella—. ¿Todavía estás en Clapham?

—No, me mudé en cuanto me jubilé. Vivo mi retiro bucólico en un pueblecito de Kent. Un retiro bucólico... En realidad este sitio está muerto, pero bueno...

—Parece que necesitas animarte un poco —le había dicho ella—. ¿Por qué no vienes a la ciudad y salimos a cenar juntos?

Will había dudado y Jude se había sentido ridícula por habérselo preguntado, pero antes de que ella pudiera poner alguna excusa él se había aclarado la garganta.

—Eso sería un verdadero lujo —había accedido Will.

Fijaron la fecha para el lunes siguiente en un lugar de Victoria que en otros tiempos había sido uno de sus preferidos.

—Será práctico para coger el tren —había indicado él.

«Hoy es la gran noche», se dijo a sí misma ante el espejo mientras se ponía los pendientes.

Fue la primera en llegar. Había salido de casa temprano, porque quería ir andando y tenía una cadera pachucha que no le permitía caminar con ligereza. Él apareció frente al escaparate de cristal unos minutos más tarde y miró hacia el interior.

«Dios mío, qué viejo estás», pensó en cuanto le vio la cara.

Él cruzó el restaurante hasta su mesa y se inclinó para besarla, luego la agarró por los hombros para poder contemplarla mejor.

—Sigues siendo guapísima, Jude —afirmó él.

—Y tú sigues teniendo la misma labia de siempre —respondió ella.

—Sí, pero ahora hablar es lo único que puedo hacer —bromeó él, y los dos se rieron.

Una vez roto el hielo, se dedicaron a galopar por varias décadas durante la ensalada tricolor que tomaron como entrante. Condensaron experiencias

vividas, se rieron a carcajada limpia con ciertos recuerdos y esquivaron en todo momento el motivo por el que llevaban casi veinte años sin verse.

Pero a media *melanzane alla parmigiana*, Will preguntó por Emma. Jude se había preguntado cuánto tardaría en aventurarse.

—Bueno —empezó él mientras el camarero les servía más vino—, ¿llegaste a recuperar el contacto con Emma?

—Pues sí. Hace unos cuantos años. Fue algo inesperado.

—Ya veo. ¿Y le van bien las cosas?

—Más o menos. Está casada con un tipo que podría ser su padre.

—Bueno —dijo él—. ¿Trabaja?

—Sí. Al final sentó la cabeza. Le costó un poco, pero fue a la universidad ya cumplidos los veinte. Es editora, trabaja desde casa. Sobre todo publican basura comercial, aunque lo hace bien.

—¿La ves mucho?

—Sí. Bueno, de vez en cuando. Le dije que había recuperado el contacto contigo.

—¿Sí? —Movi6 la mano con brusquedad y su tenedor escupió un poco de salsa de tomate que manchó el mantel. Will frotó la mancha con el dedo—. ¿Y qué dijo?

—No gran cosa —respondió Jude, recordando la expresión petrificada que se le había quedado a Emma.

—Bueno, debe de ser duro para ella. Probablemente se siente culpable de haberse entrometido en nuestra relación.

Will continuó masticando.

Jude sabía lo que Will estaba pensando. Que había intentado comprender los cambios de humor de Emma y su descenso al abismo de la angustia adolescente, pero algunos días había resultado imposible leer sus reacciones.

—Siempre decías que se le pasaría con el tiempo. Pero claro, se marchó antes de que llegara a crecer lo suficiente —dijo Jude, desarmada por el vino y la proximidad de Will.

Él levantó la mirada de repente.

—Will, a veces me pregunto qué habría ocurrido si nos hubiéramos casado entonces, tal como habíamos planeado —añadió Jude. No estaba segura de la

respuesta que esperaba recibir de él, pero ansiaba un atisbo de aquella intimidad que habían compartido. Por los viejos tiempos.

—Mmm... Yo también —dijo él.

Ella no lo creyó. Sólo le seguía la corriente.

Will levantó la mirada y ella intentó sonreír, pero no lo consiguió del todo.

Él extendió una mano manchada de salsa de tomate para dar unas palmaditas en la de Jude.

—Mira, fueron tiempos difíciles para todos —continuó—. Yo te quería, Jude, pero Emma lo estropeó todo.

—Hacía al menos seis o siete años que no vivía con nosotros cuando te marchaste —recordó Jude en voz baja.

—Bueno, supongo que el daño ya estaba hecho. Tenía que salir de allí —dijo él, limpiándose la mano con la servilleta.

—Sí —replicó ella. «Y dormir con alguien con sangre en las venas», pensó.

Seguramente no tomaría postre.

CAPÍTULO 57

Martes, 24 de abril de 2012

Emma

En realidad no quiero ir.

—Es una idea absurda —le dije a Harry cuando me llamó anoche para contarme que Toni, del instituto de Woolwich, se había puesto en contacto con ella. Pero no se dio por vencida, aquello había activado en ella la nostalgia.

Supongo que es algo propio de nuestra edad, pero no para de hablar sobre buscar a la gente del instituto en Facebook. Yo no los he buscado. Soy más bien una *trol*, me limito a leer las publicaciones para ver qué hacen. Tiendo a no desvelar mi presencia. No tengo nada que decir.

«Emma Massingham piensa que el bebé de Howard Street es suyo.»
Causaría sensación, ¿no?

Le dije a Harry que sólo la acompañaría a la discoteca si ella acudía al médico para someterse a una revisión. Sabía que me diría que no y que allí terminaría la discusión. Pero resulta que ha ido esta mañana.

Cuando Harry me llama a la hora de comer suena más contenta de lo que la he oído jamás.

—Es como si me hubieran quitado un enorme peso de encima, Emma. Creo que no era consciente de lo preocupada que estaba. Pero el médico está contento y resulta que no es más que un quiste. No me matará.

—¡Eso es genial! Me alegro muchísimo —exclamo yo.

—Bueno, pero ahora tienes que venir a la disco. Me lo prometiste —me dice, y yo reacciono con un quejido.

—No, de verdad. Será horroroso. Todas esas «chicas mayores» que se burlaban de nuestros terribles peinados hasta hacernos llorar —digo en mi defensa.

—Bueno, así tendrás la oportunidad de enfrentarte a ellas y reprocharles ese comportamiento abominable, ¿no? Puedes organizar una ceremonia de reconciliación. ¿Dónde está Desmond Tutu cuando se le necesita? —dice Harry para intentar persuadirme, y no puedo resistirme a su buen humor por más que lo intente.

—Sí, eso suena divertido. O podríamos bailar música penosa sin soltar el bolso, encaramadas a unos zapatos de tacón crueles.

—Así me gusta —afirma Harry—. Empieza a pensar en cómo irás vestida. Llámame mañana y lo concretamos.

—De acuerdo.

—Gracias por lo de hoy, Emma. Siempre fuiste más lista que yo.

Le cuento a Paul que iré a la reunión y sonrío. Sonrío de verdad, sin esa tensión retorcida en los labios que tiene últimamente.

—Genial. Te sentará bien salir un poco, pasas demasiado tiempo sentada frente al ordenador, siempre sola.

Quiero contarle que nunca estoy sola, pero no lo hago.

—Hablé con Jude el otro día —me dice, y levanta la mirada para observar mi reacción.

—¿Ah, sí? —Me sorprendo y no puedo disimularlo—. ¿Por qué? ¿Llamó mientras yo estaba fuera de casa o algo?

—Bueno, no. De hecho, la llamé yo.

—¿Que la llamaste? —repito.

—Estaba preocupado por ti —confiesa. Se arrepiente de habérmelo contado, se le nota en la cara—. Quería que me aconsejara.

—Bueno, pues ella es la última persona a la que yo habría recurrido —le

digo. ¿Qué le habrá contado? La idea recorre mi cerebro como un caballo desbocado—. ¿Y qué dijo?

—No demasiado, la verdad. Sólo que creía haberte alterado cuando estuvisteis hablando del pasado. El día que comisteis juntas. ¿Crees que tiene razón?

—Bueno —suspiro—, ya sabes que no me gusta nada mirar atrás, Paul. Y la relación con mi madre ha sido siempre muy difícil.

—Me dijo que tuvo que pedirte que te marcharas de casa —dice Paul, y me doy cuenta de que le ha estado dando vueltas al tema—. Nunca me lo habías contado.

Me siento a su lado en el sofá para que no pueda verme bien la cara.

—No me gusta hablar de ello, fue una época terrible. No te lo imaginas. De hecho, no creo que lo haya superado. Sólo tenía quince años.

—Oh, Emma, ¿cómo pudieron hacerte algo así? Todavía eras una niña —me dice mientras me aprieta afectuosamente la mano.

Pero yo vuelvo a alarmarme.

—¿«Pudieron»? —murmuro.

—Bueno, Jude me contó que su novio, Will, vivía con vosotras. Me parece que tampoco lo habías mencionado jamás. Tantos secretos no son buenos para ti, Emma. Quedarse tantas cosas dentro acaba siendo perjudicial.

Y me siento como si él estuviera viendo lo que tengo en la cabeza.

¿Se lo puedo contar todo? ¿Puedo? ¿Me odiará por lo que hice, ese acto tan terrible? Claro que me odiará.

—Tienes razón, cariño. Pero ahora ya lo sabes.

Vuelve mi cara hacia él con suavidad y me la agarra con las dos manos.

—Puedes contarme cualquier cosa, Emma, ya lo sabes.

Me inclino hacia él y le doy un beso. Para demostrarle que lo quiero. Y para que se calle.

CAPÍTULO 58

Sábado, 28 de abril de 2012

Kate

La noche de la fiesta, Kate llegó a Howard Street con una anticipación ridículamente exagerada. Sólo eran las siete, pero se había preparado demasiado rápido y no había querido someterse a los comentarios de sus hijos acerca de su vestido largo y ceñido a la altura de los muslos, y de su sombrero a lo Anita Ekberg.

Tampoco habría sido necesario. Freddie estaba en el cine con unos amigos y Jake se había quedado en el piso de arriba. Cada vez pasaba más y más tiempo navegando por internet en su habitación, planificando su viaje.

—He encontrado un proyecto en Phuket —había anunciado unos días antes.

—¿Es un proyecto relacionado con tomar el sol? —se había burlado su hermano pequeño—. Eso también sé hacerlo yo.

Kate se abstuvo de añadir comentarios y continuó poniendo la mesa.

—Has puesto los cuchillos y los tenedores al revés —le dijo Freddie mientras los cambiaba de lugar.

—Lo siento, tengo demasiadas cosas en la cabeza —se disculpó ella a la vez que le lanzaba una mirada llena de intención a Jake, que éste ignoró.

—De hecho, es sobre la conservación de costas —le contó Jake a Freddie.

—¿Y qué sabes tú acerca de ese tema, si estudiabas Derecho? —preguntó

Kate.

—Tengo certificados de secundaria en biología y geografía —respondió Jake—. Y creo que podría ser divertido.

—Bueno, lo más importante es que te diviertas... —murmuró Kate.

Sin embargo, Jake la oyó y acabó cenando solo en su cuarto. Steve subió para hablar con él en cuanto volvió del trabajo.

—Está un poco dolido por el desdén con el que has hablado de sus planes —le dijo luego a Kate.

—Vamos, hombre. Mimándolo y disfrazando el problema con palabras grandilocuentes no conseguirás ayudarlo. Tiene veintidós años y se acabará convirtiendo en un temporero de playa, Steve. Necesita algún estímulo.

Kate se alegraba de que su padre no estuviera vivo para ver cómo su nieto se excluía voluntariamente de la vida. Le habría dicho unas cuantas palabras bien elegidas a Jake. «Debe de estar revolviéndose en su tumba —pensó—. Lo siento, papá.»

—De acuerdo, Kate, dejémoslo por hoy, ¿vale? —dijo Steve—. Dice que bajará a ver el partido en la tele conmigo.

Ella se había quedado enfurruñada en la cocina mientras los chicos animaban y abucheaban a los futbolistas, y acabó derramando por los fogones una salsa de queso que estaba preparando para otro día, por lo que tuvo que tirarla a la basura.

La única persona que vio cómo iba vestida había sido Steve, porque ese día llegó a casa temprano, para variar. Habían pensado que cuando los chicos empezaran a ir a su aire podrían pasar más rato juntos y dedicar tiempo a las cosas que hacía la gente de su edad: ir al teatro, visitar vinotecas y hacer viajes exóticos. Sin embargo, los espacios en blanco de sus agendas (previamente ocupados por entrenamientos de fútbol, clases de natación y servicios de chófer para conciertos y citas) se abrían de forma seductora durante un instante fugaz antes de quedar ocupados por compromisos laborales que impedían los planes de ocio. Kate sabía lo importante que era para Steve su consulta en el hospital y nunca lo incordiaba. Además, no tenía motivos

para quejarse: su horario era absurdo. Por eso fue una sorpresa agradable oír que llegaba temprano esa noche.

Steve soltó un silbido de admiración nada más verla.

—¡Hala! ¿Tú te has visto? —exclamó.

—¿Qué pasa? Te lo conté anoche, voy a una fiesta en Woolwich. Estoy intentando encontrar a mujeres que puedan saber cómo es posible que Alice acabara en el vecindario.

—Sí, claro que me lo contaste. Lo siento, cariño. He tenido un día horrible. Todo han sido malas noticias. A la señora Telling se le ha extendido el cáncer cuando acababa de decirle que estaba remitiendo. Vaya mierda, es injusto.

—¡Oh, Steve! —exclamó ella, envolviéndolo entre sus brazos—. Es terrible. En comparación, mi día suena patético. Me he estado peleando con una historia para mañana sobre el Jubileo de Diamante de la reina. ¿A que no adivinas quién tocará en el concierto?

—No me lo digas. ¿Paul McCartney? —dijo, y los dos se echaron a reír al mismo tiempo.

—Por supuesto. Una gran ocasión como ésa no estaría completa sin el bueno de Paul —proclamó ella—. En cualquier caso, espero conseguir una noticia de verdad esta noche.

—Ajá... —dijo Steve, buscando en el frigorífico algo que le sirviera para aguantar hasta la cena—. ¿Hay más *brie*?

Estaba tendido en el sofá frente a la tele cuando ella salió del baño y le deseó buena suerte de ese modo tan distraído e irritante que utilizaba a veces cuando se trataba del trabajo de Kate.

—No es cuestión de suerte, Steve, sino de trabajar duro y con persistencia —dijo ella.

—Claro que sí. Es sólo que resulta difícil tomárselo muy en serio cuando implica emperifollarse para ir a una discoteca de los ochenta. Esa clase de cosas no ocurren en mi mundo...

Se refería a que su mundo, el departamento de Oncología del Hospital de Lewisham, era más real y, de algún modo, más importante.

Kate se mordió el labio y notó el sabor a fresa.

—Estoy investigando el secuestro y asesinato de un bebé, Steve. No creo que haya muchas cosas más serias que eso, ¿no?

—Vamos, Katie, siempre estás a la defensiva. Estás guapísima, por cierto.

—Vete a la mierda. No me comprarás con unos cuantos piropos —dijo ella antes de plantarle un beso contundente.

—Mmm.. Qué bueno, sabe igual que cuando eras joven. Asegúrate de ponerte más antes de meterte en la cama esta noche.

—¡Hasta luego! —gritó ella con un gesto pícaro antes de salir por la puerta, tambaleándose sobre unas plataformas de siete centímetros. Subió al coche enseguida para que la vecina de al lado, Bet, no la viera.

Una vez allí, tenía todavía una hora por delante. No le apetecía entrar en el pub vestida de los ochenta, por lo que optó por quedarse en el coche escuchando Radio 4.

Hablaban del calentamiento global y un inepto le pisaba la voz al entrevistador. Kate sonrió. Siempre constituía un reto controlar a la gente más cotorra durante una entrevista. A nadie le gustaba que le interrumpieran, y eso podía arruinar la atmósfera.

Ella había aprendido a silenciar a la gente con el lenguaje corporal: se inclinaba hacia delante para animarlos a hablar y hacia atrás para pararles los pies. No se lo había creído cuando un veterano le enseñó la técnica, pero luego se dio cuenta de que siempre funcionaba.

Perder el contacto visual y dejar el bolígrafo también era efectivo, aunque tal vez demasiado evidente. Los periodistas radiofónicos levantaban una mano para cortar una respuesta demasiado larga. Es interesante cómo interpretamos las señales.

Kate dio un respingo cuando Barbara Walker golpeó su ventanilla. La abrió, sonriendo por la sorpresa que se había llevado.

—Por el amor de Dios, me has dado un susto de muerte. Tenía la cabeza en otra parte.

La señora Walker negó con la cabeza.

—Lo siento, cielo. Te he visto ahí sentada desde la ventana y he pensado que tal vez te apetecería una taza de té. Es un poco triste que estés aquí sentada, sola.

—Me encantaría —dijo Kate, y salió del coche para erigirse por encima de su nueva amiga. La señora Walker la miró de arriba abajo y luego se miró las botas.

—Me encantan esas plataformas. ¿Dónde las has comprado?

—En una tienda de beneficencia —contestó Kate—. En el departamento de calzado histórico.

—Pues vamos, antes de que te caigas y te partas un tobillo —dijo la señora Walker riendo.

Le pidió a Kate que se pusiera el sombrero y diese un giro en el salón. El jaleo alteró a *Shorty*, que se puso a ladrar enseguida.

—Cállate —ordenó la señora Walker con un dedo frente a la nariz—. Sólo nos divertimos un poco. Bueno, ¿prefieres un Cinzano en lugar de un té? Así nos ponemos más *retro*.

—¿Tienes? ¿De verdad? No sabía que todavía se fabricara —dijo Kate, dejándose caer en un sillón—. Gracias, Barbara.

—No estoy segura de los años que tiene la botella, pero le añadiré un poco de limonada para darle algo de vidilla. Incluso puede que tenga hielo. Vamos, *Shorty*, aprovecharé para ponerte la comida.

Kate se puso cómoda y se masajeó los tobillos entumecidos para intentar que la sangre volviera a circular por ellos. «Sufriendo por el oficio», diría Steve si la viera.

Se rio en voz alta al ver que Barbara aparecía con una bandeja en la que había dos vasos altos, una botella de Cinzano cubierta de polvo, una lata de limonada y un cuenco lleno de cubitos de hielo. Mezcló las bebidas con grandes aspavientos y las dos mujeres brindaron y bebieron un sorbo.

—¡Hala!, me había olvidado del sabor que tenía esto. Gracias —dijo Kate—. ¿Qué hacías tú en los años ochenta, Barbara? John, el jefe de obra, me dijo que trabajaste como modelo.

—Bueno, a media jornada y sólo como aficionada. Pero hice alguna sesión de fotos para un amigo fotógrafo que trabajaba para una revista. En realidad era secretaria jurídica.

—¡Sesiones de fotos! Qué emocionante, seguro que conociste a gente muy interesante y oíste muchas historias —exclamó Kate antes de tomar otro sorbo.

—Sí —murmuró la mujer.

—Y seguro que te invitaban a muchas fiestas —dijo Kate, sonriendo con impaciencia. Le encantaban los chismorreos del mundo del espectáculo, aquella mezcla de lo glamuroso y lo fabulosamente mundano: Hollywood y las hemorroides.

—Muchísimas fiestas —comenzó a decir la señora Walker. Sin embargo, su sonrisa se fue apagando y empezó a recoger la bandeja.

—Dios mío, debes de haber visto muchas cosas —dijo Kate.

—La verdad es que no me acuerdo, cielo —replicó la señora Walker antes de levantarse y meterse en la cocina.

Kate se quedó sola, preguntándose qué había podido incomodarla en sus palabras.

Cuando Barbara volvió a aparecer, lo hizo con los labios pintados, una mancha roja que destacaba en su rostro.

—Te queda bien —observó Kate con una sonrisa.

—Sólo un poco de lápiz de labios. Levanta el ánimo, ¿no? —dijo la señora Walker, animada.

—Yo casi nunca me maquillo —explicó Kate—. Demasiado esfuerzo para que nadie lo note. Llegas a cierta edad en la que, ¡pum!, de repente te vuelves invisible. La gente mira a través de ti como si fueras invisible. Se sorprenden cuando te oyen hablar. Les pasa lo mismo a todas mis amigas.

—Podrías sacarle mucho partido a tu cara —dijo la señora Walker, alargando los brazos hacia Kate para apartarle los mechones rebeldes de la cara—. Tienes unos pómulos preciosos. Y esas bolsas de los ojos te las sacaría en un santiamén.

Las mujeres se miraron un momento.

—Voy a buscar mi maletín mágico —anunció la señora Walker antes de desaparecer por el pasillo.

El maletín era grande y estaba bastante ajado: las aventuras vividas habían descolorido la funda de vinilo rosa.

—Vamos, siéntate junto a la lámpara, donde tenga luz. Déjame que te vea bien —indicó la señora Walker.

Sacó las esponjas, manchadas para siempre del color naranja de los

famosos televisivos, y empezó a untarle la cara. Olían como si no las hubiese lavado, pero Kate intentó que no le importara.

—Bueno, y ahora mira hacia arriba mientras te pongo el lápiz de ojos — dijo la señora Walker, inclinándose por encima de Kate. Hablaba con seguridad, y su voz sonó en cierto modo más joven—. Tienes unos ojos preciosos, Kate. Tienes que aprovecharlos más. Ahora parpadea.

Kate obedeció e intentó disfrutar de todos esos mimos.

—¿Colorete? Sólo un poco, pero nunca viene mal un poco de rubor en las mejillas, ¿no?

—Dios mío, ¿te acuerdas de cuando solíamos ponérselo a paletadas, en los setenta? —se rio Kate—. Parecíamos Toro Sentado.

Barbara también se rio.

—Me encantaba esa moda. Los ojos ahumados y los labios rotundos. Tú puedes lucir una imagen más natural.

—Apuesto a que los hombres caían como moscas —le dijo Kate—. Me encantaría ver una foto tuya de esa época.

La señora Walker dudó un poco, con el lápiz de labios en la mano.

—De acuerdo. Tengo alguna por ahí guardada. Sécate los labios con este pañuelo mientras las busco.

Regresó con un puñado de fotografías de estudio en blanco y negro.

—¡Dios mío, estás imponente en estas fotos! —exclamó Kate, impresionada de verdad. Y luego se quedó callada. De golpe.

—Atraía miradas, eso es cierto —dijo Barbara con timidez.

Kate no dijo nada. No podía hablar. Continuó mirando las fotografías de Barbara. Era una de las mujeres con la mirada perdida de las *polaroids* de Al Soames. Reconoció el arco de las cejas, el pelo. Kate tomó otro sorbo de Cinzano. No sabía qué hacer ni qué decir. No podía soltárselo como si nada. ¿Debía de saberlo?

Barbara siguió charlando sobre la época en la que había sido modelo, riendo de sus recuerdos.

—Los hombres debían de caer a tus pies —afirmó Kate, intentando que la conversación continuara—. Me encantaría llevarme una para que pudiera verla el fotógrafo con el que trabajo. Quedaría impresionado. ¿Quién fue tu

conquista más famosa? ¿Mick Jagger?

La señora Walker se echó a reír.

—No seas boba —dijo—. No jugaba en su liga. Puedes llevarte una, si quieres.

—¿Entonces vivías aquí, Barbara? —preguntó Kate.

—En el número sesenta y tres, ya te lo dije. Alquilé una habitación con baño compartido. Era una casa bonita y grande. Una amiga del trabajo, Jude, también vivía allí.

—Ya veo. ¿Alguien más? ¿Ningún hombre? En la casa, quiero decir —añadió Kate.

—A Jude no le interesaban mucho los hombres. Decía que le acarreaban demasiados problemas. A ella le bastaba con su trabajo y su hija. Hasta que llegó Will... —Barbara se quedó callada.

—¿Sí? —musitó Kate, inclinándose hacia delante.

—Will Burnside —dijo, y a Kate le sorprendió la amargura con la que había pronunciado el nombre.

—¿Quién era? —preguntó—. No te caía especialmente bien, por lo que veo.

—No. Era un tipo horrible.

—¿Horrible? ¿En qué sentido?

—No era lo que parecía. Simplemente no me caía bien. Pero a Jude sí. Estaba absolutamente enamorada de él. Pero bueno, yo me mudé. Cambié de trabajo y empecé de nuevo.

—¿El número sesenta y tres era una de las casas de Al Soames? —preguntó Kate.

Y Barbara Walker cerró los ojos. Fue como si se hubiera encerrado en sí misma. Kate se echó más adelante todavía y le tocó el brazo, para recordarle que seguía allí. Barbara abrió los ojos de nuevo.

—¿Estás bien, Barbara?

La señora Walker intentó sonreír sin demasiado éxito.

—Lo siento, cielo. Los recuerdos, eso es todo. A veces te pillan con la guardia baja, ¿verdad?

—Pareces un poco insegura, Barbara —observó Kate.

—Sí —contestó Barbara Walker con la voz temblorosa—. ¿Sabes? La gente no es lo que parece. Los ves por la calle, o en una fiesta, y parecen personas normales, pero no lo son. A veces, no lo son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kate. En un momento había pasado de beber Cinzano con limonada a confesarse con zapatos de plataforma. ¿Quién se atrevía a afirmar que el periodismo era predecible? Kate decidió esperar.

—Sólo lo constataba —dijo la señora Walker, poniéndose a *Shorty* sobre el regazo.

—Pero te veo muy alterada. Creo que te referías a alguien en concreto, Barbara. ¿Tengo razón? Tal vez te sientas mejor si se lo cuentas a alguien.

«A mí, cuéntamelo a mí», pensó Kate, con los dedos y las piernas cruzadas. La señora Walker cerró los ojos una vez más, pero se le abrieron con un respingo al oír el súbito estruendo enlatado de la *Cabalgata de las valquirias* de Wagner.

—¡Joder! —exclamó Kate, revolviendo el pozo sin fondo que era su bolso—. Es mi teléfono. Lo siento, Barbara.

Tardó seis tonos en ubicar el teléfono, seis rondas de los primeros compases que acabaron con cualquier posibilidad de intimar.

—Hola, Mick —saludó cuando por fin consiguió responder—. Me pillas un poco... ocupada.

Pero Barbara ya estaba recogiendo los vasos.

—Será mejor que te vayas —le dijo—. Llegarás tarde a la fiesta.

CAPÍTULO 59

Sábado, 28 de abril de 2012

Kate

Cuando Kate llegó al coche, se encontró a Mick apoyado en él.

—Fíjate qué emperifollada que vas. ¿Cuánto cobras esta noche? —gritó Mick al ver que se acercaba.

—Cierra el pico. ¿Qué haces aquí, Mick? —le espetó ella.

—Me ha mandado la redacción gráfica. Para tomar fotos de no sé qué reunión a la que asistirás. ¿No te lo han dicho?

—No —respondió Kate—. Cualquiera diría que trabajamos en el sector de los medios de comunicación. Mira, no estoy segura de lo que podrás hacer. Es una especie de expedición de pesca. Asisto a la fiesta para buscar a gente que vivía por aquí cuando enterraron a Alice Irving. En realidad no habrá nada que fotografiar.

—Joder con la redacción. Era mi día libre. Nunca preguntan lo suficiente antes de mandar a alguien —se quejó Mick después de tirar la colilla del cigarrillo.

—Lo siento —se disculpó ella—. Pero mira, algo podrás hacer. Me han dado una foto y necesito sacar copias. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Sí, claro —respondió Mick, encogiéndose de hombros.

Kate empezaba a temblar de frío. Se había dejado el abrigo en el coche

para ir a casa de Barbara.

—Entremos en el coche —ordenó ella—. Te lo contaré mejor mientras entro en calor.

Le dio la fotografía de estudio en blanco y negro de Barbara y él la observó con detenimiento.

—Una cara preciosa. ¿Quién es?

Kate lo puso al día sobre Barbara, sobre el 63 de Howard Street y sobre Al Soames mientras él fumaba un cigarrillo tras otro, con cuidado de mantenerlo fuera del coche por la ventana del pasajero, como si con el gesto consiguiera alguna diferencia respecto a la niebla azulada que llenaba el vehículo.

—Y hay otras fotos —dijo ella.

—¿Otras? ¿Qué, más fotos de estudio?

—No, *polaroids* de mujeres inconscientes. Algunas, chicas muy jóvenes. Las encontré en el piso de Soames. Creo que Barbara podría ser una de ellas. No las tengo aquí, pero te las enseñaré mañana.

—Joder. ¿Se lo has dicho a Terry? —preguntó.

—Dame tiempo, Mick. Todo esto acaba de suceder. No esperaba conocer a una de las víctimas de Al Soames. Me estaban maquillando y al cabo de un minuto la historia llegó de sopetón. Sea como sea, quiero pensar en ello antes de contarlo en la redacción de noticias. Ya sabes cómo son: van a todo gas. No sé si Barbara sabe lo que le ocurrió. Podría destrozarla. Será necesario tratar el tema con muchísimo cuidado.

—Sí, tienes razón. Pobre mujer.

—Para empezar, tengo que encontrar al otro tipo de las fotos —dijo Kate, y deseó no haber dejado de fumar—. Vamos, vete —le ordenó, soplando el humo del tabaco y, de paso, la tentación—. Mañana hablaré con Terry. Esta noche no podemos hacer nada.

Mick sonrió.

—De acuerdo. Estaré en la oficina mañana si me necesitas —dijo antes de tirar el cigarrillo.

Una manada de divas de discoteca pasó de largo trotando, chillando y agarrándose unas a otras.

—¡Buenas noches, señoras! —gritó Mick cuando ya estaban de espaldas.

—Será mejor que me marche, me esperan —dijo Kate mientras cogía el sombrero de fieltro púrpura del asiento de atrás.

—Bueno, vale. ¿Puedo ir? Soy un *crack* en la pista de baile —comentó Mick, imitando las muecas de John Travolta y golpeando con la mano el retrovisor, soltando tacos.

—Ya lo veo, Mick. Pero ya tengo una cita. Mejor vuelve a casa y arruínale la noche a tu novia. ¿Cómo está la santa de Anna?

—Aguantando —respondió con una sonrisa, y le dio un golpecito con el dedo en el ala del sombrero antes de salir del coche. Ella esperó hasta que se hubo alejado y ajustó el retrovisor para comprobar qué cara tenía. Suficiente, aunque parecía cansada.

—Las emociones han llegado demasiado pronto —dijo en voz alta.

Se preguntó cómo debía de estar Barbara. Se había ofrecido para quedarse con ella un rato, pero la señora Walker la había echado de casa.

—Márchate —le había dicho—. Creo que necesito estar un rato con los ojos cerrados.

—Claro. Descansa. Pero te llamaré mañana por la mañana, Barbara —le había dicho Kate.

—Vamos —le habló a su reflejo. Joe no tardaría en llegar y terminarían pronto el trabajo. Sólo tenían que hablar con las amigas de Toni para ver si podían conseguir alguna pista sobre quién había traído a Alice al barrio—. Una hora, como mucho; y luego, a casa.

Joe entró en escena corriendo para demostrar que era consciente de lo tarde que llegaba.

—Con esa camisa te pareces a Donny Osmond —dijo ella al verlo jadeando junto al coche.

—El autobús se ha quedado atascado entre el tráfico y un borracho me ha llamado «maricón de mierda».

—No importa, yo también he tenido una tarde movidita. Pero ahora entraremos y nos camelaremos a todo el mundo. ¿Preparado?

Él asintió y enderezó la espalda.

La música estuvo a punto de arrebatarle el sombrero de la cabeza nada

más cruzar la puerta.

Gloria Gaynor cantaba a voz en grito *Never Can Say Goodbye* y el local de los escoltas estaba lleno de vestidos de tubo con lentejuelas y minifaldas que revelaban piernas que ya no eran aptas para esa prenda. «Oxfam ha tenido una buena semana», pensó Kate. Vio la cara de estupor de Joe y soltó una carcajada.

—¡El cielo de las madres! —le gritó a la oreja—. Tú acércate a la barra y habla con las mujeres que hay allí. Yo me encargaré de la pista de baile.

Kate se estaba sumergiendo en la multitud con los brazos en alto, en una especie de homenaje a los primeros compases de *Girls Just Wanna Have Fun*, cuando Toni se le acercó y la envolvió en un abrazo.

—¡Esto es genial! —gritó Kate—. ¡Has hecho un trabajo fantástico, Toni!

La dueña del pub levantó los dos pulgares frente a Kate y le chilló en la oreja que la siguiera.

Se abrieron paso entre la gente que bailaba, esquivando los brazos desenfrenados, y llegaron a una mesa que estaba cerca de la salida de emergencia.

Toni se encargó de las presentaciones, señalando y gritando los nombres.

—Éstas son Jill y Gemma —gritó. Las dos morenas asintieron frente a Kate sonriendo con sinceridad—. Y éstas son Sarah B. y Sarah S. Y Harry.

Kate saludó a todas. Harry levantó una ceja en un gesto de asombro al reconocerla.

—Kate es el motivo por el que estamos aquí —aulló Toni—. Fue ella quien me dio la idea. Vamos, éste es mi disco preferido. Quiero pasarme la noche bailando.

Cuatro de las mujeres se unieron a ella enseguida y Kate se quedó atrás con Harry.

Intentaron hablar, pero era imposible entenderse.

—¿En el lavabo?! —gritó Harry al fin, y las dos se encaminaron hacia allí.

—Mientras tanto, volviendo al club de juventud... —dijo Kate cuando llegaron al tradicional santuario adolescente y le cerraron la puerta en los morros a la música.

Harry la miró de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí? —siseó.

—Toni me invitó. Ya sabes por qué estoy aquí.

En ese instante, la puerta del cubículo se abrió de golpe y porrazo, a la vieja usanza, y apareció una mujer ataviada con un vestido azul precioso. Kate la observó con detenimiento.

CAPÍTULO 60

Sábado, 28 de abril de 2012

Emma

Harry y yo nos encontramos en la estación de Woolwich Dockyard, donde tomamos un taxi hasta el lugar de la reunión. Hace mucho tiempo que el local de los escoltas ha dejado de ser nuevo. Parece como si se inclinara hacia la izquierda para no caer al suelo, el tejado está cubierto de moho y la pintura de la fachada descascarillada.

—No puedo creer que siga en pie —dice Harry mientras paga al taxista, antes de salir del coche.

Ella ha optado por una imagen *glam-rock*, mientras que yo he escogido un estilo *New Romantic* después de haber rebuscado en una caja de ropa vieja del desván. He encontrado uno de los antiguos vestidos de Jude, uno de esos con mil botones: me queda holgado, mucho, aunque juraría habérmelo puesto ya en alguna ocasión. Le he pedido a Paul que me ayudara. Al terminar me ha dado un beso y me ha susurrado:

—Estás guapísima, Em. Ve y pásatelo en grande con las otras juerguistas.

—Gracias por ayudarme con los botones —le he agradecido mientras me ponía el abrigo y cogía las llaves—. No me esperes despierto. Llegaré tarde.

—De acuerdo, adiós —se ha despedido, encendiendo el televisor.

La discoteca está en su máximo esplendor y recibo la música como un

ladrillazo en la cabeza, por lo que no soy capaz de ver ni oír nada durante unos segundos. Harry me pellizca el brazo para llamarme la atención, con los ojos brillantes.

—¡Es como retroceder en el tiempo! —grita—. Pero esta vez podemos entrar de forma legal. ¿Bacardí con cola?

—No, Dubonnet y tónica de limón, o aquella sidra dulce tan horrible. Quiero poder notar el sabor cuando vuelva a casa.

Las dos estamos más animadas de lo que hemos estado en muchos años, tonteando como adolescentes.

Toni y su pandilla se reúnen a nuestro alrededor de inmediato, ansiosas por saber lo que hemos estado haciendo durante todos estos años.

Yo ya he decidido de antemano lo que contaré sobre mi vida. «Dulce y breve, Emma», me digo a mí misma. Intentemos reducir al mínimo la porquería y la degradación. No interesa la compasión. Ni los juicios de valor.

Y al parecer, todo va bien. Dejo que sea Harry la que hable. Bueno, en realidad lo intenta, pero es difícil hacerse oír por encima del clamor atronador de un centenar de voces cantando canciones de Wham, y las chicas están realmente embelesadas. No paran de tocarnos, como si fuéramos extraterrestres. Es realmente ridículo, pero supongo que si hubiera seguido viviendo aquí estaría haciendo lo mismo. Podría haber sido una de ellas. Una madre inquieta de mediana edad con un empleo sencillo en un supermercado e hijos que no la llaman.

Por fin conseguimos las bebidas, y cuando algunas de las chicas se levantan para bailar intento hablar con Harry, hasta que me doy cuenta de que no hay nada que hacer y acabo yendo al baño. A menudo me he preguntado por qué durante la adolescencia pasé tanto tiempo metida en lavabos públicos apestosos, pero lo veo todo más claro cuando entro y cierro la puerta. Era el único lugar en el que se podía oír algo.

Entro en uno de los cubículos, me agacho sobre el inodoro de tamaño infantil y me dedico a leer los mensajes obscenos garabateados a la altura de la cabeza.

Al parecer, una chica llamada Maz tiene cierto éxito entre las filas de las escoltas y ha ido tachando sus conquistas en la pared como un presidiario

tacha los días de su condena. Quizá lo es.

Me quedo con la información para contársela a Harry, pero cuando salgo del cubículo veo que también ha entrado en el baño, hablando con una mujer a la que no he visto jamás. Una mujer de nuestra edad, aunque no creo que fuera de nuestro instituto. Decido que la salvación de Maz tendrá que esperar.

La mujer es Kate Waters. Noto como si alguien me pegara un puñetazo en la barriga cuando Harry me la presenta. Oigo mi exclamación ahogada y la convierto en un ataque de tos para que no se dé cuenta, pero me mira fijamente como si me estuviera iluminando un foco. Espero a que me esponga. Sin embargo, sé que no sabe cómo me llamo realmente. La máscara que llevo puesta me parece endeble, noto cómo se cae por momentos. Pero ninguna reacción de Kate Waters indica que me haya reconocido. Intento no reaccionar cuando menciona a Alice Irving y decido desplazar la conversación a un lugar más seguro.

—Tiene que ser interesante ser periodista —me oigo decir. Dios mío, soy tan obvia. Debe de saberlo. Seguro que es capaz de ver a través de mi cuerpo, aunque si es así me está siguiendo el juego. En realidad es la monda: lo sabe todo sobre Malcolm Baker y Sarah S. a pesar de que acaba de conocernos. Toni debe de habérselo contado. Es curioso, es un poco como mis libros y yo: una experta instantánea en la vida de otras personas. En ocasiones es peligroso pensar que sabes demasiado, porque ¿quién conoce de verdad a otra persona? Se puede arañar la piel, pero nunca se llega a la carne de los demás.

Hasta el hueso.

CAPÍTULO 61

Sábado, 28 de abril de 2012

Kate

«Dios mío, está muy delgada —pensó Kate al verla—. Ojalá yo pudiera perder algo de peso.»

—Emma —dijo Harry—. No sabía que estabas aquí. Te estaba esperando en la mesa.

—Lo siento, tenía pis. Estas copas piden volver a salir enseguida.

—Hola, me llamo Kate.

—Hola. ¿Kate? No recuerdo a ninguna Kate en clase. ¿Ibas un curso por delante? ¿A la clase de Toni? —preguntó Emma.

—No, es periodista —comentó Harry—. Kate Waters.

—Estaba hablando con Toni sobre la noticia de Alice Irving, el bebé que encontraron en Howard Street, y me invitó a este reencuentro —explicó Kate.

La mujer reaccionó a la noticia evitando el contacto visual.

«Oculto algo —pensó Kate—. Pero ¿qué?»

—Tiene que ser interesante ser periodista —constató Emma.

Kate la miró y detectó la clásica técnica de distracción.

Había esperado un comentario o una pregunta sobre Alice, al fin y al cabo era lo más interesante que había dicho, ¿no? Toda la gente que vivía por la zona hablaba de lo mismo. No sobre el hecho de que ella fuera periodista.

—Pues... sí, me permite conocer a todo tipo de gente. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy editora de libros —dijo.

—Em trabaja redactando biografías de famosos —intervino Harry.

—¿Como negro literario? —preguntó Kate.

—No, el negro es otra persona. Yo me siento en mi habitación de invitados y me dedico a pulir las historias que otras personas escriben en su lugar.

—Entonces me temo que nos dedicamos más o menos a lo mismo — bromeó Kate con una sonrisa. Fue un poco forzado, pero decidió insistir con aquella charla informal—. Un trabajo fantástico, ¿no? ¿Has hecho alguno bueno?

Emma nombró a unos cuantos futbolistas de nivel y el proyecto en el que estaba trabajando en esos momentos, sobre una estrella del cine, y mientras tanto se dedicó a revolver su bolso en busca del maquillaje. Kate hizo todos los ruidos de rigor que indicaban que seguía la conversación.

—Debe de ser fascinante ver lo que hay tras la cara pública de esos personajes —dijo.

—Sí, es fascinante, aunque a veces da un poco de miedo —respondió Emma.

—¿Miedo?

—Bueno, saber cómo son realmente las personas y luego tener que describirlas como si fueran absolutamente diferentes, para que coincidan con la imagen pública que proyectan. Implica cierta responsabilidad cuando sospechas que alguien es un bruto violento, por ejemplo. ¿Mientes tú o mienten ellos?

—Dios mío, eso tiene que ser muy difícil. ¿Alguna vez has rechazado un encargo?

—No, necesito el dinero —se rio Emma. Fue una risa crispada.

—Debe de ser extraño ver todas estas caras conocidas desde hace tanto tiempo aquí reunidas —dijo Kate, cambiando de tema con rapidez.

—Sí, han pasado muchos años. Décadas.

—Entonces, ¿te marchaste del barrio hace tiempo?

—Bueno, físicamente no me marché muy lejos —respondió Emma,

intercambiando una mirada con Harry en el momento en que ésta salía de un cubículo, metiéndose la camiseta por dentro de los pantalones—. Nuestras vidas siguieron caminos distintos, supongo.

—¿Y cómo te sientes tanto tiempo después? —quiso saber Kate.

—Rara. Es como estar en un sueño —dijo Emma—. Miro a mi alrededor y veo caras que son casi conocidas. Me suenan, pero no acabo de ubicarlas. Luego me dicen cómo se llaman y quedan enfocadas de nuevo. ¿Sabes a qué me refiero?

Kate asintió, encantada con la descripción.

—Harry me ha convencido para que viniera. Tiene demasiada influencia sobre mí. ¿Verdad?

Harry le dedicó una sonrisa a su amiga.

—Te sienta bien salir. Y esto es fantástico —celebró.

—Me pregunto si ha venido Malcolm —soltó Kate, con una sonrisa malévola.

Las otras dos mujeres se echaron a reír.

—Apuesto a que lleva tupé y un medallón dorado que pone «fuera de mercado» —dijo Harry.

—Y que tiene una amante y se ha comprado una Harley por la crisis de la mediana edad —remató Emma.

—Vamos a ver si lo encontramos. Nos volvemos a encontrar aquí dentro de media hora, a ver qué descubrimos.

Kate abrió la puerta para volver a entrar en la fiesta y se despidió de ellas.

—Nos vemos luego. Que vaya bien la caza.

CAPÍTULO 62

Sábado, 28 de abril de 2012

Kate

Recorrió la sala con calma y se dirigió hacia la barra, para ver cómo le iba a Joe.

Estaba apoyado en el pegajoso mostrador, inmerso en la mímica de la conversación que mantenía con la camarera, una mujer con hombreras y toneladas de laca.

—Limonada, por favor —pidió Kate, señalando una botella detrás de la barra.

—Hola, Kate —dijo Joe, aparentemente satisfecho. Ella señaló la salida y recogió el vaso de plástico antes de tomar la delantera.

—¿Cómo te va? —le preguntó cuando se hubieron sentado en un muro bajo, frente al local.

—Muy bien, gracias. He ido diciendo que era tu hijo.

Kate levantó una ceja.

—Bien pensado —admitió—. ¿Y?

—Rita, la de la barra, me ha estado poniendo al día de todos los chismorreos.

—¿Y has conseguido algo?

—Un montón de información sobre Harry. Al parecer, es la comidilla de

todas con diferencia. Es la primera vez que se deja ver desde que no era más que una chica alborotadora y desaliñada. No pueden creer que le hayan ido tan bien las cosas.

—Yo he estado charlando con ella en el baño. Al principio ha sido un poco incómodo, pero luego se ha relajado. ¿Qué me dices del bebé? ¿Algún rumor?

—No, nada de nada. Ni embarazos de final repentino, ni aventuras de mujeres casadas, ni rumores, ni nada. Es un absoluto misterio, según Rita. Le he preguntado por la casa en la que vivió Barbara Walker, el número sesenta y tres. Me ha dicho que recordaba que también vivía con ella una abogada. Una mujer muy inteligente que se llamaba Jude.

—Judith Massingham, la compañera de piso de Barbara —agregó Kate.

—Y una hija —añadió Joe.

—Sí. Barbara dijo que había una hija. Pero no aparecía en el registro electoral. ¿Qué te ha dicho Rita al respecto? ¿La conocía?

—Uy, sí. Rita y ella iban al mismo instituto. Está aquí esta noche, se llama Emma.

Kate le agarró el brazo.

—¿Emma? Creo que acabo de conocerla. Eres un pequeño genio, Joe. Te daría un beso, pero podría considerarse acoso sexual.

Joe sonrió complacido. No estaba muy seguro de lo que había hecho bien, aunque no importaba. Lo había hecho bien. Se lo había dicho la jefa.

Kate se dejó el vaso de plástico en el muro y fue hacia la puerta.

—¡Voy al baño! —gritó por encima del hombro—. Nos vemos luego.

Harry y Emma ya estaban dentro, retocándose los labios ante el espejo sucio.

—¿Y bien? —dijo Kate—. ¿Millonario o vagabundo?

Los reflejos de las dos mujeres la miraron y sonrieron.

—Calvo, barriga cervecera y cinco hijos —anunció Harry.

—Se lo merece, por haberte roto el corazón, Harry —añadió Emma.

—¿Se casó con Sarah S.? —preguntó Kate.

—Joder, conoces todos nuestros secretos —dijo Emma.

—Bueno, unos cuantos —apuntó Kate antes de sacar el lápiz de labios del

bolso.

CAPÍTULO 63

Sábado, 28 de abril de 2012

Emma

Salimos de nuevo hacia la pista de baile, como solíamos hacer, Harry delante y yo siguiéndola, brincando de emoción, cuando Kate me da unos golpecitos en el hombro.

—¿Podemos hablar un momento, Emma? —me grita al oído. Su voz suena nerviosa y me pregunto si ha adivinado quién soy en realidad—. ¿Salimos fuera? —me dice, y la acompaño en lugar de perseguir a Harry. Vamos hacia la puerta, más allá de la mesa de formica roja en la que hemos recogido los rótulos para los nombres, que ahora está llena hasta los topes de vasos de plástico.

Nos sentamos en el muro de delante, contemplando a los fumadores que saludan a los coches que pasan mientras recuperamos el sentido del oído.

—Es una fiesta fantástica —dice Kate—. Debe de ser como en los viejos tiempos.

—Sí. Resulta extraño ver que nos hemos reunido todas en el local al cabo de los años, ahora que somos adultas. Parece una de las obras de Dennis Potter, aquella en la que los actores adultos interpretan a niños.

—*Blue Remembered Hills* —dice Kate. Ella también la ha visto—. Era una obra realmente sombría —añade—. Uno de los niños moría.

Nos quedamos sentadas en silencio. Yo pienso en el bebé, me llevo una mano al estómago y tengo la sensación de que Kate puede leer mis pensamientos, porque empieza a hablar sobre Alice Irving.

—La encontraron en esta misma calle, en el jardín interior de la casa en la que tú vivías, Emma. ¿Has leído las noticias y los reportajes que he publicado en el periódico?

—Sí —respondo—. Los he visto.

—Estoy intentando descubrir qué es lo que le ocurrió a Alice —me dice—. La policía cree que debieron de enterrarla cuando vivías con tu madre en esa finca.

—No me lo creo. Y hablé con mi madre sobre el tema. Ella tampoco se lo cree.

—Bueno, pues sucedió. —Y se vuelve para sentarse de lado, para poder verme bien—. ¿Qué te parecía vivir aquí? ¿Cuántos años tenías? Debías de tener trece o catorce años, a principios de los ochenta.

Asiento.

—¿Te acuerdas de esos días? —insiste—. Tenía que ser duro vivir en una casa compartida a esa edad, justo cuando necesitas un poco de intimidad, ¿no? Vivías con tu madre y con Barbara Walker. Con tanta gente debía de ser difícil guardar un secreto.

—Te sorprenderías —digo. No pretendía decirlo en voz alta, pero el comentario ha salido solo.

—¿A qué te refieres? —pregunta—. Yo solía esconder los libros que todas leíamos en secreto en el instituto. *Los insaciables*, creo recordar. ¿Qué clase de cosas solías esconder tú?

Es como si ya lo supiera.

No sé qué decir sin traicionarme.

—Emma, entre la gente a la que conocías, ¿crees que alguien podría tener algo que ver con el bebé enterrado? —pregunta, y su voz suena amable e hipnótica. Me invita a hablar.

La palabra «bebé» rebota dentro de mi cabeza. Bebé, bebé, bebé.

—No quiero hablar sobre ello —le digo—. Me deprime demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Al bebé —respondo.

—¿Alice?

—No. A mi bebé —le digo. Empiezo a mecarme ligeramente sobre el muro. Intento calmarme como solía hacer mi madre.

—¿Tu bebé? —pregunta Kate—. ¿Qué quieres decir?

Creo que en el fondo estaba deseando que me lo preguntara. Quiero escupirlo de una vez.

Ella podría ser mi hoja de afeitar.

—Me quedé embarazada a los catorce años —confieso.

—¡Dios mío, si no eras más que una chiquilla! —exclama, y me agarra de la mano como si me estuviera absolviendo. Pensaba que cuando por fin confesara habría gritos y reproches, pero el mundo no deja de dar vueltas.

Todavía estamos sentadas en el muro y los fumadores siguen saludando a los conductores.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio donde podamos hablar con tranquilidad? —me propone—. Debes de estar cogiendo frío. El Royal Oak está a la vuelta de la esquina.

Niego con la cabeza. Pensar en otras personas me resulta insoportable.

—¿Qué te parece si nos sentamos en mi coche? —sugiere Kate como si lo comprendiera, aunque también es posible que lo comprenda realmente. No sé por qué, pero debo confiar en ella.

Ya en el coche, empieza con preguntas generales, como si lo sabía alguien más.

—¿Jude o Barbara se enteraron? ¿Cómo conseguiste mantenerlo en secreto? Debías de tener mucho miedo.

No me juzga lo más mínimo con el tono de voz, sólo siento empatía. No me pide que deje de hablar de ello, como Harry. No cree que estoy loca.

Quiero contárselo todo sobre las mentiras que dije y sobre cómo oculté mi embarazo con jerséis amplios, y sé que me escuchará.

CAPÍTULO 64

Sábado, 28 de abril de 2012

Emma

—Al principio no me lo podía creer. No paraba de pensar que no podía haberme quedado embarazada a la primera. Me repetía a mí misma que el período era muy irregular debido a la edad, que lo advertían en todos los consultorios sentimentales de las revistas. Que debía de haber contado mal las semanas, que si estaba engordando era porque comía demasiados dulces. Intenté convencerme de que las palpitaciones que notaba en la barriga eran debidas a la ansiedad que me provocaban los exámenes. Sin embargo, mi cuerpo contaba una historia completamente distinta.

—Oh, Emma —suspira Kate, ladeando la cabeza.

—Cuando empezaron las náuseas, pensé que me había intoxicado, que debía de haber comido algo en mal estado. A mi madre le había ocurrido en una ocasión, y yo la cuidé hasta que se curó. Sin embargo, yo no mejoraba y me levantaba casi cada mañana con arcadas. Tenía que abrir los grifos del baño para que nadie me oyera vomitar y rociaba mi cuarto con desodorante para que nadie pudiera oler mi desgracia.

Me vuelvo hacia Kate. Quiero que quede claro que no me comporté como una tonta. Era un poco ingenua respecto a los chicos y el sexo, pero no una estúpida.

—Sé que parece increíble, sobre todo hoy en día, que el sexo está por todas partes. Pero a pesar de saber lo que ocurría pensé que podría librarme de ello. No me planteé abortar ni recurrir a métodos expeditivos. Eso habría implicado admitir que lo que sucedía era real.

»Me sentía capaz de detenerlo sólo con el poder de la mente. Creía que “me curaría”, como si no fuera más que una enfermedad. Ni siquiera calculé cuándo tenía que nacer el bebé. Y es que estaba convencida de que no llegaría a suceder.

Kate cambia de posición a mi lado, hurga en su bolso en busca de un pañuelo de papel y me lo ofrece. Ni siquiera me he dado cuenta de que estoy llorando.

—Pero, Emma, ¿cómo es posible que nadie viera lo que sucedía? Debía de ser más que evidente.

—Bueno, pues resulta que nadie se enteró. Me aseguré de que así fuera. Llevaba una doble vida: una dedicada a los estudios y otra a los problemas. Pero no podía durar mucho. La verdad llamaba a la puerta con insistencia, pidiendo que la reconocieran, como una pulsión reprimida. Supongo que fue una especie de demencia.

—Debiste de estar preocupadísima. Y encima a esa edad. ¿Cómo conseguiste sobrellevarlo?

—Ahora no lo sé. En cualquier caso, fue entonces cuando surgió el miedo, esa sensación abrumadora de que está a punto de acabarse el mundo.

—Pero ¿qué me dices del momento en que el embarazo empezó a ser visible? —dice Kate.

—Ésa fue la peor parte. No soportaba verme en el espejo. Cada vez tenía la barriga más grande, no paraba de crecer. Me la envolvía con bufandas a modo de faja y me ponía jerséis amplios. Me encerraba en mi habitación, me alejaba de mis amigas y de la familia con la excusa de que necesitaba mi propio espacio. Me aterrorizaba la posibilidad de que se percataran y llegaran a saberlo. De perfil, estaba segura de que se notaba. Por eso me obsesioné con ponerme siempre de frente cuando hablaba con mi madre, y también dejé de abrazarla. Me daba cuenta de lo mucho que le dolía que la rechazara, pero no podía correr ese riesgo.

Ahora que he empezado, ya no puedo parar de hablar, y le cuento a Kate que comía en mi habitación, en el piso de arriba.

—Jude se lo tomaba muy mal, pero su novio, Will, le aconsejaba que me dejara en paz. Se alegraba de perderme de vista. A medida que me crecía la barriga, empecé a aumentar las raciones que me servía en el plato, que luego terminaban en la basura. Fue la mejor manera que se me ocurrió de justificar el aumento de peso. Desarrollé muchos recursos, mi cerebro detectaba los peligros al instante. Casi me siento orgullosa de cómo reaccioné. Si alguna asignatura del instituto hubiera consistido en engañar, sin duda alguna habría sacado un sobresaliente.

Kate asiente sin quitarme los ojos de encima ni un segundo. Sé que quiere hacerme más preguntas acerca de cómo me quedé embarazada y de lo que le ocurrió al bebé, pero son demasiadas cosas para contarlo todo de una vez. Tengo que ir soltándolo poco a poco si no quiero desbordarme y ahogarme. Me mareo, tengo la sensación de que la cabeza me va a estallar.

—¿Qué ocurrió cuando llegó el momento del parto, Emma? Eso sí que no podías ocultarlo.

—No, fue una verdadera pesadilla. Pero al menos ocurrió mientras estaba sola. El nacimiento en sí sucedió muy deprisa. Llevaba más o menos un día con dolores de espalda, luego mojé los pantalones y la barriga se me puso rígida. Era mi cuerpo, pero al mismo tiempo no lo era, no sé si entiendes lo que quiero decir. Simplemente se descontrolaba y cuando notaba el dolor, cada vez más intenso, me agarraba al borde de la bañera y gritaba hasta desgañitarme. Creí que iba a morir. Recuerdo haber llamado a mi madre aun sabiendo que no estaba en casa, que estaba sola, que tenía que estar sola. Que nadie podía llegar a enterarse.

Kate me agarra la mano como yo me agarraba a la bañera. Y los recuerdos que habían quedado sepultados en lo más hondo de mí me asaltan en tropel, golpeando la puerta con insistencia para que los deje entrar.

Me veo como si me estuviera contemplando desde una ventana. Cuando aquello salió de mi vientre, viscoso y humeante en aquel baño tan frío, me quedé tendida a su lado, sobre el charco de sangre que había dejado en el suelo de linóleo, y fui consciente de lo rápido que se enfrió.

No fue como explicaban en los folletos. Mientras otras chicas del instituto leían libros eróticos en secreto, yo devoraba todo lo que podía sobre placentas y cordones umbilicales en la sala de espera del hospital. Me entraban ganas de vomitar con sólo leerlos, pero de todos modos no me dejé ni uno. Por si acaso.

Usé las tijeras del botiquín para cortar el cordón umbilical y envolví al bebé y todo lo demás que salió de mí en un ejemplar del *Sunday Times* que encontré en la caja que teníamos junto a la puerta de casa. Abrí los grifos de la bañera y me sumergí en el agua tibia, observando los hilillos de sangre que flotaban a mi alrededor.

—Lo que más recuerdo es el silencio que quedó después de tanto gritar —le digo a Kate—. Tuve suerte de que Jude y Will estuvieran trabajando. Tuve que enfrentarme sola a aquello. No recuerdo haberlo hecho, pero estoy segura de que lo miré. Fue como cuando aparece una escena terrorífica en televisión, te tapas los ojos y la acabas viendo entre los dedos, para no percibir el horror en toda su magnitud. No recuerdo su rostro. Ni siquiera sé si era niño o niña.

—Dios mío, ¿es la primera vez que se lo cuentas a alguien?

—Sí —reconozco—. Intenté decírselo a Harry en una ocasión, pero no comprendía lo que le decía. Y no podía contárselo a nadie más. Hice algo terrible, ¿sabes?

—¿Pero qué hiciste, Emma? —pregunta con un tono de voz afable—. ¿Le hiciste algo al bebé?

—Lo enterré —confieso.

CAPÍTULO 65

Sábado, 28 de abril de 2012

Emma

Kate para de hablar en el momento en que confieso haber enterrado al bebé. Puedo oír mi propia voz como si fuera la de otra persona, contándole que enterrarlo fue de lo más sencillo.

—Fue como cuando tenía nueve años y enterré a un conejo que había sido mi mascota. Lo envolví en papel de periódico y luego lo puse todo en una bolsa de plástico, para que no se viera qué era. Cavé un hoyo en el jardín, lo metí dentro y volví a taparlo con tierra. Sólo tardé unos minutos en hacerlo desaparecer. Arrastré la gran maceta en la que mi madre había plantado narcisos, la puse encima y regresé a casa.

Recuerdo haber pensado que sólo me faltaba tirar la toalla manchada de sangre que había utilizado para que todo quedase como si nada hubiera ocurrido. Como si bastara con eso para volver a la normalidad. Era muy joven. No me daba cuenta de que nada volvería a ser normal. Recuerdo que me puse la mano en la barriga y tuve la sensación de estar tocando un globo blando y arrugado tras una fiesta de cumpleaños. Retorcí la piel flácida a través del jersey para comprobar que seguía siendo yo, para notar algo. Lo que fuera.

—Por estúpido que pueda parecer, había creído que el peligro

desaparecería en cuanto hubiera dado a luz —le cuento a la periodista—. Lo había planeado todo. Casi me entran ganas de reír cuando pienso en lo ingenua que fui. Pero claro, estaba sola. Cuando por fin asumí que llegaría un bebé, decidí que lo abandonaría en la maternidad para que alguna enfermera lo encontrara y lo cuidase. Lo había visto en las noticias: las enfermeras elegían el nombre de los bebés abandonados según la época del año, el nombre del policía que los había encontrado o cosas por el estilo, y siempre aparecían abrazándolos cariñosamente. Luego había familias que los adoptaban y el público veía que todo terminaba bien. Siempre había un final feliz.

»Intentaba visualizar mi vida como si fuera la de una heroína de novela. Todo quedaba arreglado, sin cabos sueltos. Estaba convencida de que sería sencillo. Que el bebé sería como los de las ilustraciones de los folletos. Pensaba envolverlo con una manta de color blanco que había comprado en Boots sin que nadie lo supiera, dejarlo con cuidado en el lavabo de la maternidad y marcharme. Siempre hay gente entrando y saliendo de los lavabos, no tardarían ni cinco minutos en encontrarlo. Pero al final no hizo falta nada de eso. Me limité a envolverlo con papel de periódico y a meterlo en la bolsa de plástico que me habían dado en Boots.

—¡Oh, Emma! —exclama Kate—. ¿Y te has callado todo esto hasta ahora? ¿Hasta que encontraron el cadáver de Alice?

—¡Es mi bebé! ¡El que enterré en el jardín! —me oigo gritar—. ¡Mi bebé!

Veo que Kate está temblando y se agarra al volante para apoyarse en algo. La estoy asustando y me estoy asustando a mí misma. Parezco una loca, será mejor que lo dejemos aquí.

—Tengo que volver a casa, Kate. Y decirle a Harry dónde estoy. Debe de estar de los nervios —le digo.

Kate se ha quedado pálida, y me habla como si yo fuera una paciente en el hospital, en voz baja, poco a poco, intentando tranquilizarme.

—Te llevo a casa, Emma. Debes de estar cansada y tienes los sentimientos demasiado a flor de piel para pensar con claridad. Necesitas tiempo para ordenar tus pensamientos.

Todo suena muy consolador y muy normal. Ordenar tus pensamientos. Eso es lo que debería hacer. Es lo mismo que dice Paul cuando le preocupa algo.

Pero yo no necesito ordenar los míos, llevan ahí muchos años.

Cuando volvemos a entrar, Harry está de pie en una silla, buscándome por la pista de baile con las manos entrelazadas, en una pose de clara inquietud.

—¿Dónde demonios te habías metido?! —me grita nada más verme—. ¿Por qué te has esfumado de repente? Llevo media hora buscándote.

Pero se queda callada en cuanto me ve la cara. Debo de tener un aspecto horrible, porque me agarra por el brazo y me lleva afuera de nuevo.

—¿Qué te ha sucedido, Emma? —me susurra—. ¿Dónde estabas?

—He estado hablando con Kate, nada más. Siento haberte preocupado —le digo, intentando que mi voz suene serena.

—¿Sobre qué? ¿Sobre qué habéis estado hablando? —me pregunta.

—Eso ahora no importa. Estoy un poco cansada, Harry. Me voy a casa. Kate me llevará en su coche.

Harry vuelve la mirada hacia Kate, que está cerca del coche, hablando con un chico joven al que le da dinero para un taxi.

—¿La has molestado?! —grita Harry, y el chico se asusta, porque parece que lo esté acusando a él.

—No, no me ha molestado, Harry —le digo, y sólo quiero que se acabe todo de una vez, no puedo afrontar más emociones—. Todo ha sido bastante intenso esta noche. Al ver a toda esta gente me han venido a la cabeza muchos recuerdos, y no todos buenos.

Harry me da un apretón afectuoso en un brazo.

—Lo siento, Emma. No debería haberte obligado a venir. Vamos, te acompaño a casa.

Niego con la cabeza antes de responder.

—Tranquila, estoy bien.

Los hilos de la historia todavía me rondan por la cabeza y me siento incapaz de compartírlas con nadie, ni siquiera con mi mejor amiga. Harry se enfadaría conmigo y luego tendría que ocuparme de sus emociones además de las mías. No comprendería que haya preferido contarle mis secretos a una desconocida, pero el caso es que Kate ha conseguido que me sintiera segura. Casi anónima.

—¿Te llamo por la mañana! —me grita mientras me marcho, y me saluda

con la mano, algo abatida.

El camino a casa es largo y serpenteamos un buen rato por calles oscuras antes de quedar deslumbradas por las luces de la autovía.

No hablamos mucho durante el trayecto. Le doy indicaciones: aquí, a la izquierda; sigue recto después de la rotonda. Pero tanto Kate como yo estamos absortas, cada una en su propio mundo. Yo reviviendo la vergüenza. Y hechizada por el miedo.

Cuando entro en casa, todas las luces están apagadas. Paul no ha dejado encendida la del vestíbulo. Me quedo quieta a oscuras un rato, incapaz de poner un pie delante del otro, sobrepasada por los pensamientos que se agolpan en mi cabeza.

—Emma, ¿estás bien? ¿Qué haces ahí abajo? —pregunta Paul con la voz adormilada.

—Nada. Sólo me quitaba el abrigo —respondo—. Sigue durmiendo.

Enciendo la luz y me veo obligada a entrecerrar los ojos para protegerlos del resplandor. Vuelvo a abrirlos poco a poco, comprobando si me deslumbra. Todo está como lo he dejado cuando me he marchado a última hora de la tarde: la chaqueta de Paul torcida en un colgador, el correo por abrir encima de la mesa, mis zapatos alineados junto al felpudo. Y, sin embargo, todo ha cambiado.

Lo he contado. La policía no tardará en venir. Necesito tiempo para pensar. Para planear lo que haré.

Me siento como uno de esos antílopes que andan con sigilo por la orilla de un río mientras los cocodrilos los esperan con las mandíbulas tensas. Pienso en huir. En esconderme. Pero consigo controlarme. «¿A tu edad? —pienso—. No seas ridícula.» Ha llegado el momento de afrontar la realidad.

Lo planeo como una adulta. No pienso dejar las cosas como están.

CAPÍTULO 66

Sábado, 28 de abril de 2012

Kate

Durante el camino de vuelta, a Kate se le fue el santo al cielo y pasó de largo la salida que debía tomar para llegar a casa. Tardó veinte minutos en darse cuenta, cuando las luces de neón dejaron paso a un paisaje más frondoso.

—¡Mierda! —le gritó a la carretera que tenía delante. Se detuvo en un área de descanso, aunque ni siquiera soltó el volante. Se miró los nudillos, pálidos por la tensión, y tuvo la sensación de que eran de otra persona.

Kate todavía veía el rostro de Emma, conmocionado en la oscuridad del coche, esos labios tropezando con las palabras mientras contaba lo que le había sucedido.

«Cuando ha gritado que era su bebé...», pensó Kate. Se había asustado de verdad. El dolor que había notado en su voz era real, pero ¿lo que le había contado también?

Los periodistas a menudo eran la primera opción para la gente que deliraba o que quería llamar la atención, para la gente triste que aspira a aparecer en las noticias a cualquier precio.

Kate sintió un escalofrío. Tenía la cabeza dispersa, no paraba de debatirse entre las preguntas y las respuestas, buscando algo que debía de haberse perdido.

—¿Dos bebés? Joder, ¿dos bebés? No puede ser —dijo en voz alta—. ¿Qué demonios hago ahora?

Todo estaba sucediendo muy rápido. Tenía la sensación de estar perdiendo el control de la situación. De la noticia.

Cuando Kate había leído por primera vez aquel recorte diminuto sobre el cadáver del bebé, había tenido la esperanza de poder escribir un artículo conmovedor acerca de un bebé olvidado y la tragedia personal que se escondía detrás de su muerte. Una lectura de sábado, había pensado. Una oportunidad de huir de la rutina de la edición digital. Pero removiendo la superficie habían aflorado un montón de secretos inesperados.

Tendría que estar entusiasmada por haber dado con una historia tan espectacular. Sin embargo, se sentía atrapada en aquel torrente de información.

Kate sabía que custodiaba varios secretos: el hecho de que drogaran y posiblemente agredieran sexualmente a Barbara Walker, el embarazo adolescente de Emma Massingham y el adulterio de Nick Irving. Le habían confiado aquellas historias ocultas porque ella había formulado las preguntas adecuadas, pero ¿qué podía contar? En realidad, ¿podía contar algo?

Sabía lo que tenía que hacer: llamar a Terry y ponerlo al día, pero eso implicaba renunciar al mínimo control que continuaba teniendo sobre la noticia. Se la arrebatarían, la diseccionarían, la debatirían y la maltratarían, y lo harían personas que ni siquiera conocían a Barbara, a Angela o a Emma.

Le parecía estar oyendo a un antiguo jefe diciéndole: «En eso consiste el periodismo, Kate. Se trata de contar la historia, y no de actuar como una madre. Tienes que distanciarte».

Sin embargo, era necesario acercarse para conseguir la historia completa. Los colegas que impartían clases sobre medios de comunicación a chavales como Joe Jackson se pasaban el día hablando de la objetividad y el equilibrio, pero ya le gustaría a ella verlos sentados frente a la víctima de una violación o con la madre de una niña que ha sufrido abusos sin que eso los afectara. Sin empatía, sin sentir el dolor ajeno, ¿cómo era posible contar una historia de esa clase y capturar la verdad de la situación?

El problema llegaba cuando no podías desprenderte de los sentimientos y ponerte a escribir.

Necesitaba tiempo. Necesitaba una voz adulta que le dijera que todo iría bien. «Necesito a papá —pensó, y casi se echó a reír—. Recupera la compostura, por el amor de Dios.»

Llamó al móvil de su marido y cruzó los dedos para que todavía estuviera despierto. Steve respondió al instante.

—Hola, Katie —dijo—. ¿Todo bien?

Ella se echó a llorar de inmediato. No había previsto esa reacción, pero nada más oír la voz de Steve soltó todas las emociones que había estado reteniendo durante el día.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —preguntó él, cada vez más alarmado. Kate nunca lloraba.

—Sí, estoy bien. Lo siento, cariño, es sólo que he tenido un día terriblemente estresante y me he alegrado de oír tu voz.

—¿Te has alegrado tanto como para echarte a llorar? —se rio Steve—. Creo que produzco ese efecto en demasiada gente.

Kate se calmó, le contó lo que había ocurrido y escuchó con atención la reacción de su marido, atenta al más mínimo indicio de reprobación. Necesitaba que le confirmara que no había ido demasiado lejos.

—Tienes que hablar con la policía, Katie —le recomendó—. Esta investigación va mucho más allá de lo que te corresponde como periodista.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón.

—De acuerdo —repuso ella—. Lo haré enseguida.

Echó un vistazo a la pantalla del tablero de mandos. Era casi medianoche. ¿Podía llamar a Bob Sparkes? Eileen la mataría. Marcó el número y contuvo el aliento.

Lo cogió tras el segundo tono de llamada, como buen policía que era. Su voz sonó emborronada por el sueño:

—Inspector Sparkes, ¿diga?

Recuperó los sentidos de inmediato al oír la voz de Kate y habló un momento tapando el micrófono con la mano.

—Es trabajo, cariño. Voy abajo. —Eileen ya no era un problema—. Kate, es medianoche —se quejó mientras bajaba las escaleras—. Más te vale que sea importante.

—Lo es, Bob. Siento llamarte tan tarde, pero tenía que hablar contigo cuanto antes.

—Soy todo oídos —dijo él.

—Una mujer acaba de confesarme que tuvo un bebé a los quince años, en 1985, sin que nadie se enterara, que consiguió ocultar el embarazo. Vivía en el número sesenta y tres de Howard Street y lo enterró en el jardín.

—¿El mismo jardín en el que estaba enterrada Alice?

—Sí.

—Dios. ¿Y crees que dice la verdad?

—Me ha parecido muy real, Bob. Pero sólo contamos con su palabra.

—¿Entonces enterró a Alice? ¿Fue ella quien se la llevó?

—Ella no pudo hacerlo, Bob. No había nacido cuando secuestraron a Alice.

—No, por supuesto que no. Lo siento, es que es muy tarde y tengo el cerebro adormilado. Pero podría haberla enterrado en 1985. Tal vez encontró el cadáver y decidió enterrarlo.

—¿Una chica de quince años? ¿De verdad? No sé qué pensar, Bob —reconoció Kate.

—Bueno, ¿qué probabilidades hay de que hubiera dos bebés enterrados en ese mismo jardín? Por el amor de Dios, llama a Andy Sinclair ahora mismo, Kate. No intentes resolverlo tú sola, esto es demasiado complejo. Llámalo ahora o seré yo quien lo haga.

Kate agarró el teléfono con más fuerza.

—Lo haré yo, Bob. Gracias por escucharme.

—Mándame un mensaje cuando hayas hablado con Andy.

«No se fía de mí, cree que no llamaré», pensó Kate cuando él le colgó el teléfono.

El inspector Sinclair no estaba durmiendo. Kate se preguntó si todavía debía de estar trabajando cuando respondió al teléfono y se presentó con la voz alta y clara.

—Sinclair.

—Andy, soy Kate Waters. Siento molestarte a estas horas.

—No pasa nada, Kate. No eres la única que se acuesta tarde por culpa del trabajo, estaba poniendo al día el papeleo. No me has despertado.

Le contó exactamente lo mismo que le había contado al inspector Sparkes y él la dejó terminar sin interrumpir.

—¿Quién es esa mujer que afirma haber enterrado al bebé? —preguntó.

—Emma Massingham. Bueno, ése es su apellido de soltera. Ahora se llama Emma Simmonds.

El inspector anotó el nombre y la dirección de Emma y comprobó dos veces que no se hubiera equivocado al apuntar el número de la casa.

—¿Has grabado la conversación?

—La grabadora funcionaba: la he encendido mientras hablaba, pero todavía no la he escuchado.

—Por favor, compruébalo enseguida —le pidió. Kate sacó la grabadora del bolso y rebobinó la cinta. El sonido no era nada del otro mundo, pero llegaba a oírse la voz de Emma. Puso el teléfono frente al altavoz de la grabadora para que el inspector Sinclair pudiera oír la grabación.

«¡Es mi bebé! ¡El que enterré en el jardín! ¡Mi bebé!», gritaba la voz.

—Suena consternada. ¿En qué estado la has dejado, Kate? —preguntó el policía.

—Más calmada, pero frágil de todos modos —respondió Kate.

—¿Y crees que te ha contado la verdad acerca del embarazo? —insistió él.

—No lo sé, Andy. Es que..., ¿cómo es posible? No puede haber dos bebés, ¿no?

—Es de lo más improbable. Puede que simplemente quiera llamar la atención, Kate. No sería la primera vez. Mira, déjame a mí, pero tendrás que venir mañana..., bueno, hoy. Para prestar declaración. Y guarda esa cinta en un lugar seguro.

—¿Qué piensas hacer, Andy?

—Hablar con mi jefe. ¿Y tú?

—Yo no escribiré nada, si eso es lo que te preocupa.

—Exacto —dijo él—. Está claro que es una mujer vulnerable. Será mejor

que no se sienta muy presionada.

Kate tragó saliva. No estaba segura de haberse portado bien a ese respecto. ¿Se podía considerar que había «hurgado con los dedos en almas ajenas», el veredicto con el que la Comisión de Quejas de Prensa describió la manera en que los periodistas habían tratado el caso de la princesa Diana?

—¿Me tendrás al corriente de lo que decidas hacer, Andy? Por favor — suplicó Kate.

—Hablamos mañana. Te llamaré. Buenas noches.

CAPÍTULO 67

Domingo, 29 de abril de 2012

Jude

Emma no llamó por teléfono antes de ir a ver a Jude. Se limitó a plantarse frente a la puerta de su casa al amanecer.

—Sabía que estarías despierta —le dijo.

—Suerte que soy un animal de costumbres —replicó Jude malhumorada. Había intentado que sonara cordial, pero los nervios podían más que ella. «¿Por qué ha venido?» era la frase que le repiqueteaba el cerebro. En condiciones normales tenía que suplicarle que fuera a verla.

Hizo entrar a Emma y se metió en la cocina enseguida para prepararle una taza de café. Ni siquiera esperó a que el agua acabase de hervir en la jarra eléctrica para verterla sobre el café instantáneo. Tenía prisa por oír lo que tenía que decirle.

Plantó la taza de líquido oscuro junto a su hija y se quedó de pie, incapaz de acomodarse en una silla.

—Siéntate, Jude, por el amor de Dios —dijo Emma. Ese día tenía un aspecto distinto. No se veía tan vulnerable ni tenía la mirada nublada.

Jude se sentó en el reposabrazos de una butaca.

—Mira, ya veo que has venido a contarme algo, Emma, o sea que suéltalo de una vez, sea lo que sea —le espetó—. ¿Tienes algún problema con Paul?

—preguntó, intentando mantener a raya la impaciencia—. Ya te dije que me llamó y que estaba preocupado por lo que ibas contando sobre el bebé de Howard Street. Le aseguré que aquello era una tontería. ¿Te deja? ¿Es eso?

—No, claro que no. Paul me quiere —dijo Emma muy calmada. Y mirándola, porque había clavado los ojos en su madre como si la estuviera viendo por primera vez—. Quiero hablar contigo sobre lo que ocurrió cuando tenía catorce años.

A Jude se le revolvió el estómago.

—Por el amor de Dios, Emma. ¿Otra vez con eso?! —exclamó—. Pensaba que querías pasar página y no insistir en ello de forma obsesiva. Fue una pesadilla, ¿por qué tenemos que revivirlo?

La mirada de Emma no vaciló.

—Es verdad, fue una pesadilla. Pero ¿nunca te preguntaste por qué me comportaba de ese modo tan insoportable? ¿Por qué cambié de repente cuando siempre había sido una hija modélica?

—Por las hormonas y la edad del pavo. Fuiste una adolescente muy difícil. Lo pasaste peor que los demás —dijo Jude, recurriendo a su respuesta más trillada mientras empezaba a entrelazar los dedos.

—No —sentenció Emma con firmeza—. Ocurrió algo que me cambió.

—¿Qué? ¿Qué ocurrió? —preguntó Jude.

—Me violaron.

Pasaron unos segundos antes de que Jude pudiera volver a hablar.

—Oh, Dios mío, ¿por qué me estás contando esto? ¿Es otra de tus historias? —preguntó, y esperó la respuesta con los ojos cerrados.

—Y fue Will —confesó Emma. Justo lo que Jude había estado temiendo.

Intentó controlar los gritos de rabia que resonaban dentro de su cabeza y mantener la calma.

—Claro que no. No seas ridícula, Emma —dijo Jude—. Will te apreciaba mucho. No pudo hacer más por ti y soportó todas tus tonterías. Lo que pasa es que estás obsesionada con él. No estás bien. ¿Te has tomado las pastillas antes de venir?

Emma no reaccionó, se limitó a continuar su relato, con los ojos ardiendo mirando fijamente a los de su madre.

—Me violó el 21 de julio de 1984. En su coche, Jude. ¿Te acuerdas de su coche? Ese Cavalier rojo con la franja negra en el lateral y el ambientador con forma de semáforo colgado en el espejo retrovisor. ¿Te acuerdas? Porque yo no lo olvidaré jamás.

—Claro que me acuerdo. Subí a ese coche cientos de veces. Igual que tú. Eso no significa nada.

La expresión de Emma no cambió ni un ápice, y esa negativa a reaccionar agravó el temor de Jude.

—Pero esa vez fue distinto. Tú no estabas. Te mintió, Jude. Te dijo que iba a casa a recoger algo. Pero me recogió a mí. Y cuando terminó, me dejó en la parada de autobús que había al final de Howard Street y me dijo que no contara nada a nadie. Que había sido yo quien lo había obligado a hacerlo y que tú me culparías si llegabas a enterarte. Que nunca me perdonarías.

Jude se echó hacia delante en la silla, presionándose los ojos con las manos, intentando rehuir el rostro de su hija y las palabras que iban saliendo de su boca.

—Emma, sabes que no es cierto —dijo, escondida tras las manos—. Lo único que quieres es hacerme daño porque Will ha vuelto a entrar en mi vida. Estás celosa porque estabas colada por él. Siempre lo estuviste. Ya intentaste separarnos con tus asquerosas mentiras sobre él y aquella vecina. Y esto no es más que otra de tus invenciones. Basta ya.

Pero Emma continuó. Ya era imparable.

—Después dijo que yo lo había inducido a hacerlo —prosiguió, riendo en voz baja, sin alegría—. Tenía catorce años y era virgen. Yo no podía inducirlo a hacer nada.

Jude levantó la cabeza, agotada.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho, Emma? Me tenía a mí.

—Quizá lo hizo simplemente porque podía —respondió Emma, empezando por fin a dar rienda suelta a la ira—. O por el riesgo de que pudieran sorprenderlo, a algunos hombres les gustan esas cosas. Quién sabe, tal vez fue un capricho, o un juego de poder. Pero yo no me pondría a buscar sus motivos. El caso es que era un hombre perverso, un monstruo, Jude. Tu monstruo.

—¡No sabes lo que dices! —gritó Jude, al borde de las náuseas—. Me estás asustando. Máchate, por favor.

Emma se puso de pie y recogió su abrigo.

—Todos estos años me has culpado de haberlo alejado de ti, pero en realidad deberías agradecerme que te salvara de él —dijo, y soltó otra carcajada amarga—. Podrías haber acabado casada con un violador.

Emma se largó dando un portazo y Jude intentó levantarse, pero le fallaron las piernas.

La ira que había sentido mientras su hija profería las acusaciones había desaparecido, y en esos momentos estaba demasiado conmovida para sentir nada de nada.

—¿Por qué tiene que decir esas cosas? —se dijo a sí misma—. Son mentiras, mentiras terribles.

Pero volvió a pensar en ese verano. Un verano en el que Emma desapareció y en su lugar apareció una lúgubre desconocida.

CAPÍTULO 68

Domingo, 29 de abril de 2012

Kate

Estaba preparando el desayuno como cada domingo cuando Emma llamó por teléfono.

—Lo siento, tengo que cogerlo —se disculpó Kate mientras le pasaba a Steve la espátula, manchándole el periódico de grasa—. Emma, ¿estás bien? —contestó una vez hubo descolgado—. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien. ¿Y tú?

—No se trata de mí. Me quedé muy preocupada cuando te dejé en casa anoche. Creo que lo que me contaste nos dejó conmocionadas a las dos —confesó Kate—. Es una historia extraordinaria.

—Siento haberte asustado —dijo Emma—. El caso es que llevo tanto tiempo ocultando cosas que creo que necesitaba contárselas a alguien.

Kate titubeó, no sabía si era mejor volver a sacar el tema o contarle que había informado a la policía acerca de la confesión. Sabía que eso podía acabar con la confianza que había surgido entre ellas. Decidió que primero vería lo que Emma tenía que decirle.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Kate.

—No estoy segura, pero necesito que me ayudes —dijo Emma—. ¿Podemos vernos?

Kate regresó a la cocina, donde Steve volteaba el beicon como un profesional.

—¿Cuántos huevos quieres, Katie? —preguntó.

—Tengo que salir, cariño. Lo siento mucho, de verdad.

Steve hizo una mueca y volvió a dejar la sartén sobre el fogón.

—Por el amor de Dios, es tu día libre —se quejó él—. Es el único día que podemos pasar como una familia. ¿Es demasiado pedir que compartamos un día? Esperaba que pudiéramos sentarnos y hablar seriamente con Jake.

—Ni siquiera se ha levantado todavía. Podemos hablar con él esta noche —dijo Kate—. Es urgente, de verdad.

—Siempre es urgente, ¿no? Menos cuando se trata de nosotros —se lamentó Steve.

—Eso no es justo —dijo ella, consciente de que sí lo era—. Sea como sea, Freddie estará encantado: le tocará ración doble de huevos con beicon.

Kate sabía que Steve estaba muy disgustado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡Te llamo más tarde! —gritó Kate mientras se ponía el abrigo, ya frente a la puerta.

Steve no respondió.

—Bueno, pues adiós —se despidió ella ante el silencio de su marido.

Emma le pidió a Kate que fuera a la estación de metro de North Greenwich y le prometió que le contaría más cosas cuando se vieran.

Kate llegó primero y se quedó sentada en el aparcamiento, preguntándose dónde se estaba metiendo. Se la estaba jugando, y mucho. Todavía no sabía qué hacer con Emma. Ya se había pillado los dedos en una ocasión. Sólo había sido una, pero todavía le dolía: una fresca había convencido a Kate de que un hombre de negocios famoso la había abandonado junto a su bebé ilegítimo. El periódico ya había gastado unos cuantos miles de libras para alojar a la mujer en un hotel maravilloso y viajar por el mundo buscando pruebas cuando salió a la luz la sucia verdad.

Kate dio con el certificado de nacimiento del niño y vio que llevaba el

apellido de otro padre. Debería haberlo comprobado antes. Una llamada al tipo en cuestión reveló que la mujer era una estafadora compulsiva, y Kate tuvo que confesárselo todo a Terry. Por suerte, detectaron la mentira antes de llegar a publicarla.

Su consuelo era que la mujer al final consiguió convencer a otro periódico para que publicara su historia. Los que metieron la pata acabaron siendo otros, pero sabía que Terry no dudaría ni un segundo en recordárselo si volvía a pasarse de la raya.

Era difícil de explicar, pero Kate tenía la sensación de estar muy cerca de alguna clase de verdad sobre el caso de Alice Irving. No podía abandonar en esos momentos, quería oír lo que Emma tenía que contarle. Así que cruzó los dedos.

Entre el gorro y la bufanda, Emma llegó tan tapada que Kate estuvo a punto de no reconocerla.

—Kate —dijo Emma cuando ya casi estaba junto a la ventanilla del coche.

—Lo siento, Emma, no sé dónde tengo la cabeza hoy —se justificó Kate con una sonrisa.

—¿Puedes llevarme en coche otra vez? —preguntó Emma—. Necesito que me acompañes a un sitio.

—¿A Howard Street?

—No. A ver al padre del bebé.

Kate se la quedó mirando. Aquello suponía meterse en el agua hasta el cuello. Ya no se trataba sólo de ella, de Emma y del bebé fantasma.

—¿Sabe lo del niño? —preguntó Kate.

—No. Me obligó a mantener relaciones sexuales con él —explicó Emma—, pero luego dejé de interesarme.

—¿Quién te violó? —preguntó Kate en voz baja—. ¿Fue Al Soames?

—¿Al Soames? —dijo Emma, mirando por el parabrisas—. No, por supuesto que no. Ése era el propietario del piso que teníamos alquilado en Howard Street. ¿De qué lo conoces?

—Fui a verlo para preguntarle por los inquilinos que vivían en sus propiedades durante la época en la que enterraron al bebé —contestó Kate, sin saber muy bien cuántos detalles podía divulgar—. Me dio unas cuantas fotos

de mujeres desnudas por error. Parecían drogadas.

—¿Mujeres desnudas? —preguntó Emma—. ¿*Polaroids* en blanco y negro?

—Esto..., sí —respondió Kate, arriesgándose a mirarla a los ojos—. ¿Las has visto?

—No lo sé. Pero había una en la mesa de Will. Una fotografía de Barbara, la chica que durante un tiempo compartió piso con Jude y conmigo. La encontré mientras revolvía el despacho que Will tenía en la universidad. —Cerró los ojos como si buscara ese momento en su memoria—. Will estaba en la biblioteca, haciendo unas fotocopias, y había prometido invitarme a un helado cuando terminara, para celebrar que se habían acabado las clases y llegaba el verano. Yo estaba dando vueltas en su silla, cantando *Wake Me Up Before You Go Go*. Sin querer, le di un golpe a un vaso de agua que tenía sobre el escritorio y lo volqué. Al ver que el líquido se filtraba hacia el interior de un cajón, lo abrí y utilicé la bata de la escuela para absorber el agua derramada. Estaba a punto de cerrarlo de nuevo cuando vi la foto de Barbara. Me detuve. Recuerdo que me pregunté el motivo por el que Will podía tener una foto de ella.

Kate la escuchaba con atención. «Will y Al», pensó enseguida.

—La saqué para poder verla mejor —prosiguió Emma—. Me pareció extraña. Era ella, pero al mismo tiempo no lo era. No sé si me explico.

Kate asintió.

—Tenía los ojos entrecerrados, y de repente me di cuenta de que no llevaba nada en la parte de arriba. Le vi un pezón y solté la imagen como si me hubiera escaldado. Sentí asco y miedo. Sabía que no debería haberla visto, pero no había marcha atrás. Cogí la foto y volví a guardarla donde la había encontrado, para que nadie lo supiera. Pero yo lo sabía.

—¿Qué ocurrió cuando Will regresó? ¿Te enfrentaste a él? —preguntó Kate.

—Tenía catorce años, Kate. Y él era el novio de mi madre. No sabía qué decir. Estaba cohibida, y asustada por cómo podía reaccionar Jude si se acababa enterando.

—¿Y se enteró? ¿Se lo contaste? —quiso saber Kate.

Emma negó con la cabeza.

—Más tarde, cuando Will y yo estábamos sentados fuera comiendo unos cucuruchos en el jardín de Howard Street, yo con un brazo detrás de la cabeza y mirando el cielo, le pregunté si estaba enamorado de Barbara. Él se rio y dijo que era una pregunta muy rara, pero a partir de entonces estuvo más callado. Luego le confesé que había visto la foto, que había derramado el vaso de agua por accidente y la había visto. Según él, se la había mandado Barbara. Dijo que se había puesto muy pesada, que lo acosaba cuando Jude no la veía. Y que desde que se había marchado lo había intentado todo para que dejara a Jude. También me dijo que no se lo contara a nadie, que Jude no lo sabía y era mejor ahorrarle ese disgusto.

—¿Y no se lo dijiste?

Emma negó con la cabeza de nuevo.

—No podía. Will se aseguró de que mantuviera la boca cerrada.

—¿Cómo, Emma? ¿Cómo lo consiguió?

Durante unos instantes, lo único que se oyó fue la respiración de Emma.

—¿Fue Will quien te violó? —preguntó Kate.

—Sí —confesó Emma, tapándose la boca con la bufanda.

—Pero podrías habérselo contado a alguien. ¿Por qué no le contaste a nadie lo que te había hecho?

—Porque no sabía que me había violado. Sé que ahora parece un disparate, pero me dijo que había tenido relaciones sexuales conmigo porque yo lo había obligado, porque me había insinuado. Que era culpa mía. Que era yo quien había hecho algo terrible, y no él.

—Hijo de puta —masculló Kate.

—Un hijo de puta muy listo —respondió Emma—. Me hizo creer que yo lo había instigado. Con catorce años. Sólo había besado a un chico hasta entonces, no sabía nada de nada. Por eso cuando me dijo que me había abalanzado sobre él, me lo creí. Escribí en mi diario que era una «guarra» y me convencí de que el bebé había sido mi castigo.

Kate arrancó el coche.

—¿Adónde te llevo, Emma? —dijo Kate—. ¿Dónde vive?

CAPÍTULO 69

Domingo, 29 de abril de 2012

Emma

Creí que me sentiría mejor después de contárselo a Jude. Pensaba que admitiría su parte de culpa. Pero claro, no ha sido así. Lo ha negado todo. Esperaba que al principio discutiría, aunque tenía la esperanza de que en el fondo lo supiera y acabase distinguiendo la verdad en cuanto se la plantara frente a las narices. Pero no, todavía está bajo la influencia de Will.

Sin embargo, ahora que ya he empezado debo seguir hasta el final. Al menos cuento con la ayuda de Kate.

Mientras salimos del aparcamiento, me advierte de que el enfrentamiento puede resultar muy desagradable, pero yo le respondo que las cosas no pueden empeorar.

—Me merezco este momento —digo—. Y él también se lo merece. Todavía no quiero acudir a la policía, temo que no me crean. Y si no hacen nada, todo habrá terminado, ¿verdad? No habrá una segunda oportunidad.

Kate asiente. Creo que está de mi lado.

—Necesitamos una confesión —le expongo.

—Tenemos que lanzarle un anzuelo —añade Kate.

Es ella, a través de un colega, quien consigue la dirección de Will. Mientras salimos de Londres en coche voy decidiendo lo que le diré y lo voy

practicando mentalmente.

«Necesito comer algo o me desmayaré», pienso. No recuerdo cuándo ha sido la última vez que he probado bocado. Me mareo con sólo pensar que lo veré, pero también sé que debo hacerlo.

Me pregunto qué hará cuando me vea. Mi presencia será como una aparición espectral para él. ¿Y si muere a causa de la impresión? Por un segundo, fantaseo con la posibilidad de que sufra un infarto; delante de mí, además. Y, sin embargo, quiero vivir ese momento que llevo veintiocho años esperando. Empiezo a salivar y me siento mareada una vez más. Tengo en la cabeza la imagen de un ángel vengador batiendo unas alas poderosas con la fuerza de los vientos celestiales.

Basta. Tengo que controlarme.

Su casa de campo parece la ilustración de una caja de galletas, con rosas flanqueando la puerta y todo eso. «Qué inadecuado», pienso mientras Kate llama a la puerta.

Y ahí lo tenemos: el profesor Will. Sonríe para recibir a Kate, una desconocida, y luego me ve a mí, aunque consigue enmascarar el impacto con su encanto urbanita.

—Vaya, menuda sorpresa. ¿Cómo estás, Emma? ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo, Will.

—¿Sobre qué? No estoy seguro de que tengamos nada de que hablar.

Se ha puesto nervioso. Un vecino pasa por delante de su casa y lo saluda.

—¡Buenos días, profesor Burnside!

Nos hace entrar enseguida para alejarnos de las miradas ajenas. «No quiere que le monte una escena», pienso.

Nos hace pasar hasta el salón, donde la decoración es muy abigarrada. Hay una taza y una tostada con miel sobre un platillo, en la mesita de café, y tiene varios suplementos dominicales esparcidos por encima del sofá. Se sienta y al cruzar las piernas quedan a la vista sus calcetines amarillos y sus pantorrillas bronceadas.

—Bueno, Emma, ¿quién es tu acompañante? —pregunta en cuanto

ocupamos las butacas.

—Una amiga: Kate —digo. No quiero que sepa que es periodista y Kate ha accedido a no revelarlo—. Me ha traído en coche —añado, sin dar más explicaciones.

—Hola, Kate —la saluda, y espera a que sea una de nosotras quien empiece a hablar. Sonriendo en todo momento. La tensión empieza a pasarme factura, por lo que me obligo a comenzar.

—He venido a hablar contigo sobre lo que ocurrió cuando tenía catorce años.

—¡Vaya por Dios! Entonces supongo que no será una visita breve —dice Will—. ¿Te refieres a tus mentiras asquerosas o a las ocasiones en las que te ponías a gritar como una loca? Aún guardo un recuerdo bastante vívido de todo ello.

—No, quería hablar sobre cómo me violaste —me oigo decir.

De repente es como si el mundo se hubiera detenido. Ninguno de nosotros se mueve, ni siquiera para respirar. Parece como si la palabra «violaste» continuara resonando por la habitación, rebotando contra las flores del papel pintado y los objetos de decoración rústica.

El rostro de Will ha perdido todo el color, aunque lo recupera de golpe en cuanto se incorpora en su asiento para protestar.

—¿Que te violé? —replica, como si acabara de oír la palabra por primera vez—. ¿De qué estás hablando? ¡Esto es absurdo!

Es consciente de que ha levantado la voz y vuelve a apaciguarse.

—Vamos, Emma. Realmente no estás bien, ¿verdad? —dice, una vez recuperado el control.

Lo miro y él me devuelve la mirada, retándome a repetir la acusación.

—Me violaste, Will. Me recogiste con el coche cuando volvía a casa. Me obligaste a mantener relaciones sexuales y me dijiste que había sido yo quien te había forzado. Que te había incitado a hacerlo. Pero no era más que una niña, Will.

—No tanto, Emma —se burla. Ha cometido un error, y veo que Kate se echa hacia delante, furiosa.

—Era una niña, Will —repito en voz alta—. Tenía catorce años.

—Emma —me corta él—. Por favor, cálmate. Sabes tan bien como yo que fuiste una chica muy problemática. Y al parecer lo sigues siendo. Me gustaría sentir compasión por ti, pero te aseguro que si lo que pretendes es inventarte esta clase de tonterías difamatorias tomaré medidas serias.

—Yo sí que voy a tomar medidas —espeto, decidida a cumplir mi amenaza como parte de mi plan, ahora que ya lo he visto—. Se lo contaré a la policía.

—Bueno, será tu palabra, la palabra de una mujer trastornada con un historial de problemas mentales, contra la mía —responde Will en un tono ligeramente más severo—. Tal vez deberías replanteártelo.

—No —contesto—. Ha llegado la hora.

Él se vuelve hacia Kate y adopta esa mirada de «adultos que hablan sobre un niño complicado», una especie de empatía cansada.

—No sé lo que le habrá contado, Kate —le dice—, pero todo es mentira. Tiene problemas mentales, ¿lo sabe, no? Tuvimos que mandarla a vivir con sus abuelos. Está cometiendo el error más grave de su vida.

—Parece que en su vida no ha habido un error más grave que usted, Will —interviene Kate—. Emma era la hija de su novia. Confiaba en usted como se confía en un padre.

La miro y siento unas ganas terribles de abrazarla.

De inmediato, Will abandona la táctica del encanto.

—¡Chorradas! ¡Todo esto no son más que chorradas! —dice, y descruza las piernas con tanto ímpetu que golpea la mesita de café y vuelca la taza—. Mire, nunca quise tener que contar esto, pero su amiga no era precisamente una florecilla inocente. Había tenido un novio mucho mayor que ella en Brighton. Me lo contó ella misma. Todo formaba parte de su papel de Lolita, lo estaba suplicando de rodillas.

Kate asiente para sí misma. Creo que ya ha escuchado lo que había venido a oír. Me cree. Es mi ángel vengador.

—Es evidente que mantener relaciones sexuales con una chica de catorce años, con o sin consentimiento, es un delito. Pero estoy segura de que un hombre con su nivel de estudios eso ya lo sabe —dice, y él se queda callado—. El caso es que Emma tuvo un bebé, Will. Y el padre era usted —añade.

Surge casi como una ocurrencia tardía y Will reacciona con incredulidad.

—No tuvo ningún bebé. Yo vivía con ella y con su madre, ¡y no tuvo ningún bebé! No son más que mentiras —replica, pero parece como si empezara a perder los nervios—. Mentiras —repite, como si se hubiera quedado sin ideas. De repente parece más pequeño, sentado en su gran sofá, con esos calcetines amarillos tan ridículos.

—De hecho, se equivoca. Y se equivocó con Emma —dice Kate.

—Igual que Jude y yo nos equivocamos contigo —añado—. Pero ahora sé quién eres y no estoy dispuesta a escuchar ni una más de tus pésimas excusas. Tendrás que contárselas a la policía.

Kate me agarra por el brazo y salimos por la puerta mientras Will vocifera amenazas sobre acciones legales a nuestras espaldas.

CAPÍTULO 70

Domingo, 29 de abril de 2012

Kate

Durante la primera mitad del trayecto de vuelta a Londres, Kate y Emma estaban tan aturdidas que no mediaron palabra. Al final, fue Kate quien se decidió a hablar.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Emma—. ¿Y tú?

—Un poco tocada, la verdad. Menudo animal.

—Mi madre no estaría de acuerdo contigo. No me hizo caso cuando se lo conté. Sigue creyendo que Will es quien pone el sol en el cielo. Ojalá hubiera venido con nosotras y hubiese podido ver cómo es de verdad.

—¿Realmente piensas acudir a la policía, Emma? —preguntó Kate con preocupación—. El problema es que no tenemos pruebas. Yo te creo, pero la verdad es que tiene razón: será tu palabra contra la suya, y podría llegar a ser muy cruel contigo.

—Pero está el bebé. Y lleva su marca —sentenció Emma.

Kate dejó a Emma a una manzana de su casa.

—A estas horas Paul ya habrá vuelto de la biblioteca de la universidad —explicó Emma—. No quiero tener que explicarle quién eres. Todavía no, al menos. Gracias, Kate. Gracias por acompañarme.

—Has sido muy valiente, Emma —dijo Kate, con un apretón afectuoso en el brazo—, pero piénsatelo muy bien antes de dar cualquier paso. Llámame si necesitas ayuda.

En cuanto Emma desapareció de su vista, Kate llamó al móvil de Terry. Era casi la hora de comer y todavía no le había contado nada sobre la confesión de Emma ni la citación para declarar en comisaría.

Decidió que la confrontación con Will Burnside quedaría entre ella y Emma, al menos de momento. No quería complicar todavía más las cosas.

—¿Kate? ¿Qué ocurre? —quiso saber Terry—. Creía que hoy no trabajabas.

Diez minutos de tensa conversación más tarde, Terry soltó un suspiro.

—Mierda, Kate. Menudo desastre. O sea que tenemos a una mujer que cree haber dado a luz a Alice Irving. ¿Es eso?

—No, Terry. Sostiene que es hijo suyo y que, por tanto, el bebé enterrado en Howard Street no es Alice. Mira, pasaré por la oficina para poder hablar de ello con calma antes de prestar declaración, ¿de acuerdo?

—Sí. Tendré que llamar a Simon y contarle lo que ha sucedido. Espero pillarlo jugando al golf y que no le apetezca venir. A ver si podemos arreglarlo nosotros solos.

El director parecía algo agitado cuando entró por la puerta de la oficina ataviado con pantalones de color rosa y jersey de cuello alto.

—He tenido que conducir yo —se quejó—. Mi chófer está de vacaciones en la casa que tiene en Frinton. Vamos a ver si nos quitamos esto de encima rápidamente.

Terry lo recibió casi con reverencias, pidió que le trajeran un café doble y se disculpó por enésima vez por haberlo molestado en domingo. Kate se quedó sentada sin mediar palabra, con su cuaderno y su grabadora.

Al final, se instalaron en el despacho del director y Kate volvió a relatar sus entrevistas con Emma por quinta vez.

Simon y Terry escucharon la cinta dos veces. Terry inclinaba la cabeza para captar hasta el último sonido.

—Esta mujer suena como si estuviera fatal —dijo—. ¿Se lo está inventando?

Kate se encogió de hombros.

—Sólo tengo su palabra para demostrarlo —afirmó ella con la máxima honestidad posible.

—Ya hemos pasado por esto, ¿no te parece? —replicó Terry.

Kate sabía que le saldría con eso. Era la mácula en su reputación. La estafadora que estuvo a punto de convencerla.

—Por el amor de Dios, Terry. Eso sucedió hace años, y todos aprendimos muchas cosas. Ya te he dicho que sólo tengo su palabra, no te he pedido que aires la historia sin asegurarte antes de que sea cierta. Déjame que hable con la poli. A ver qué saben sobre todo esto. El inspector Sinclair me ha pedido que comparezca a las dos.

Terry y Simon reaccionaron con aparente sorpresa ante ese arrebato. «Esperad a oír el resto», pensó ella.

Luego les contó lo de las fotografías. Al director casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando Kate le pasó el fajo de *polaroids*.

—Por favor, haz que venga la abogada —pidió.

La abogada, una letrada que remataba su salario astronómico con algún turno de fin de semana en el periódico, se tomó su tiempo para subir el tramo de escaleras que la separaba del despacho en el que estaban reunidos. Escuchó sin hacer comentarios cómo Kate repetía la historia y luego aconsejó revelar cuanto antes la existencia de las fotografías a la policía.

—Querrán saber cómo llegaron hasta tus manos, Kate —dijo.

—Estaban en un fardo de fotos que me dio el señor Soames —se limitó a responder Kate.

Bueno, era casi cierto. Y Soames tendría problemas suficientes como para protestar.

—De acuerdo —dijo Simon—. Que la abogada acompañe a Kate a comisaría, Terry. Y ponedme al día de cualquier cambio.

Kate se excusó, tenía algo que hacer antes de marcharse: ir a buscar a su fotógrafo favorito.

Mick estaba solo en la sala de los monos, un espacio sin ventanas que los

arquitectos habían dejado entre la redacción y la salida de incendios y que los fotógrafos utilizaban para esconderse del director gráfico. Estaba jugando al Candy Crush con el móvil y tenía la foto de Barbara encima de la mesa, delante de él.

—¿Vas ganando, Mick? —preguntó Kate. Él puso el juego en pausa y levantó la mirada.

—Claro que sí —respondió—. El jefe cree que estoy tomando vistas generales para la sección de inmobiliaria. He fusilado unos cuantos rascacielos y un puente y ahora puedo hacer lo que me dé la gana durante el resto del día sin que me esté vigilando todo el rato. ¿Salimos a comer? Acaban de abrir un local nuevo aquí al lado.

—Me encantaría, pero estoy un poco ocupada con esta historia —dijo, señalando la foto—. Siento que perdieras el tiempo por mi culpa anoche, Mick.

—No hay problema. Me pillaste cerca, de verdad. ¿Llegaste bien a la discoteca? ¿A qué hora volviste a casa?

—Más o menos a la una, al final. La fiesta acabó tarde, y entre unas cosas y otras...

Mick asintió y cogió el teléfono de nuevo. Kate se dio cuenta de que estaba impaciente por continuar la partida.

—Bueno, pero valió la pena, ¿no? —dijo él.

—¿Has terminado de copiar esa foto? Es para devolvérsela a Barbara.

Mick dejó el teléfono y puso las fotos de estudio en blanco y negro dentro de una funda de plástico.

—¿Qué hay de esas *polaroids* que mencionaste anoche? ¿Puedo echarles un vistazo?

—Claro —respondió ella, sacándolas de su bolso—. Oye, ¿podrías copiarlas en plan rápido? Sólo tengo media hora antes de marcharme, me esperan en comisaría para prestar declaración.

Mick levantó una ceja.

—Al final te han pillado, ¿eh? —bromeó—. Bueno, déjame que las mire.

Kate le pasó el fardo de fotos y Mick las repasó por encima rápidamente.

—Dios. Esto es muy sórdido. ¡Joder, pero si es Barbara! —exclamó, y

Kate sintió un enorme alivio al comprobar que el parecido no había sido fruto de su imaginación—. Mira —señaló Mick, sacando una de las fotos de estudio—. Se ve claramente, es evidente. Las copiaré todas enseguida.

—Gracias. Y Mick...

Él sonrió, sabiendo lo que le diría a continuación.

—No te vayas de la boca, ¿vale? —le pidió Kate—. La policía todavía no sabe lo de las fotos. Paso a recogerlas luego.

Mick le guiñó un ojo.

—Se van a cagar cuando las vean —dijo él.

Kate intentó corresponder a la sonrisa de Mick. Tal vez tenía razón, pero también era posible que se metiera en problemas por el hecho de tenerlas, sin que importara cómo las había conseguido.

—Vuelvo dentro de nada a buscarlas —dijo ella.

—Eh, ayer por la noche estabas impresionante —añadió Mick de repente.

—Vete a la mierda —respondió Kate antes de salir de la sala.

CAPÍTULO 71

Domingo, 29 de abril de 2012

Kate

Las hicieron pasar a una sala de interrogatorios. Kate se puso a tamborilear con los dedos encima de la mesa que tenía delante hasta que la abogada se aclaró la garganta.

—Lo siento, son los nervios —se excusó.

Poco después entró Andy Sinclair disculpándose con una sonrisa por haberlas hecho esperar.

—Gracias por venir, Kate —dijo—. Es importante que tengamos tu declaración. ¿Has traído la cinta?

Se sentaron y escucharon las desdichas de Emma en silencio.

—¿Ya habéis hablado con Emma? —preguntó Kate mientras Sinclair metía la cinta en una bolsa y procedía a etiquetarla.

—No. Estamos consultando a un psicólogo cuál es la mejor manera de abordar el tema. Y después de escuchar esto de cabo a rabo, estoy seguro de que será mejor que no nos precipitemos si no queremos que el asunto nos estalle en las manos. Tendremos que tratarla con mucha consideración —explicó el inspector antes de iniciar el interrogatorio—. Bueno, y ahora...

Kate cogió aire y relató una vez más la conversación que había tenido con Emma en el muro del local de los escoltas y en el coche para que Sinclair

podiera grabarlo. Fue una sensación extraña la de encontrarse en el otro lado de una entrevista, e interrumpió a Sinclair unas cuantas veces para matizar las preguntas que él le hacía.

—Gracias, Kate. Creo que ya lo tengo —dijo con una sonrisa. «Entonces todavía somos amigos», pensó ella.

Sinclair le pregunto qué la había llevado a asistir al reencuentro de las viejas compañeras.

—No eres de la zona, ¿no? —preguntó.

—No, estaba trabajando. Buscaba gente que hubiese vivido en el barrio y que pudiera saber algo sobre el hecho de que Alice hubiera terminado en Howard Street. Sobre quién podría habérsela llevado.

—Bien. O sea que desenterraste tu disfraz de los ochenta y te presentaste allí, ¿no? Eso sí que es tener recursos.

—Tenía esperanzas de verte por ahí —dijo ella.

—No me quedan bien las lentejuelas —replicó él, y los dos estallaron en una carcajada que rompió la tensión de la sala—. Bueno, sigamos... ¿Qué más sabes acerca del hogar que los Massingham compartieron en el número sesenta y tres de Howard Street?

«Por Dios, ha llegado el momento de abrir la caja de Pandora —pensó Kate—. Será mejor que lo simplifique.»

—Nada que no sepáis ya, supongo —dijo ella—. Emma vivió allí con su madre, Jude Massingham, y con otra inquilina que se llamaba Barbara Walker. Actualmente, Barbara vive en otra parte de la calle, en el número dieciséis. Fuisteis a verla..., o uno de tus hombres, al menos.

—Sí, eso es —confirmó él, y subrayó algo con vehemencia entre sus anotaciones.

—Barbara dijo que siempre había un hombre en casa, el novio de Jude, Will Burnside —añadió Kate, y deletreó el apellido para que el inspector pudiera anotar su nombre.

—Bien, gracias —dijo Sinclair, hojeando el expediente—. Muy bien. Sabemos que la casa pertenecía a un hombre llamado Alistair Soames. Lo tenemos fichado por agresión sexual. Cargos menores, por tocar a mujeres en el metro y esa clase de cosas. Parece que salió en libertad condicional a

finales de los setenta. Y justo después compró las casas de Howard Street.

—¿Un agresor sexual condenado?! —exclamó Kate—. Fui a verlo hace unas semanas.

Sinclair abrió más los ojos al oírlo.

—Vive en un piso roñoso en la parte sur de Londres —explicó Kate—. Seguí su rastro para ver si sabía algo sobre el caso.

—Joder, Kate, ¿hay algún lugar en el que no hayas estado? —replicó Sinclair.

Kate le lanzó una mirada fugaz a la abogada, que asintió de un modo casi imperceptible. Estaba segura de que Andy Sinclair se había dado cuenta.

—El caso, Andy —empezó a decir Kate—, es que Soames nos dio unas fotos de los años ochenta para ayudarnos a identificar gente, y entre ellas encontré un sobre lleno de *polaroids*.

El inspector no ocultó su interés.

—Las fotos son de mujeres y chicas que parecen drogadas —dijo—. En algunas también aparece Soames.

Sinclair echó atrás su silla y soltó un silbido aspirado.

—Y supongo que aún tienes esas fotos, ¿no?

Kate abrió su bolso, sacó el sobre y extendió las *polaroids* sobre la mesa.

El inspector Sinclair y Kate estudiaron cada rostro con detenimiento, con reverencia, prestando a las víctimas la atención que merecían.

Kate se preguntaba si el inspector reconocería a Barbara y la buscó entre las imágenes. Sin embargo, se topó con otra a la que no esperaba encontrar.

Clavó un dedo en una fotografía y le dio la vuelta para verla mejor.

—¿Dios mío, es Emma! —exclamó Kate—. Emma... —repitió. De repente se sintió incapaz de contener las lágrimas y desvió la mirada para recomponerse.

Sinclair cogió la fotografía y la estudió durante un rato.

—¿Ésta es nuestra chica? —quiso saber.

—Sí, estoy segura de que es ella. Al fin y al cabo pasé ayer casi toda la noche mirándola —dijo Kate, y acto seguido se sonó la nariz—. Lo siento —añadió.

Estaba dando sorbitos a una reconfortante taza de té cuando un agente

joven asomó la cabeza por la puerta.

—Señor, hay una mujer... Bueno, de hecho son una pareja... Quieren verle. Están en el despacho principal.

—¿De qué se trata, Clive? —preguntó el inspector—. ¿Puede esperar?

—No estoy seguro, señor. Dicen que es sobre el bebé.

Kate y Andy volvieron la cabeza de repente para mirarlo.

—¿Sobre el bebé? ¿Cómo se llaman?

—Emma y Paul Simmonds —dijo, consultando una hoja de papel que tenía en la mano.

—Mierda —exclamó Sinclair—. Que esperen en la sala nueve. Ofréceles una taza de té o algo. Los atenderé dentro de cinco minutos.

Kate se lo quedó mirando.

—Ha venido a verte. Tiene algo que contarte. Dios mío, ¿te importaría que...?

Había oído casos de colegas que habían recibido permisos especiales para seguir interrogatorios a través de un vidrio de visión unilateral.

—Olvídalo. Esto es un asunto policial —dijo Sinclair—. Hablaremos más tarde.

Kate recogió sus cosas y empezó a guardarlas en su bolso.

—Espera. Deja las *polaroids* aquí —ordenó el inspector—. Las necesitaremos.

CAPÍTULO 72

Domingo, 29 de abril de 2012

Emma

Ahora le toca a Paul. Tiene que saberlo. No puedo dejar que se entere cuando venga a buscarme la policía, no sería justo.

Entro en casa pero no me quito el abrigo. Le pido que me acompañe a dar un paseo hasta el parque con la excusa de que necesito aire fresco.

—Estás pálida, Emma —me dice—. El viento sopla con bastante fuerza, pero, bueno, a ver si se lleva de una vez este malestar que sientes.

Paseamos sin decirnos gran cosa, de vez en cuando me señala parterres con flores recién plantadas o perros que persiguen palos. Cuando volvemos a las puertas del parque compramos un café en el quiosco y nos sentamos en un banco.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

—Sí, gracias —digo—. Tengo que contarte unas cuantas cosas, Paul. Cosas que empezarán a saberse sobre mí.

Reacciona con preocupación y me gustaría dejarlo ahí, pero tengo que contárselo todo ahora.

—Paul, tuve un bebé.

—Pero... —empieza a decir, aunque no lo dejo continuar.

—Espera, Paul. Sé que pensarás que me lo invento, pero no es así. Tuve un

bebé cuando tenía quince años. No lo supo nadie porque oculté el embarazo, pero di a luz. Y enterré el bebé en el jardín de Howard Street.

Paul deja su café y me coge las manos mientras le cuento lo de Will. Está pálido y no mueve ni un solo músculo mientras hablo.

Al final se queda quieto como una estatua.

—Lo siento muchísimo —digo—. No quería que toda esta infelicidad formara parte de tu vida.

Paul me mira con lágrimas en los ojos.

—Emma, quiero creerte, de verdad, pero estas acusaciones son muy serias. Si al final resulta que no es cierto... Si te equivocaras, aunque fuera sólo en algún detalle, las consecuencias serían graves. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—Todo es cierto, Paul —le aseguro—. Te lo prometo.

Dicho esto, me envuelve entre sus brazos y me acuna. Me acurruco en su cuerpo como una niña y él me consuela.

—Emma —me dice al fin—, ¿y ahora qué?

—No lo sé. Depende de la policía. Quiero ir a hablar con ellos. ¿Me acompañarás?

Paul y yo llevamos muchísimo rato sentados en una sala de la comisaría, esperando a que nos atienda el agente adecuado.

Hemos subido los escalones agarrados del brazo, como si nos sintiéramos fuertes, pero he notado cómo el temblor que le transmitía volvía a mí de nuevo. Cuando hemos llegado a la puerta, Paul me ha sonreído.

—Todo irá bien, Em —me ha asegurado, y yo he asentido.

Qué raro. Siempre había imaginado que sería la policía la que vendría a llamar a mi puerta y aquí estoy, llamando yo a la suya.

En la recepción, nos presentamos y preguntamos por el inspector Sinclair. En todas las noticias sobre Alice aparece como el responsable de las investigaciones. El joven agente que nos atiende nos pide que nos sentemos y Paul ocupa un asiento junto a un hombre que, al parecer, ha recibido una paliza. Está borracho, sangrando y llorando. Paul le ofrece unos pañuelos de

papel para que pueda limpiarse un poco e intenta hablar con él, pero el tipo está demasiado hecho polvo para escuchar nada.

Estoy sentada, meneando la rodilla al ritmo de mi música interna.

Cuando nos llaman, Paul me da una palmadita en el hombro y nos ponemos de pie.

Caminamos lo que parecen varios kilómetros tras los pies enormes del agente, cuyos pasos retumban por el pasillo. Todo me parece exagerado: el tiempo, los sonidos, el resplandor de las luces... Hundo las uñas en mi piel bajo el bolso. «Todo irá bien, Em» es mi mantra.

El agente no puede decirnos nada, pero nos ofrece una bebida y nos trae unos vasos de un plástico delgadísimo con té azucarado que ni Paul ni yo somos capaces de tragar. Esperamos en silencio, cada cual en su propia burbuja. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—No habrá más secretos —le he prometido a Paul.

—Ninguno —ha dicho él antes de desviar la mirada a lo lejos.

Ahora tengo que contárselos al inspector Sinclair. Me pregunto si me creerá cuando le diga que el bebé no respiraba. Quizá pensarán que lo maté yo. Quién sabe si me encerrarán directamente.

El inspector llega sin hacer ruido y se presenta. Es más joven de lo que esperaba, tiene la cara regordeta y es muy educado. Nada más sentarse, se pone las gafas de leer y abre un archivador. Diviso la esquina de una fotografía que sobresale entre los documentos. Él se da cuenta y cierra el archivador.

—Señora Simmonds —dice—, ¿puede contarme por qué ha venido?

Estoy lista, vamos allá.

—Para contarle que el bebé que encontraron en Howard Street no es Alice Irving, sino mi bebé. El que tuve una semana después de haber cumplido quince años —explico, ciñéndome a la declaración que me he preparado.

Me observa con atención, igual que Kate en su momento. Sopesándome. Sopesando mis palabras.

—¿Cuándo nació su bebé, señora Simmonds?

—El primero de abril de 1985. Tuve al bebé sola, en el baño de casa. El número sesenta y tres de Howard Street.

—Debió de ser una experiencia aterradora —afirma, aunque sé que no me cree. La preocupación es fingida—. ¿Alguien estaba al corriente de su embarazo o del parto?

—No, estaba demasiado asustada y avergonzada para contárselo a nadie. Lo oculté todo.

—Bien. ¿Cuándo enterró a su bebé?

—El mismo día —respondo.

—¿Y cómo murió su bebé?

De repente es Paul quien interviene.

—No tienes por qué responder a esa pregunta, Emma.

—No pasa nada, Paul —le digo para tranquilizarlo—. Quiero contarles todo lo que sé. No habrá más secretos —añado, y vuelvo a dirigirme al policía—: No lo sé, no hizo ningún ruido al nacer —explico.

En mi mente, revivo el silencio asfixiante del baño apretando los puños contra los muslos.

—Señora Simmonds, tenemos un análisis de ADN que demuestra que el bebé es Alice Irving —dice en un tono demasiado cordial, como si hablara con una niña pequeña. «Cuidado con esa chiflada», debe de estar pensando.

—Entonces tienen que haber cometido un error —digo—. No puede haber dos bebés.

El inspector Sinclair se frota la cabeza. Lleva el pelo muy corto y es un poco rubio en la coronilla. Me pregunto si será suave. Estoy divagando, tengo que centrarme. Me retuerzo la piel de la barriga.

—Como bien dice, sería de lo más improbable —asegura el inspector—. ¿Se encuentra bien, señora Simmonds?

—Sí, gracias —respondo, y me siento más cerca del borde de la silla para demostrarle que lo escucho con atención.

—Mi esposa ha sufrido una experiencia muy traumática —interviene Paul, pero enseguida lo hago callar con una mirada.

—No pasa nada, Paul.

El inspector Sinclair se aclara la garganta. Creo que le parece difícil plantearme la siguiente pregunta.

—Tengo entendido que anoche habló con una periodista, ¿verdad?

Asiento, y me entran ganas de vomitar. «Ha hablado con ella. ¿Por qué no me lo ha dicho? Kate me ha mentado», pienso, y empiezo a creer que no puedo fiarme absolutamente de nadie.

—Le ha contado a la periodista que hizo algo terrible. ¿Qué es eso tan terrible que hizo, Emma? —pregunta—. ¿Tuvo usted algo que ver con la sepultura de Alice Irving?

El hecho de que utilice mi nombre de pila me pilla con la guardia baja, de manera que apenas me doy cuenta de la acusación implícita. Luego la percibo de repente y me sorprende.

—No, claro que no. No es Alice. ¿Por qué no me creen? El acto terrible por el que me he estado torturando desde los catorce años es que mantuve relaciones sexuales con el novio de mi madre. Y que creía haber sido yo la culpable.

El inspector levanta una ceja.

—Me dijo que lo había seducido y que si contaba algo de lo que habíamos hecho mi madre me odiaría para siempre. —Lo he soltado de sopetón, esparciendo las palabras por la estancia—. Pero ahora sé que no era cierto, que en realidad me violó y encima consiguió que me sintiera culpable de ello.

El inspector levanta la mirada hacia mí mientras relato cómo perdí la virginidad y de repente me pregunto si tendrá alguna hija.

—¿Me está diciendo que la violaron? —pregunta.

—Sí, Will Burnside me violó —confirmo.

Ya está, ya lo he dicho. No hay vuelta atrás.

El agente toma nota de mis palabras.

—¿Y sostiene que él es el padre del bebé al que dio a luz? —pregunta el agente, y yo respondo asintiendo con la cabeza.

Hacemos una pausa mientras él termina de escribir y aprovecho para cerrar los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, ha sacado las fotografías del archivador y ha formado una pila con ellas, pero están bocabajo.

—Señora Simmonds —dice, recuperando la formalidad inicial—, me gustaría mostrarle unas *polaroids* que han llegado a nuestras manos como parte de otra investigación. ¿Puedo pedirle que las examine para ver si reconoce a alguna de estas mujeres?

No lo comprendo, y miro a Paul. Él tampoco lo entiende.

El inspector Sinclair les da la vuelta y las extiende sobre la mesa para que pueda ver las fotografías. Al principio no distingo nada, son fragmentos. Gente. Partes de cuerpos. Una pierna, un pecho, una mejilla. Sin embargo, cada vez son más claras y consigo encajar las piezas. Miro las caras: los ojos están abiertos, pero no ven nada. Son miradas vacías. Como la de Barbara. Como la de la foto que Will tenía en el cajón. Son las fotos que Kate le quitó a Al Soames.

Levanto la mirada hacia el inspector Sinclair.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Y entonces oigo la exclamación ahogada de Paul.

Sigo la trayectoria de sus ojos hasta una foto y de inmediato me doy cuenta de que soy yo.

Alargo la mano para cogerla, para recogerla. Me veo con la mirada perdida, igual que las otras chicas, y por unos segundos me alegro de ello. «Al menos ella no se enteró», pienso. No quiero volver a soltar la foto. No soporto la idea de que algún desconocido pueda verme de ese modo. Al descubierto. Quiero custodiar lo poco que me queda de dignidad. Durante unos instantes, al menos. El inspector debería permitírmelo.

La vuelvo a mirar y me estremezco al ver la mano que aparece en una esquina de la foto. Es una mano de hombre, tocando la cara de Emma. Mi cara.

No puedo apartar los ojos de la imagen, pero el inspector Sinclair está hablando y Paul está llorando.

—¿Es usted? —pregunta el inspector con benevolencia.

—Sí —respondo—. ¿Dónde las han encontrado? ¿Quién las hizo?

—Lo estamos investigando. Pero ¿puede decirme si conoce a un hombre llamado Alistair Soames?

—Sí. Al Soames era el propietario de la casa en la que vivíamos, la de Howard Street.

Y su cara aparece en mi mente. Noto su mano rozando mi pecho. En una fiesta. La fiesta a la que Will me llevó cuando tenía catorce años, cuando Jude estaba enferma, con una intoxicación alimentaria.

Noto el sabor del vómito en el fondo de la garganta y trago saliva mientras

intento recordar algo de lo que sucedió esa noche. «¿Cómo llegué a casa?», pienso, y me doy cuenta de que estoy temblando.

El inspector Sinclair me habla, aunque no consigo oír lo que me dice. Tengo que acordarme. Procuero poner en marcha mi cerebro para recuperar esos recuerdos, pero no consigo evocar nada de lo que sucedió al final de la velada.

—¿Fue él quien tomó las fotos? —pregunto, interrumpiendo al inspector.

—Como ya le he dicho, Emma, no puedo darle más detalles por el momento. Sin embargo, la tendré al corriente durante los próximos días, en función de cómo progrese la investigación.

Es una respuesta de policía. Para decir algo sin llegar a decir nada.

—¿Y qué hay de mi bebé? —pregunto—. ¿Qué harán al respecto?

El agente revuelve sus papeles para ganar tiempo, por lo que repito la pregunta.

—Comprobaremos otra vez los resultados del ADN, claro —me dice. «No me cree.»

—Deberían analizar el mío —sugiero—. Deberían tener una muestra de mi ADN. Para compararlos.

—Sí, por supuesto. Llamaré enseguida y vendrá alguien a tomarle una muestra. ¿Les importa esperar aquí un minuto? —pregunta, y acto seguido se despide agradeciendo mucho nuestra visita y todo eso.

Tras el análisis volvemos a estar fuera, a la luz del sol.

—No me ha creído —constato.

—Yo te creo —dice Paul.

CAPÍTULO 73

Domingo, 29 de abril de 2012

Emma

Kate me está esperando en la cafetería de la acera de enfrente. Me ha mandado un mensaje al móvil para avisarme de que estaría allí, pero antes he tenido que explicarle a Paul quién era. Le horroriza la idea de que quiera hablar con una periodista e insiste en acompañarme, pero le he dicho que sé lo que me hago, que confío en ella. Al final, se ha dado por vencido y me ha pedido que tenga cuidado con lo que digo. Me ha dicho que me esperará y que si no vuelvo en veinte minutos vendrá a buscarme.

Cuando me he dado la vuelta para cruzar la calle me ha agarrado por un brazo.

—¿Estás absolutamente segura de que quieres hacerlo?

He tardado cinco minutos más en convencerlo y ahora llego tarde. Al parecer, Kate cree que no iré a verla, porque ya se está poniendo el abrigo cuando por fin entro por la puerta.

Nada más sentarme, aparece una camarera y tenemos que pedir las bebidas antes incluso de poder saludarnos.

La chica apunta «Dos cafés con leche» con una precisión agónica, repitiendo las cuatro palabras en voz alta mientras las escribe con todas sus letras. Estoy deseando que se marche de una vez, y cuando se da la vuelta Kate

se apresura a disculparse:

—Lo siento, Emma. ¿Qué ha pasado en la comisaría? ¿Estás bien?

He cogido un sobrecito de azúcar del cuenco que tengo delante y estoy jugueteando con él como una niña.

Ha hablado con el inspector Sinclair. Todo el mundo está hablando de mí, hay demasiados susurros a mi alrededor. No puedo confiar en ella.

Le cuento lo que seguramente ya sabe y espero a ver su reacción.

—El inspector Sinclair me ha dicho que te ha mostrado las fotos, Emma — me dice—. No sabía que tú aparecías en una de ellas. Te lo juro. Lo he visto mientras me interrogaba Andy Sinclair esta tarde. Iba a llamarte en cuanto he salido, pero te has presentado en comisaría antes de que pudiera hablar contigo.

Me ha visto. Ha visto a Emma.

Sigue disculpándose cuando vuelvo a prestarle atención, y no sé si seguir creyéndola. Sin embargo, necesito saber más cosas, por lo que le sigo el juego.

—Ha sido un impacto terrible verme a mí misma —reconozco, y se me derrama el azúcar del sobrecillo abierto que tengo en la mano.

—No lo dudo.

—El inspector Sinclair me ha preguntado si conocía a Al Soames. Debe de pensar que fue él quien tomó las fotos.

—Pero ¿cómo pudo hacerlas? —pregunta Kate.

Entonces le cuento lo de la fiesta.

—Fue idea de Jude. Le pidió a Will que me llevara para levantarme el ánimo, e incluso me dejó su Laura Ashley preferido para que me lo pusiera. Yo estaba entusiasmada, era de color azul medianoche, con un diminuto estampado de ramitas, escotado por delante y ajustado en la cintura, con mil botoncitos en la espalda. Recuerdo que di vueltas como una bailarina para hacer volar la falda y las dos nos reímos.

»La fiesta era como en las películas, con champán y gente famosa, y Will no paraba de decirles a los camareros que me llenaran la copa una y otra vez. Tenía la sensación de que era la mejor noche de mi vida. Will me presentaba simplemente como “mi amiga Emma”, y recuerdo que unos cuantos hombres le

guiñaron el ojo y se rieron al oírlo. Yo me preguntaba qué les hacía tanta gracia. Ahora ya lo sé.

»Luego un hombre me besó en la mejilla cuando Will me presentó. El tipo me resultaba familiar, pero el gesto me sorprendió. Estaba a punto de preguntarle algo cuando su mano rozó uno de mis pechos al apartarse de mí. Sentí algo parecido a una descarga eléctrica, y debí de ponerme roja como un tomate, porque Will me apartó enseguida, disculpándose.

—¿Al Soames? —pregunta Kate, y yo asiento. No le cuento que Will comentó que mi aspecto era muy tentador y que volví a notar aquella sensación desagradable en el estómago.

—Me acompañó afuera para que me diera el aire —prosigo—. La puerta que teníamos a un lado se abrió de repente y por ella salió el tipo de las manos largas. Entonces lo reconocí. Sólo lo había visto una o dos veces en casa. Cada vez que venía, Jude me echaba de la habitación para hablar con él sobre el alquiler. Sin embargo, reconocí esa piel extraña, llena de bultos. Recuerdo que me volví hacia Will y le dije: «Mira, es nuestro arrendador». Sin embargo, Will actuó como si no lo hubiera reconocido.

—¿Qué ocurrió luego? —pregunta Kate, ya de un modo insistente.

Me doy cuenta de que los recuerdos de la fiesta son como una de esas filmaciones caseras en las que una cámara que no para de moverse graba fragmentos de lo que ocurre y luego hay un corte repentino antes de recuperar la acción en otro momento. Hay lagunas. Lagunas enormes.

—No lo sé —respondo—. No recuerdo nada a partir de ese momento. Ni siquiera cómo llegué a casa. Pero Will llamó a la mañana siguiente para decirme que se sentía orgulloso de mí.

—¡Dios mío! —exclama Kate—. ¿Crees que fue en esa fiesta cuando Soames te drogó y te hizo la foto?

—El de la foto no es Soames —digo con la voz ronca, y me concentro en dibujar una cruz con el azúcar encima de la mesa—. La mano que tengo encima de la cara no es suya.

—Soames se jactaba de estar siempre buscando chicas con un amigo —me dice Kate asintiendo.

—Es de Will. La mano del fotógrafo es la de Will Burnside. He

reconocido el anillo que llevaba en el pulgar.

—Dios santo, Emma —repite, pero levanta demasiado la voz y la gente se vuelve para mirarnos.

Empiezo a llorar cuando la camarera vuelve a aparecer con nuestro pedido. Se me queda mirando mientras deja las tazas humeantes encima de la mesa y se aleja como si mi tristeza fuera contagiosa. Las cabezas se vuelven hacia mí de nuevo, probablemente les parece emocionante que se esté viviendo un drama en directo en su cafetería.

Kate alarga el brazo para detener mi mano y hace crujir el azúcar derramado.

—¿Le has contado todo esto a la policía, Emma?

—Todavía no. No estaba segura. Les he contado que me violó en su coche y que me amenazó para que no se lo dijera a nadie.

Kate asiente un poco más rápido. Está entusiasmada, se le nota. Tengo que recordar que es una periodista y no mi párroco. No ha hecho voto de silencio.

—Me parece que ahora entiendo por qué lo hizo. He pasado años intentando comprender qué hice para ganarme su desprecio. Pero creo que fue una cuestión de supervivencia. No quería que le contara a nadie que había visto aquella fotografía en su cajón. Pensaba que lo que quería era que no le dijera nada a la pobre Barbara, para que no se sintiera humillada por el hecho de estar enamorada de él. Pero claro, lo cierto es que había un montón de Barbaras.

—Y además podías delatarlo —dice Kate.

—Nadie podía enterarse de esa pequeña afición suya, por lo que tuvo que asegurarse de que no abriese la boca, ¿no? Me obligó a guardar silencio por medio de la vergüenza.

Me quedo sentada y pienso en Will. Intento recordar su cara tal como era por aquel entonces, pero no lo consigo. La imagen es borrosa. Intento recordar cómo me trató después de esa fiesta, después de que él y su amigo me hubieran hecho posar para la *polaroid*. ¿Había sido diferente antes de eso? ¿Se habían producido miradas o insinuaciones en casa a partir de entonces? Sin embargo, él no había cambiado, porque siempre había sido de ese modo. Nos había engañado a todos. Ese monstruo vivía entre nosotros.

Con la confianza que había depositado en él... Muy astuto, Will, eres el maestro de la manipulación. Lo que debió de reírse luego. De mi candidez. De mi inocencia.

Me pregunto qué sintió cuando me vio de nuevo después de aquello. ¿Debió de ver a la Emma desnuda, a la que estaba a su merced? ¿Debió de guardar esa imagen en un rincón de su mente para poder verla siempre que le apeteciera? ¿Pensaba en esa imagen cuando se sentaba delante de mí los domingos, durante la comida, con mi madre allí presente?

Intento dejar de pensar de ese modo. Pero es más fuerte que yo, no puedo evitarlo. Y pienso también en el bebé. Empiezo a cantar una nana mentalmente, una nana que Jude solía cantarme.

—Creo que será mejor que vuelva a casa —digo.

—¿Estarás bien? —pregunta Kate.

Creo que se preocupa por mí de verdad.

—Estaré bien. Paul me está esperando en la calle.

Kate deja un billete de cinco libras encima de la mesa y le hace una señal a la camarera, que se ha refugiado tras la barra, para indicarle que nos marchamos. Me pongo de pie y me tiemblan las piernas, pero Kate me coge de la mano para acompañarme.

CAPÍTULO 74

Lunes, 30 de abril de 2012

Will

Después de que Emma y su amiga se marcharan, se pegó una buena ducha para enjuagarse las acusaciones con el agua caliente y pensó que todo iría bien. Le gustaba rozar los límites, siempre le había gustado. Y sobre todo le gustaban los desafíos que implicaban a mujeres. «Nada debería ser demasiado fácil — se dijo a sí mismo mientras se vestía de nuevo—. Jude era demasiado fácil. Bastaba con plantarme frente a ella.»

Había sido así en la universidad, cuando tenía que quitarse a las mujeres de encima. Jude llegó a decirle una noche que había tenido que «hacer cola» para verlo, y él se había reído.

—Yo era un universitario con granos en la cara y tú eras una diosa. En cualquier caso, debería haber sido yo quien hiciera cola —le había dicho él, y poco después ella ya se había quitado el vestido. Funcionaba siempre.

En realidad, nunca había sido un universitario con granos en la cara. Su piel había sobrevivido a la adolescencia prácticamente ilesa y había aprendido a sacar partido de su constitución larguirucha. Su seriedad en el instituto, de la que tanto se habían burlado sus compañeros, se había convertido de algún modo en la universidad en una atractiva profundidad. De repente había descubierto que sólo tenía que ser Will para que lo adoraran. Y

le encantaba que lo adoraran.

Cuando entraba en una sala, la gente se volvía para mirarlo y se le acercaba, arremolinándose como limaduras alrededor de un imán. Querían estar cerca de él y que los demás vieran que estaban cerca de él. Era el niño mimado. Todo aquello se le podría haber subido a la cabeza, y de hecho así fue, es evidente. Pero no lo demostraba.

Sin embargo, esa adoración era terriblemente frágil. La gente era caprichosa. No te podías fiar de nadie. Por eso había actuado para que pareciera que no era consciente de lo brillante que era. Se reía de sí mismo y destacaba sus defectos ante cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlo.

—Menudo desastre mi última redacción. ¿Cómo te ha ido a ti?

Aquello sólo conseguía aumentar su atractivo. Sus tutoras y compañeras estaban encantadas con esa modestia y se desvivían por hacerle saber lo brillante que era. Y luego se desvivían por meterse en su cama. Incluso las tutoras sucumbían. De hecho, en algunos casos le costó menos seducir a ciertas profesoras. «La inefable doctora Foster ni siquiera me dejó cerrar la puerta del todo antes de lanzarse encima de mí. Fue una época embriagadora.»

Salió de Cambridge con matrícula de honor, se convirtió en una estrella emergente de una universidad del Russell Group y disfrutó el proceso al máximo. Su departamento obtuvo becas y premios, él publicó con regularidad, fue agasajado en su campo y gozó de un buen número de prósperos flirteos cada año.

Los años de barbecho llegaron cuando dejó atrás esa etapa de juventud y lo que antes había sido fresco empezó a cuajarse.

A los treinta y nueve años descubrió que no era el único lobo de la camada. El mundo académico estaba repleto de Wills. Seguía teniendo admiradoras, pero ya no formaban cola tras su puerta. En ocasiones tuvo que ofrecer algún que otro sobresaliente para cerrar un trato. Fue un colega de Ciencias quien le habló del Rohypnol, medio en broma, medio en serio. Ese colega le dijo a Will que podía obtener el fármaco a través de un amigo del ramo. Era una sustancia reciente y estaba ganando popularidad entre los hombres que ya tenían una edad y ciertas dificultades para echar un polvo de vez en cuando.

—Es diez veces más efectivo que el Valium —le había explicado su colega—. Y absolutamente insípido, de manera que puedes meterlo en una bebida sin cambiarle el sabor. Al cabo de unos veinte minutos se quedan fritas. Y lo mejor de todo es que por la mañana no se acuerdan de nada.

La primera vez que lo utilizó se puso muy nervioso planeando cómo explicaría ciertas cosas si no funcionaba como era debido, si la chica se despertaba o recordaba lo sucedido. Pero todas esas explicaciones acabaron siendo innecesarias.

Evidentemente la experiencia no resultaba tan satisfactoria cuando la conquista quedaba semiinconsciente, pero el caso era que funcionaba y que no se enteraban de nada al día siguiente.

Había conocido a Alistair Soames en Howard Street, una noche en la que se presentó en casa de Jude para cobrarle el alquiler. La muñeca Barbie le debía dinero y Will se quedó hablando con Al durante media hora, mientras Jude fingía buscar el dinero que en realidad guardaba escondido en su habitación. Resultó que tenían amigos en común, y Al lo hizo reír con sus historias acerca de los inquilinos más extravagantes. A Will le cayó bien de inmediato.

Los dos hombres convinieron en tomar algo al día siguiente por la noche, en un pub de Chelsea. Estuvieron vaciando pintas de cerveza y luego fueron a un piso que Al tenía en la zona. Una vez allí, estuvieron hablando hasta medianoche sobre trabajo, sexo, el mercado inmobiliario y el futuro.

—He tenido algunos problemas con las mujeres —le confesó Al cuando el whisky hubo relajado sus inhibiciones—. Y con la policía. Hay que ir con más cuidado últimamente.

Entonces fue cuando Will le habló de los recursos que tenía al respecto.

A Soames se le iluminaron los ojos enseguida.

—¿No recuerdan nada de nada? —preguntó—. Quizá meterles algo para tranquilizarlas sea la mejor manera de proceder. Mira, deberíamos formar un equipo. Yo tengo los contactos y las invitaciones para fiestas y tú tienes los conocimientos, Will. Es la combinación perfecta.

Les divertía elegir a las víctimas: buscaban mujeres de diferentes edades y clases sólo por el reto que suponía la variedad. Era peligroso, pero también

emocionante. El caso de Barbara fue un error: no bebió lo suficiente para que la droga tuviera el efecto necesario y por culpa de las prisas ellos no se dieron cuenta. Sin embargo, ella no se lo contó a nadie. Will se aseguró de ello personalmente.

Y estaba Emma. Aunque el riesgo había valido la pena. Se preguntaba si se habría inventado aquella historia del embarazo. Sin duda alguna se había puesto condón durante la sesión de fotos, siempre lo hacía para no dejar rastro, pero no recordaba si había llegado a ponérselo en el coche. O si Emma recordaba la foto de Barbara. A esas alturas tampoco le importaba.

Con su historial psiquiátrico, nadie la creería; ni siquiera si iba a la policía. Qué mujer tan patética, pensó.

Se sirvió otra taza de Earl Grey, se sumergió en sus recuerdos y sintió un escalofrío de nostalgia. Qué lástima que no hubiera guardado las fotos.

CAPÍTULO 75

Martes, 1 de mayo de 2012

Angela

El fin de semana con Louise había empezado de un modo desastroso. Su hija había reservado plaza en un balneario para las dos y le dijo que podría recibir masajes y simplemente relajarse, lejos de todo. Sin embargo, aquello estaba lleno de despedidas de soltera y, por tanto, de mujeres escandalosas que saturaban los *jacuzzis* y se emborrachaban en grupo en el salón.

En cuanto se sintieron superadas por el jaleo, Louise y Angela se retiraron a la habitación de calefacción excesiva y cama doble, y fingieron leer durante un rato mientras esperaban sus respectivos tratamientos. Angela se percató de que el punto de libro de su hija no se movía en los dos días que pasaron allí. Todavía sobresalía cinco centímetros de la cubierta, como el primer día. Sin embargo, ella misma no había tenido más éxito ocultando lo que pensaba tras la novela de playa que había elegido.

No le dijo a Louise que había llorado durante los masajes; las reconfortantes manos de las esteticistas habían conseguido que se sintiera indefensa y había tenido la necesidad de disculparse. Todo el mundo se mostró muy comprensivo cuando se justificó, en una ocasión incluso con demasiado énfasis: Angela acabó relatando todos los detalles de la desaparición de Alice mientras estaba tendida en la camilla.

El domingo por la tarde las dos habrían vuelto a casa con gusto, pero decidieron quedarse a pasar la noche ya que habían pagado el alojamiento hasta el lunes por la mañana. Angela acabó alegrándose de haber tomado esa decisión, porque las de los grupos de bodas ya se habían marchado y pudieron sentarse tranquilamente a hablar.

Louise le contó a su madre lo que había significado para ella crecer en una familia tan marcada por la tragedia. Por primera vez no se dejó nada en el puchero, y llegó a admitir que en ocasiones había llegado a odiar a Alice por haberles arruinado la felicidad a todos.

—Sé que no era más que un bebé, mamá, pero nunca pensé en ella como tal. No llegué a conocerla, ni siquiera he visto fotos tuyas. No era más que una nube negra que lo cubría todo. Nadie podía hablar sobre ello sin que te echaras a llorar. Me alegro de que la hayan encontrado, aunque tú sigues llorando su pérdida.

Angela se sintió culpable. Se había centrado tanto en sus propios sentimientos y había protegido a sus hijos con tanta determinación que ni siquiera había sido consciente de la infelicidad que había provocado.

—Al cabo de un tiempo, tu padre me dijo que no hablara sobre ello para no alteraros a Patrick y a ti —explicó Angela—. Ojalá hubiera sabido cómo te sentías. Intentaré no llorar más. Tienes toda la razón, tenemos que seguir con nuestras vidas. Celebraremos el funeral de Alice en familia, ¿te parece bien?

Louise asintió y alargó el brazo para cogerle la mano a su madre.

—Por supuesto, mamá.

—Y luego nos centraremos en el futuro —dijo Angela—. En ti, en Patrick y en mis nietos.

A Angela se le aclaró la cabeza nada más llegar a casa y enseguida empezó a hablar con el vicario de la parroquia sobre la celebración de un funeral por Alice, y a pensar en himnos y lecturas de pasajes. Hacía semanas que no se sentía tan bien, y Nick dejó de preocuparse en exceso por todo lo que hacía su esposa.

—Tienes buen aspecto, cariño —le dijo una mañana—. ¿Te apetece salir a

cenar esta noche? Hace meses que no te llevo a ninguna parte.

Y ella le sonrió y le dijo que sí.

Sin embargo, una hora más tarde llamó la abogada Turner. Angela descolgó el teléfono e informó a Nick de que se trataba de Wendy articulando su nombre con los labios, con la satisfacción de tener noticias suyas: había pensado en preguntarle si le parecía el momento adecuado para celebrar la misa por Alice. Sin embargo, la abogada Turner la interrumpió enseguida.

—¿Ha venido a verte alguien de la prensa hoy, Angela?

—No, Wendy. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Andy Sinclair y yo vamos a ir a verte. Llegaremos dentro de media hora, será mejor que no respondas si te llaman antes de que lleguemos.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

—Te lo contaré cuando lleguemos. ¿Nick está en casa?

—Sí.

—Bien. Nos vemos dentro de un rato.

Se habían sentado a esperar en el salón, pendientes de que llegara el coche, y cuando el inspector Sinclair y la abogada Turner llamaron a la puerta Angela estaba tan nerviosa que ni siquiera pudo levantarse.

Nick los hizo pasar a la sala de estar y Wendy se sentó enseguida junto a Angela y le cogió la mano.

El inspector Sinclair parecía cansado y deprimido. Se dejó caer en una silla junto a la ventana, mirando a Angela y a Nick.

—Siento haberlos hecho esperar tanto —dijo—, pero me ha parecido importante decírselo en persona.

Nadie intentó decir nada mientras el inspector se aclaraba la garganta.

—Tengo una noticia delicada. La investigación ha dado un giro importante. Una mujer se presentó ayer afirmando ser la madre del bebé que encontraron en Howard Street. La verdad es que pensé que sólo buscaba llamar la atención, pero las pruebas iniciales a las que hemos sometido su ADN demuestran una coincidencia.

—No —susurró Angela, extendiendo la mano hacia Nick para apoyarse en su marido, que empalideció de repente.

—No puedo creerlo. ¿Cómo es posible? —dijo Nick—. ¿Dónde está el

error?

—Nick, no —dijo su esposa.

—Todavía no estamos seguros, Nick —respondió el inspector—. Es raro que se cometan errores en esta clase de pruebas. Intentaremos aclararlo todo cuanto antes.

—Pero ¿cuándo lo sabrán seguro? —preguntó Nick.

El inspector Sinclair extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Ya veo —dijo Nick.

—Pero nos dirá algo cuando lo sepa, ¿verdad? —preguntó Angela.

Cuando los agentes se hubieron marchado, Nick y Angela se sentaron a la mesa de la cocina y se miraron fijamente.

—Tiene que ser un error —dijo Nick—. Debemos esperar hasta que lo aclaren.

—No, ha desaparecido —se resignó Angela—. Nuestra hija ha vuelto a desaparecer.

CAPÍTULO 76

Martes, 1 de mayo de 2012

Kate

Sabía que los resultados del nuevo análisis de ADN podían llegar ese mismo día. El inspector Sinclair les había dado la máxima prioridad posible, estaba impaciente por reanudar la investigación, se lo había dicho después de la declaración de Emma.

La llamó para averiguar si Soames vivía con alguien.

—Mandaré a mis hombres ahora, Kate. Sólo quiero saber si habrá algún factor que pueda complicar las cosas.

—No, tiene una exmujer y dos hijos mayores, ya independizados. Pero está más solo que la una —explicó ella—. ¿Qué tal con Emma? —añadió.

Él ya debía de imaginar que se lo preguntaría y a ella, por su parte, le interesaba fingir cierta distancia con Emma para que el inspector no sospechara que se encontraban de vez en cuando.

—Pobre, la vi muy dispersa —le dijo—. Temblaba de nervios y tenía la mirada perdida en todo momento.

—Vamos, Andy, ¿cómo estarías tú si te hubieran violado y hubieses dado a luz a un bebé cuando todavía eras un niño? —respondió Kate.

—Dice haber dado a luz a un bebé, Kate. Pero los dos sabemos que es poco probable que sea cierto —alegó él—. Cuesta creer que nadie se enterara

en su momento. ¿Una adolescente da a luz a un bebé y nadie se entera? ¿De verdad?

—Ese tipo de cosas ocurren, Andy —replicó Kate—. Ha ocurrido en algunos casos. La gente puede llegar a extremos extraordinarios.

—De acuerdo, muy bien. Pero los científicos afirman que se trata del cadáver de Alice y yo tengo que basarme en ese dato. No puede distraernos alguien con ganas de llamar la atención. Los policías nos topamos continuamente con gente de esa clase, Kate. Te voy a dar un consejo —añadió—: no te metas.

Demasiado tarde, ya se había metido.

Fue Angela quien le anunció la noticia ese martes. El inspector Sinclair la había llamado para advertirle que había una nueva línea de investigación y que seguramente recibiría llamadas de los medios de comunicación.

Por suerte para Kate, Angela no pensaba en ella como parte de esos medios de comunicación.

—Kate —dijo a punto de llorar—, ha ocurrido algo terrible. Los análisis de ADN han relacionado a una mujer de Londres con el bebé. El inspector Sinclair dice que se presentó en comisaría afirmando ser la madre del bebé. Aunque al principio consideraron que sería una pérdida de tiempo, parece que decía la verdad. Están analizando las muestras una vez más, pero creo que he vuelto a perder a Alice —concluyó, ya sollozando.

—¡Es terrible! —exclamó Kate—. Lo siento muchísimo, Angela.

—Al parecer, la policía va perdida —gimió Angela por teléfono—. Se equivocaron con la cronología de los hechos y ahora dicen que es el bebé de otra persona. No creo que pueda soportarlo mucho más...

—Vamos, Angela. ¿Nick está contigo? Bien. Y dime, ¿cuándo ha dicho Andy Sinclair que te volvería a llamar?

—Por la mañana. Ya no sé qué pensar.

—Lo sé. Mira, te dejo la línea libre por si está intentando llamarte, pero avísame en cuanto sepas algo.

Decidió no llamar a Sinclair. Enseguida se daría cuenta de que Angela la

había llamado y probablemente le prohibiría hablar con ella de nuevo. Ya le había sucedido algo parecido en una ocasión. Sería mejor esperar hasta que él contactara con los Irving para ponerlos al día.

Kate se sentó en la pecera sin decir nada mientras Terry le pegaba la bronca. Le sentaba bien vaciar el buche, y ella lo sabía. Acumulaba demasiada tensión y al final tenía que sacarla de algún modo. Que había tenido una semana mala, le dijo, y que sólo le faltaba ella para rematarlo.

—Sigue siendo una noticia fantástica, Terry —dijo Kate, y dejó que él soltara su pataleta a continuación—. Sabía que Emma no se lo estaba inventando.

—No, parece que no —respondió Terry—. Bueno, vale, ¿qué podemos escribir?

—Sólo que en estos momentos están revisando los análisis de ADN. No sabremos nada sobre las conclusiones hasta mañana por la mañana. Y si decimos que están repitiendo los análisis estaremos alertando a los demás periódicos. ¿Por qué no esperamos un poco más y nos limitamos a publicar los resultados finales? —sugirió Kate.

—De acuerdo —accedió él malhumorado.

Joe la estaba esperando en su mesa. Había observado todo el espectáculo a través del cristal y estaba desesperado por saber qué había sucedido.

—¿Qué ha dicho Angela? ¿Qué ha dicho Terry? —preguntó.

—A Angela le han dicho que el ADN de Emma coincide con el del bebé.

—¡No! ¿Y qué hay del ADN de Angela? ¿Se equivocaron en el laboratorio?

—Supongo. La pobre Angela está hecha polvo. Comprobarán los análisis y Andy Sinclair la llamará para informarle de los resultados.

—O sea que el bebé no es Alice —dijo Joe—. Menuda historia.

—Y tú creías que sería aburrido cuando te di ese primer paquete de recortes —comentó Kate.

—Bueno...

—Nunca es aburrido.

—¿Ésa es la regla de oro número dos? —preguntó Joe con una sonrisa.

—Anótala. Voy a llamar a Emma —dijo Kate.

La llamó al móvil y salió el buzón de voz directamente, por lo que le dejó un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada.

No podía hacer nada más que esperar, pero Kate era incapaz de quedarse quieta.

—Voy a casa de Emma —le anunció a Terry. Joe cogió su cuaderno y salió de la redacción tras ella.

Llamaron una y otra vez, intentaron ver algo por las ventanas de la parte frontal y los laterales, pero no encontraron ni el más mínimo signo de vida. Kate se quedó plantada frente a la verja. No sabía qué hacer.

—No está en casa —dijo Joe.

—Sí, hasta ahí llego, Joe —le espetó.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó él con un tono digno de un corderito camino del matadero.

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? —le gritó ella—. Deja de lloriquear, por el amor de Dios.

Él desvió la mirada, fingiendo indiferencia. Igual que Jake esa misma mañana, cuando se marchó al aeropuerto. Kate había dejado que le diera un beso de despedida y luego le había dicho:

—Supongo que tendremos noticias tuyas cuando necesites dinero.

Steve le había asestado un buen codazo en las costillas para cerrarle el pico y se despidió de su hijo:

—Estamos en contacto, Jakey —había dicho mientras su hijo ya se dirigía hacia la puerta. Luego le preguntó a Kate—: ¿Por qué demonios le has dicho eso?

—Lo mimas demasiado —replicó ella—. Necesita una buena dosis de realidad, no que le sigas la corriente.

De todos modos, Kate le mandó un mensaje de texto a Jake desde el coche: «Buen viaje. Te quiero, Jake, m x.», pero no obtuvo respuesta.

—¡Hola! —la saludó una voz desde la calle. Una mujer de aspecto

entrometido se les acercó a toda prisa—. ¿Están buscando a los Simmonds? —preguntó.

—Esto... Sí, esperaba encontrar a Emma en casa —dijo Kate.

—Mi marido se la ha encontrado esta mañana en el metro. Me ha llamado para avisarme de que estaba a punto de entrar a trabajar. Soy Lynda, una amiga de Emma, por cierto.

—Oh, encantada de conocerla —dijo Kate, que acababa de enterarse de que había esposas que exigían a sus maridos que ficharan al entrar y al salir—. ¿Le ha comentado adónde iba?

—No, Derek me ha dicho que la ha visto muy distraída, que apenas han hablado porque estaba muy callada. Ahora bien, la Metropolitan Line está abarrotadísima a esas horas de la mañana. Es extraño elegir esa hora para coger el metro a menos que sea necesario —explicó. Kate hizo una mueca para demostrar que comprendía lo que le decía—. Aunque quizá tenga uno de sus días malos —añadió Lynda con un tono traicionero—. A veces se comporta de un modo muy extraño.

—Ya —añadió Kate. Le agradeció el tiempo que le había dedicado y empujó a Joe hacia el coche.

—¿Adónde ha ido Emma? —quiso saber Joe mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. Sólo lo pregunto, no me he quejado —añadió.

—Lo siento, Joe, hoy es un día de perros para mí. No tengo ni idea.

Volvieron a la oficina, en West London, y Kate dejó que Joe hablara sobre sus ambiciones y sobre un *reality show* que había visto la noche anterior.

«¿Dónde estás, Emma?», pensó. Paró el coche en cuanto oyó sonar el teléfono.

—Apuesto a que es ella —le dijo a Joe.

Cuando lo consultó, resultó que era un mensaje de Jake.

—¡Mierda! —exclamó ella. Lo último que necesitaba eran más problemas con su hijo.

«Yo también te quiero, mamá. Siento ser tan mal hijo, x», había escrito Jake.

Estaba a punto de echarse a llorar, pero se controló y, en lugar de eso, se lo reenvió a Steve. Éste respondió de inmediato: «x».

Joe se quedó sentado pacientemente hasta que hubo terminado.

—Estaba pensando... ¿Y la madre de Emma? —dijo Joe—. ¿Por qué no vamos a verla? No hemos hablado con ella, ¿verdad? Tal vez sepa dónde está Emma.

—Muy buena, Joe —contestó Kate—. Búscame la dirección.

CAPÍTULO 77

Martes, 1 de mayo de 2012

Kate

El tráfico era espantoso, pero al final consiguieron aparcar frente a la casa reformada en la que vivía Jude. Kate intentó llamar al número de Emma una vez más mientras cerraba la puerta del coche, pero seguía sin responder.

—Vamos —dijo al fin.

Pulsaron el timbre, les abrieron la puerta sin hacer preguntas y subieron las escaleras.

Una señora mayor vestida con ropa demasiado juvenil para su edad los esperaba frente a la puerta abierta.

—¡Oh! ¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. Creía que era mi hija.

—Ah, lo siento, no, señora Massingham. Bueno, mire, soy Kate Waters. Trabajo como periodista para el *Daily Post*. He estado hablando con su hija Emma durante el fin de semana sobre el caso de Alice Irving y necesito hablar con ella de nuevo.

—¿Que Emma ha hablado con usted? Nunca es buena idea hablar con periodistas. Yo era abogada, y siempre aconsejaba a mis clientes que evitaran a la prensa a toda costa. No se ofenda...

Kate se rio de forma poco convincente.

—Supongo que en ciertos casos es un buen consejo. Pero lo que he estado

escribiendo sobre Alice ha revelado algunos hechos notables.

—Mmm.. —se limitó a decir Jude Massingham—. No creo que haya revelado la verdad. Es demasiado escurridiza.

—Esto... Tiene razón, han surgido varios contratiempos durante la investigación. La policía es la primera en admitirlo.

—¿De verdad? Ver para creer, a mí no me ocurrió jamás —dijo Jude con una sonrisa tensa.

—Mire, esta mañana ha aflorado una información que quiero compartir con Emma, pero no coge el teléfono —explicó Kate, intentando desplazar la conversación hacia un terreno más seguro.

—No tengo ni idea de dónde está —dijo Jude—. No soy su guardaespaldas. ¿Qué es lo que ha aflorado?

—¿Podemos entrar, señora Massingham? Aquí podría oírnos algún vecino, y se trata de algo bastante confidencial.

—De acuerdo —aceptó Jude—. Cuidado con el escalón.

Se repartieron en dos sillones, de manera que Joe tuvo que sentarse sobre el reposabrazos de la butaca de Kate. Jude no les ofreció nada para beber.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? —preguntó.

—No sé si Emma se lo ha contado, pero la policía ha analizado más muestras de ADN.

—No, no hemos hablado mucho últimamente —murmuró Jude.

—Bueno, el caso es que los análisis demuestran una coincidencia entre el ADN de Emma y el del bebé que encontraron en la obra.

—¡No! —exclamó Jude, llevándose las manos a la cabeza—. No puede ser. ¿Cómo pudo tener un bebé sin que yo me enterara?

—Se lo ocultó, señora Massingham. A usted y a su novio, Will Burnside.

—¿Qué les ha contado sobre él? —dijo Jude en voz baja. La tensión en la estancia cada vez era más palpable.

—Exactamente lo mismo que le contó a usted.

—No la creí, y le dije cosas terribles. Que era una enferma y que estaba celosa —murmuró Jude, casi para sí misma.

—Pues le contó la verdad, señora Massingham. ¿De veras no sospechó nada?

La señora negó con la cabeza.

—No, claro que no. ¿Creen que habría hecho la vista gorda ante algo semejante? Pero es que no se imaginan lo que es esto. Yo amaba a Will, lo adoraba. Resulta muy duro imaginar que el hombre al que amas es capaz de hacer algo tan despreciable. ¿Sería usted capaz de creer algo así de alguien a quien ama, señora Waters?

Al instante, Kate imaginó a Steve confesando y negó con la cabeza.

—¿Se da cuenta de lo duro que habría resultado? Todavía lo es. Necesito tiempo para digerir todo esto. Y charlar con Emma —dijo. Parecía que estuviera hablando sola.

Kate se inclinó hacia delante para hacer otra pregunta, pero Jude la interrumpió de repente.

—¡Sabía que no podía ser el bebé de los Irving! —exclamó.

—¿Cómo lo sabía?

Jude parecía aturullada.

—Bueno, el bebé desapareció diez años antes de que enterraran el cadáver. La investigación policial ha sido más bien torpe, en mi opinión.

—Pero hay una coincidencia con Angela Irving —comentó Joe—. ¿Qué me dice de eso?

—Una pifia del laboratorio —afirmó Jude—. Oí casos de colegas a los que les había ocurrido lo mismo cuando todavía estaba en activo. Tubos de ensayo extraviados, contaminación de otras muestras y ese tipo de cosas. Siempre hay margen para que suceda un error humano.

—Pero se hacen muchas comprobaciones y balances durante el proceso —dijo él—. He estado leyendo sobre el tema y debo decir que es muy interesante...

—Me gustaría contárselo a Emma —insistió Kate, cortando a Joe—. Me preocupa no poder contactar con ella. Su amiga Lynda me ha dicho que esta mañana ha cogido el metro.

—¿Ah, sí? Qué raro. Nunca viene a la ciudad a menos que sea estrictamente necesario. Según ella, hay demasiada gente —dijo Jude antes de quedarse callada unos instantes—. Supongo que podríamos llamar a su marido —ofreció—. Debe de estar trabajando. Tengo su número apuntado, me lo

escribió Emma en la agenda por si surgía alguna emergencia.

Marcó el número poco a poco, pulsando los números con cuidado, y esperó unos segundos.

—Paul, soy Jude. Estoy intentando hablar con Emma, pero no responde. ¿Sabes qué tenía previsto hacer hoy? Bueno, pues no. La han visto en el metro esta mañana. De acuerdo. Bueno, si hablas con ella, ¿puedes pedirle que me llame? Sí, tú también. Adiós.

Jude colgó y se volvió hacia Kate y Joe.

—Paul creía que Emma se pasaría la mañana trabajando en casa. Me ha parecido que se inquietaba un poco cuando le he dicho lo del metro. Últimamente no es que Emma esté en plena forma que digamos. Seguro que ya lo saben —dijo Jude con tono acusador y voz temblorosa.

Cuando Kate y Joe salieron, Kate recibió una llamada.

—Soy Andy Sinclair. Estoy intentando ponerme en contacto con Emma Simmonds. Al parecer ha desaparecido. No sabes dónde está, ¿verdad?

CAPÍTULO 78

Martes, 1 de mayo de 2012

Jude

Cuando sonó el teléfono, esa misma noche, Jude lo cogió enseguida.

—¿Emma?

—Jude, soy Harry —dijo una voz femenina—. Perdona que te moleste, pero estoy preocupada por Emma.

—Todos estamos preocupados por ella. La prensa también ha venido a preguntarme por ella. —Jude estaba temblorosa y se sentó demasiado rápido en la silla, se dio un golpe en el codo y se le cayó el teléfono al suelo—. Perdona —dijo cuando volvió a tenerlo pegado a la oreja—. ¿Tú sabes algo?

—No, se ha esfumado —replicó Harry—. Paul acaba de llamarme para decirme que todavía no ha podido hablar con ella. Dice que debe de tener el móvil apagado. —Un temor oscuro se apoderó del corazón de Jude—. Necesito saber qué está ocurriendo —insistió Harry—. Y Paul no quiere contármelo.

—Emma ha ido a ver a la policía, Harry. Para contarles que el bebé que encontraron enterrado en el jardín de Howard Street era suyo. Que Will la violó y la dejó embarazada —relató Jude sin apenas poder creer sus propias palabras.

—¿Will?! —gritó Harry—. ¿Will Burnside? ¿En serio?

—Sí. A mí también me cuesta creerlo —añadió Jude.

—Dios mío.

—¿Tú sabías que tuvo un bebé, Harry? —preguntó Jude—. Eras como uña y carne, ¿te contó algo?

—No me dijo nada hasta mucho más tarde; en su momento, lo entendí mal. Intentó contármelo, me dijo que había estado embarazada, pero creí que había abortado. No quise insistir, todo lo contrario que esa periodista.

—La periodista ha venido a verme hoy, Harry. ¿Quieres hablar con ella? Tengo su número —dijo Jude, con la esperanza de que alguien tomara las riendas de la situación.

—No, ni hablar —le espetó Harry—. ¿Qué derecho tiene a inmiscuirse en la vida de la gente de ese modo? ¿Dónde ve la noticia? Es una tragedia personal, no una historia que pueda airearse para que todo el mundo la conozca. Emma tiene que estar destrozada.

Se produjo un silencio terrible, reverberante, durante el cual Jude sólo oyó la estática de la línea.

—¿Harry? —dijo al fin—. ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. ¿Puedo ir a verte? ¿Ahora?

—Sí —respondió Jude—. Y también le pediré a Kate Waters que vuelva. Juega un papel importante en todo esto, y al parecer Emma confía en ella, da igual lo que opinemos nosotras. Al fin y al cabo, se lo contó a ella.

—De acuerdo —dijo Harry—. Dame media hora.

Jude llamó a Kate enseguida. No se quitaba a Emma de la cabeza. ¿Qué debía de estar haciendo? ¿Dónde estaba? ¿La había incitado a cometer alguna tontería sin quererlo?

Kate llegó justo después de que Harry hubiera aparcado y llamó al timbre. Cuando Jude abrió la puerta, vio que la periodista se había puesto los vaqueros y un abrigo por encima del camisón para salir de casa cuanto antes.

Harry hablaba por teléfono de un modo frenético.

—Es Emma —articuló con los labios mientras escuchaba, y Jude respiró hondo para acallar el miedo a lo que vendría a continuación—. Emma, quédate

ahí. Voy a buscarte enseguida. Prométeme que no te moverás de donde estás.

Cuando colgó, Harry se volvió hacia Kate.

—Volvemos a Howard Street. Está en la zona de obras.

—¿Cómo la has notado? —preguntó Kate.

—¿Tú qué crees? —le espetó Harry.

Las tres mujeres se metieron en el coche de Kate. Londres estaba casi vacío: las calles normalmente congestionadas rugieron con el sonido del motor, la luz de las farolas se reflejaba en las superficies que las rodeaban. No volvieron a hablar hasta que hubieron aparcado frente a la zona de obras.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Kate.

—En realidad no, pero creo que será mejor que vengas. Puede que necesite ayuda —reconoció Harry.

Encontraron a Emma sentada sobre un cubo vuelto del revés, en un lugar que en otros tiempos había sido un jardín, rodeada de pesados terrones de barro e iluminada por las luces de seguridad que se habían encendido al detectar su presencia. Alzó la mirada cuando oyó que Harry la llamaba por su nombre, pero no se levantó del asiento.

—He estado intentando pensar en lo sucedido. Intentando encontrarle algún sentido —dijo—. Se me ocurrió volver al lugar en el que había empezado todo, con el bebé...

—He tratado de quitarle la idea de la cabeza —intervino una voz femenina desde la penumbra.

—¿Barbara? —dijo Kate.

La señora Walker se acercó a la zona iluminada.

—He visto que se encendían las luces, tengo un sueño muy ligero —explicó—. Y John me dijo que habían tenido problemas con chavales que entraban en la obra, por lo que he venido a echar un vistazo y la he encontrado aquí. A Emma.

Jude contempló a su vieja amiga con incredulidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la sensación de estar viviendo una especie de sueño de lo más extraño.

—Me mudé de nuevo a Howard Street, Jude. Cuando ya habíamos perdido el contacto.

«Después de intentar quitarme a Will», pensó Jude automáticamente, aunque se detuvo enseguida. Al fin y al cabo aquello lo había dicho Will, y había mentado sobre todo lo demás, ¿no?

Harry se agachó junto a Emma y le tocó el brazo.

—Estás helada, Emma —dijo—. Vamos a algún lugar donde puedas calentarte.

—Vivo justo aquí delante, podemos ir a mi casa —propuso Barbara, y Jude se puso tensa. Habría preferido llevarse a Emma a casa, pero en esos momentos no podía decidir por ella.

Emma dejó que se la llevaran al piso de Barbara y se sentó junto a *Shorty*, que estaba durmiendo en el sofá. Parecía entumecida, con la mirada petrificada por la conmoción.

—¿Estás al corriente de todo? —le susurró a Harry.

—No es necesario que hablemos de esto ahora, Emma —respondió Harry.

—Intenté contártelo una vez. El día que apareciste en el pub en el que trabajaba.

—Me acuerdo. Pero no te escuché, ¿verdad? Saqué directamente mis conclusiones. Lo siento muchísimo, Emma. Sin embargo, ¿por qué no me lo contaste cuando sucedió, cuando éramos niñas?

Jude tuvo que inclinarse hacia delante para poder oír la respuesta.

—No podía. Will me dijo que todo el mundo me odiaría.

Las dos amigas se abrazaron y Jude se resistió al impulso de levantarse del asiento. Debería haber consolado a su hija, pero Emma no había alargado los brazos hacia ella.

Cuando por fin se soltaron y se quedaron sentadas y apoyadas una en la otra, Kate se dio la vuelta en su asiento para mirarlas de frente.

—La policía detendrá a Will por lo que hizo —aseguró, intentando controlar la emoción de su voz—. Lo que te hizo, Emma. Tal vez se crea intocable después de todo este tiempo, pero el caso es que ahora tenemos pruebas, pruebas fotográficas, y estoy segura de que Soames no dudará en delatarlo. Lo he conocido y no es más que escoria —añadió.

—Tiene razón —dijo Harry—. Tendremos la cabeza de ese hijo de puta en una bandeja.

—Y también por lo que te hizo a ti, Barbara —añadió Emma—. Sé que pasaste por lo mismo que yo.

Jude desvió la mirada que había mantenido clavada en su hija para fijarse en la que había sido su amiga.

—¿Cómo lo sabes? —susurró Barbara—. ¿Te lo contó él?

—No. Vi una foto tuya en la mesa de Will. Creía que te la habían hecho mientras dormías, pero en realidad estabas drogada. Era demasiado joven para saber las cosas que es capaz de hacer la gente. Le pregunté a Will al respecto y me dijo que se la habías mandado porque estabas enamorada de él.

Barbara soltó un grito ahogado.

—Me violó al día siguiente. Para que no me fuera de la lengua —contó Emma—. Sin duda sabía que conseguiría silenciarme por medio de la vergüenza. Lo creí cuando me dijo que todo el mundo me culparía a mí. No sabía nada.

Jude cerró los ojos con fuerza. Habían sido todo mentiras. Por parte de él y también por su parte. Había sido ella la responsable de lo sucedido. No podía seguir culpando a Emma ni a Barbara. Había sido ella quien había metido a ese hombre en sus vidas. La culpable era ella. De repente lo vio todo con claridad.

CAPÍTULO 79

Martes, 1 de mayo de 2012

Kate

Emma negó con la cabeza cuando Kate le propuso que llamara al inspector Sinclair para conocer los resultados de los análisis.

—Ya sé cuál será el resultado. No hace falta que lo llame. Dejé a mi bebé bajo tierra, debajo de la maceta. No necesito que me lo confirmen.

La que acabó llamándolo fue Kate, y le contó que estaba con Emma en Howard Street, en casa de otra víctima de Will Burnside: Barbara.

—Voy enseguida —dijo.

Kate no supo distinguir si estaba enfadado por el hecho de que ella hubiera llegado antes. ¿Qué más daba? Lo importante era que Emma estuviera a salvo.

Cuando llegó, acompañado de un sargento de unos treinta años, se apiñaron en el salón todos menos el perro, al que encerraron en la cocina.

—Vamos a ver —dijo el inspector Sinclair—, todo esto se está volviendo muy complicado, pero me gustaría comenzar por el bebé, que es con quien se inició mi investigación. ¿De acuerdo?

Emma asintió y las demás se sentaron en un segundo plano.

—Como seguramente ya sabe, Emma, se ha confirmado la coincidencia entre usted y el cadáver del bebé desenterrado en las obras de Howard Street.

—Kate me ha dicho que ya tenían los resultados de los análisis —comentó

ella.

—Más tarde hablaremos de eso —le dijo a Kate, levantando la mano para detener cualquier intento de justificación—. Más tarde —repitió—. Estamos esperando la verificación de los resultados del análisis de ADN de Angela Irving, pero al parecer debieron de cometer algún error. Hablaré con el señor y la señora Irving por la mañana, aunque le agradecería que no revele el resultado del análisis a nadie hasta que los tengamos todos y podamos hacer una declaración formal, Emma.

El inspector miró también a Kate para subrayar lo que acababa de decir.

—Es un asunto muy delicado, especialmente para los Irving. Llevan mucho tiempo esperando que se descubra lo que le ocurrió a su hija y debemos ser justos con ellos —añadió.

Todas las cabezas de la sala asintieron al unísono.

—¿Ha quedado claro? —preguntó—. Evidentemente eso te incluye a ti, Kate.

—Por supuesto —murmuró ella enojada.

—Es tarde —dijo el inspector Sinclair—, creo que deberíamos reunirnos de nuevo por la mañana. ¿Podrá venir a la comisaría de Woolwich, señora Simmonds? ¿Y usted, señora Walker? Entiendo que las dos tienen asuntos que querrán discutir respecto al profesor Burnside, pero hay que hacerlo como corresponde, no de esta forma improvisada.

Emma y Barbara aceptaron y Kate evitó la mirada del inspector.

—Quizá deberíamos hablar en privado, Kate —sugirió él—. Fuera.

Ella lo siguió y el resto de las mujeres se quedaron dentro, despidiéndose.

—Te has pasado de la raya, Kate —le reprochó el inspector Sinclair en cuanto llegaron a la acera—. Has puesto en peligro la investigación con tus excentricidades de *cowboy*. No deberías haberle dicho nada sobre los resultados de los análisis de ADN a Emma Simmonds. Podrías haber hecho mucho daño.

Kate sólo le había dicho que ya tenían los resultados, pero el inspector Sinclair no estaba de humor para oír excusas. Debería haber intentado suavizar la situación disculpándose, aunque después de la presión que había tenido que soportar esa noche estaba más dispuesta a pelear que a pedir

perdón.

—Me he limitado a hacer mi trabajo, Andy. Me pagan por esto. He seguido las pistas y he encontrado a personas que podrían ayudarte a resolver la investigación. Y te las he mandado cada vez que me lo has pedido. Mi periódico ha hecho todo lo posible para contribuir a descubrir lo que le ocurrió a Alice Irving. No creo que sea culpa mía que se hayan equivocado en el laboratorio...

—Hablaré con tu director —repuso el inspector Sinclair. Dicho esto, dio media vuelta y se marchó; la sargento tuvo que apresurarse para no perderlo de vista.

—¡Joder! —exclamó Kate en voz alta—. Otro contacto que se va a la mierda.

CAPÍTULO 80

Miércoles, 2 de mayo de 2012

Kate

Joe estaba inmerso en el trabajo cuando Kate llegó a la oficina al día siguiente. Concentrado en su pantalla, le dedicaba un grado de atención que a Kate le provocaba dolor de cabeza al instante. Estaba demasiado cansada y desanimada para preguntarle qué estaba haciendo. Se sentó en la silla a esperar la siguiente bronca.

No tardó ni treinta segundos en llegar.

Terry la convocó en su despacho con una seña. Una seña lenta, con un solo dedo. Estaba enfadado.

—Bueno, estrella del periodismo, ¿cómo lo tienes? —espetó con un tono de voz teñido por el sarcasmo—. ¿Ya has resuelto la historia?

—Bueno... —empezó a decir Kate.

—¿Sí o no?

—No —respondió ella—. Y creo que Simon recibirá una queja de la policía. Anoche mi contacto en el caso se cabreó conmigo y me prohibió escribir nada hasta que se emita una declaración oficial. Creo que nuestra historia de amor ha terminado.

—Genial —dijo Terry irritado—. Eso significa que no tendremos la exclusiva que le prometí, ¿no? Y encima recibirá un tirón de orejas del

comisario. Genial. ¡Genial que te cagas!

Kate pensó en la posibilidad de disculparse, pero sabía que tampoco era lo que Terry quería oír.

—Lo intentaré por otra vía —repuso, escabulléndose a su mesa de nuevo.

Joe levantó la mirada.

—¿Quieres que te traiga un café, Kate? —preguntó, y a ella le entraron ganas de abrazarlo.

—Sí, Joe, gracias. Eres un sol. ¿Te he dicho ya que estoy pensando en adoptarte? Y tráeme un brandi también, si tienen.

Kate encendió la pantalla del ordenador para que pareciera que estaba trabajando y sacó el cuaderno de notas.

«Me pregunto cómo reaccionará Simon», pensó. La amenaza de un despido revoloteaba por su mente. «Él me apoyará, ¿no?»

Joe regresó con caféina, pero ni rastro de alcohol.

—Se les había terminado el brandi —dijo.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Kate al ver que Joe volvía a clavar los ojos en la pantalla.

—Algo sobre el ADN —respondió él—. Es realmente interesante. ¿Sabías que, si se analizan las mitocondrias, nuestro ADN puede coincidir con el de nuestros ancestros? Bueno, a través de la línea materna hasta nuestras bisabuelas. Y la línea paterna se puede obtener analizando las repeticiones cortas en tándem del cromosoma Y. Esto es brutal.

—Brutalísimo —repitió Kate—. ¿No tienes nada que hacer?

—No, no lo entiendes. Según esto, todos nuestros parientes cercanos, ya sean padres, tíos, hermanos, primos o abuelos, presentarán coincidencias porque comparten los mismos marcadores de ADN.

—De acuerdo. ¿Me estás diciendo que más de una persona podría presentar coincidencias con el ADN del bebé?

—Sí, creo que sí —dijo Joe—. Al menos eso dice la Wikipedia.

Kate se inclinó por encima del hombro de Joe y leyó ella misma la entrada.

—Entonces no hay dos bebés —reflexionó sonriendo de oreja a oreja—. Sino dos parientes.

Kate llamó al móvil de Andy Sinclair, pero no le cogió la llamada. «Debe de seguir enfadado», pensó.

Bob Sparkes, en cambio, respondió de inmediato.

—Dios mío, Kate. Ya me han contado que no eres precisamente la periodista favorita del inspector Sinclair.

—Pues sí, te han informado bien. ¿Has hablado con él? Anoche le dio un buen berrinche antes de marcharse —dijo ella.

—Él no me lo ha descrito de ese modo, pero el caso es que está absolutamente harto de ti. Y tendrán que repetir todas las pruebas de ADN, porque obtienen los mismos resultados una y otra vez. Está sometido a una gran presión. Deberías ser más indulgente con él, Kate.

—La indulgencia no resolverá el caso, Bob —dijo ella, y el comentario le arrancó una carcajada al inspector.

—En cuanto le hincas el diente a algo eres incapaz de soltarlo, ¿verdad? Eres como un terrier con un hueso.

—Por eso soy buena periodista, Bob. En cualquier caso, Andy no me coge el teléfono, pero tengo una sugerencia para él. ¿Puedo comentártela a ti primero?

—Adelante —dijo Sparkes.

Le explicó el hallazgo de Joe omitiendo el hecho de que lo hubiera encontrado en la Wikipedia y esperó hasta que Sparkes hubo digerido la información.

—¿O sea que tanto Angela como Emma podrían estar emparentadas con el bebé?

—Es posible, si no he entendido mal cómo funciona el tema...

—Lo llamaré ahora mismo —dijo Sparkes, y colgó antes de que Kate pudiera pedirle que le devolviera la llamada enseguida para saber su reacción.

Kate tomó un trago de café mientras pensaba en ello y Joe se sentó en el borde de la mesa de su jefa. Cuando sonó el teléfono, ella intentó tragar precipitadamente el café que tenía en la boca y le hizo señas a Joe para indicarle que respondiera.

—Hola, inspector Sinclair, se la paso enseguida —dijo, y le tendió el

teléfono a Kate.

—Hola, Andy. Lo siento, me he atragantado con el café. Mira, siento mucho lo de anoche. Todo fue muy estresante y seguramente mi reacción fue excesiva.

El inspector Sinclair se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sí, bueno, probablemente yo también me pasé. Olvidémoslo, ¿de acuerdo?

—Sí, me parece bien. Gracias por llamar. Te lo agradezco de verdad.

—Bob Sparkes acaba de contarme tu sugerencia —dijo el inspector Sinclair—. Quería hacerte saber que nuestro equipo forense ya está comparando el ADN de Emma y de Angela para ver si se produce un falso positivo. Eso confirmaría un ancestro común. Y estamos a punto de hablar con las dos mujeres para establecer algún tipo de vínculo. Por favor, no te pongas en contacto con ninguna de las dos hasta que hayamos hablado nosotros con ellas.

—¡Dios mío, Andy! Emma es Alice, ¿verdad? —preguntó Kate en el mismo instante en el que la idea cobró sentido dentro de su cerebro.

CAPÍTULO 81

Miércoles, 2 de mayo de 2012

Jude

El inspector Sinclair se dirigía hacia Pinner y Emma, presa del pánico, había llamado a Jude.

—El inspector ha llamado para asegurarse de que estaría en casa. Creo que va a detenerme. Quería avisarte.

—¿Por qué tendría que encerrarte? —había dicho Jude—. Intenta mantener la calma.

—Enterré al bebé sin contárselo a nadie. Quizá creen que lo maté —le había dicho Emma sollozando.

Jude había salido corriendo a buscar un taxi. Tenía que estar junto a Emma en esos momentos.

Llegó justo después que el inspector. Éste parecía agotado, casi tanto como Paul. Emma había preparado una bolsa pequeña con ropa y estaba agarrada a la mano de su marido.

—Me alegro de que haya venido, señora Massingham —le dijo el inspector Sinclair a Jude—. La he llamado a casa, pero no he encontrado a nadie. Me interesaba hablar con las dos.

—¿Por qué? —preguntó Emma—. Jude no estaba al corriente del nacimiento del bebé.

—Porque no quería hablar sobre su bebé, Emma —dijo él—. Sino sobre Alice.

Ése fue el instante en el que Jude se dio cuenta de que todo había terminado. El inspector estaba muy serio, no le concedería el más mínimo margen para seguir mareando la perdiz o inventar nuevas mentiras. La verdad ya era ineludible.

Así pues, procedió a contar cómo había perdido a la hija de Charlie durante el quinto mes de gestación. Confesó que había tropezado en el baño con el cable del secador por culpa de las prisas para ir a trabajar y que se había caído al suelo. Que no había nadie para ayudarla mientras se agarraba la barriga con las manos, superada por la intensidad del dolor, ni cuando empezó a sangrar. Que se sentó en la taza entre oleadas de intenso dolor y luego tiró la cadena para que el agua se llevara todo lo que había salido de su cuerpo, fuera lo que fuese, porque ni siquiera se atrevió a mirarlo para no verse obligada a reconocer que el embarazo había terminado. Que había llamado al trabajo desde el teléfono de pago que había en el vestíbulo del bloque de apartamentos de alquiler y había mentado diciendo que estaba enferma.

—Pensaba contárselo a Charlie esa misma noche, cuando me llamó —declaró—. Pero sus primeras palabras fueron muy cariñosas, me dijo que era un ángel y me preguntó por el bebé. Por eso le dije que estábamos bien. Ya había mentado, no había marcha atrás.

Emma no la miraba, pero el inspector mantuvo los ojos clavados en Jude todo el tiempo.

—Adelante, señora Massingham.

—Decidí que fingiría haber perdido el bebé más adelante. Cuando él hubiera prometido casarse conmigo. Debería haberse casado conmigo. Si me lo hubiera pedido, nada de todo esto habría ocurrido —dijo Jude, aunque esas palabras no consiguieron alterar la expresión severa del inspector—. Formé capas de relleno con una vieja almohada de espuma, y cada vez me ponía más capas de ropa y, encima, vestidos de premamá holgados. Le contaba a Charlie por teléfono lo mucho que me dolían las piernas. Me parece que llegué a

convencerme de que todavía estaba embarazada.

—¿Y su novio no sospechó nada? —preguntó el inspector Sinclair.

—Era músico y estaba de gira con su banda por Europa. Además, las fechas se prorrogaban una y otra vez, así que pasó meses enteros sin verme.

—¿Y qué les contó a sus amigos y familiares, señora Massingham? —preguntó Andy Sinclair.

—Mis padres dejaron de hablarme en cuanto les comuniqué el embarazo. Un bebé ilegítimo les pareció que era más de lo que podían soportar. ¿Qué dirían sus amigos del club de golf? Sin embargo, yo continué trabajando, necesitaba el dinero, y cuando llegué a los siete meses cogí la baja por maternidad. Para poder dejarlo antes de tiempo, alegué que tenía la presión alta y que me habían recomendado guardar reposo. Las chicas del trabajo se llevaron una gran decepción, habían estado hablando de organizar una fiesta para despedirme... —Jude miró a Emma. Se preguntaba qué estaría pensando.

A continuación, confesó haber llamado a la consulta para contarles que se marchaba al extranjero con Charlie durante una temporada. De ese modo no fueron necesarias más citas prenatales.

Y así fue como siguió esperando en casa, intentando decidir lo que haría a continuación. Todavía recordaba el pánico que la invadía a medida que se acercaba el día D. Se suponía que Charlie tenía que volver a casa al cabo de dos semanas y esperaba encontrarla en un estado de gestación muy avanzado, a punto de dar a luz. Se daría cuenta de lo que pasaba en el momento en que la abrazara. Las ideas más locas la asaltaban en plena noche: podía decirle que era un tumor y no había querido contárselo. Aquello lo impresionaría demasiado para que llegara a cuestionarlo, ¿no? O podía decir que el bebé había nacido muerto. Pero en ese caso le haría demasiadas preguntas. Y luego la dejaría.

—No podía soportar la idea de que me dejara. Tenía que darle un hijo. Fui a la estación de Waterloo y tomé el primer tren que salía hacia el sur. Estaba desesperada, ni siquiera sabía hacia dónde me dirigía. Lo único que sabía era que tenía que encontrar una maternidad.

Recordó que alguien se había levantado para ofrecerle su asiento, que ella lo había agradecido con una sonrisa y se había sentado con cuidado, como

toda una profesional.

—Bajé en Basingstoke —dijo.

—¿Había estado alguna vez allí? —preguntó el inspector Sinclair.

—No, tuve que preguntar cómo se llegaba a la maternidad —respondió Jude. Respiró hondo y, mentalmente, volvió a entrar por las puertas del hospital.

Tomó el ascensor evitando cualquier tipo de contacto visual con la gente que subió con ella. Todos llevaban ramos de flores, regalos envueltos en papeles estampados con bebés y cigüeñas, y algunos sujetaban a niños pequeños de la mano. Todos llegaban emocionados, riendo. Al parecer, nadie se fijó en ella.

Sin embargo, supo que había elegido un mal momento. Tendría que haber llegado al final del turno de visitas, no al principio. En esos momentos había demasiados testigos. Salió del hospital y se sentó en un parque cercano durante más o menos una hora, y empezó a coger frío en cuanto el débil sol de primavera comenzó a esconderse.

Esperó de nuevo a que llegara el ascensor, aunque esa vez iba sola. Cuando se abrieron las puertas se topó con la misma gente de antes, los de las flores y las felicitaciones, que ya se marchaban a casa. Ella había comprado un ramo a un vendedor callejero y mantuvo las flores pegadas a la barriga en todo momento.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, se quedó sola unos instantes. Luego vio que una mujer salía de una habitación que estaba en la parte central del pasillo. Llevaba un neceser y una toalla, y pasó de largo sin reparar en su presencia.

Jude se detuvo y fingió buscar algo en la bolsa de la compra por si la mujer había olvidado algo y decidía volver atrás. Sin embargo, no fue el caso. Entró en el baño que estaba al final del pasillo y cerró la puerta. Jude fue incapaz de moverse durante un buen rato, paralizada por el terror que le producía lo que estaba a punto de hacer, y fue entonces cuando oyó llorar a un bebé en la habitación de la mujer.

«Puedo hacerlo», pensó, y cruzó la puerta llevada por una especie de delirio. El bebé estaba sollozando en la cuna. Jude se acercó, lo recogió ya

envuelto en su sábana, lo metió en la bolsa de la compra y se marchó. Para bajar, eligió las escaleras para no cruzarse con nadie. Durante el tren de regreso a casa, una mujer se la quedó mirando con expresión afable.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—No falta mucho —respondió Jude, y cambió su asiento por otro que quedara más cerca de las puertas, donde había más ruido, para acallar al bebé si se ponía a llorar. Aun así, no soltó más que algún murmullo discreto.

Ya en su habitación, lo desenvolvió como si fuera un regalo y se sentó a contemplar al bebé dormido por primera vez. Era una niña.

—Hola, Emma —dijo Jude.

CAPÍTULO 82

Miércoles, 2 de mayo de 2012

Angela

El médico le había recetado unas pastillas para atenuar el shock, pero de todos modos reaccionaba con un respingo cada vez que un coche pasaba por delante de casa. El inspector Sinclair había llamado para anunciarle que tardaría veinte minutos en llegar. Por la voz le había parecido sombrío y cansado, por lo que Angela no se había atrevido a preguntar nada más.

Nick bajó al piso inferior y se puso a andar por el salón.

—Angie, tenemos que prepararnos para lo peor —le dijo—. La policía se equivocó y no podemos hacer nada para cambiarlo. Debe de venir para disculparse, ¿no?

—Ya lo veremos, Nick —contestó ella. La cabeza le dolía de nuevo, no podía pensar en nada que no fuera Alice.

Nick abrió la puerta antes incluso de que el inspector Sinclair tuviera la ocasión de tocar el timbre.

—Adelante, Andy —le dijo.

Angela se quedó frente a la ventana, mirando el coche del inspector. Había tres personas en el interior.

—¿Sus compañeros no entran? —preguntó ella.

El inspector titubeó un poco antes de responder.

—No, de momento no —contestó, y acto seguido se aclaró la garganta—. Angela, Nick, tengo noticias para ustedes. No estoy seguro de cómo explicárselo, si quieren que les sea sincero.

Estaba sudando, las gotas se le acumulaban en la frente resplandeciendo con la luz.

—Ha venido a contarnos que cometieron un error, ¿verdad? —preguntó Nick—. Ya nos imaginábamos que sería eso.

—Bueno, en realidad no —negó el inspector—. El caso es que... Miren, hemos encontrado a Alice. Sin embargo, no era el bebé que desenterraron en la obra.

Angela soltó una exclamación ahogada y se puso de pie.

—Angie —dijo Nick con voz temblorosa, tirando de ella hacia abajo para que volviera a sentarse a su lado—. Cuéntenos, Andy. Cuéntenos qué han encontrado.

—Alice está viva —espetó el inspector Sinclair.

—¿¡Viva?! —gritaron Angela y Nick al unísono. El sonido rebotó en la ventana.

—Sí.

—¿Cómo es posible? —preguntó Angela, buscando a su hija desesperadamente por la sala—. ¿Dónde está?

—Está aquí —dijo el inspector Sinclair con la voz tomada por la emoción del momento. Nunca lloraba en acto de servicio, ni siquiera cuando le daban una noticia terrible, pero ese día fue incapaz de sobreponerse a la tensión.

—¿¡Dónde?! ¿¡Dónde?! —gritó Angela.

—En el coche —contestó él.

Angela salió por la puerta antes de que pudieran detenerla, corrió hacia el coche y se detuvo justo al lado, apoyando las manos en la ventanilla del pasajero.

Una mujer se volvió hacia ella: tenía el pelo oscuro como el de Paddy y la barbilla de Louise. Levantó las manos y las apoyó en el cristal por la parte interior para hacerlas coincidir con las de su madre.

CAPÍTULO 83

Miércoles, 2 de mayo de 2012

Emma

Angela y yo no podemos dejar de mirarnos. Incluso mientras el inspector Sinclair nos habla, continuamos descubriéndonos, empapándonos la una de la otra. Se parece a mí y yo me parezco a ella.

Tengo la sensación de estar viviendo una especie de sueño surrealista. No he parado de pensar en Jude como mi madre, pero también siento cariño por esa desconocida.

El inspector Sinclair habría preferido esperar para reunirnos, le preocupaba que tantas emociones pudieran superarnos.

—Su estado es frágil, Emma —me dijo el inspector mientras se llevaban a Jude a comisaría—. Tiene que asumir muchas cosas, ¿por qué no se toma uno o dos días para prepararse?

Y a pesar de todo no he querido que se marchara sin mí. Me aterrorizaba la posibilidad de que Angela pudiera rechazarme, y sin embargo tenía que verla. Tenía que asegurarme.

En el coche continuaba pensando que durante todo ese tiempo me había dedicado a buscar a mi padre, cuando en realidad era a mi madre a quien debería haber buscado. Paul se sentó a mi lado en la parte trasera del coche, agarrado a mi mano en todo momento, pero incapaz de decir nada.

Cuando la he visto salir por la puerta y se ha acercado corriendo hacia el coche, de inmediato he sabido que era ella. Quería tocarla para ver si era real y he puesto las manos en la ventanilla, al otro lado del cristal, justo donde las tenía ella.

No estoy segura de lo que sucederá ahora que ha desaparecido la euforia y no ha quedado más que un plácido zumbido en mi cabeza y unas punzadas de aprensión en el estómago. Todavía tengo miedo. Me asusta pensar cómo irá todo. Tal vez las pierda a las dos. Jude acabará en la cárcel por lo que hizo, y Angela... ¿Y si no me quiere?

—Alice —me dice, como si pudiera leerme los pensamientos—. No he dejado de pensar en ti en ningún momento. Nunca.

—Es verdad —corroborra Nick. Mi padre. Desvía los ojos de mí todo el rato, como si le costara asumirme. Angela, en cambio, me mira fijamente.

—Creí que estaríamos seguras en el hospital —me confiesa—. Pero me equivoqué. Cuando volví de la ducha, nada más entrar en la habitación me di cuenta de que estaba sola. El silencio era tan antinatural que la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que agarrarme a la puerta. Algo iba mal, aunque no acertaba a saber qué era. Me acerqué a la cuna y no encontré más que el leve hueco en la sábana de color blanco que demostraba que habías estado allí. Metí la mano en la cuna, no podía creer que hubieras desaparecido, y te busqué por todos los rincones, por si te habías quedado escondida en alguna parte. Entonces fue cuando noté tu calor por última vez.

Mi madre llora.

—No recordaba si te había mirado de nuevo antes de salir. Nunca debería haberte dejado allí sola.

Levanto un brazo y le cojo una mano que me parece suave y cálida. Es la primera vez que nos tocamos.

—No fue culpa tuya —le digo.

CAPÍTULO 84

Miércoles, 16 de mayo de 2012

Emma

Dos semanas más tarde, estoy sentada en la sala de espera de un tribunal junto a Mick y Kate. Para la ocasión, él ha elegido una corbata terrible y que encima está manchada. Además, lleva un bocadillo de huevo de McDonald's en el bolsillo.

—Me he levantado tarde esta mañana —se ha justificado—. No te preocupes, estaré listo cuando sea necesario —le ha dicho a Kate después de tragarse el último bocado—. Salgo afuera para cazarlo en cuanto llegue, estoy impaciente por verle la cara.

Kate lleva un traje chaqueta austero, de color negro, y una blusa blanca. Parece la recepcionista de una funeraria. Se levanta y se sienta una y otra vez para hablar con el inspector Sinclair, que está en un rincón.

La noticia que publicó sobre Angela ha llegado a obsesionarme. Me dijo que se había esmerado en escribirlo con cuidado, descartando cualquier dato que pudiera identificar a Will como el violador y evitando en todo momento mencionar el papel de Jude. Sólo había una frase sobre ella: «La policía ha arrestado a una mujer de setenta y tres años como parte de la investigación».

—No quiero que el juicio sea un fracaso por mi culpa —me reconoció—. Más adelante tendremos tiempo para contar esa parte de la historia.

El día después de que Angela y yo nos viéramos por primera vez, el *Post* publicó nuestro reencuentro en primera plana y le dedicó tres páginas más en el interior. Había fotografías nuestras en las que aparecíamos abrazadas. Era nuestro primer abrazo. Casi parecía que le hubiéramos pedido permiso a Mick.

—Vamos —había dicho él al ver que nos acercábamos, pero ninguna de las dos se atrevía a dar el primer paso—. Lleváis cuarenta y cuatro años esperando este instante. Dale un abrazo, Angela.

Aunque Mick pasó un buen rato tirando una infinidad de fotos, cuando hubo terminado seguimos abrazadas, incapaces de soltarnos.

Joe se puso a llorar y Kate le pasó un brazo por encima del hombro. Al parecer, todos acabamos abrazándonos.

Y, aun así, no es una situación feliz. De hecho, ahí es donde empezó mi desgracia y aquí es donde terminará. Será la primera vez que vea a Will desde el día que fui a su casa. No pensaba presentarme, pero el inspector Sinclair me adelantó que Will pensaba librar batalla de todos modos. Supongo que en el fondo yo ya lo sabía. Su arrogancia no le permitiría hacer otra cosa. Kate dijo que, por lo que había oído, pensaba culpar de todo a Soames, cuya cara podía identificarse en las fotografías. Era él quien tenía antecedentes de agresiones sexuales.

Sin embargo, no estoy dispuesta a permitir que crea que lo dejaré tranquilo. Por eso he venido, para demostrarle que sigo aquí. Como el fantasma de Banquo.

Will entra en la sala con aire fanfarrón.

—He venido a manifestar mi inocencia —dice en las escaleras del tribunal, ofreciendo su lado bueno a la cámara de Mick.

Cuando me levanto para enfrentarme a mi agresor, tengo la sensación de que me arde hasta el último centímetro de piel. Él parece sorprendido, su cara pública desaparece y se convierte en un simple anciano asustado.

Jude no ha venido. La han apartado de mí. Y de hecho de todos los demás, puesto que la han arrestado. Al parecer, se ha retraído completamente desde el

día de su confesión y se niega a comer.

Barbara se ha quedado con ella mientras está en libertad bajo fianza. Para cuidarla, siguiendo donde lo dejó tantos años atrás. Le he dicho a Jude que no la odio, pero lo cierto es que creo que sí. He intentado comprender por qué se me llevó del hospital, qué la impulsó a hacerlo. He intentado meterme en su piel, sentir su desesperación, pero sólo consigo pensar en la cara de Angela cuando fue consciente de que su hija había desaparecido y en los años de agonía que tuvo que pasar. Cuando le pregunté a Jude cómo había conseguido vivir con aquello a costas, sabiendo lo que debía de estar sufriendo mi familia, me dijo que se obligó a no pensar en ello.

—Tenían más hijos —dijo, como si eso lo arreglara todo. Sólo tenía ganas de gritarle, pero me di cuenta de que no tenía ningún sentido. Se escuda en esa obsesión consigo misma, en ese derecho que ella consideraba justo y legítimo. Siempre que ha querido algo, lo ha tomado sin que le importaran las consecuencias, sólo porque creía merecerlo.

Ahora entiendo el motivo por el que me echó de casa sin contemplaciones. Quería quedarse con Will a toda costa. Yo no era más que un daño colateral.

Angela no quiere hablar sobre ella. Ni siquiera pronuncia su nombre. Dice que quiere centrarse en el futuro, no en el pasado.

Hablamos por teléfono cada día, cada vez con más familiaridad. Me pregunto si llegaré a llamarla «mamá». En cualquier caso, ese momento todavía no ha llegado. Ella aún me llama Alice, aunque luego se corrige enseguida. Tengo la sensación de ser dos personas a la vez. Emma y Alice. La semana que viene veré a mi hermano y a mi hermana. Creo que ya estoy preparada para ello, y Angela quiere que nos conozcamos. No estoy segura de lo que sienten respecto al tema. Respecto a mí.

La conmoción de mi reaparición debe de haberles pasado factura también a ellos. Al fin y al cabo soy esa hija perdida que tanta infelicidad ha provocado en su familia. Angela dice que están entusiasmados por el hecho de que me hayan encontrado, pero ella lo que quiere es que todos seamos felices y yo necesito ir paso a paso.

Vuelvo a sentarme con Kate y recupero el aliento cuando Will entra en el tribunal. La confrontación ha sido eufórica, pero me ha dejado destrozada y

temblando por el esfuerzo.

—Has estado genial —dice Kate—. Ya ha pasado todo.

Bueno, casi.

CAPÍTULO 85

Martes, 26 de mayo de 2013

Emma

Empecé a llamar «Katherine» al bebé a partir de los interrogatorios policiales, porque al fin y al cabo era una persona. Le puse ese nombre por Kate. Sin ella, todavía estaría viviendo en el infierno.

Paul también la llama Katherine. Nombrarla significa que podemos hablar de ella y llorar su muerte. Mi hija. No me había dado cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Fue una presencia física en mi vida durante muy poco tiempo, el mismo que había tenido Angela conmigo, pero ha seguido formando parte de mí desde entonces como una hija fantasma.

Tuve que esperar una semana más para saber lo que haría la policía.

Fue el inspector Sinclair en persona quien me llamó. Dijo que me lo notificarían oficialmente, pero quería contarme que no había ninguna prueba que demostrara que le hubiera hecho daño alguno a mi bebé, por lo que recomendaba no llevar a cabo ninguna acción al respecto. Dijo que no tenía ningún interés público perseguirme veintisiete años después por un delito técnico: no haber inscrito a mi hija en el registro ni haber notificado su defunción. Intenté darle las gracias, pero fui incapaz de pronunciar ni una sola palabra, por lo que Paul tuvo que relevarme al teléfono y agradecerse de mi parte.

Parecía que todo fuera a salir bien, tal como me decía Paul, aunque no pudimos despedirnos como es debido de Katherine hasta el final de los juicios. Primero tuvo lugar el de Jude, que de hecho acabó tan pronto como empezó. Declaración de culpabilidad, informe psiquiátrico certificando que había actuado de un modo consciente y sentencia de cárcel.

Se me quedó mirando mientras se la llevaban, pero ya no era Jude. Parecía más bien una cáscara vacía. Asentí para demostrarle que la había visto.

Me ha pedido que no vaya a visitarla a la cárcel, alegando que sería demasiado triste para las dos. Por eso he optado por escribirle.

Luego está Will: una historia de terror. Tuvieron que someter los huesos de mi pequeña a más pruebas de ADN para demostrar que Will Burnside era el padre. La policía me dijo que no habían dañado el cadáver cuando se lo pregunté. Han sido muy amables, tanto conmigo como con ella.

Cuando por fin subí al estrado, en enero, me temblaban las piernas. Sin embargo, quería estar allí de todos modos, para testificar contra él. El abogado de Will nos acusó a Barbara y a mí de inventarnos toda la historia. Basó esas acusaciones en mis problemas de salud mental, fingió preocupación y alegó que éramos unas zorras vengativas. Bueno, él no utilizó estas palabras, pero todos sabíamos que eran las que quería decir en realidad.

—Soy inocente —declaró Will cuando llegó su turno, después de haber activado su carisma como quien pulsa el botón de un control remoto.

—Difícilmente puede ser inocente —repuso el fiscal—. Ha admitido que mantuvo relaciones sexuales con varias mujeres, entre las cuales se cuentan varias exalumnas.

Will no vaciló ni un instante.

—Fue con su consentimiento —declaró ante el jurado, quitándose las gafas—. A veces las mujeres se entregan y luego se quejan si no respondes a sus cartas ni mantienes el contacto.

—Pero algunas eran jovencitas, no mujeres, ¿no es así, profesor Burnside? —preguntó el fiscal—. La señora Massingham tenía catorce años, ¿verdad?

No podía negarlo. Katherine lo había demostrado.

—Si mantuve relaciones sexuales con ellas fue porque lo deseaban —dijo, e intentó establecer contacto visual con el jurado—. Me lo pedían de rodillas.

—Cuesta creer que se lo pidieran de rodillas, profesor, teniendo en cuenta que estaban drogadas —matizó el fiscal.

—Eran otros tiempos. El sexo era mucho más habitual, igual que la experimentación con drogas —dijo Will.

Sin embargo, en el fondo debía de saber que su batalla estaba perdida de antemano. El jurado no estaba al corriente, pero Alistair Soames ya había admitido su parte y había confesado con todo lujo de detalles el uso que habían dado al Rohypnol.

El inspector Sinclair me dijo que el amigo que solía suministrárselo había fallecido muchos años atrás de una sobredosis accidental. Donde las dan, las toman.

El día que se reunió el jurado, a Will le retiraron la fianza y se lo llevaron a las celdas que había debajo del tribunal a la espera del veredicto. Era un mal augurio. Volvió para escuchar cómo el portavoz del jurado pronunciaba la palabra «culpable» una y otra vez, y la cadena perpetua silenció a todos los presentes, aunque él me lanzó una mirada cuando el juez quiso retirarse de la sala y todos nos pusimos de pie. Una mirada de puro odio.

Yo me limité a desviar la cabeza. Ya no significaba nada para mí.

CAPÍTULO 86

Lunes, 1 de abril de 2013

Emma

Al funeral sólo fuimos Angela, Kate y yo. Tal como yo había pedido, Paul y mi padre, Nick, nos esperaron en casa. El director de la funeraria me había ayudado a elegir el ataúd para la niña. Para mi hija. Era un ataúd de madera de sauce diminuto, con una simple placa con el nombre «Katherine Massingham».

Había decidido seguir con todo el procedimiento, pero no soportaba la idea de volver a enterrarla. Angela había sugerido incinerarla para luego esparcir sus cenizas. Me encantó la idea de que se la llevara el viento y estuvimos barajando la posibilidad de llevárnosla a la costa, a Dorset, cuando todo hubiera terminado.

Nos tomamos de las manos mientras esperábamos nuestro turno en el crematorio. Hubo un gran funeral antes del nuestro, con flores y los sepultureros vestidos de gala, con sombreros de copa y frac; como una boda.

No quise que la llevaran en un coche fúnebre: me pareció que mi pequeña estaría demasiado sola durante el trayecto, por lo que la sepulturera la trajo en su coche y me la pasó con cuidado. No pesaba casi nada. Enseguida me sentí de nuevo en el jardín, con la bolsa de la compra en la mano, apartándola de mí como si fuera tóxica. Hoy se cumplen veintiocho años desde que sucedió. Mucho tiempo, pero parece que fue ayer.

El hombre con el sombrero de copa bajo el brazo abrió la comitiva y nosotras lo seguimos hasta la capilla. Mi madre y yo. Con mi bebé en brazos por última vez.

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, Gary; mis hijos, Tom y Lucy, y a mis padres, David y Jeanne, por sus ánimos y su cariño; a mi hermana, JoWright, y a mis amigas Rachael Bletchly y Jane McGuin, que me han escuchado, leído y animado a continuar.

A mis expertos: Colin Sutton, por su inestimable asesoramiento y humor en asuntos policiales; al doctor James Walker, experto forense en ADN, y a mi hermano, Jonathan Thurlow, quien evitó que cometiera un *faux pas* terrible con el fútbol.

A mi maravillosa agente y mentora, Madeleine Milburn, por esos consejos serenos y las copas de champán que tanto he necesitado de vez en cuando.

Y un agradecimiento especial a mis fantásticos editores en Transworld y Berkley. Publicar *La madre* no habría sido posible sin su ayuda y los ánimos de Frankie Gray y Danielle Pérez, que estuvieron a mi lado mientras daba a luz a mi segundo beb... Libro, quería decir libro.

Querido lector,

Muchas gracias por haber elegido *La madre*. Es una historia que llevaba mucho tiempo oculta en algún lugar de mi cerebro, esperando el momento de salir a la luz. La inspiración me llegó igual que a mi reportera de ficción, Kate Waters. Cuando trabajaba como periodista, y me pasaba el día buscando reportajes, recortaba todo lo que me llamaba la atención en periódicos y revistas y lo metía en el bolso para leerlo más tarde. A menudo no eran más que unas líneas, pero siempre me atraían preguntas sin respuesta: ¿quién?, o ¿por qué? Uno de esos recortes que rondaba por el fondo de mi bolso relataba el descubrimiento de los restos de un bebé. Igual que Kate, me pregunté por la identidad de la víctima. Supongo que me dejó fascinada ese acto desesperado y la tragedia humana que imaginaba que debía de haber tras ella. El recorte del periódico desapareció hace mucho tiempo, lo descarté durante una de mis limpiezas de bolso rituales, pero la idea se quedó grabada en mi mente y siguió tentándome.

Porque eso es lo que han representado siempre los secretos para mí: un cebo tentador.

Cuando era pequeña, se trataba de guardar secretos: las aventuras inventadas que me imaginaba, las notas con tinta invisible y el temor asumido de que pudiera haber monstruos bajo la cama.

Luego empecé a leer libros de los estantes de mis padres y descubrí la emoción de descubrir los pensamientos y actos privados de otras personas. Comencé con las novelas policiacas: Sherlock Holmes y sus dotes de deducción, o las retahílas de pistas falsas de las novelas de Agatha Christie. Y, sobre todo, la sorpresa de un desenlace bien ocultado hasta el final.

Sin embargo, fue *Rebeca*, de Daphne du Maurier, la que lo cambió todo. A partir de entonces, dejé de ser una simple observadora del ingenio de detectives aficionados para vivir con intensidad cada momento de aquella narrativa emocionante, inquietante y absorbente, y quedé atrapada en el tejido de mentiras y silencios que rodeaban la historia real.

Ya estaba enganchada.

Fue la primera vez que me enfrenté a la revelación de que nunca podemos llegar a conocer a nadie del todo. Ni siquiera (o tal vez especialmente) a los que amamos.

Sospecho que esa fascinación por las vidas ocultas fue lo que me llevó a dedicarme al periodismo, porque consistía básicamente en desvelar la verdad de las personas.

Las preguntas que me hacía a mí misma en todo momento cuando entrevistaba a alguien eran: «¿Qué sabe?», «¿Qué no me está contando?» y «¿Por qué no me lo está contando?».

Porque realmente necesitaba saberlo. Y todavía lo necesito, aunque ahora me dedico a desentramar esas redes de engaños como escritora de *thrillers*. La ficción me ofrece la libertad de inventar móviles, giros argumentales, voces interiores, actos y sentimientos, pero todo cuanto escribo se alimenta de las experiencias acumuladas como reportera. Tengo el mejor repertorio de personajes que pueda imaginarse, tras más de treinta años observando y escuchando a personas involucradas en dramas, tragedias y conflictos.

El *thriller* lleva entre nosotros al menos desde 1938, cuando Du Maurier escribió su obra maestra, y aunque los superventas internacionales *Perdida* y *La chica del tren* llevan la delantera, sospecho que estamos viviendo un verdadero auge del género.

Se especula mucho acerca de lo que puede motivar que éste sea tan buen momento para ello. Tal vez sea porque vivimos una época en la que puede saberse casi todo y, por consiguiente, hay que ocultar muchas más cosas.

Para la mayoría de nosotros, que nos descubran un secreto sería, a lo sumo, embarazoso. Para otros, en cambio, el hecho de que se conozca un secreto supone una amenaza seria que podría acabar con sus vidas. No puedo imaginar un estímulo más potente para una novelista.

Las vidas ocultas. Eso es lo que me motiva a escribir.

Ya lo tienes entre las manos. Como dijo el célebre autor Samuel Johnson hace mucho tiempo: «Un escritor sólo empieza el libro. Es el lector, quien lo termina».

Espero que hayas disfrutado leyendo *La madre*. Yo he disfrutado mucho escribiéndola.

FIONA BARTON

La madre
Fiona Barton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Child*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la autora, Justyn Willismore

© Fiona Barton 2017
© por la traducción, Albert Vító, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19675-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

